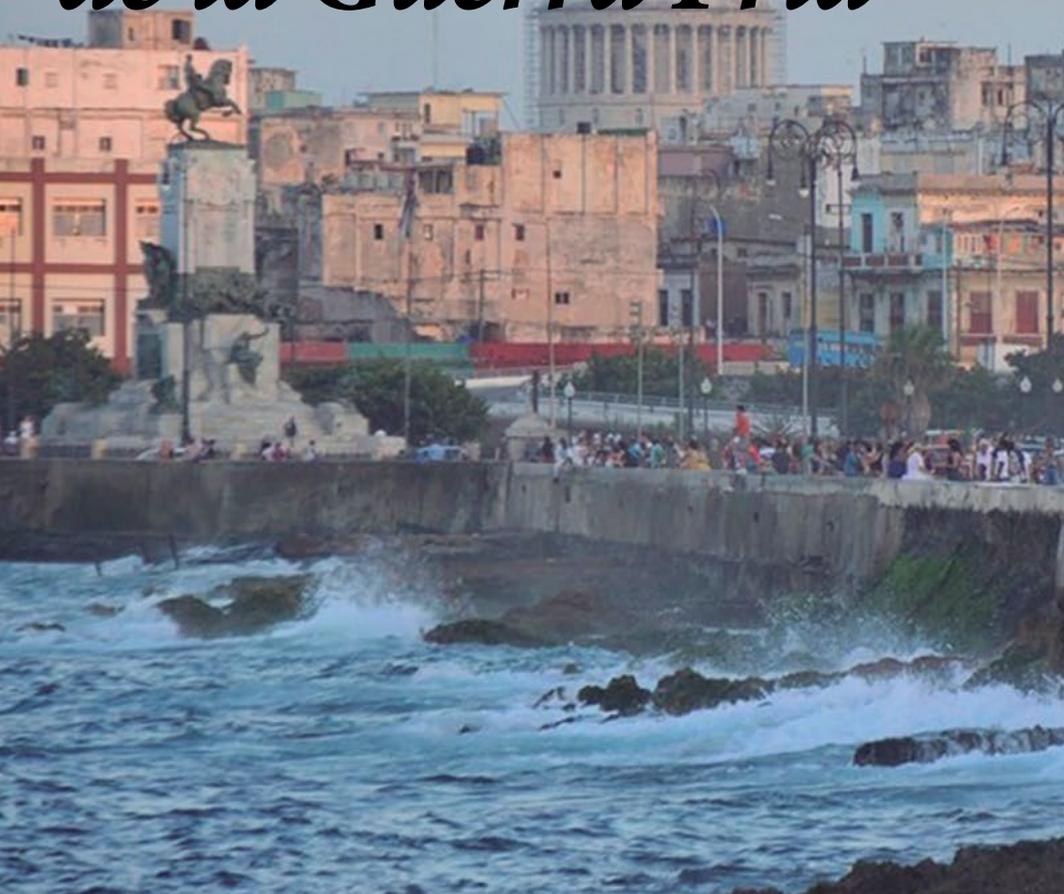




Fernando Morais  
**Los últimos  
soldados**  
*de la Guerra Fría*





# Los últimos soldados de la Guerra Fría

LA HISTORIA DE LOS AGENTES SECRETOS  
INFILTRADOS POR CUBA EN ORGANIZACIONES  
DE EXTREMA DERECHA EN LOS ESTADOS UNIDOS

1.ª edición, Companhia das Letras, Sao Paulo, Brasil, 2011. Título original: *Os últimos soldados da Guerra Fria*

2.ª edición, Editorial Arte y Literatura, Instituto Cubano del Libro, Cuba, 2013

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Fernando Morais

© Fundación Editorial El perro y la rana

**Edición y corrección:**

José Jenaro Rueda Rodríguez

**Diseño y diagramación:**

Ennio Tucci

**Traducción:**

Olga Sánchez Guevara y María de los Ángeles Rezk Pimienta

**Portada:**

<https://miro.medium.com/>

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5207-2

DL: DC2022001733

# Los últimos soldados de la Guerra Fría

LA HISTORIA DE LOS AGENTES SECRETOS  
INFILTRADOS POR CUBA EN ORGANIZACIONES  
DE EXTREMA DERECHA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Fernando Morais



*Para Helena y Clarisse, luces de mis ojos.*



# I

René, veterano de la guerra de Angola,  
roba un avión en Cuba, aterriza en  
Miami y es recibido como héroe



Hacía mucho calor en La Habana en aquel fin de otoño de 1990. En esa época del año, la única bendición de la naturaleza es que la noche cae más temprano —cerca de las seis de la tarde—, barriendo la ciudad con una leve y fresca brisa venida de las olas del mar. Aunque fuera un sábado —8 de diciembre de 1990, ella jamás iba a olvidar esa fecha—, Olga decidió pasar el día libre haciendo trabajo voluntario en las Tenerías Habana, empresa estatal de la que era ingeniera. A eso de las siete, ya de noche cerrada, bajó del ómnibus en la arbolada Quinta Avenida y caminó una cuadra hasta el modesto apartamento en que vivía con el marido, René, y la hija, Irmita, en el otrora elegante barrio de Miramar, a solo unos minutos del centro de la capital. Al salir de casa, hacia el final de la mañana, Olga había propuesto a René dejar a la niña de seis años con la abuela y aprovechar para ir a ver un filme brasileño, dirigido por Miguel Faria Jr., *Estelinha*, que aquella noche abriría el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, en el cine Yara, en el centro de la ciudad.

Cuando regresó a la casa, Olga se dio cuenta de que las luces del apartamento estaban apagadas, señal de que René se había retrasado y de que el festival de cine se iba a quedar para otro día. Al entrar y encender las luces, vio que Dandi, el cachorrito de la hija, había roto con los dientes un montón de periódicos viejos, esparciendo trocitos de papel por todos lados. Yendo hacia la cocina a buscar una escoba, oyó a la vecina hablar con alguien:

—Oigan, se encendieron las luces. Ella llegó.

Segundos después tocaron a la puerta. Abrió y vio a dos hombres de aire grave. Uno de ellos se adelantó:

—¿Usted es Olga Salanueva, esposa de René González?  
¿Podemos entrar?

La reacción fue inmediata: ella pensó que el marido, piloto e instructor de paracaidismo, había sufrido un accidente aéreo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde está René? ¿Qué pasó con él?

El hombre intentó calmarla:

—Somos del Ministerio del Interior. Por favor, siéntese, le vamos a explicar.

—¿Explicar qué? ¡Mi esposo! ¿Qué pasó con mi esposo?  
¿Está herido? ¿Está vivo?

—¿Usted sabía que su esposo iba a volar hoy?

—Sí, lo sabía. ¿Qué pasó con él?

La respuesta —ella lo recordaría después— tuvo el efecto de un golpe en la cabeza con un bate de béisbol:

—Su esposo desertó.

—¿René? ¡Imagínese! ¡René es un veterano de Angola, un militante del Partido! ¿De dónde sacaron eso?

—René robó un avión en el aeropuerto de San Nicolás y huyó a Miami.

—¡No lo creo! ¡No lo creo! ¡Eso es una infamia!

A pesar de la alteración de ella, el hombre continuó con sequedad, imperturbable:

—¿Usted tiene radio en la casa? Si lo tiene, sintonice Radio Martí.

Creada en mayo de 1985 por el presidente norteamericano Ronald Reagan para difundir propaganda anticastrista entre la población cubana, la estación podía ser sintonizada en onda corta, incluso en el pequeño radio de pilas de Olga. Con el corazón acelerado, ella localizó la señal en el aparato y la voz de su esposo, cristalina, se expandió por la casa, en la entrevista que venía siendo repetida todo el tiempo desde mitad de la tarde: “Tuve que huir. En Cuba falta la electricidad, falta comida; hasta el boniato y el arroz están racionados. El combustible para nuestros aviones es contado gota a gota. Para mí, Cuba se acabó”.

La turbación de Olga estaba más que justificada. René, de treinta y cuatro años, más de 1,80 metros de estatura, delgado, de rostro magro, nariz pronunciada y ojos claros circundados por discretas ojeras, era un héroe de guerra condecorado por el Gobierno cubano. Formaba una hermosa pareja con Olga, un palmo más bajita y tres años más joven que su marido; atractiva, de aire decidido, cejas bien delineadas y copiosa cabellera. Además de ser hijos de obreros, los dos tenían en común la militancia en el Partido Comunista, en el que habían sido admitidos hacía pocos meses; y el hecho de que les gustaban los niños y los perros. La principal diferencia entre ellos estaba en su origen: Olga era habanera legítima, de padre y madre, y René era ciudadano norteamericano, nacido en Chicago. También comunista de carnet, el obrero metalúrgico Cándido, padre de René, había emigrado a Texas en 1952 con la esperanza de hacer una carrera profesional como jugador de béisbol, que ya en aquella época era el deporte nacional tanto de Cuba como de los Estados Unidos. Sin embargo, la soñada carrera de *pitcher* nunca pasaría de unos pocos entrenamientos

en campos de equipos de las Grandes Ligas. Entre volver a Cuba, donde le esperaba la represiva dictadura de Fulgencio Batista –1952-1959–, e intentar una vida de trabajador manual en los Estados Unidos, Cándido optó por la segunda alternativa. Se mudó a Chicago, volvió a ser obrero y se casó allá con Irma Schwerert, nieta de alemanes e hija de cubanos emigrados. Con ella tuvo dos hijos: René, nacido en 1956, y Roberto, en 1958. Y en Chicago, la familia recibió la noticia de que Fidel Castro había derrocado la dictadura de Batista. En abril de 1961, cuando los Estados Unidos intentaron invadir Cuba por la bahía de Cochinos, Cándido decidió que era hora de volver a su tierra natal con su mujer e hijos.

René nunca más había puesto los pies en el país donde naciera. Cuando Olga lo conoció, en 1983, trabajaba como instructor de pilotaje en centros de aviación en el interior del país y, aunque tuviese apenas veintisiete años, era un veterano de la guerra de Angola: nada muy sorprendente en Cuba, donde más de medio millón de personas, el diez por ciento de la población masculina adulta, había participado en misiones militares en el exterior. Pero René no era simplemente uno más entre los cerca de trescientos mil cubanos que lucharon al lado del Movimiento Popular de Liberación de Angola, MPLA, apoyado por la URSS, el cual combatía al Frente Nacional de Liberación de Angola, FNLA, y a la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola, UNITA: la primera, patrocinada por los Estados Unidos, China y Zaire; y la segunda, por Sudáfrica. Al concluir, después de dos años en las selvas africanas, período en que realizó cincuenta y cuatro misiones de combate conduciendo tanques soviéticos armados con cañones de 125 milímetros, René traía en el pecho la medalla que se otorga a quienes el Gobierno de La Habana denomina oficialmente Combatientes Internacionalistas.

El día 8 de diciembre de 1990 comenzó para él igual que todos los otros. Se despertó a las cinco y corrió ocho kilómetros por las alamedas de Miramar. De nuevo en casa —un apartamento tan pequeño que el único lugar donde podía estirar el cuerpo para hacer quince minutos de flexiones y abdominales era el minúsculo espacio al lado de la cama matrimonial—, se dio una ducha fría, despertó a Olga y juntos compartieron un rápido desayuno. No tuvieron tiempo para conversar mucho porque a las siete en punto pasaba por la Quinta Avenida el microbús que recogía, en La Habana, a los funcionarios del aeropuerto civil de San Nicolás de Bari, a cincuenta kilómetros de la capital, donde René trabajaba como instructor hacía dos años. Al despedirse, ella le recordó el compromiso que habían hecho para la noche:

—No te retrases, que a las ocho vamos al cine.

—Estaré de vuelta a las seis, no te preocupes.

Todavía mortificada con lo que había oído en la radio, Olga no se dio cuenta cuando los hombres se fueron. Aquello no parecía una grabación fabricada, ni René parecía haber sido obligado a decir aquella montaña de estupideces. Apagó la radio y tomó el teléfono para llamar a su cuñado Roberto, abogado, quien también había pasado su temporada en Angola. No estuvo en condiciones para darle la noticia por teléfono; solo le comentó que algo había ocurrido con su esposo y le pidió que viniera con urgencia a su casa. Roberto no se asustó. Sabía que el hermano era un excelente piloto y que las aeronaves de San Nicolás eran revisadas con regularidad, a veces por el propio René. Los aviones de aquel aeropuerto eran tan seguros que, de desearlo o necesitarlo, el piloto podría hasta detener el motor en pleno vuelo, planear y después descender en algún pastizal o playa. La peor de las hipótesis era que René se hubiera visto

forzado a un aterrizaje de emergencia. No había motivo para preocuparse. La tranquilidad le duró solo hasta el momento en que abrió la puerta y se encontró con una Olga deshecha, con los ojos hinchados. La cuñada lo abrazó llorando:

—René desertó, huyó a Miami.

El abrió desmesuradamente los ojos.

—Estás loca, ¿quién te dijo eso?

—Oye Radio Martí.

Encendió la radio y la entrevista, repetida por enésima vez, invadió el aire. Con voz inconfundible, René protestaba por las molestias que le habían convertido en lo que en Cuba se considera un traidor a la Revolución: falta comida, falta dinero para comprar comida, falta transporte, falta esto, falta aquello. Roberto dio un grito.

—¡Apaga esa radio! ¡No quiero oír a ese sujeto hablando mierda! ¡Ese tipo no es mi hermano!

—Ese tampoco es el René con quien me casé, no es el padre de mi hija. ¡Roberto, esto debe de ser algún andamiaje montado por los yanquis!

No lo era. Al mediodía, después de lanzar al último alumno de paracaidismo inscrito en el turno de la mañana, el joven Michel Marín, René vio que el pequeño aeropuerto estaba semidesierto. Aprovechó la hora de almuerzo de los dos funcionarios de la torre de control, cortó con un alicate los cables del radiocomunicador y se echó el micrófono en el bolsillo del overol. Bajó las escaleras a saltos y entró en la cabina de la única nave estacionada fuera de los hangares. Era un Antónov

AN-2 amarillo, de alas dobles, fabricado en Rusia cuarenta años antes; un aparato usado en Cuba para la fumigación agrícola y como remolcador de planeadores. Cuando el personal de tierra se dio cuenta de que algo extraño ocurría, ya el avión estaba en el aire.

René sabía que, aunque la torre de control quedara sin comunicación, en instantes los radares cubanos estarían al tanto de su fuga. Y en el momento en que su aparato fuera detectado, cazas MiG de fabricación soviética despegarían de la base militar de San Antonio de los Baños, a minutos de La Habana, y lo forzarían a volver. Para despistar los controles, voló casi pegado a tierra, a una altura por debajo del alcance de los radares; y al contrario de lo que haría cualquier piloto con destino a la Florida, no partió en línea recta rumbo a Cayo Hueso, isla situada en el extremo sur de los Estados Unidos, trayecto que le hubiera llevado apenas cuarenta minutos. Atravesó Cuba y, cuando llegó al mar, hizo un giro hacia el nordeste, enrumbando el aparato en dirección al archipiélago de las Bahamas. Solo al tener certeza de que se hallaba fuera de las doce millas de espacio aéreo cubano fue que enfiló el avión hacia el oeste, diseñando en el aire un zig zag perfecto. La maniobra dio resultado, pero casi pudo costarle la vida al piloto: cuando René vio los primeros cayos de la Florida, ya hacía hora y media que había despegado de Cuba. El combustible que le quedaba solo era suficiente para diez minutos más de vuelo. Con las manos sudorosas sintonizó su radio con la torre de la base aeronaval de Boca Chica, treinta kilómetros al norte de Cayo Hueso; anunció que era un desertor cubano y que el avión estaba en seco. Recibió autorización de la Marina para aterrizar en una de las tres pistas de la unidad militar y, cuando las ruedas del pesado Antónov tocaron suelo norteamericano, el tanque del avión estaba prácticamente vacío. “Audaz deserción”, “dramático retorno”, estampaban los periódicos al día siguiente,

celebrando el hecho. “Después de protagonizar una historia de heroísmo, valor y compasión –registró el diario *The Miami Herald*– el audaz René González” no tendría problemas para ser aceptado por la comunidad cubana en Miami.

René, el nuevo héroe de la orilla norte del estrecho de la Florida –franja de mar que separa Cuba de Miami–, había dejado en el lado sur, en La Habana, un rastro de desolación entre amigos y familiares. La primera e ingrata tarea que Olga y Roberto enfrentaron fue dar la noticia a los padres de ambos. Especialmente duro fue contarle la verdad al padre de ella, el obrero Esmeregildo, y a la madre de él, Irma: ambos eran viejos militantes comunistas, afiliados al Partido desde antes del triunfo de la Revolución. Por la apariencia sombría del hijo y la nuera, Irma percibió, enseguida que aparecieron en su casa, que algo malo había sucedido. Olga tenía una cara pésima, era visible que había llorado mucho. Tan pronto como ambos entraron, Roberto dio un puñetazo en la pared:

—¡René nos traicionó, mamá, él nos traicionó!

La anciana señora no lo creía:

—¡No puede ser! Eso no entra en mi cabeza. ¡No puede ser!

Sin saber qué hacer, Roberto la llevó hasta el fondo de la casa y le habló claro:

—Mamá, él nos traicionó y no nos queda otra cosa que hacer sino aceptarlo. Con el tiempo uno se va adaptando.

Con la cabeza blanca en canas y los ojos húmedos, Irma se negaba a creer lo que oía. No podía entender que una persona de la calidad humana del hijo, alguien sin ninguna inclinación

a las tentaciones consumistas, pudiera hacer una cosa como aquella. En el fondo, ni el mismo Roberto conseguía descifrar el gesto del hermano. Incluso hubiera sido comprensible si hubiese tenido divergencias políticas, pero ver a alguien con la formación ideológica de René traicionar “a causa de la comida” era, como dicen los cubanos, echar vinagre en la herida. Aunque los dos eran ciudadanos norteamericanos, ninguno de ellos había pensado jamás en valerse de esa condición para vivir en los Estados Unidos. A diferencia de mucha gente que soñaba emigrar, él y René vivían en Cuba porque querían, era una opción personal. Ambos habían ido a Angola como voluntarios. “No fuimos criados para preocuparnos por los bienes materiales”, repetiría Roberto. “Las papas y los frijoles nunca fueron para nosotros el centro de la vida”.

A pesar de la incredulidad generalizada, mientras tanto, la realidad era que René había robado un avión y se había exiliado en Miami, y punto final. Con esa dura realidad tendría que convivir la familia. Roberto enfrentaba las reacciones más disparatadas; las personas que habían conocido al hermano parecían sinceramente sorprendidas, sin entender qué lo había motivado a partir. Otros reaccionaban como si aquello fuera lo más natural del mundo. “No te martirices con eso –oyó Roberto muchas veces– porque René fue apenas uno más; se acabó, olvida eso”. Algunos ni siquiera ocultaban la admiración: “Él hizo muy bien. Un piloto competente, ¿qué iba a hacer aquí, si no hay ni combustible para volar? –decían otros– Esto aquí es una mierda, se tenía que ir”.

A ciento sesenta kilómetros de La Habana, en la Florida, el desierto era festejado por la comunidad cubana en el exilio. Al aterrizar, le bastó presentar la certificación de nacimiento que probaba la ciudadanía norteamericana para que las autoridades militares de Boca Chica lo liberasen. Llevado a Miami, habló a los periodistas que lo esperaban, entre ellos el reportero de

Radio Martí, cuya retransmisión horas después sepultaría las dudas de Olga y Roberto en La Habana. Sin dar ninguna señal de arrepentimiento, él parecía seguro de su acción. Dijo que se había sentido “un verdadero Cristóbal Colón” al ver los primeros cayos –el collar de islotes del sur de la Florida– y reveló que aquel era un viejo proyecto: “Planear la fuga me llevó tres meses, pero yo le había dicho adiós a Cuba desde hacía muchos años”.

Con el paso del tiempo, el desahogo de Roberto –“uno se va adaptando”– adquiriría aires proféticos, aunque en lo íntimo cada uno de ellos, sobre todo él, Olga e Irma, continuaran teniendo dificultades para entender aquello. La verdad fue que pasaron meses antes que René diera noticias. Las escasas y desencontradas informaciones que llegaban a conocimiento de Olga sobre el destino del esposo venían por las ondas de aquella que los cubanos llaman “radio bamba”, la red informal de noticias que va de boca en boca, el chisme, el rumor. Algunos decían que él trabajaba como obrero, otros aseguraban que era funcionario del aeropuerto de Miami, pero todas coincidían en un punto: René se estaba involucrando con organizaciones de extrema derecha en la Florida.

“Radio bamba” había acertado de lleno. En el primer año René dio instrucciones de vuelo en el aeropuerto de Opa-locka, municipio anexo a Miami; trabajó como reparador de techos, entre muchos otros trabajos de ocasión y, de hecho, se aproximó a las organizaciones armadas anticastristas diseminadas por el sur de la Florida. La diáspora cubana estaba especialmente alborozada con la autodisolución de la Unión Soviética. El previsible estrago que la desaparición de la potencia comunista provocaría en las estructuras de la Revolución cubana reavivó, hasta en los más conformistas, la esperanza de realizar el sueño de tres décadas: derrocar a Fidel Castro, reinstalar el capitalismo en la isla y recuperar las propiedades

confiscadas por la Revolución. Ante perspectiva tan animadora, antiguos dueños de bancos, industrias e ingenios azucareros, a quienes en los inicios de la década de 1960 se les habían expropiado sus bienes y de los cuales muchos habían reconstruido sus fortunas en el exilio, volvieron a abrir sus cofres a la infinidad de fracciones y tendencias en que se dividía la comunidad. Precisamente los Estados Unidos daban abrigo a cuarenta y un grupos anticastristas, de los cuales la mayoría, liderada por veteranos de bahía de Cochinos, defendía abiertamente la confrontación armada con Cuba.

Después de pasar un año errando de un lado para otro, a comienzos de 1992 René ingresó en una de aquellas organizaciones, la recién fundada Hermanos al Rescate, comandada por un viejo conocido de Cuba: José Basulto. Este no era solo un desertor como él, sino un enemigo jurado de la Revolución cubana. Cuando ambos se conocieron, Basulto era un próspero contratista de la construcción civil. A los cincuenta y un años, con las sienes blancas, conservaba la misma pinta de galán de telenovelas, que a veces se acrecentaba con unas gafas Ray-Ban, siempre ostentosas; y no abandonaba su idea fija: derribar al Gobierno cubano por la fuerza. Entrenado por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, la CIA, y después de realizar personalmente muchos atentados terroristas contra Cuba y frecuentar varios grupos anticastristas de la Florida, decidió crear su propia organización. Registrada, igual que todas las demás, como una “institución no lucrativa sin finalidades políticas”, los Hermanos tenían una particularidad: se autotitulaban “sociedad humanitaria”, aunque el propio Basulto fuese el primero en resaltar que entre sus misiones estaba “promover y apoyar los esfuerzos del pueblo cubano por liberarse de la dictadura”.

Los Hermanos nacían estimulados por el resurgimiento de un personaje en el paisaje cubano: el balseiro, el emigrante que

se lanza al mar en pequeñas embarcaciones, barcazas improvisadas o incluso en balsas, buscando exiliarse en los Estados Unidos. Para sus primeras actividades, la organización contaba con una escuadrilla formada por tres aviones 0-2 –la versión militar del Cessna 337–, retirados después de años de servicio en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam (1959-1975) y en la guerra civil de El Salvador (1980-1982). Basulto había recibido las aeronaves como presente, por orden del presidente George Bush y a pedido de la congresista cubano-americana Ileana Ros-Lehtinen. En los meses siguientes serían incorporados a la flota un Seneca 859C, dos Cessna 320 y dos Piper Aztec, adquiridos con donaciones de empresarios cubanos exiliados en la Florida, entre los cuales se podían ver nombres prominentes como el del multimillonario Jorge Mas Canosa, principal figura del anticastrismo en el exilio y presidente de la Fundación Nacional Cubano-Americana, creada en 1981 a sugerencia de Ronald Reagan. Antes de completar dos años de vida, los Hermanos eran dueños de una razonable flota de aviones de pequeño y mediano porte, algunos de ellos donados por personalidades solidarias con el anticastrismo, como los músicos cubano-americanos Willy Chirino y Gloria Estefan, o como la octogenaria actriz y cantante argentina Libertad Lamarque, que acabaría sus días en Miami.

Oficialmente, el objetivo de la organización era sobrevolar el estrecho de la Florida en busca de balseros perdidos, a los que las tripulaciones les lanzaban cajas con alimentos y bolsas de primeros auxilios, y transmitir por radio sus localizaciones para que la Guardia Costera de Estados Unidos pudiera conducirlos con seguridad hacia su territorio. Desde 1966 estaba en vigor la Cuban Adjustment Law –Ley de Ajuste Cubano–, promulgada por el presidente Lyndon Johnson y concebida con la explícita finalidad de estimular el éxodo de los desafectos a

la Revolución. Dicha ley garantizaba que todo cubano que pisara territorio norteamericano sería admitido como residente permanente y, un año después, recibiría la ambicionada *green card*, documento que garantizaba los mismos derechos de un ciudadano nacido en los Estados Unidos.

Aunque beneficiados por el privilegio que no se extendía a ningún otro extranjero, los cubanos recién llegados a Miami tenían que trabajar duro como cualquier inmigrante. No fue diferente para René, quien pasó a vivir en un apartamento de una habitación en el último de los cuatro pisos de un edificio en el distrito de Kendall, al sudoeste de Miami. Incluso si se tiene en cuenta que la ciudad no está entre las cincuenta más caras de los Estados Unidos, no era fácil vivir con el menguado presupuesto mensual de menos de mil dólares. Cuatrocientos eran para el alquiler, trescientos para la comida y doscientos para gastos cotidianos como electricidad, gas, teléfono, TV por cable y transporte. El dinero para la supervivencia venía de trabajos ocasionales, como reparar cercas de casas en el vecindario, cortar hierba y hasta fregar platos en restaurantes; y del pago de 25 dólares recibidos cada vez que laboraba como piloto en misiones de los Hermanos.

La experiencia adquirida en Cuba colocaría a René entre los pilotos más solicitados de la organización, al mismo nivel de veteranos con el doble de su edad y que contaban con miles de horas de vuelo más que él, como el propio Basulto y el cofundador de los Hermanos, William “Billy” Schuss. Nacido en La Habana en 1935, el estrábico sesentón Schuss era hijo de un norteamericano que llegó a ser copiloto del legendario Charles Lindbergh, autor de la primera travesía trasatlántica en solitario y sin escalas, realizada en mayo de 1927, cuando Lindbergh comandó el monomotor *The Spirit of Saint Louis* entre Nueva York y París. Al igual que Basulto, Schuss fue entrenado por la CIA y participó en la invasión de bahía de Cochinos, y se asiló

después en la Embajada de Brasil en La Habana, de donde salió rumbo a los Estados Unidos provisto de un salvoconducto que le obtuvo el embajador Vasco Leitão da Cunha.

Gracias a su pericia y a la confianza que el dúo formado por Basulto y Schuss depositaba en él, en los primeros dos años René realizó cientos de vuelos sobre el estrecho de la Florida. Con eso enriquecía su currículum de piloto –profesión cuya experiencia es medida principalmente por el número de horas de vuelo– y aumentaba sus ingresos mensuales. Al poco tiempo pudo dedicarse solo a la aviación y dejar de ser un “bisnero”, neologismo usual en la colonia hispana de Miami para identificar al buscavidas que acepta cualquier servicio para sobrevivir. En realidad, muchos de los jóvenes voluntarios que operaban en los Hermanos –donde además de cubanos había salvadoreños, guatemaltecos, argentinos– aparecían allí no solo por razones ideológicas, sino también atraídos por la oportunidad de engrosar sus carnés de horas de vuelo.

Con el pasar de los meses, René se dio cuenta de que socorrer a los balseros era apenas parte de las actividades de la organización. Cada vez, con mayor frecuencia, los aviones de los Hermanos burlaban los planes de vuelo presentados antes del despegue en los aeropuertos de la Florida, entraban en el espacio aéreo cubano y realizaban peligrosos y arriesgados sobrevuelos en La Habana. Cuando se encontraban encima del concurrido Malecón, la avenida de ocho kilómetros de extensión que va bordeando el mar de la capital cubana, los pilotos lanzaban desde el cielo cientos de miles de octavillas –pequeños panfletos incitando al pueblo a rebelarse contra el gobierno– o vaciaban en el aire sacos plásticos repletos de minúsculas medallas de aluminio con la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba.

La primera vez que participó como copiloto de Basulto en una de esas incursiones, René se asustó con la osadía del jefe

de la organización. Cuando se preparaba para cruzar el paralelo 24, que divide el espacio aéreo entre los dos países, Basulto hizo avanzar peligrosamente el avión hacia territorio cubano y anunció, desafiante, sus intenciones a la torre de La Habana:

—Buenas tardes, Centro Habana. Quien le saluda es el no-  
viembre-dos-cinco-cero-seis —el piloto se refería al prefijo del  
Cessna, N2506—. Estamos cruzando el paralelo 24 y permanec-  
eremos por dos o tres horas en su área. Estaremos a quinientos  
pies de altitud. Hoy nuestra área de operaciones será la región  
norte de La Habana. Reciba el saludo cordial de los Hermanos  
al Rescate y de su presidente, José Basulto, quien les habla.

Desde la capital cubana el controlador de vuelo respondió  
cortésmente, pero advirtió sobre la gravedad de la invasión:

—Ok, ok. Recibido, señor. Pero le informo que el área al  
norte de La Habana está activada. Al penetrar más abajo del  
paralelo 24, usted correrá riesgos.

Experimentado piloto, Basulto conocía el significado de la  
expresión “área activada”: aquel espacio estaba siendo utilizado  
para ejercicios militares y, por lo tanto, estaba vedado a los vuel-  
os civiles. Según las leyes internacionales, el Cessna, después  
de advertido, podría ser abatido en el aire. La amenaza no pa-  
reció intimidarle:

—Estamos conscientes de que corremos peligro cada vez  
que cruzamos el área al sur del paralelo 24, pero en nuestra  
condición de cubanos libres estamos dispuestos a hacerlo.

La aeronave volaba tan bajo que René podía divisar, sin  
ayuda de los binoculares, los carros deslizándose por el soleado  
Malecón, así como el hospital Ameijeiras, el edificio del hotel  
Nacional y el colorido y decadente conjunto de edificios de

La Habana Vieja. Inmediatamente después del diálogo entre Basulto y la torre cubana, dos pequeños triángulos negros, casi imperceptibles, cruzaron el cielo frente al Cessna, dejando en el aire dos trazos de humo blanco. El piloto y el copiloto sabían de qué se trataba: radares cubanos habían detectado su presencia en el área y enviaban dos cazabombarderos MiG-23 de la base de San Antonio de los Baños para ahuyentarlos. Si apenas uno de los seis misiles que tenía cada caza llegaba a disparar sobre las alas del Cessna, lo pulverizaría en el aire, pero Basulto, ajeno a la amenaza, continuó realizando evoluciones por el cielo azul durante más de una hora, hasta que decidió regresar a Miami. No se trataba de una manifestación de coraje. El presidente de los Hermanos trabajaba con una certeza: las autoridades cubanas lo pensarían mil veces antes de derribar un avión conducido por dos ciudadanos norteamericanos, gesto que podría acarrear una respuesta fulminante de los Estados Unidos. Basulto sabía que escasamente seis minutos serían suficientes para que los doscientos cazas F-15 Eagle, estacionados en las bases de MacDill, Homestead y Boca Chica, la misma donde René aterrizara, llegaran a La Habana, cada uno de ellos armado con ocho toneladas de misiles y bombas.

Como venía procediendo desde la primera incursión de aviones provenientes de la Florida en el espacio aéreo de Cuba, el Ministerio de Relaciones Exteriores del país envió una protesta por escrito al Departamento de Estado norteamericano. La Habana alertaba a los Estados Unidos sobre los riesgos de derribo de los aparatos y llamaba la atención sobre el hecho de que Basulto ni siquiera se había tomado el trabajo de disfrazar el origen de una de las aeronaves utilizadas por los Hermanos, el monomotor Cessna N58BB, que mantenía las insignias de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos pintadas en el fuselaje. No era la primera vez que el nombre del Gobierno norteamericano aparecía claramente asociado a agresiones contra la isla.

Meses antes, Cuba ya había denunciado a los Estados Unidos ante la Convención Internacional sobre Prohibición de Armas Bacteriológicas, por diseminar sobre su territorio huevos de la larva Thrips Palmi Karny, hasta entonces desconocida en el país, provocando que se perdiera por contaminación la mitad de la producción nacional de papas. El avión agrícola que esparció la plaga, un monomotor de matrícula N3093M, estaba registrado oficialmente como propiedad del Departamento de Estado.

Además de lanzar veneno, panfletos, medallas y pegatinas con frases como “Abajo el tirano Castro”, era común que los pilotos interfirieran deliberadamente en las transmisiones de la torre de control del aeropuerto José Martí, en La Habana, poniendo en peligro la vida de miles de pasajeros de empresas comerciales que diariamente cruzan los corredores aéreos cubanos, en vuelos de los Estados Unidos rumbo a la América Latina o en sentido opuesto. Con frecuencia las tripulaciones de compañías aéreas, al sobrevolar Cuba, eran sorprendidas por una inusitada grabación transmitida a partir de los aviones de los Hermanos, en que alguien, simulando el final de una misa, recitaba la oración a la Virgen de la Caridad del Cobre:

Santa María de la Caridad, que viniste como mensajera de paz,  
tú eres la Madre de todos los cubanos, a ti acudimos, Santa Madre,  
para honrarte con nuestro amor de hijos (...)  
Por la Patria desgarrada, para que todos construyan  
la paz y la concordia (...)  
por las familias, para que vivan la fidelidad y el amor  
por los niños, para que crezcan saludables  
por los que están lejos de la Patria  
por la Iglesia cubana y su misión evangelizadora  
por los sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos (...)  
¡Madre de la Caridad! ¡Bendita tú eres entre las mujeres  
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús!

Después de un breve silencio, la voz resurgía cerrando la transmisión: “Recemos un padrenuestro, tres avemaría y un gloria”.

Pese a las denuncias y protestas cubanas, la negligencia del Gobierno de los Estados Unidos con los delitos cometidos por los grupos contrarrevolucionarios –no solo las violaciones del espacio aéreo, sino también la colocación de bombas y la realización de atentados armados contra Cuba– transformaba la Florida en un vedado donde todo podía hacerse a las claras. Entrevistas colectivas eran convocadas en los hangares de los aeropuertos de Miami, Kendall, Key Marathon y Opa-locka, de donde partían los vuelos. Como forma de engrosar el presupuesto de las organizaciones, fotografías de la capital cubana tomadas desde los aviones eran vendidas por diez dólares en los kioscos de la Pequeña Habana, barrio en que se concentran los exiliados cubanos. En incontables ocasiones, René llevaba a bordo equipos de los dos principales canales de televisión local, Univisión y Telemundo, que filmaban y exhibían en horario estelar los vuelos sobre el litoral de Cuba, muchas veces con imágenes del amenazador zigzag de advertencia de los MiG en torno a los aviones invasores.

Si la divulgación de las provocaciones realizadas por los Hermanos y por otras organizaciones a través del sistema de Radio y TV Martí provocaba cada vez mayor indignación entre los gobernantes en Cuba, eso funcionaba en Miami como un estímulo para que nuevos aventureros se animaran a atravesar el estrecho de la Florida no solo en busca de una nueva vida, sino dispuestos a incorporarse a los agresivos grupos anticastristas. Fue así que un oficial superior de la Fuerza Aérea cubana desembarcó en los Estados Unidos trece meses después de René, en una hazaña aún más cinematográfica que la de aquel.

## II

El comandante de un MiG nada siete horas por la bahía de Guantánamo, infestada de tiburones. Al llegar a la base aeronaval de los Estados Unidos, sale del mar gritando: “Soy un oficial cubano, estoy desertando”



El nuevo y llamativo personaje que se integraría a las huestes anticastristas de la diáspora cubana en Miami, en marzo de 1992, era el mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Juan Pablo Roque, de treinta y ocho años, quien luego sería conocido como “el Richard Gere del exilio”, por su parecido físico con el célebre actor norteamericano. Aprovechando un fin de semana libre, el día sábado 22 de febrero, tomó en La Habana un vuelo comercial rumbo a la ciudad de Guantánamo, situada a ochocientos kilómetros de la capital cubana. Llegado allá, compró un pasaje en tren para una pequeña villa de pescadores llamada Caimanera. Experimentado piloto de cazas MiG-23, con largos años de formación en la Unión Soviética, Roque viajaba solo, vestido de civil, y como equipaje llevaba apenas una mochila de material sintético colgada al hombro. Desde la estación ferroviaria de Caimanera caminó algunos kilómetros hasta alcanzar las márgenes de la ensenada de Joa, lugar en que la bahía de Guantánamo se asemeja a una enorme laguna. En aquel sitio comienzan los límites de la base naval de aproximadamente ciento veinte kilómetros cuadrados, que desde 1903 los Estados Unidos ocupan en territorio cubano, y que al inicio del siglo XXI sería transformada en presidio para afganos e iraquíes acusados de terrorismo por los Estados Unidos. Roque se sentó en la arena de la playa y esperó a que cayera la noche. Cuando oscureció por completo, las únicas luces visibles venían de los reflectores de las lanchas guardafronteras cubanas que patrullaban aquel cabo de mar las veinticuatro horas del día. A las ocho de la noche, el militar decidió que había llegado la hora. Escondido

tras un paredón de rocas, se despojó de la ropa y los zapatos, se quedó en calzoncillos y sacó de la mochila los pertrechos de buceo, su pasatiempo favorito. Se puso la gastada ropa impermeable, se calzó las patas de rana y se colocó sobre la cara la máscara de buceo, atada a un tubo de respiración de tipo Snorkel. Se colgó al cuello una bolsita de vinil impermeable, que contenía sus documentos y la foto de un amigo: el general cubano Arnaldo Ochoa, condenado a muerte y fusilado en La Habana bajo la acusación de liderar una red de tráfico de cocaína y contrabando. Se ciñó a la cintura el cuchillo de lámina dentada que usaba para sus cacerías submarinas y entró silenciosamente en el agua, preocupado por no despertar la atención de las tripulaciones de las lanchas patrulleras.

La travesía de unos nueve kilómetros le llevó casi siete horas. Cada vez que miraba hacia arriba y veía las luces de los barcos guardafronteras barriendo la superficie del agua, se sumergía, siempre con el cuidado de no descender demasiado, ya que se trataba de un área infestada de tiburones. A cierta altura percibió que el *zipper* de su traje se había roto, dejando el overol abierto al medio. Las dos mitades del traje impermeable se habían transformado en un obstáculo que le entorpecía la respiración, exigiendo un esfuerzo redoblado de los pulmones y los brazos. Haló el cuchillo que llevaba a la cintura, cortó de arriba abajo el tejido de neopreno, se libró de los pedazos que se enredaban entre sus piernas y prosiguió en calzoncillos. Ya eran más de las tres de la madrugada cuando el mayor subió a la superficie e hinchó de aire sus pulmones, aliviado. A través del vidrio de la máscara, cubierto de gotas de agua, vio la bandera de los Estados Unidos ondeando en un mástil iluminado y leyó la inscripción que se encontraba sobre un gran portón custodiado por marines armados: “US Naval Base Guantanamo Bay”. Lo había conseguido. Salió del agua y siguió por la arena caminando torpemente, hasta que vio a un

grupo de reclutas en trajes de campaña, con los fusiles apuntados en dirección a él. Levantó las manos y anunció en español e inglés: “¡Soy oficial del Ejército cubano y estoy desertando! I am a Cuban army’s officer and I am deserting! ¡Soy cubano! ¡Estoy desertando!”.

Conducido a la sala de oficiales, Roque entregó sus documentos y resumió las razones que lo llevaron a abandonar el país y pedir asilo en los Estados Unidos. Recibió un overol verde olivo e hizo un chiste cuando un soldado apareció con una hamburguesa y una Coca-Cola, comprados en la cafetería McDonald’s de la base: “¡Para quien lleva años comiendo McCastro’s, una McDonald’s de verdad es un banquete!”

Rodeado por militares, contó que sus divergencias con el gobierno de la isla habían comenzado después del fusilamiento del general Ochoa y se habían agravado a partir del momento en que pasó a defender la Perestroika, movimiento político liderado por el *premier* Mijaíl Gorbachov, que culminara con la autodisolución de la URSS. La gota de agua que había colmado la copa había sido la prisión de sus hermanos Alejandro y Raúl, también pilotos de los MiG, encarcelados tras una frustrada tentativa de huir de Cuba. Al ser puesto bajo sospecha por sus superiores y transferido a un cargo burocrático en el aeropuerto de La Habana, con prohibición de volar, Roque decidió dejar atrás a su mujer, Amelia, y a sus dos hijos menores, y abandonar el país. Los servicios migratorios norteamericanos fueron rápidos y tres semanas después llegó la autorización para viajar. A mediados de mayo viajó gratuitamente en un avión de la base militar y desembarcó en Miami, ciudad en la que nunca había estado.

La patente de oficial superior y el destaque dado por los medios internacionales a su desertión no aligeraron las dificultades que todo cubano debía superar en los primeros meses de exilio. Sin una moneda en el bolsillo, Roque se instaló

inicialmente en casa de la tía Aurora, una hermana de su madre que había emigrado con la familia en los primeros años de la Revolución. Después pasó a compartir un cuarto con su primo Denayf Elías Roque, agente de la Policía Federal norteamericana –el FBI– y durante el día deambulaba por la Pequeña Habana en busca de empleo; cualquier empleo. Como los anuncios clasificados no ofrecían plazas para pilotos de cazas supersónicos, trabajó como obrero asfaltando calles, y como repartidor de *pizzas* y entrenador personal de los moradores de los elegantes distritos de Coral Gables y Coconut Grove.

El destino del piloto solo comenzó a cambiar cuando se aproximó a dos compatriotas: Alberto Cossío, joven y activo empresario en Miami; y Nico Gutiérrez, líder de una asociación de antiguos hacendados cubanos cuyas tierras e ingenios azucareros habían sido expropiados por la Revolución. Fue a través de ellos que llegó hasta José Basulto, quien lo invitó a incorporarse a los Hermanos. Los días de “bisnero” habían terminado. El carné de pilotaje, con miles de horas de vuelo como comandante de MiG, calificó a Roque para formar parte del primer *team* de la organización, compuesto por Basulto, Billy Schuss y Arnaldo Iglesias, cubanos los tres; y el argentino Guillermo Lares, joven y bien parecido, que era un aventurero anticastrista y amigo de Carlos Menem, entonces presidente de la Argentina. El grupo se autotitulaba Los Kamikaze, aludiendo a los pilotos suicidas japoneses que durante la Segunda Guerra Mundial lanzaban sus aviones contra blancos de los aliados. Al recordar aquello, pasados dieciocho años, Roque insistiría en que el nombre no era una bravata: “Nosotros violábamos todos los reglamentos aéreos y hacíamos caso omiso de los parámetros básicos de seguridad, según los cuales el número de días libres de un piloto no puede ser inferior a ocho períodos de veinticuatro horas por mes. ¡Imagínese!

Llegábamos a volar nueve horas por día los siete días de la semana, el mes entero.

Para obtener tal desempeño, aeronaves cuya autonomía no alcanzaba las cuatro horas –como es el caso de los Cessna 337– eran adaptadas con tanques internos de fibra de vidrio, artificio que duplicaba la capacidad de vuelo, pero sometía a las tripulaciones a riesgos que podían ser fatales. “El propio Basulto perdió un motor y escapó de la muerte por escaso margen –recordaría Roque– al intentar un aterrizaje de emergencia en Cayo Sal, en las Antillas venezolanas”.

En la orilla norte del estrecho de la Florida, el Gobierno cubano insistía en reaccionar diplomáticamente a las violaciones del espacio aéreo nacional por aviones originarios de los Estados Unidos. A cada incursión, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba enviaba un escrito a la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, instalada en un moderno edificio de siete pisos de concreto situado en mitad del Malecón. Las cartas eran prácticamente idénticas; lo que cambiaba era apenas la fecha y las matrículas de los aviones invasores:

El Ministerio de Relaciones Exteriores saluda atentamente a la Sección de Intereses de los Estados Unidos de América, ocasión en que le transmite su preocupación ante la grave situación creada en la Región de Información de Vuelos de la República de Cuba. Las autoridades cubanas detectaron que aviones procedentes del territorio norteamericano, oriundos de los aeropuertos de Opa-locka, Miami y Cayo Maratón, violaron el espacio aéreo de la República de Cuba; utilizaron indebidamente las frecuencias de radio responsables del control de tráfico aéreo; interfirieron en los referidos controles, poniendo en peligro la seguridad de los vuelos civiles internacionales que utilizan los corredores aéreos cubanos. Esas violaciones, irresponsables y provocativas, fueron hechas a distancias de las costas cubanas que oscilan entre 1,5 y 3,5 millas. Tales violaciones fueron realizadas por aeronaves de la marca Cessna modelo

337, de matrículas norteamericanas N58BB, N108LS y N2506. El Ministerio de Relaciones Exteriores exige que las autoridades norteamericanas adopten medidas efectivas para que se ponga fin a estos hechos.

Siempre bajo el pretexto de socorrer a balseros perdidos en el mar y ante la indiferencia de los Estados Unidos, los Hermanos eran cada vez más osados. A mediados de la década de los 90, Cuba llevó al Consejo de Seguridad de la ONU pruebas de que en dos ocasiones la organización de Basulto había pasado informaciones, desde el aire, a la flotilla de un grupo de Miami denominado Movimiento Democracia, indicando a barcos con grupos anticastristas la localización de las lanchas guardafronteras cubanas para que estas fueran evitadas, permitiendo la infiltración en las playas de Varadero y Villa Clara, localidades donde pretendían realizar atentados con bombas. Indiferentes a las quejas de Cuba y a los conflictos diplomáticos que sus acciones provocaban, los hombres de los Hermanos seguían volando en dirección a la isla. Con el correr del tiempo, Roque se convertiría en la *vedette* de la organización.

La fuga audaz, el pasado de piloto de caza y la apariencia hollywoodense, hicieron de él un personaje habitual en los programas de televisión y de entrevistas en periódicos y revistas. Un semanario de vanidades llegó a ofrecerle 5.000 dólares para participar de aquello que en la jerga periodística es llamado “cáscara”, una noticia falsa, inventada. Para recibir el dinero, él tendría que hacerse pasar por el actor Richard Gere y dejarse fotografiar a distancia, rodeado de mujeres en una playa de Miami, por un falso *paparazzi*. La oferta era tentadora, pero prevaleció el pudor. Además de eso, el mayor, quien como René había dejado mujer e hijos en Cuba, ya estaba involucrado afectivamente con una cubano-americana.

El flirt comenzó una semana después de su llegada a Miami. Invitado por la tía Aurora a asistir al culto dominical en una iglesia bautista de Coral Gables, Roque fue presentado por el primo Denayf a Ana Margarita Martínez, una atractiva muchacha cinco años más joven que él. Acompañada por la familia, a los seis años de edad Ana había sido pasajera de uno de los “vuelos de la libertad” organizados por el gobierno del presidente John Kennedy, con el fin de sacar de Cuba a los descontentos con la Revolución que quisieran exiliarse en los Estados Unidos. Ella nunca fue militante anticastrista, pero se convirtió en un personaje típico del paisaje de la Guerra Fría en el estrecho de la Florida: ya se consideraba una norteamericana y jamás había pasado por su cabeza volver a su país de origen. Al regresar de un vuelo al hangar de los Hermanos en Opa-locka, meses después de conocerla, Roque reveló a René González, de quien se había hecho amigo, sus planes de casarse con Ana Margarita. Como respuesta oyó a René decir que, a diferencia de él, nunca había dejado de amar a la mujer que abandonara en Cuba. “Sigo enamorado de Olga, no aguanto más la nostalgia por ella y por nuestra hija, Irmita –confesó–, y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para convencerla de exiliarse en Miami”.

Como ya debía de haber notado él en las escasas y secas cartas que recibía de casa –casi siempre destinadas a darle noticias de la hija–, esa intensa pasión no era correspondida por la exmujer. Para Olga, todo lo que restaba del amor vivido con René cabía en la mitad de un pequeño armario. Con el correr del tiempo, el recuerdo del exmarido solo resurgía por instantes, una vez al día, cuando después del baño ella escogía el vestido que iba a usar. Era inevitable que sus ojos pasaran por las camisas y pantalones de él, colgados en un extremo del mueble, desenterrando momentáneamente los mejores años de su vida.

Pero después el enojo vencía a la nostalgia y la única cosa que conseguía era repetir para sí, en silencio, la promesa cuyo cumplimiento posponía un día tras otro: “Tengo que regalarle esa ropa a alguien”. En un entrepaño de madera del armario, encima de donde se colgaban los vestidos, a salvo del alcance y la curiosidad de Irmita, escondía el pequeño mazo de sobres con bordes en rojo y azul, colores del correo de los Estados Unidos, en los que yacían las cartas que René comenzara a enviarle meses después de la fuga. Escritas siempre en tono cariñoso, hablaban de la vida en el exilio e invariablemente terminaban con el pedido que poco a poco se convertía en súplica: que Olga lo perdonara por la desertión y se fuera con su hija a la Florida, donde vivirían todos juntos. En la única ocasión en que ella se dispuso a responder fue para reiterar, sin subterfugios, que sus sentimientos no habían cambiado desde que él se fuera: no estaba interesada en irse a los Estados Unidos y mucho menos permitiría que la hija fuese educada por un traidor. Casi dos décadas después, todavía era posible ver en el papel cebolla la letra de Olga, borrada por las lágrimas que derramó René al leer la carta.

La principal preocupación de ella eran las consecuencias que aquella situación podría traer para la formación de Irmita. Cada vez que la niña preguntaba por su padre, Olga repetía la misma mentira. Inventaba que él estaba en el exterior, como muchos otros cubanos, en misiones comerciales para intentar minimizar los efectos del bloqueo económico al que los Estados Unidos sometían a la isla. No era una disculpa descabellada. Durante el llamado “período especial” que siguió al derrumbe de la Unión Soviética, Cuba envió a varios puntos del planeta decenas de funcionarios encargados de montar empresas “privadas”, dedicadas a contravenir el bloqueo norteamericano, buscar mercados para productos que antes eran vendidos a la URSS —principalmente azúcar, tabaco y níquel— y comprar

bienes de primera necesidad, como petróleo, alimentos, insumos agrícolas y medicamentos.

Al cumplir nueve años, Irmita recibió una cariñosa carta del padre, aparentemente enviada desde México. Dentro del sobre, René le envió un sencillo regalo de cumpleaños, un rompecabezas formado por calcomanías en colores, un juego de agilidad mental en el que podían participar dos o más personas. Al poco tiempo, la niña se convirtió en una experta del juego y vencía no solo a los compañeritos de escuela, sino también a los adultos, como la madre y el tío Roberto. El día que apareció en su casa el primo mayor, Sergio, ella lo desafió a jugar unas partidas. Experimentada en el juego, ganó la primera, la segunda y así en lo adelante. Al llegar invicta a la décima partida, no resistió y se pavoneó ante el adversario:

—Soy tres años menor que tú y las gané todas. ¡Yo soy la campeona!

El primo no se tragó la insolencia y le respondió al momento:

—Es verdad, eres la campeona. ¡Pero tu padre es un gusano, el mío no!

En la Cuba revolucionaria no parece haber insulto más ofensivo que llamar gusano a alguien. Es una manera depreciativa de referirse a una persona sin escrúpulos y marca aplicada, indistintamente, a los críticos del régimen y a las decenas de miles que decidieron exiliarse después del triunfo de la Revolución. Llorando, Irmita se lanzó sobre el primo con tal violencia que los adultos tuvieron que intervenir para separarlos. Por la noche, antes de dormir, la niña quiso saber y preguntó a Olga si la acusación era verdadera. La madre le dijo que no, que el primo era un mal perdedor e insistió en la

historia de que René estaba viajando por el mundo para ayudar a la economía cubana, y que después volvería a casa.

Tal vez porque era menos doloroso, la niña pareció creer en la mentira inventada por la madre, pero aun así, de vez en cuando tenía sus recaídas. Una de ellas tuvo lugar cuando Olga regaló a una amiga, que tuvo un bebé, la primorosa cuna de madera que René había hecho para su hija en la ebanistería de un vecino; después, al notar que el tío Roberto y el abuelo paterno comenzaron a aparecer en su casa, en las visitas de fin de semana, usando ropas que ella sabía que eran del padre. El cariño por el tío y el abuelo era grande y ella nunca les dijo nada, pero aquello no pasaba inadvertido por la cabeza de quien ya no era una criatura: “Para mí no era como si nos estuviésemos deshaciendo de la cunita, los pantalones y las camisas –recordaría, ya adulta– sino de mi propio padre”. De él solo tenía noticias esporádicamente y eso apenas cuando hacía preguntas indiscretas a la madre. Olga no. El marido continuaba escribiéndole con regularidad, sin perder nunca la esperanza de que ella y la hija se fueran para los Estados Unidos. Raras veces respondía y cuando lo hacía era para decirle que no. No quería llevarse a la hija para que fuera criada “al lado de un terrorista mañoso como José Basulto”.

Pero sin que su mujer lo supiera, René había dejado de trabajar con Basulto para operar en otra organización de extrema derecha, el PUND –Partido de la Unión Nacional Democrática–, un pequeño grupo anticastrista con poca o ninguna expresión política que también se dedicaba, al menos oficialmente, a socorrer balseros perdidos en el mar. Su única herramienta de trabajo era un solitario bimotor Beechcraft Barón 55, donado por un empresario cubano exiliado en El Salvador. Instalado en el segundo piso de un bar en la esquina de la avenida 17 y la calle 5, en el sudoeste de Miami, el PUND había sido creado a fines de 1989 por Sergio Francisco

González Rosquete, animado por la perspectiva de que la Perestroika implantada por Gorbachov en la URSS acabara, dejando a Cuba en la orfandad. Rosquete había cumplido algunos años de prisión en La Habana y, al ser liberado en 1969, huyó a los Estados Unidos. Sus dos lugartenientes eran el también cubano Héctor Viamonte, exguardaespaldas de Jorge Mas Canosa, presidente de la más poderosa de todas las organizaciones anticastristas, la FNCA –Fundación Nacional Cubano-Americana–, y el septuagenario Frank Angelo Fiorini. La opinión pública no conocía a Fiorini por ese nombre, sino por el que había adoptado, Frank Sturgis, con el que frecuentó las primeras planas del noticiario internacional en dos ocasiones: primero, a comienzos de los años 60, acusado de estar involucrado en la trama que llevó al asesinato del presidente Kennedy; y después en 1972, como uno de los agentes de la CIA atrapados in fraganti espionando al Comité del Partido Demócrata, en Washington, episodio conocido como “el escándalo Watergate”, que culminaría con la renuncia del presidente Richard Nixon.

El atractivo que René veía en el PUND era el salario fijo de 175 dólares semanales, pagados religiosamente todos los sábados por la mañana, en efectivo, en la caja del bar, sin importar cuántos vuelos realizara. Al saber de sus nuevas actividades, algunos amigos le advirtieron sobre el rumor de que el PUND no pasaba de ser una fachada para encubrir el transporte de drogas de América Central hacia Miami, lo que explicaría la abundancia de recursos en manos de una organización tan insignificante. Aunque no quería enredos con la DEA –Drugs Enforcement Administration–, la poderosa y vigilante agencia antidrogas del Gobierno norteamericano, René creía que la acusación era apenas una más de las intrigas que envenenaban el mundo anticastrista. Si el PUND era una fachada para el tráfico, el montaje estaba muy bien hecho, ya que el propio

René había visto varias veces a grupos de exiliados recibiendo armas pesadas en el pequeño bar de la planta baja y saliendo para el entrenamiento militar en varios vehículos. Y meses antes, la policía cubana había detenido a uno de los cabecillas del PUND, Humberto Real Suárez, cuando este, acompañado por otros seis militantes de la organización, intentaba desembarcar un cargamento de armas y explosivos en una playa de Villa Clara. El pescador que fue testigo de la frustrada infiltración fue muerto a tiros, crimen que acarrearía la condena a muerte de Real Suárez.

Después de algunos meses de trabajo, sin embargo, el piloto empezó a sospechar que las insinuaciones sobre el tráfico de drogas tal vez fueran procedentes. Los planos de vuelo presentados en los aeropuertos de Miami siempre anunciaban viajes sobre el estrecho de la Florida, en busca de balseros, pero media hora después del despegue los aviones daban media vuelta, tomaban rumbo al Sur y aterrizaban en pistas clandestinas en la franja caribeña de Honduras. Las aeronaves nunca permanecían mucho tiempo en tierra y, a veces, el piloto no llegaba a apagar el motor. Solo estaban en tierra el tiempo suficiente para que fuesen embarcados misteriosos fardos, en los que nadie podía poner las manos. De vuelta a la Florida, los paquetes eran transportados en camionetas que esperaban por las tripulaciones en la pista y pronto quedaba terminada la operación. Desconfiado por todo aquello, René decidió compartir sus temores con el amigo Juan Pablo Roque. Ana Margarita, que continuaba en su noviazgo con el mayor cubano, recordaría muchos años después que en esas ocasiones, cuando querían conversar a salvo de oídos indiscretos, “los dos se comunicaban en ruso, idioma que ambos parecían hablar con fluidez”. Roque sugirió un encuentro de René con el agente “Slingman”, superior del primo Denayf en el FBI.

“Slingman” era el nombre en clave de Oscar Montoto, cubano naturalizado norteamericano. Pálido, alto, delgado, de cabeza oval casi totalmente calva y mirada triste, Montoto era un experimentado agente que el FBI acostumbraba a destacar en operaciones consideradas relevantes. Años después él viajaría a Brasil como observador del Departamento de Estado, legalmente registrado, para acompañar las pesquisas de la policía brasileña que investigaban el asesinato de la misionera Dorothy Stang por terratenientes de las tierras amazónicas. El tráfico de estupefacientes no era su área de actuación, pero Oscar “Slingman” Montoto oyó con atención lo que René tenía que contar y, al final, propuso un nuevo encuentro para unos días después. Regresó acompañado de Alejandro “Alex” Barbeito, agente especial del Escuadrón Antidrogas del FBI; un policía –como recordaría después René– cuya cortesía tenía poca semejanza con la imagen de los federales que estaba habituado a ver en el cine y en las series televisivas. Tuvo con el cubano una conversación larga, pero sin llegar a conclusiones. Parecía obvio que se trataba de un caso de tráfico de drogas, pero Barbeito prefería actuar con cautela antes de tomar cualquier iniciativa. El policía tenía conocimiento de la fuerza política y la influencia de la comunidad cubana en la Florida. El voto de los exiliados no solo elegía concejales, gobernadores, representantes estatales y federales. Ningún presidente norteamericano, demócrata o republicano, había llegado a la Casa Blanca sin antes someterse al besamanos de los jefazos de la diáspora cubana en Miami. Cada cuatro años, un Comité de Acción Política –una especie de ONG autorizada a recaudar dinero para causas políticas– formado por la élite de la comunidad cubana irrigaba, con donaciones que llegaban a diez millones de dólares, las campañas electorales de unos cuatrocientos candidatos a representantes y senadores. Los agraciados no tenían que ser necesariamente de origen cubano y

poco importaba su estado de origen o si eran republicanos o demócratas. Bastaba que defendiesen los puntos de vista de la diáspora cubana, que estuvieran comprometidos con la continuación del bloqueo a Cuba y con todas las formas de lucha para poner fin al régimen comunista que imperaba en la isla. Según el juicio unánime de los observadores políticos, el poder del *lobby* cubano en el Congreso solo era superado por el multimillonario AIPAC: Americas Pro Israel Lobby, el Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel.

Así, parecía claro que abrir una investigación infundada contra un dirigente de una organización anticastrista, incluso si se trataba de un grupo oscuro como el PUND, se podía convertir en algunos meses de congelamiento, cuando no en una transferencia inesperada a una remota oficina del FBI, a miles de kilómetros de distancia de la comfortable Miami. Barbeito pidió algunas semanas para “hacer consultas”, al final de las cuales se volverían a ver.

A sugerencia de los policías, los encuentros eran siempre fijados en restaurantes baratos y cafeterías de las cadenas McDonald’s y Burger King. Esa vez el lugar propuesto fue el Palacio de los Jugos, un expendio de jugos en la calle 57 de la Pequeña Habana. “Alex Barbeito me pareció un joven entusiasmado y sinceramente comprometido en la lucha contra el narcotráfico –diría René, muchos años después–; llegó acompañado de dos americanos rubicundos –uno de ellos era el agente federal Al Alonso, como descubriría más tarde el piloto– que anotaron todo lo que se dijo en el encuentro”. Llevando en la manga la carta blanca que les concediera Lloyd King, subprocurador general de la Florida, los policías fueron objetivos: si estaba de acuerdo, René pasaría a entregar regularmente al FBI sus informaciones sobre actividades sospechosas del PUND, tarea por la que recibiría una remuneración mensual de 1.500 dólares. Gracias a una incontinencia verbal

aparentemente deliberada de Barbeito, René supo que ya hacía más de un año que Roque prestaba servicios semejantes al FBI, por la misma remuneración mensual. Solo después de pasar semanas realizando pruebas con micrograbadoras pegadas al cuerpo, bajo la ropa, siempre monitoreado por técnicos del FBI, fue que el padre de Irmita se sintió seguro para comenzar a grabar sus conversaciones con los dirigentes del PUND.

Algunos meses de trabajo transcurrieron hasta que los policías decidieron que era el momento de dar el golpe. Cierta viernes, René fue instruido por Barbeito para inventar una disculpa y no participar del vuelo que Héctor Viamonte haría a la mañana siguiente. El sábado, el bimotor del PUND despegó de Cayo Maratón, recogió fardos en un pequeño aeropuerto hondureño, hizo una breve escala en Nassau, Bahamas, y regresó a la Florida. Al aterrizar en Miami y entrar en uno de los hangares del aeropuerto, el avión fue cercado y ocupado por decenas de policías armados. Abiertos los paquetes embarcados en Honduras, las sospechas se confirmaron: se trataba de una carga de cocaína. Allí mismo fueron detenidos Viamonte y su copiloto. Bajo las palmeras de Cayo Maratón llegaba a su fin la carrera del informante René, que prefirió no involucrarse más con el personal del FBI.

La pérdida del empleo no era tan grave. Desde sus tiempos del PUND, René había recibido una invitación para trabajar en el llamado Movimiento Democracia, fundado y dirigido por Ramón Saúl Sánchez, un empresario cubano, pálido y delgado, de ojos grandes y bigotes negros, que había sido llevado a los Estados Unidos por sus padres a los seis años de edad. A diferencia de los Hermanos, la organización de Sánchez realizaba no solo actividades aéreas, sino también navales. Al comienzo, el sector aéreo disponía de apenas tres aviones, pero el naval contaba con una flotilla de decenas de lanchas y barcos de varios calados, con la que se hacían peligrosas incursiones

en aguas territoriales cubanas. Antes de crear el Movimiento Democracia, Sánchez había militado en diversos y agresivos grupos anticastristas asentados en la Florida, como el Frente de Liberación Nacional Cubana, Alfa 66, Jóvenes de la Estrella, Organización para la Liberación de Cuba, Omega-7 y el CID –Cuba Independiente y Democrática–. En varias ocasiones su nombre aparecía asociado a ataques piratas, planes de atentados, secuestros y acciones armadas contra la isla. Convocado en 1984 a testimoniar ante el Gran Jurado, instalado en Nueva York para indagar sobre la autoría de un atentado a la Sección de Intereses de Cuba en Washington, Ramoncito –como era conocido– se negó a comparecer ante el tribunal, por lo que fue condenado a cuatro años de prisión, de los cuales cumplió solamente dos, pues sería indultado en 1986 por el presidente Reagan.

Mientras René desarrollaba sus actividades en el Movimiento Democracia, su amigo Juan Pablo Roque, quien permanecía en los Hermanos, informó al mercado editorial que había decidido escribir un libro sobre su experiencia como desertor. A la espera de la mejor oferta por los derechos de autor, el militar envió a varias editoras de la Florida, New Jersey y Nueva York una breve carta en la que ofrecía su proyecto. La sinopsis prometía una bomba capaz de sacudir los cimientos de la Revolución cubana:

Soy un exmayor de las Fuerzas Armadas de Cuba y piloto de combate de MiGs 21 y 23. Cursé cuatro años de estudios en la Academia Superior Político-Militar Lenin, en Moscú, y retorné a Cuba como subcomandante de un regimiento aéreo de las Tropas de Defensa Antiaérea. Fui también jefe de la Sección Política del Partido Comunista, responsable de 25 núcleos del PCC y de dieciocho comités de base de la Unión de Jóvenes Comunistas.

Llegué a este país procedente de la Base Naval de Guantánamo, donde conseguí entrar después de nadar toda una noche. Desde mi llegada vengo escribiendo sobre varios tópicos internos de las Fuerzas Armadas

y la fuerza aérea cubana. Conseguí sustraer de Cuba fotografías de diferentes cuadros superiores del Ejército y de la Fuerza Aérea, así como del Ministerio de las FAR –Fuerzas Armadas Revolucionarias– comandado por Raúl Castro. Todos esos documentos son inéditos y están en mi poder. Escribí un libro con los siguientes datos, que llegarán al público por primera vez [...] Discrepancias entre las distintas generaciones dentro de las FAR, sus motivaciones y desencantos [...] La Perestroika: visión interna del tema en el seno de la oficialidad y cómo la Dirección Política Central de las FAR lidia con esa cuestión [...] El caso del general Arnaldo Ochoa y la verdadera opinión de las FAR y del Ministerio del Interior sobre el asunto. La prisión de Ochoa y mi encuentro con él quince días antes de su detención.

Todos esos aspectos, además de una gran cantidad de fotografías y documentos, forman parte del libro, permitiendo una nueva visión de las FAR en la actualidad. Es el punto de vista de un piloto que creció y se desarrolló dentro de la máquina que lo condenó a él y a sus dos hermanos, también pilotos, que permanecen presos por el régimen.

Agradezco de antemano el tiempo y el interés dispensado a esta, a la espera de una respuesta pronta y satisfactoria.

Atentamente,

Juan Pablo Roque

Aunque existían en la Florida decenas de editoriales especializadas en temas cubanos, quien acabó por adquirir los originales fue la CANF Editors, el brazo editorial de la Fundación Nacional Cubano-Americana, con sede en Washington. Lo que el autor tenía en las manos, en realidad, era apenas un esbozo. La firma del contrato de edición coincidió, a mediados de 1994, con una nueva ola migratoria llegada de Cuba, provocada por el agravamiento de la crisis económica. El resurgimiento de los balseiros aumentó la demanda de pilotos experimentados, y el tiempo de que Roque disponía para escribir era corto. El libro, propiamente dicho, aún llevaría unos meses de trabajo antes de ser entregado al editor.

Cuanto más se agravaba la crisis económica en la isla, mayor era el número de cubanos que se arriesgaban a dejar el país por la más peligrosa puerta de salida: el mar. A los problemas económicos se sumaba el endurecimiento del Departamento de Estado en cuanto a la concesión a cubanos de visados de entrada legal en el país, lo que provocaba filas interminables en la puerta de la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana. Las autoridades de Washington eran mezquinas en cuanto a la concesión de visados, pero mantenían la política de estímulo a la arriesgada travesía por mar y al secuestro de embarcaciones. Como entendía que aquel era también un problema del Gobierno norteamericano, ya que cada día era más difícil recibir e instalar a los ilegales que llegaban a la Florida, el Gobierno cubano decidió no reprimir más las fugas, que se volvían cada vez más numerosas.

Cualquier adulto cubano sabía que salir del país por mar era, de hecho, una temeridad. Quien consiguiera, ya fuese a bordo de flotadores, balsas o botes, navegar hasta los límites de doce millas de aguas territoriales y entrar en aguas norteamericanas, tenía que rezar para ser localizado y rescatado por la Guardia Costera de los Estados Unidos, encargada de transportar hasta territorio norteamericano a los naufragos y ocupantes de embarcaciones de riesgo. Quien podía pagaba caro para ser recogido en las costas cubanas y llevado hasta los primeros cayos de la Florida, los islotes que vistos desde lo alto parecen un collar de perlas al su de cayo Hueso. El nuevo éxodo generó una efímera pero lucrativa actividad para marineros y dueños de lanchas y barcos en Miami, quienes cobraban entre 8.000 y 10.000 dólares percápita para transportar exiliados hasta la Florida. En el límite de desespero, algunos cubanos llegaban a vender todo lo que tenían con el fin de conseguir dinero suficiente para la travesía.

La dramática situación que René alegara para exiliarse en 1990 parecía haberse deteriorado aún más. La principal fuente de ingresos de Cuba continuaba siendo el azúcar. Entretanto, el ochenta y cinco por ciento del corte era mecanizado y ya no había petróleo para hacer funcionar cortadoras, cosechadoras ni camiones, por lo que la zafra anual, que en el último año de existencia de la URSS había sido superior a los 8 millones de toneladas, bajó hasta poco más de 3 millones. Racionado para la industria azucarera, el combustible prácticamente no existía para los automóviles particulares, que desaparecieron de las calles, dejando a La Habana y las demás capitales de provincias con apariencia de ciudades fantasma. Para suplirlos, parte de la producción de azúcar y de níquel fue trocada con China por un millón de bicicletas, número suficiente para el diez por ciento de la población.

La crisis desfiguraba también la fisonomía cultural del país. Habían quedado atrás los tiempos en que las tiradas de cien mil ejemplares de clásicos como *Don Quijote* o *Cien años de soledad* volaban de las librerías en pocos días. La media anual de libros publicados, que era de cuarenta y cinco millones de ejemplares en 1990, cayó a menos de un millón. La imposibilidad de importar papel para periódicos hizo que se suspendiera la circulación de la mayoría de las publicaciones. Revistas tradicionales como *Alma Mater*, editada desde 1922 por la Universidad de La Habana; el semanario *Bohemia*, fundado en 1908; la revista *Casa*, publicación cultural mensual de la Casa de las Américas, y hasta *Verde Olivo*, vehículo oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, tuvieron que cerrar sus puertas. El diario *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista y principal periódico del país, que en la época de las vacas gordas llegara a circular con cerca de una veintena de páginas en formato estándar, fue reducido a un tabloide de seis páginas. El riguroso racionamiento de energía sometía a la población a un calvario

adicional: una dura rotación impuesta al país obligaba a todos a pasar dieciséis horas diarias sin energía eléctrica. Los cortes generaban picos de utilización de los teléfonos entre las ocho y media y las nueve de la noche, provocando un congestionamiento en la precaria red local. Al investigar el fenómeno, las autoridades descubrieron que en aquel horario era exhibida en la televisión una verdadera fiebre entre los cubanos: las telenovelas brasileñas. Quien tenía luz en casa por la noche llamaba por teléfono a algún amigo que estaba en apagón y dejaba el teléfono descolgado junto a la bocina del televisor, para que el destinatario de la llamada pudiera por lo menos oír el capítulo de cada día.

Para René y Roque, la dimensión de la crisis, vista desde el cielo, era medida por la gran cantidad de embarcaciones que habían vuelto a llenar la franja de mar que separa los dos países. La media de los vuelos realizados por René en los Estados Unidos se triplicó en los primeros meses de 1994. Cuando el número de balseros recibidos en la Florida en aquella ola migratoria superó las treinta mil personas, volvió a asombrar a la Casa Blanca el fantasma de los acontecimientos de 1980, la llamada “crisis del Mariel”: en abril de aquel año, tras un candente debate por televisión entre los presidentes Jimmy Carter y Fidel Castro, nada menos que ciento treinta mil cubanos habían dejado el país por el puerto de Mariel con destino a Miami.

### III

De la noche al día, ciento treinta mil  
personas huyen de Cuba hacia los  
Estados Unidos y derrotan a Jimmy  
Carter y a Bill Clinton



Las crisis migratorias estaban lejos de ser una novedad en la áspera y tumultuosa agenda de las relaciones de los Estados Unidos con Cuba, después de la llegada de Fidel Castro al poder en 1959. La primera de ellas hizo eclosión poco después del triunfo de la Revolución y duró hasta 1962; en ese período, partieron rumbo a los Estados Unidos cerca de doscientas mil personas, casi el tres por ciento de la población cubana. El éxodo produjo un vertiginoso salto demográfico en Miami, cuya población aumentó de trescientos mil a casi medio millón de habitantes. Hasta la llegada de los cubanos, el censo registraba que de cada diez habitantes ocho eran blancos y apenas dos “no blancos”, categoría que incluía a negros e hispanos. Aunque en la primera ola migratoria hubiese muchos torturadores del gobierno de Batista, traficantes de drogas, apostadores profesionales y explotadores de lenocinio, las estadísticas revelan que la gran mayoría estaba constituida por miembros de profesiones liberales –sobre todo médicos, ya que la salud fue uno de los primeros sectores estatalizados por el gobierno revolucionario–, empresarios, banqueros, hacendados e industriales, cuyos bienes habían sido expropiados. Los componentes de ese primer grupo alimentaban la ilusión de que lo ocurrido en Cuba solo fuera uno de los típicos golpes militares latinoamericanos. Todavía estaba fresco en la memoria de todos el golpe de Estado promovido por la CIA seis años antes en Guatemala, cuando el presidente Jacobo Arbenz fue derrocado después de decretar un programa de reforma agraria que afectaba los intereses de la multinacional norteamericana United Fruit Company. Los Estados Unidos jamás

tolerarían un gobierno comunista en Cuba, a ciento sesenta kilómetros de su territorio. “Familias enteras, acompañadas de criados y perros –escribía un especialista en el tema, el académico cubano Jesús Arboleya– embarcaron hacia Miami con la esperanza de que el regreso sería en breve”.

Los cubanos aún convivían con los traumas provocados por la huida en masa, cuando la Iglesia católica juntó sus fuerzas a las de la oposición para promover una desbandada más rumbo al exilio. En el auge de las primeras confrontaciones entre La Habana y Washington, la CIA y el arzobispo Coleman Carroll, titular de la arquidiócesis de Miami, orquestaron un espantoso plan de transferencia masiva de niños de Cuba hacia los Estados Unidos, para lo cual contaron con el apoyo indispensable de la Iglesia cubana. Bautizada como Operación Peter Pan e inspiradora de libros y filmes, la acción tuvo su inicio una noche de octubre de 1960, con la patética proclama de un locutor de Radio Swan, estación de onda media de la CIA instalada en la isla Cisne, en territorio hondureño, para transmitir programas dirigidos a Cuba: “¡Madres cubanas! ¡El gobierno revolucionario está planeando robarse a sus hijos! –gritaba el locutor– ¡Cuando cumplan los cinco años, sus hijos serán separados de sus familias y solo retornarán a los dieciocho años, convertidos en monstruos materialistas! ¡Alerta, madres cubanas! ¡No dejen que el gobierno se robe a sus hijos!”. El segundo paso fue dado a la mañana siguiente, cuando fueron esparcidos por el país cientos de miles de panfletos con el texto de una falsa ley, redactada en las oficinas de la CIA, que sería puesta en vigor “en cualquier momento” por el Gobierno de Cuba. Repleto de considerandos y citas de la legislación, el documento apócrifo estaba firmado por el “doctor Fidel Castro Ruz, primer ministro” y por el entonces presidente de la República, Osvaldo Dorticós. La amenaza que iba

a aterrorizar a padres y madres aparecía en tres artículos y dos párrafos:

ARTÍCULO TERCERO: (...) Desde que entre en vigor la siguiente ley, la patria potestad de las personas menores de veinte años de edad será ejercida por el Estado.

ARTÍCULO CUARTO: (...) Los menores permanecerán bajo los cuidados de sus padres hasta la edad de cinco años, momento a partir del que su educación física, mental y cívica será confiada a la Organización de Círculos Infantiles, los cuales serán responsables de la guarda y la patria potestad de los referidos menores.

ARTÍCULO QUINTO: (...) Con vistas a su educación cultural y capacitación cívica, a partir de los diez años de edad cualquier menor podrá ser trasladado al lugar más apropiado para la consecución de tales objetivos, siempre teniendo en cuenta los más altos intereses de la nación.

PARÁGRAFO 1: A partir de la publicación de esta ley, queda prohibida la salida del territorio nacional de todas las personas menores de edad.

PARÁGRAFO 2: El no cumplimiento de los preceptos comprendidos en la presente ley será considerado delito contrarrevolucionario, sancionable con pena de prisión de dos a quince años, conforme a la gravedad del delito.

El hombre escogido por la arquidiócesis para ejecutar el plan era el padre Bryan Walsh, un irlandés cincuentón de 1,90 metros de estatura y físico de boxeador que vivía en los Estados Unidos desde la juventud. Al llegar a La Habana semanas después, llevando en su equipaje nada menos que quinientas visas de entrada a los Estados Unidos en blanco, Walsh encontró una sociedad en *shock*. Los desmentidos del gobierno revolucionario no habían sido suficientes para disminuir la aprensión de las familias cubanas. Además de eso, vicarios de parroquias de todo el país, en especial del interior, donde vivía la gente más sencilla y menos informada, se encargaron de difundir la macabra versión de que los niños separados de los padres serían llevados a Moscú y transformados en alimento enlatado

para consumo de la población rusa. No era la primera vez que se utilizaba con fines políticos esa historia tan pavorosa e inverosímil. La anécdota, según la cual los comunistas comían personas, había surgido a finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando la máquina de propaganda fascista inundara a Italia de folletos en los que se afirmaba que los soldados italianos que se entregaran al Ejército Rojo serían muertos, triturados y transformados en comida para saciar el hambre que diezmaba a millones en la Rusia estalinista.

En aquellos años finales de la década del 1960, la Revolución cubana ya había implantado cambios extremadamente radicales en el país, como la reforma agraria, la estatización del sistema bancario y la “expropiación forzosa” de casi mil industrias, entre las que se encontraban cien centrales azucareros, y algunas gigantes, como la fábrica de ron Bacardí y la norteamericana DuPont Chemical. A pesar del carácter revolucionario de esas medidas, cuando fue concebida la Operación Peter Pan todavía Cuba y los Estados Unidos mantenían relaciones diplomáticas. Centenares de viajeros cruzaban diariamente el estrecho de la Florida en ambos sentidos, en los vuelos que enlazaban la capital cubana con la Florida. Y el puente aéreo entre La Habana y Miami fue el camino escogido por el padre Walsh para poner en práctica la operación. Por exigencia de la CIA, ninguno de los niños viajaría acompañado por los padres. Los quinientos formularios en blanco que el religioso llevaba consigo en su primera visita no serían suficientes, como se sabría después, para atender siquiera al cinco por ciento de los pequeños candidatos a salvarse del infierno comunista. Muchos años después, Fidel Castro comentaría el episodio en una entrevista televisiva: “Nosotros pensábamos que la Revolución debía ser obra voluntaria de un pueblo libre y no pusimos ningún obstáculo a las salidas del país —recordó el líder cubano—. La respuesta del imperialismo, entre

otras agresiones, fue la implantación de la Operación Peter Pan”. Según la ONG norteamericana Pedro Pan Group, en total fueron contrabandeados 14.048 menores, de los que algunos acabarían por convertirse en personalidades de la vida pública norteamericana, como el senador republicano Mel Martínez; Tomás Regalado, alcalde de Miami; y los diplomáticos Eduardo Aguirre, nombrado embajador en España por el presidente George W. Bush, y Hugo Llorens, que era embajador en Honduras en 2009, cuando fue depuesto el presidente Manuel Zelaya. Instalados inicialmente en orfanatos católicos e instituciones de caridad, miles de aquellos niños jamás volverían a ver a sus padres y madres. A comienzos de 1962 llegaba a su fin la Operación Peter Pan, uno de los más dramáticos y dolorosos episodios en la historia de la Revolución cubana.

La tercera onda migratoria, ocurrida a finales de 1966, resultó de la decisión del presidente Lyndon Johnson de promulgar la Ley de Ajuste Cubano, lo cual no era más que la legalización de una situación existente desde 1959 y que sobrevivía bajo la mirada connivente de las autoridades norteamericanas. Sin paralelo en ningún otro país, la ley ofrecía a los cubanos que llegasen a los Estados Unidos, incluso por vías ilegales, privilegios no concedidos a extranjeros de ninguna otra nacionalidad. Los beneficios ofertados por el gobierno eran una tentadora invitación a inmigrar: asilo político y documentación de residente permanente, o sea, autorización para trabajar e inscribirse en la seguridad social, derechos que se extendían al cónyuge y a los hijos menores de veintiún años. Era lo opuesto del tratamiento a las hordas de latinos que intentaban entrar en los Estados Unidos por la frontera de México. En los cuatro años siguientes, un puente aéreo que unía el balneario de Varadero con Miami transportó a más de doscientos setenta mil cubanos.

La cuarta y más ruidosa crisis tuvo inicio en la tarde del 1.º de abril de 1980, cuando seis cubanos invadieron la casona donde funcionaba la Embajada del Perú en La Habana, lanzando un ómnibus contra la cerca del jardín. El único obstáculo que les podía impedir entrar, un solitario soldado que hacía guardia en la puerta, fue abatido a tiros: minutos después, ya dentro de la casa, los seis eran declarados asilados políticos. Cuba exigió que todos fuesen devueltos porque al matar al soldado se habían convertido en delincuentes comunes. El embajador peruano, mientras tanto, no cambió de parecer: su país había decidido concederles asilo político. La gravedad de la situación llevó a una confrontación entre Fidel Castro y el conservador general Francisco Morales Bermúdez, jefe de Gobierno de Perú desde 1975, cuando derrocara al también general Juan Velasco Alvarado. Al recibir como asilados a los seis invasores, Morales Bermúdez imaginaba que tenía acorralado a Fidel Castro en un callejón sin salida: si concedía los salvoconductos para que el grupo dejase Cuba, el gobierno crearía un grave precedente: para salir del país bastaría poner los pies en una embajada, aunque fuera por medios violentos. Negar la autorización significaba transformar a los seis en mártires y, una vez más, ponerle a Cuba el rótulo de país violador de los derechos humanos; además de generar, por supuesto, un *impasse* diplomático de consecuencias imprevisibles. Sin embargo, lo que el general peruano jamás hubiera podido imaginar era que Fidel iba a reaccionar con una insólita decisión. La respuesta llegó en una nota de medio centenar de palabras, publicada en la primera página de la edición del día 4 de abril en el periódico *Granma*, y que concluía de forma inusitada:

Ante la negativa del gobierno peruano a entregar a los delincuentes que provocaron la muerte del soldado Pedro Ortiz Cabrera, el Gobierno cubano se reserva el derecho de retirar la guardia de protección de la

Embajada. La referida sede, por lo tanto, queda abierta a todo aquel que quiera salir del país.

Lo que parecía un incidente aislado se convirtió, primero, en un tumulto y enseguida en una aglomeración, para culminar, dos días después, con una multitud de diez mil personas acampadas en un inmueble residencial de seis dormitorios. Asustado con la presencia de la turba que tomó cada centímetro de la casa, el embajador Eduardo de Habich abandonó el local, llevando consigo a todo el personal diplomático, con excepción de un encargado de negocios que pasó a responder por la legación. Dos semanas después de la ocupación y con el enjambre de gente aún dentro de la Embajada, el Perú tiró la toalla y admitió que no tenía condiciones para recibir, de la noche al día, a diez mil personas.

Fue en ese momento cuando Jimmy Carter entró en la disputa. De todos los ocupantes de la Casa Blanca desde el triunfo de la Revolución cubana, Carter fue el presidente que mantuvo mejores relaciones con Cuba. Él había sido el responsable del levantamiento de todas las restricciones de viajes de exiliados a la isla y de la creación de las Secciones de Intereses en La Habana y en Washington para que, según sus palabras, “se pudiera llevar a efecto un mínimo de intercambio diplomático”. En julio de 1977, en entrevista concedida a la revista brasileña *Veja*, Fidel reconoció que algo cambiaba en los Estados Unidos. “Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon y Ford estaban comprometidos con una política de hostilidad contra Cuba –afirmó el presidente cubano al semanario– y este es el primer Gobierno de los Estados Unidos, en dieciocho años, que no está comprometido con aquella política. Nixon era un farsante, un individuo sin ética de ninguna clase. No pienso lo mismo de Carter”.

Entretanto, tres años después de esas declaraciones el escenario doméstico de los Estados Unidos había cambiado mucho. La mayoría conservadora norteamericana torció la nariz al ver a Carter firmar con el presidente panameño Omar Torrijos los tratados mediante los cuales los Estados Unidos se comprometían a devolver el control sobre el canal de Panamá en el año 2000. La opinión pública también consideraba que Carter había sido blando con la URSS en 1979, al no reaccionar ante la invasión de Afganistán por tropas soviéticas. Pero lo que remató la caída de su popularidad sucedió la noche del 25 de abril de 1980, cuando la Casa Blanca lanzó la Operación Blue Light. A bordo de ocho helicópteros y seis aviones Hércules C-130, noventa hombres de un comando antiterrorista de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos despegaron del reino de Bahrein y del portaviones *Nimitz*, anclado en el golfo de Omán. El objetivo de la operación era liberar a cincuenta norteamericanos tomados como rehenes por un grupo de jóvenes iraníes que ocupara la Embajada de los Estados Unidos en Teherán, entre los que estaba un escuálido estudiante de ingeniería llamado Mahmud Ahmadineyad, que años después sería electo y reelecto presidente de Irán. Atrapadas por tormentas de arena en el desierto de Dasht-e Kavir, ya en territorio persa pero todavía a más de quinientos kilómetros de la capital, algunas aeronaves colisionaron entre sí y otras se quedaron paradas y cayeron en la arena. Seis soldados norteamericanos murieron y los rehenes continuaron en poder de los iraníes.

Los cabizbajos sobrevivientes de la Blue Light retornaron a Washington cuando hacía diecinueve días que había sido tomada la Embajada del Perú en La Habana. Ante la timidez demostrada por la comunidad internacional —el Perú aceptaba recibir apenas mil personas; Canadá, seiscientas; y Costa Rica, trescientas—, el presidente norteamericano, que disputaría la reelección en octubre de aquel año, consideró aquel episodio

como un flotador que podría salvar del naufragio su popularidad. A contrapelo de la moderada diplomacia que desde su llegada a la Casa Blanca adoptara con relación a Cuba, Carter convocó a una conferencia de prensa y anunció una bomba. Con el nuevo nombre de “Política de Brazos y Corazones Abiertos”, quedaba resucitada la vieja Ley de Ajuste: todo cubano que consiguiera llegar a los Estados Unidos tendría asilo político, estatus de residente permanente, permiso para trabajar e inscribirse en la seguridad social, etc.

Fidel Castro respondió el mismo día y en el mismo tono: ante las ofertas de Carter, a partir de aquel momento el puerto de Mariel, a cincuenta kilómetros al oeste de La Habana, estaba abierto para quien quisiera asilarse en los Estados Unidos. La decisión –subrayó– valía no solo para los diez mil inquilinos de la Embajada peruana, sino para cualquiera de los nueve y medio millones de cubanos que quisiera partir. Horas después, los ciento sesenta kilómetros de mar que separan el puerto de Mariel de cayo Hueso estaban invadidos por flotillas de embarcaciones de todos los modelos y calados, venidas desde varios puntos de la Florida, prontas para transportar a los pasajeros de aquella que sería la mayor ola migratoria de toda la historia de la diáspora cubana. Si Morales Bermúdez se asustó cuando Cuba liberó no a seis, sino a diez mil personas, el plan de la Casa Blanca también fue un fracaso. Carter no podía imaginar que en las semanas siguientes ciento treinta mil candidatos a la ciudadanía norteamericana, más del uno por ciento de la población de Cuba, atravesarían el mar Caribe en dirección a Miami.

El presidente de los Estados Unidos solo tomó conciencia de las dimensiones del embrollo que tenía entre manos cuando la CIA le informó que cerca de cuarenta mil “marielitos” –nombre por el cual se conocería a los exiliados que salieron en ese período– eran enfermos mentales y delincuentes

comunes, muchos de ellos condenados a penas altísimas por tráfico de drogas, latrocinio y estupro. Los informes eran alarmantes: Cuba estaba exportando sus criminales y enfermos a los Estados Unidos.

Aunque desmentida con vehemencia por el Gobierno cubano, la versión difundida por “radio bamba” continuaría circulando tanto en La Habana como en Miami.

Sea como fuere, el Gobierno cubano niega perentoriamente que cuarenta mil personas hayan salido de hospitales y prisiones, y se hayan embarcado rumbo a la Florida. Una vez más, el problema cambiaba de lado y dejaba de ser cubano: ¿Qué destino dar a toda aquella gente? ¿Cómo asentar a ciento treinta mil personas y ofrecerles, de la noche al día, condiciones mínimas de supervivencia? Para agravar la situación, la CIA manifestaba una preocupación adicional: Fidel Castro jamás perdería una oportunidad como aquella para infiltrar en los Estados Unidos, en medio de la multitud de refugiados, algunas decenas de agentes de la inteligencia.

La primera providencia de Carter fue repartir el problema con los aliados y distribuir a los nuevos huéspedes entre los estados gobernados por demócratas. La noticia de que al pequeño estado de Arkansas le tocarían veinte mil cubanos, de los cuales, estadísticamente, seis mil eran criminales y enfermos mentales, le puso los pelos de punta al joven gobernador del estado, Bill Clinton, que entonces tenía treinta y cuatro años y había sido electo dos años antes. Por las informaciones venidas de Washington, el municipio seleccionado para recibir a los cubanos era Fort Smith, una pacata y conservadora ciudad de sesenta mil habitantes, de los que cincuenta mil eran blancos y protestantes y que estaba situada a doscientos kilómetros de la capital, Little Rock. Fort Smith había sido escogida porque allí se había asentado, después de la Segunda Guerra Mundial, el campamento militar de Fort Chaffee, que con el fin de la

guerra de Vietnam, en 1975, fue utilizado como centro de reubicación de refugiados procedentes de Vietnam del Sur.

Aturdido con la noticia, Clinton amaneció en la Casa Blanca con la esperanza de hacer que Carter desistiera de la idea. Al igual que el presidente, Clinton estaba preocupado por la baja popularidad en un año electoral. A fin de año sería candidato a la reelección —en Arkansas, en esa época, los mandatos eran de dos años— y lo peor que podía suceder para su popularidad era imponerle a la población del Estado la entrada de veinte mil cubanos. Encargado por el presidente de tratar la llamada “cuestión cubana”, el asesor Eugene Eidenberg procuró tranquilizar a Clinton, recordando los saludables resultados de la experiencia con los sudvietnamitas. El gobernador replicó que en aquel caso se había aplicado un filtraje en Filipinas y en Tailandia, precisamente para excluir a los “indeseables”. Sugirió que los veinte mil cubanos destinados a su estado fueran puestos a bordo de un portaviones fondeado en el estrecho de la Florida, y que allí se realizara la selección. Eidenberg ignoró la propuesta, insistiendo en que no había donde instalar a tanta gente. En su autobiografía, titulada *Mi vida*, Clinton cuenta que perdió la paciencia con el asesor de Carter: “¡Claro que hay lugar! Todavía tenemos una base en Guantánamo y debe haber un portón en la cerca que la separa de Cuba. Llévelos a Guantánamo, abra el portón y mándelos de vuelta a Cuba”.

En la opinión del gobernador, Fidel estaba “ridiculizando a los Estados Unidos y haciendo parecer débil al presidente Carter, que ya tenía bastantes problemas con la inflación y la crisis de los rehenes en Irán”. Derrotados sus argumentos, a finales de mayo Clinton vería desembarcar en Arkansas no los veinte mil prometidos, sino exactamente 25.390 cubanos y, enseguida, quedó claro que sus temores no eran infundados. Un día después de la llegada, doscientos exiliados escaparon del campamento y realizaron saqueos en el comercio local,

contenidos solo por las tropas de la Guardia Nacional, armadas con porras y bombas de gas lacrimógeno. La mitad de los fugitivos desapareció. Preocupado por el riesgo de una confrontación sangrienta, Clinton habló por teléfono con Carter y pidió tropas federales para mantener el orden y asegurar a los cubanos en el interior de la base. “Yo temía que el pueblo de la región comenzara a atacar a los cubanos –escribió–. En todas las tiendas de armas, en un radio de ochenta kilómetros alrededor de Fort Chaffee, hubo una compra masiva de rifles y pistolas”. Una semana después, armados con palos, piedras y botellas, más de mil refugiados escaparon y salieron en una marcha por la carretera que une Fort Smith con Barling, pequeña ciudad situada diez kilómetros al sur. Aun sabiendo que corría el riesgo de provocar un baño de sangre, Clinton dio órdenes a la guardia nacional para impedir que los fugitivos avanzaran. Los cubanos enfrentaron a la tropa a pedradas, pero terminaron rindiéndose y regresaron al campamento. Cuando la humareda bajó, los disturbios habían dejado un saldo de sesenta y dos heridos, de ambas partes, y tres edificios incendiados. La única víctima fatal sería la popularidad del gobernador. Al ser abiertas, las urnas de las elecciones de diciembre revelaron lo que Clinton más temía: los “marielitos” lo habían derrotado; para ocupar su sitio los electores habían escogido al republicano Frank Durward White. En el plano nacional, el desastre demócrata fue idéntico. Jimmy Carter no solo perdió desairadamente, sino que entregó la Casa Blanca al ultraconservador Ronald Reagan.

La ola migratoria que interrumpió la carrera de Clinton y ayudó a enterrar la de Carter duró apenas cinco meses, pero solo se daría por cerrada oficialmente cuatro años después, en diciembre de 1984, cuando Cuba y los Estados Unidos firmaron un acuerdo provisional de normalización de relaciones migratorias. Según ese documento, Washington concedería

anualmente hasta veinte mil visados a cubanos que intentaran emigrar, con prioridad para los presos políticos y sus familiares, y para quien tuviese parientes viviendo en los Estados Unidos con ciudadanía asegurada. Como contrapartida, cada año Cuba recibiría de vuelta cerca de seis mil “indeseables”, rebautizados como “excluíbles” por las autoridades norteamericanas.

La presencia cubana contribuyó a cambiar profundamente la cara de Miami que René González y Juan Pablo Roque conocían. Los blancos, que en 1960 eran un ochenta por ciento de la población, en 1990 estaban reducidos a un exiguo doce por ciento: la amplia mayoría estaba compuesta por hispanos (62 %) y negros (24 %). Miami avanzaba aceleradamente hacia su entrada en el *Guinness Book*, algunos años después, como “la ciudad con mayor población extranjera”: de cada diez habitantes de la localidad, seis habían nacido en otro país. Entre los derechos que los cubanos adquirirían al adoptar la ciudadanía estadounidense estaba el de votar y ser votado, lo que al poco tiempo pasó a dar respetable importancia política y electoral a la comunidad. Y según el intrincado sistema electoral norteamericano, el colegio electoral de la Florida era pieza fundamental para quien quisiera ser elegido presidente de la República, no importaba si era demócrata o republicano. Las decenas de miles de balseros que René y Roque vieron llegar a territorio norteamericano en aquel comienzo de 1994 no serían solo números que reforzaban la demografía hispana de la Florida. La Casa Blanca sabía que estaba nuevamente ante una “cuestión cubana” y que solo había una alternativa para detener aquella hemorragia: negociar un nuevo acuerdo migratorio con el Gobierno comunista de Cuba. Una opción que acabaría interfiriendo en la vida de René González, de Juan Pablo Roque y de la mayoría de las organizaciones anticastristas de la Florida.

Roque se repartía entre sus actividades de piloto, la redacción del prometido libro de memorias y los preparativos para el casamiento, y René persistía en la idea fija de llevar a la familia para Miami y, por primera vez, sentía que aquello no era una ilusión de marido enamorado. El largo tiempo transcurrido desde su deserción había ayudado a suavizar el corazón de Olguita. Aunque nunca compartiera sus inquietudes ni con los familiares ni con las amigas más íntimas, en las escasas cartas que enviaba a René ella comenzó a dar señales de que tal vez aceptara volver a vivir con su marido. Igual que sucedía con él, en realidad Olga nunca había dejado de pensar en el asunto, pero todas las veces que pesaba los pro y los contra terminaba concluyendo que lo más racional era olvidarlo, educar a su hija Irmita en Cuba y quién sabe si un día buscar una nueva relación. Irse a Miami y convivir con la “gusanera” que René frecuentaba significaba echar a la basura todo lo que aprendiera y defendiera a lo largo de su vida. Además, si se realizaba la remota hipótesis de que aceptara irse, ella solo lo haría legalmente, con un visado concedido por la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana. Aunque las emisoras radiales de Miami captadas en Cuba martillarán todo el tiempo la cabeza de los oyentes, estimulándolos a dejar el país como fuese posible, jamás pasó por la cabeza de Olga la idea de aventurarse con la hija mar adentro, un riesgo que ya había cobrado la vida de cientos, tal vez de miles de cubanos. Y en medio de una crisis migratoria como la que se vivía a comienzos de 1994, la probabilidad de conseguir un visado norteamericano era de una en un millón. A favor de la decisión de exiliarse había apenas un argumento, pero lo bastante fuerte como para que ella no dejara de considerar la idea: el amor por René, que en realidad nunca languideció.

Mientras esas dudas robaban buena parte del sueño de la mujer, el marido, al otro lado del estrecho, trabajaba febrilmente

por obtener el permiso del Servicio de Inmigración norteamericano para que fueran concedidos en La Habana los salvoconductos que permitirían a su esposa e Irmita abandonar la isla. El piloto sabía que las oportunidades de éxito eran mínimas y que iba a enfrentar dificultades por parte de los dos gobiernos. Como parte de la campaña de presión contra la Revolución cubana, el Departamento de Estado priorizaba la concesión de visados a presos políticos o a quien comprobadamente fuera considerado perseguido por delitos de conciencia. Y Olga, una disciplinada militante del Partido Comunista, estaba lejos de poder ser identificada como una disidente. Además de eso, aunque los Estados Unidos dieran la autorización de entrada, René aún tendría que superar graves obstáculos para que Cuba permitiera la salida de ellas. Su esperanza radicaba en un único punto: que los gobiernos de los dos países, forzados por la crisis de los balseros, firmaran un nuevo acuerdo migratorio, reactivando la política de emisión masiva de cantidades de visas para entrar a los Estados Unidos.

Incluso antes de saber si Olguita aceptaría exiliarse, René tomó la iniciativa de solicitar los visados para su esposa e hija en el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos. Su condición de ciudadano norteamericano le aseguraba pequeños privilegios, como no tener que pagar impuestos y poder acudir a ventanillos con poca o ninguna espera; pero él sabía que aun así su petición iba a enmohecerse al final de la fila formada por decenas de miles de idénticos pedidos, hechos por cubanoamericanos que pretendían llevar a sus familiares a los Estados Unidos. Sin embargo, alimentaba la esperanza de que, como en cualquier oficina pública del planeta, también en Miami un padrino político ayudaría a abreviar los tortuosos laberintos de la burocracia. Y ciertamente quien le podría indicar el camino más rápido era José Basulto, con quien continuaba manteniendo relaciones amistosas. Una conversación entre ambos,

en uno de los hangares usados por los Hermanos, le sirvió a René para exponer su situación a su antiguo jefe:

—Como usted sabe, pretendo traer a mi familia a Miami, pero como la fila de interesados es muy grande, necesito de su ayuda. Sé que usted tiene contactos con políticos influyentes en Washington y sería muy importante que alguno de ellos pudiera empujar mi proceso en el Servicio de Inmigración.

Cortés, como siempre, Basulto explicó que de nada valía conseguir la ayuda de algún congresista si Cuba no les daba a Olga e Irmita la “carta blanca”, nombre con que se conocía el salvoconducto que las autoridades concedían a las personas autorizadas para abandonar el país legalmente. De cualquier modo, recomendó que todo debería hacerse dentro de la más absoluta discreción:

—Si esto se convierte en un caso político y sale en la prensa que usted tiene dificultades para sacar de Cuba a su mujer y su hija, la situación empeora. Entonces los cubanos no les darán el permiso de salida. Yo puedo intentar ayudarlo en Washington, pero hace falta conseguir a alguien que tenga acceso al Gobierno cubano y ayude a obtener la autorización para que ellas salgan del país.

Para interceder en el pedido ante La Habana, se pensó en el nombre del joven reverendo Jesse Jackson, el pastor negro que en dos ocasiones fuera candidato a presidente de los Estados Unidos y que se había hecho amigo de Fidel Castro. Con todo, antes de gestionar en Cuba, hacía falta conseguir a alguien que apadrinara el caso de René en Washington. Podía ser un representante o senador, o también alguien del Departamento de Estado que fuese solidario con las organizaciones anticastristas

de la Florida. Al final decidieron concentrar sus esfuerzos en los nombres de los representantes Ileana Ros-Lehtinen y Lincoln Díaz-Balart, y del senador Bob Menéndez.

Nacidos en Cuba, los dos republicanos representaban distritos electorales de la Florida. Ileana Ros había llegado a los Estados Unidos a los seis años de edad y fue la primera mujer hispana elegida para la Cámara de Representantes. Lincoln era sobrino de Mirta, primera esposa de Fidel Castro y madre de Fidel Castro Díaz-Balart, el hijo mayor del líder cubano. Menéndez había salido de Cuba en el vientre de su madre, en 1953, y había sido electo senador por el Partido Demócrata en New Jersey. Con libre acceso al Salón Oval de la Casa Blanca, el trío se enorgullecía de representar en el Congreso a los sectores más radicales del anticastrismo. Hechas las presentaciones por Basulto, René viajó a Washington. Aun sin haber tenido contacto personal con ninguno de los políticos, fue bien recibido por los asesores de aquellos; en los tres gabinetes, el piloto cubano oyó previsiones optimistas sobre el resultado de su demanda, sobre todo por tratarse de un pedido humanitario y no de la tentativa de sacar de la isla a un opositor del régimen. Entretanto, todo dependería de que La Habana y Washington firmasen un nuevo acuerdo migratorio, restableciendo el sistema de cuotas de visados para cubanos que quisieran emigrar.

En el ínterin, no era solo René el que se preocupaba con la nueva ola de balseiros. Mientras el cubano deambulaba por los corredores del Capitolio en busca de cualquier mano amiga que lo ayudase a llevar a Olguita e Irmita para los Estados Unidos, el presidente Bill Clinton acompañaba con preocupación el desarrollo de una nueva crisis migratoria entre los dos países. Y no parecía hacer de su aprensión un secreto. Durante una cena en casa del escritor William Styron, en el elegante y exclusivo islote de Martha's Vineyard, en las costas del estado de Massachusetts, Clinton aprovechó la presencia de su

ídolo literario, el colombiano Gabriel García Márquez, para algo que el bloqueo a Cuba le impedía hacer personalmente: enviar un mensaje al presidente Fidel Castro, de cuya amistad Gabo presumía desde hacía mucho tiempo. Caminando por el césped de la casa de Styron, a solas con el escritor colombiano, Clinton le pidió que transmitiese una advertencia al líder cubano: si la nueva ola migratoria proseguía, Cuba recibiría de los Estados Unidos una respuesta diferente a la que había dado Carter en 1980, tras el éxodo de Mariel: “Castro ya me costó una elección y no me costará otra”, dijo Clinton.

El primer resultado del recado de Clinton a Fidel fue el montaje de una operación ultrasecreta, puesta en marcha semanas después de la cena en Martha’s Vineyard. Rodeados de absoluta discreción, los contactos iniciales estuvieron a cargo de un funcionario cubano y uno norteamericano que se encontraban en corredores de supermercados, en atestados vagones del metro o en portales de expendios de café *express* pertenecientes a la red Starbucks Coffee, y siempre en Nueva York, ciudad en la que pueden circular libremente tres decenas de diplomáticos cubanos acreditados en la ONU. Al final de los encuentros, cada uno de los dos negociadores entregaba personalmente un informe del desenvolvimiento de las conversaciones a sus superiores: del lado norteamericano, seis altos funcionarios del Departamento de Estado, de la CIA y del FBI; y del lado cubano, un número igual de representantes del Ministerio de Relaciones Exteriores y del DSE –Departamento de Seguridad del Estado–, órgano del Ministerio del Interior que reúne a los servicios secretos de Cuba. Las principales dificultades para llegar a un acuerdo radicaban en la insistencia de cada una de las partes en incluir en el documento exigencias paralelas. Cuando Cuba proponía que fuesen suspendidas las transmisiones radiales de Miami captadas en la isla, el representante norteamericano replicaba

que la Constitución de su país aseguraba la libertad de expresión y el asunto no podía ser objeto de discusión. Si el negociador de los Estados Unidos pretendía incluir disidentes presos entre los candidatos a recibir visados de salida, recibía la respuesta de que en Cuba no había presos políticos, sino personas condenadas por delitos comunes. Al cabo de diez semanas de negociaciones, los dos lados concluyeron que había llegado la hora de que se encontraran los doce oficiales de los dos países, quienes redactarían la minuta del acuerdo migratorio para ser sometida a los presidentes Bill Clinton y Fidel Castro.

Pero todavía quedaba un obstáculo: ¿Cómo y dónde reunir secretamente a doce funcionarios del más alto nivel, seis norteamericanos y seis cubanos? Ni siquiera en momentos críticos de las relaciones entre los dos países, como la llamada Crisis de los Misiles, en octubre de 1962, cuando el mundo estuvo al borde de una guerra nuclear, ni aun entonces había estado frente a frente un número tan grande y tan calificado de representantes de esos gobiernos. Los dos lados sabían que si la noticia del encuentro se filtraba, los halcones del Gobierno de los Estados Unidos y las organizaciones anticastristas de la Florida –ambas partes interesadas en mantener la crisis de los balseros como forma de fragilizar al Gobierno cubano– saldrían al campo para abortar la operación; por lo tanto, los dos territorios estaban descartados. Y si las reuniones se realizaban en otro país, tendría que ser clandestinamente, sin que el Gobierno local fuera informado.

Sugerida no se sabe por cuál de las partes, la insólita solución para el problema solo surgiría a mediados de agosto. Al mes siguiente fueron reservadas por una semana las seis suites del pequeño hotel “L’un et L’autre”, cuyo costo diario era de 270 dólares. Situado a medio camino del parque La Fontaine y del puerto viejo de la ciudad de Montreal, en Canadá, a menos de cincuenta kilómetros de la frontera con los Estados Unidos;

el hotel formaba parte del circuito turístico *gay chic* internacional. Un viernes de septiembre de 1994, el hotel L'un et L'autre recibió a seis discretas “parejas” de hombres —seis cubanos y seis norteamericanos— que permanecieron allí durante los días siguientes, decidiendo el destino de los inmigrantes cubanos.

Semanas después, René leyó en *The Miami Herald* la noticia de la firma del nuevo acuerdo migratorio, que podía resumirse en cuatro puntos básicos:

- Queda prohibida por el Gobierno de los EUA la entrada de inmigrantes ilegales en el país; los que sean rescatados en el mar serán llevados a refugios fuera de los Estados Unidos.
- El Gobierno de Cuba, por su parte, tomará medidas para impedir las salidas inseguras, usando fundamentalmente métodos persuasivos.
- Ambos gobiernos se comprometen a impedir el tráfico ilícito de personas con destino a los Estados Unidos, así como a impedir el uso de la violencia por parte de toda persona que pretenda llegar o que llegue a los Estados Unidos, procedente de Cuba, mediante el desvío forzado de aeronaves y embarcaciones.

La parte que más le interesaba al piloto cubano —la puerta por la que Olga e Irmita entrarían en Miami— solo aparecía en las últimas palabras del documento:

- Los Estados Unidos establecen que la inmigración legal total de Cuba a los Estados Unidos pasará a ser un mínimo de 20 mil cubanos por año, no incluidos en ese número los familiares allegados de ciudadanos norteamericanos, los cuales recibirán tratamiento prioritario.

El comunicado informaba también que estaban programadas nuevas rondas de negociaciones entre los dos gobiernos, para intentar solucionar los puntos de discordia entre las dos delegaciones. Como ya no había necesidad de mantener el secreto, las futuras reuniones se realizarían en Washington y La

Habana, de forma alterna. Básicamente los Estados Unidos no estaban de acuerdo en prohibir las transmisiones radiales de Miami captadas en Cuba, que continuaban estimulando las salidas ilegales. Y los cubanos insistían en dos puntos: no aceptaban que la base de Guantánamo fuera utilizada como “refugio fuera de los Estados Unidos”, adonde serían llevadas las personas rescatadas en el mar; al final, se trataba de un enclave dentro de su territorio cuya posesión Cuba nunca había dejado de reclamar. Estaba también descartada la demanda de los Estados Unidos en cuanto a la repatriación de un nuevo grupo de los llamados “excluíbles”. Al final de las nuevas rondas, uno de esos asuntos pendientes sería solucionado: los Estados Unidos aceptaron la exhortación de Cuba y los balseiros rescatados en el mar, después de la firma del acuerdo, pasaron a ser instalados en Camp Carmichael, una base británica desactivada en Nassau, la capital de las Bahamas.

Mientras René celebraba en silencio el nuevo acuerdo, este fue recibido por las organizaciones anticastristas como una declaración de guerra del gobierno de Clinton. El representante Lincoln Díaz-Balart ocupó la tribuna de la Cámara para condenar el acuerdo y afirmar que no se sorprendía con la insensibilidad del gobierno para con el exilio cubano. “Esa falta de solidaridad con el pueblo cubano existe desde hace muchos años –dijo el republicano–, pero a pesar de la administración Clinton, la república y la democracia serán restablecidas en Cuba”. Siempre bajo la fuerte influencia de la comunidad cubana, la prensa del sur de la Florida acusaba a la Casa Blanca de ser “floja con una dictadura comunista”, y preveía que el Partido Demócrata iba a sufrir un vuelco en las elecciones de 1996, cuando el presidente Clinton intentara ser reelegido. Analistas políticos aseguraban que el acuerdo sería también un jarro de agua fría para los planes de la secretaria de justicia, Janet Reno, de presentarse como candidata al gobierno de la

Florida. Uno de los más exaltados activistas de la campaña antiacuerdo era Juan Pablo Roque, quien viajó a Washington en varias ocasiones con grupos de exiliados, para llevar carteles en marchas de protesta ante la Casa Blanca.

El encargado de explicar las medidas y disminuir su impacto negativo entre los líderes de la comunidad cubana fue Richard Nuccio, asesor especial para asuntos cubanos del presidente Clinton y del secretario de Estado. En debates con los grupos de exiliados en Miami, el funcionario afirmó que la política de la administración Clinton para Cuba se podía resumir en dos palabras: “Presión y contacto”. Para apartar el reproche por excesiva tolerancia con la Revolución cubana y alejar de la mira de la comunidad cubana a la Casa Blanca, Nuccio acusó a América Latina de complicidad con Fidel Castro: “Muchos gobiernos latinoamericanos nunca dijeron claramente que desean promover una transición democrática en Cuba –declaró en un debate en el hotel Biltmore, en Coral Gables–. Eso sí es lamentable”.

La agresiva reacción de la comunidad cubana tenía una explicación objetiva. Desde la crisis de 1980, cuando los balseros se tornaron parte integrante de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, montar en la Florida una organización anticastrista “humanitaria y sin fines lucrativos” –como todas se presentaban– se había convertido en un negocio rentable. Bajo la mirada connivente de las autoridades se ponían en movimiento fortunas, sin ningún control o fiscalización externa. Poner bajo sospecha las cuentas, el origen o el destino del dinero de grupos que luchaban contra el comunismo, era una herejía que automáticamente transformaba al acusador en “agente de Fidel Castro”.

No escaparía ni siquiera *The New York Times*. Cuando publicó una serie de entrevistas con el archienemigo de la Revolución cubana, Luis Posada Carriles, en las que este hacía

escandalosas revelaciones sobre las relaciones de las organizaciones anticastristas con el terrorismo, el periodista Larry Rohter, entonces jefe de la sucursal del *The New York Times* en Miami, sintió de cerca el vaho mañoso del anticastrismo. El día que salió publicado el primer reportaje, el teléfono de Rohter no paró. Voces con acento cubano repetían la misma amenaza: “Eh, comunista, ten cuidado. ¡Te estamos vigilando!”.

Otras llamadas lo acusaban de ser “el nuevo Herbert Matthews”, una referencia al autor de la primera gran entrevista dada por Fidel Castro al *Times* en 1957, cuando aún se hallaba en la Sierra Maestra. El responsable de aquel material, el periodista Matthews, había sido fustigado por la comunidad cubana, acusado de vender a la opinión pública mundial un retrato heroico y endiosado del líder revolucionario. No dejaba de ser irónico el que se intentara colgar el sambenito de filocastrista a alguien como Rohter, que en 1980, durante la “crisis del Mariel”, fue colocado en un avión y expulsado de Cuba por haber escrito en la revista *Newsweek*, donde trabajaba, un reportaje que desagradó a los dirigentes cubanos. En 2004 correría nuevamente el riesgo de expulsión, esta vez del Brasil, por firmar en el *The New York Times* un polémico reportaje titulado: “El hábito de beber de Lula se torna preocupación nacional”.

Indiferente a las intimidaciones, el periódico continuó publicando la serie de entrevistas con Posada Carriles, que Rohter escribiera a cuatro manos con su colega Ann Louise Bardach. En camino al trabajo, el periodista sintonizaba el radio de su auto en estaciones radicales como Radio Mambí y La Voz de la Esperanza, pero no tomaba en serio las amenazas que oía: “Confieso que creía que no harían nada contra mí y que aquella reacción era un asunto medio folclórico, un poco de lo que ellos llaman ‘de la farándula cubana’—recordaría

Rohter, muchos años después—. Solo para tranquilizar a mi mujer y a mis dos hijos pequeños, cambié el número de teléfono de casa”.

El día en que salió el tercer reportaje de la serie, Rohter conversaba de noche con su esposa en un jardín interior de su residencia en Pinecrest, al sur de Miami, cuando oyó un estruendo en la calle. Salió a tiempo para ver escapar a toda velocidad el auto de donde partiera un disparo de escopeta que abrió un rombo en la puerta de la casa. Preocupado sobre todo por la seguridad de su mujer y sus hijos, comunicó el hecho al periódico e hizo la denuncia ante la policía, que puso una escolta de dos guardias armados a la entrada de la casa. Sin embargo, insistió a sus superiores en que los reportajes debían ser publicados normalmente.

Dos días después del disparo, Rohter entró en el estacionamiento de Biscayne Boulevard, al lado de la sucursal del periódico, y notó que su auto tenía la ventanilla entreabierta en el lado del chofer. Se sintió algo ridículo al imaginar que, como en los filmes policíacos, el auto iba a volar por los aires en el momento en que accionara el motor de arranque. Arrancó y no sucedió nada. Puso la marcha atrás para maniobrar y, cuando pisó el freno, su pie se hundió y el Chevy verde se estrelló contra el vehículo parado unos metros detrás de él. Un breve examen hecho allí mismo comprobó que las mangueras de frenos de las cuatro ruedas habían sido cortadas con un alicate. Solo entonces él entendió el enigmático significado del lapicero partido al medio, que habían dejado en el asiento del pasajero. Así como la Camorra italiana depositaba un pez envuelto en periódicos a la puerta de la casa de una futura víctima, la mafia cubana avisaba que podría partirlo al medio si continuaba denunciando las actividades de las organizaciones anticastristas.

Aunque la mayoría de esos grupos de oposición radical de la Florida habían caído en decadencia tras los cambios en la

política migratoria, los Hermanos tal vez sean el retrato más elocuente del duro golpe que los nuevos acuerdos representaron para la extrema derecha del exilio cubano. Sin balseiros para recoger, la organización vio menguar de la noche al día las donaciones de empresarios y de instituciones como la Fundación Nacional Cubano-Americana. El número anual de vuelos, cerca de dos mil en el auge de la crisis de los balseros, cayó a menos de doscientos. El presupuesto del grupo experimentó una caída proporcional, pasando de un millón y medio de dólares en 1993, a poco más de 200.000 dólares después de los acuerdos. Cuando la justicia de la Florida abrió las cuentas de la organización, se descubrió que todos sus dirigentes, comenzando por José Basulto, recibían altos salarios mensuales y sumas de representación. Uno de los balances de los Hermanos reveló que Basulto llegó a recibir de una sola vez 40.000 dólares a título de reembolso de gastos en alimentación. Los documentos mostraban también que el avión Cessna 2506, que Basulto alardeaba de haber donado a la institución, en realidad había sido vendido por él a los Hermanos por 64.000 dólares. Ahora la única justificación para obtener recursos del Gobierno norteamericano y continuar pasando el sombrero entre los millonarios de la comunidad era mantener los aviones en el aire, pero apenas para actividades políticas, invasiones del espacio aéreo, provocaciones y financiamiento a mercenarios que se dispusieran a realizar atentados con bombas contra blancos turísticos en la isla.



## IV

El cubano Gerardo Hernández abandona  
la carrera diplomática, cambia de  
identidad y desembarca en Miami como  
el puertorriqueño Manuel Viramóntez



La drástica reducción en las operaciones de las “organizaciones humanitarias” acabó afectando la vida y cambiando la rutina diaria tanto de Roque como de René; este tuvo que salir nuevamente en busca de empleos ocasionales que reforzaran su presupuesto doméstico. Pensó en hacer una especialización que lo habilitaría para pilotear aviones gigantes, como el DC-10, lo cual le permitiría buscar empleo en las grandes empresas aéreas de los Estados Unidos, pero abandonó la idea al saber que para asistir al curso necesitaría desembolsar 6.000 dólares, inalcanzables para él. Roque volvió a ser entrenador personal y así pudo disponer de tiempo para escribir el libro de memorias. Después de varias postergaciones, él y su novia, Margarita, habían decidido casarse a comienzos del siguiente año. Bautizado como “el casamiento de la década” por la prensa de vanidades, la boda se concretó por fin en un soleado domingo, el 1.º de abril de 1995, Día de la Mentira en varios países, pero celebrado en los Estados Unidos como Día de los Inocentes. Los novios habían escogido un escenario hollywoodense: la University Baptist Church, una elegante iglesita protestante de color rosa, en estilo colonial norteamericano, posada en medio de lujosas casonas en el centro de Coral Gables. Los personajes presentes en la ceremonia también parecían salidos de un guion de cine: la indumentaria masculina variaba entre camisas guayaberas blancas, almidonadas y con las mangas blancas abotonadas en el puño, y flamantes trajes de gabardina. Prenda invariable entre los accesorios masculinos eran los anillos, con piedras enormes y que a veces se llevaban en pares o en tríos en una sola mano. Las mujeres circulaban

cubiertas por vestidos de Dior y Chanel, aparentemente legítimos. Espirales de humo blanco subían al cielo, surgidas de la profusión de puros aprisionados entre los dedos de políticos, banqueros, empresarios y herederos de grandes destilerías. Con ellos confraternizaban mercenarios y terroristas confesos —pero todo el mundo con saco y corbata, o al menos con guayabera—, y dirigentes de las principales organizaciones anticas-tristas, entre los cuales se podía ver a otro desertor ilustre, el general Rafael del Pino, que en mayo de 1987 huyera con su familia a bordo de un Cessna 402. Cada media hora el canal 51 ponía en el aire llamadas en vivo, anunciando para las once de la noche la cobertura completa de la ceremonia.

A la hora marcada, el Mercedes-Benz negro que transportaba a los novios se abrió camino lentamente entre los invitados. Pálida y un poco rolliza, llevando un grueso collar de perlas, la novia parecía virginal en su largo vestido blanco. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, en un moño rodeado por una hilera de perlas del tamaño de canicas. Roque era la encarnación del príncipe encantado de los filmes de amor, sobre todo los de la Florida: era un protagonista bello, musculoso, bronceado y anticomunista. El novio prefirió casarse de frac. Poco dado a las sonrisas, ahí estaba él, erguido y marcial, vistiendo un saco del tipo cola de pingüino, chaleco de color perla, camisa y pajarita blancas. En la solapa izquierda del saco del frac se había puesto un clavel blanco y en el bolsillo superior aparecía la punta de un pañuelo de seda color perla. No importaba que todo, hasta el pañuelo, debiera ser devuelto en un plazo de veinticuatro horas al establecimiento de alquiler de ropa, como revelaría Roque mucho tiempo después. Lo cierto era que, al menos a juzgar por las apariencias, aquel merecía realmente el título de “casamiento de la década”.

La ceremonia fue corta. Arrodillados uno frente al otro sobre reclinatorios cubiertos por cojines bordados, mirándose a

los ojos, Margarita y Juan Pablo oyeron el breve sermón con que el pastor bendecía la unión. Declarados marido y mujer, salieron en caravana automovilística capitaneada por Roque, manejando su Toyota Corolla –vehículo comprado de segunda mano, conforme diría el novio–, lleno de pintadas y con latas vacías amarradas a los guardafangos. La fiesta fue ofrecida por el millonario Luis Alexander. Luis, de cabellos grises y edad madura, dueño de bancos, redes de hospitales y de incontables empresas, y su mujer, Matilde, tienen lo que los cronistas sociales, abundantes en los periódicos de la colonia cubana, llaman “el domicilio más codiciado de la Florida”. Teatro de recepciones de la aristocracia cubana, la casona de los Alexander es parada obligatoria para todo personaje comprometido con el fin de la Revolución cubana que pase por la ciudad. Festejado como “uno de los grandes iconos del exilio histórico”, “paladín de la democracia” y “luchador por la libertad de Cuba”, aquel domingo Alexander abrió las puertas de su mansión en South Miami para que la flor y nata del anticastrismo celebrara el casamiento de Roque y Margarita.

De traje y corbata, a un lado del salón principal, René vio a los novios salir bailando al son del bolero “Contigo en la distancia”, cantado por el mexicano Luis Miguel. Tras las primeras vueltas, Roque cedió la novia para que continuara bailando con el padrino de la boda, el sonriente José Basulto. Para la noche de bodas se reservó la suite presidencial del hotel Hyatt Regency de Coral Gables. La pareja bailó hasta la madrugada en el cabaret Alcazaba –en los terrenos del hotel– y durmieron hasta las once de la mañana del día siguiente. Después del desayuno los dos se fueron al aeropuerto de Tamiami, donde Guillermo Lares entregó a Roque las llaves de un bimotor Piper Aztec para que el novio lo piloteara hasta Andros Island, pequeño paraíso en medio del archipiélago de las Bahamas, donde permanecerían cuatro días. “Qué idílico, qué

romántico”, recordaría Margarita muchos años después, “que mi marido, como un Pegaso, me llevara a nuestra luna de miel volando entre las nubes”.

De hecho, la vida parecía sonreírle a la pareja. Menos de seis meses después del casamiento, ellos decidieron dar una gran fiesta para celebrar tres acontecimientos: la decisión de tener un hijo, los cuarenta años de Roque y el lanzamiento de *Desertor*, el libro escrito por él. Con poco más de ciento cuarenta páginas compuestas en letras de cuerpo minúsculo, la obra, toda escrita en primera persona, hacía un relato minucioso de la vida del autor desde su nacimiento en 1955 en La Habana hasta su llegada a Miami, tras la aventurada travesía a nado por la bahía de Guantánamo. De los cuatro autores de las frases publicadas en la contracubierta del volumen, por lo menos a dos —José Basulto y la locutora radial Ninoska Pérez Castellón— se les habría detenido bajo acusación de terrorismo en caso de poner los pies en La Habana. Los otros dos eran un profesor universitario y el general Rafael del Pino.

Es posible que no fuese mera casualidad el hecho de que la Fundación Nacional Cubano-Americana, editora del libro, le hubiera dado un acabado tan modesto, casi artesanal, con papel de calidad inferior e impresión burda. El contenido de *Desertor* parecía muy distante del prometido libro-bomba de un oficial superior de la Fuerza Aérea cubana. No se trataba de un mal libro, incluso siendo el autor alguien más familiarizado con los mandos de un MiG-23 que con el teclado de una computadora, pero era un relato con mucha opinión y poca información, que no reflejaba los bastidores del poder en Cuba ni hacía revelaciones importantes. En su libro, Roque sostenía que eran falsas las acusaciones de implicación en el narcotráfico hechas al general Ochoa, cuyo juicio calificaba de “espectáculo”; denunciaba la existencia de privilegios en las altas esferas militares; afirmaba que cualquier divergencia política

por parte de la joven oficialidad cubana era vista por los superiores como “cosa de maricón y mariguanero”. Siempre que se refería a la guerra económica de los Estados Unidos contra su país, escribía la palabra “bloqueo”, así entre comillas.

Un capítulo estaba dedicado a desprestigiar a una estrella decadente de la política cubana, Carlos Aldana, que durante años dirigió el Departamento Ideológico del Comité Central del PCC y llegó a ser considerado “el número tres” en la jerarquía del poder, apenas detrás de Fidel y Raúl Castro; tres años antes, Aldana había sido destituido de su cargo y enviado como director a un hospital militar en el interior del país. Otro personaje tratado con dureza en el libro de Roque era el entonces canciller de Cuba, Robertico Robaina, un joven salido de las filas de la Juventud Comunista y que a los treinta y siete años fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores. El relato cerraba con una profesión de fe en el capitalismo:

Días después de llegar a Miami me sorprendí con este país inmenso, criticado y pésimamente valorado por el gobierno de mi país. Por primera vez vi que la persona podía escoger entre luchar por el triunfo y conformarse con un mínimo. Pude comprender, sinceramente, el significado de la democracia. Pude entender lo que nos llevó al abismo marxista del fidelismo, al socialismo tropical bañado e inoculado con patrones de vida opuestos al derecho a ser libre.

Aun siendo visible que *Desertor* no iba a derrocar al Gobierno de Cuba, el lanzamiento del libro se convirtió en una fiesta que una vez más reunió a la crema del antracismo. En el salón de actos del hotel Omni Colonnade, en Coral Gables, los mozos servían vino y champán a los cientos de invitados, en espera de que el autor llegara. Mientras iban camino al hotel, Margarita, sentada junto a Roque en el auto, quiso saber por qué el marido estaba tenso y silencioso en un

día que solo era de buenos augurios. Él inventó una disculpa: “No es nada. Solo estoy preocupado porque me dijeron que puede haber alguna manifestación contra mí en la puerta del hotel. Están previendo alguna cosa organizada por la Brigada Antonio Maceo, un grupo pro diálogo con Cuba”.

Por el contrario, la franja bajo el toldo verde que recorre toda la fachada del hotel estaba repleta de reporteros, fotógrafos y camarógrafo de cine. La gran sorpresa, en verdad, lo esperaba en la puerta de entrada, con los brazos abiertos: nada menos que Jorge Mas Canosa. Allí estaba, en persona, el presidente de la FNCA, el jefe de todos los jefes, cuyo nombre concitaba la unanimidad del exilio para suceder a Fidel Castro en una hipotética “Cuba libre y democrática”. Tratado por todos con las cortesías y cumplidos ofrecidos solo a los jefes de Estado, Mas Canosa había llegado a sentirse y comportarse como uno de ellos. Su presencia en el lanzamiento del libro de Roque, por ejemplo, no era solo un homenaje al autor, sino también una forma de desmentir físicamente, ante las cámaras de la televisión —como acostumbran hacer algunos gobernantes—, los rumores de que tenía grandes problemas de salud. El poderoso cacique de Miami estaba flanqueado por José Basulto y el general Rafael del Pino. Con traje azul marino y corbata a cuadros en ajedrez, y siempre de la mano con la esposa, Roque caminó entre aplausos hasta la tribuna montada en el escenario y cumplió el ritual de las noches de autógrafos: hizo los agradecimientos de rutina, abrió el libro al azar, leyó algunas páginas y enseguida enfrentó a una fila de lectores que salía por la puerta principal del hotel y doblaba en la esquina del *boulevard* Ponce de León. Solo después de firmar el último ejemplar, se dirigió con Margarita al restaurante francés Le Festival, hacia donde ya había ido un gran grupo de amigos. Ahora era ella la que parecía disgustada. Ante la insistencia del marido, confesó que estaba dolida con él:

—No quiero estropearle el cumpleaños con esto, pero diste las gracias a más de diez personas y no hiciste ni una sola referencia a mi nombre...

Roque apartó la mano de ella con fuerza y respondió sin volverse, mirando el tránsito:

—No fue un olvido. Este es un libro muy político, Anita. No quiero ver tu nombre asociado a él.

No parecía una justificación convincente, pero la alegría y la acogida cariñosa en el restaurante la hicieron olvidar el incidente. Las parejas se dispersaron por la enorme mesa reservada semanas antes y, mientras los demás escogían la comida en las minutas, Margarita recorrió diagonalmente con la vista el ejemplar de *Desertor* que tenía en las manos, lo hojeó hasta el final, volvió las primeras páginas y se dio cuenta de que también en el libro había sido olvidada. Más que eso: en las dos únicas fotos en que aparece, una con Roque y Mas Canosa, en Miami, otra con el marido en una manifestación contra Clinton en Washington, su nombre no consta en los pies de fotos. Se sintió desolada, pero estaba decidida a no agriar la fiesta del marido.

Ya eran más de las once cuando los dos regresaron a casa. Ella llegó al final de la noche sin volver a tocar el asunto con Roque, pero la incomodidad no la dejaba dormir. Decidió sacar provecho del insomnio y matar la inmensa curiosidad por el contenido de la obra, ya que en ningún momento él le había dado a leer los originales. Reguló la luz de la lámpara de cabecera de modo que no perturbara el sueño del marido y avanzó libro adentro. Leyó a saltos, dejando trechos y fijándose en los pasajes que más le interesaban; la penúltima página del libro contenía un párrafo enigmático. En el epílogo, titulado

“Hermanos con el corazón en medio del pecho”, el autor hacía un homenaje a los Hermanos y conmemoraba una confraternización de pilotos de la organización en Cayo Hueso, después de un día de vuelos sobre el estrecho de la Florida:

Horas más tarde, mis compañeros y yo compartíamos la mesa del almuerzo. ¡Qué bella gente teníamos allí! Qué clase de hombres estaban aquel día en el aeropuerto de Cayo Hueso: el capitán Danilo Paneca, hombre rana y exinstructor de paracaidismo en la Academia Naval; el mayor Pedro Delgado, ingeniero que había dirigido el Departamento de Aeronáutica Civil de Cuba; Tony Márquez, piloto que huyó con un Antónov-24 a las Bahamas; el capitán René González, que dos años antes de mi llegada había desertado a bordo de un AN-2. Y, por supuesto, allá estaban José Basulto, Billy Schuss, Garlitos Tabernilla, Osvaldo Plá y otros hermanos...

El tratamiento de “capitán” dado a René sembró nuevas dudas en la cabeza de la mujer. Palabra de doble significado en español, capitán podía referirse lo mismo al grado militar que a la denominación de los comandantes de embarcaciones y aeronaves. ¿Sería René un militar, como Roque? ¿Qué misterio había allí? ¿Y por qué Roque no habría de querer asociar el nombre de ella con el libro? El día en que anunció que había decidido quedar embarazada, Ana Margarita comenzó a desconfiar de su falso Richard Gere, del hombre que había escogido para ser padre de su hijo.

El sentimiento que la había dejado desconcertada no era exactamente una novedad entre la población cubana del sur de la Florida. En Miami, desconfiar de todo y de todos nunca fue un pecado capital. El ambiente de sospecha mutua, existente desde el comienzo de la diáspora, a inicios de los años 60 del siglo xx, se convirtió en una especie de paranoia colectiva tras el desembarco de los ciento treinta mil “marielitos”, en 1980. Bastaba que alguien se presentara en las reuniones de alguna

organización como un “anticastrista vertical” –expresión utilizada por los que juraban no inclinarse jamás ante las amenazas del comunismo– para que fuese visto con redoblada cautela por los veteranos del exilio. Ni siquiera los iconos de la lucha anti-Castro, como José Basulto, conseguían pasar incólumes junto a los susurros, venidos de las mesas de dominó y los portales de los bares en la Pequeña Habana, según los cuales el insuperable índice de fracasos en las acciones de Basulto tenía una única explicación: el líder de los Hermanos también sería un agente castrista. A lo largo de los años, la comunidad cubana de Miami había dejado de espantarse cuando descubría que militantes extremistas, que se proclamaban dispuestos a dar la vida para poner fin a la Revolución cubana, no pasaban de ser agentes de inteligencia infiltrados por La Habana. La novedad, esta vez, era que los temores de Ana Margarita eran compartidos no por sus compatriotas, sino por el Gobierno de los Estados Unidos.

Meses antes del casamiento de Ana con Roque, un sonriente norteamericano de mediana edad, cabellos grisáceos y mejillas rosadas alquiló un apartamento amueblado en el cuarto piso del número 8021 de la avenida 149, en el distrito de Kendall, al sudoeste de Miami. El pequeño inmueble había sido escogido por una peculiaridad: desde su única ventana era posible ver, incluso a simple vista, lo que sucedía en el apartamento al otro lado de la calle, donde vivía René González. El inquilino antes mencionado no pretendía mudarse a la nueva casa, sino transformarla en un SOC –siglas en inglés para Surveillance Operations Center, un centro de operaciones de vigilancia–; aquello que en la jerga policial se llama vulgarmente “tener a alguien chequeado”. El norteamericano bonachón, que había usado nombre y documentos falsos para conveniar el alquiler, era Mark d’Amico, experimentado oficial del Escuadrón Antiterrorismo del FBI. Al instalarse a tiempo completo en

Kendall, D'Amico daba los primeros pasos de una operación secreta, puesta en práctica por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos para investigar actividades clandestinas entre cubanos residentes en la Florida.

Durante las primeras semanas se turnaban con él en la vigilancia –que se realizaba con ayuda de poderosos binoculares, equipados con lentes capaces de permitir la visualización de imágenes incluso en total oscuridad– los agentes del FBI Julio Ball y Myron Broadwell, que registraban en blocs de papel todos los detalles de la rutina del cubano: a qué hora salía de la casa, cuánto tiempo estaba fuera, a qué hora regresaba y lo que hacía cuando estaba en el apartamento. Para tranquilidad de los policías, el día a día de René cambiaba bien poco: se levantaba temprano, preparaba el desayuno, hacía algo de gimnasia en un pequeño corredor entre la sala-cuarto y la cocina, bajaba a la calle y corría durante cuarenta minutos alrededor del edificio rectangular, que ocupaba una manzana completa. Regresaba a la casa, se daba una ducha –casi siempre fría, para ahorrar energía eléctrica–, pasaba media hora delante de una microcomputadora IBM 386, y aproximadamente a las ocho de la mañana se iba para el trabajo. Regresaba entre las ocho y las nueve de la noche, hora en que se sentaba ante la computadora y de ahí salía solo para dormir, pasada la media noche. Solo después de tener la seguridad sobre los horarios de entrada y de salida del dueño de la casa, fue que el FBI comenzó a hacer incursiones dentro de ella. Después de la primera el teléfono quedó intervenido y se instalaron dispositivos de escucha en las dos habitaciones. Mientras un agente penetraba en el apartamento –sin roturas ni violencias, pero siempre con ayuda de ganzúas–, el otro controlaba a través del binóculo la puerta de entrada del edificio invadido. En caso de que René rompiera la rutina y decidiera regresar a su casa antes de hora, el agente que monitoreaba la calle mediante el binóculo

tendría tiempo suficiente de alertar por un *walkie-talkie* al colega que se encontraba dentro del apartamento, para que este pudiera salir sin dejar vestigios o motivos de sospecha. En la mayoría de los casos era D'Amico quien realizaba el control desde el apartamento alquilado por los policías, al tiempo que Ball y Broadwell se ocupaban de revisar el apartamento del vecino. Cada rincón, cada gaveta y cada armario eran fotografiados todos los días. Al final de la revisión se conectaba un disco duro a la computadora del cubano y se copiaban todas las operaciones, envíos y recibos de mensajes realizados el día anterior.

Fueron necesarias pocas semanas de trabajo para que el FBI develase el misterio que años después explotaría en las primeras planas de los periódicos norteamericanos: René, capitán de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, era un agente de inteligencia infiltrado por el Gobierno cubano en los Estados Unidos. Lejos de haber sido un duro golpe asestado contra el comunismo, como la prensa de la Florida festejara en 1990, el robo del avión de entrenamiento en el aeropuerto de San Nicolás de Bari y la arriesgada fuga del piloto rumbo a Miami, casi sin gasolina, eran parte de una operación minuciosamente planeada por los hombres del DSE, el Departamento de Seguridad del Estado. Entretanto, la identidad real de René no había sido todo lo que el FBI había descubierto. Lo que causó espanto a las autoridades fue descubrir que él era apenas una parte de una red de falsos desertores dispersos por el sur de la Florida, que en realidad eran todos agentes de inteligencia preparados por Cuba para infiltrarse en organizaciones anticastristas en los Estados Unidos. Y todos, a partir de entonces, pasaron a ser mantenidos bajo rigurosa vigilancia por el FBI, con teléfonos intervenidos y micrófonos instalados clandestinamente en sus casas. Así como D'Amico, Ball y Broadwell se encargaban del control de René, otros

quince agentes ya estaban haciendo un trabajo similar en cerca de diez direcciones dispersas por Miami, cayo Hueso y Tampa.

Un espeso e impenetrable secreto dejaría una pregunta sin respuesta: ¿Qué caminos habría recorrido la policía norteamericana para llegar a los agentes secretos? Del lado cubano, los oficiales del Departamento de Seguridad del Estado juran que no disponen de ningún dato que ayude a desentrañar el misterio. En Miami permanece el enigma, ya que el FBI se rehúsa a hacer pública cualquier información aparte de las copias de la extensa correspondencia intercambiada entre La Habana y los agentes infiltrados en la Florida, material recogido en las computadoras del grupo. La lectura de esa papelería tampoco aporta nuevas luces ni permite sospechar la existencia de algún traidor entre ellos, o saber si el FBI llegó a la red gracias a deslices cometidos por alguno de los cubanos. Como el primer documento confiscado por el FBI data de diciembre de 1995, lo que se puede afirmar con seguridad es que durante al menos cinco años, de los ocho en que permanecieron activos sus miembros, la organización operó sin ser descubierta por las autoridades norteamericanas.

Lo cierto es que la decisión de La Habana de crear e instalar en los Estados Unidos una red de informantes surgió después del fin de la Unión Soviética y, según un coronel de la inteligencia cubana, “fue tomada al más alto nivel de poder”, o sea, con conocimiento de Fidel Castro y su hermano Raúl. La perspectiva de derrocar la Revolución cubana por asfíxia económica, estímulo a las organizaciones del exilio a retomar sus provocaciones contra Cuba y a intensificar los atentados contra el turismo, que era la tabla de salvación que garantizaba la supervivencia del régimen y se había convertido en la mayor fuente de ingresos del país. La inexistencia de relaciones entre los dos países dejaba a las autoridades cubanas con las manos atadas para cualquier iniciativa que pudiera detener

los ataques venidos de Miami. El rigor de la vigilancia en los puertos y aeropuertos por donde entraban extranjeros fue reforzado, pero las medidas de seguridad no podían convertirse en una incomodidad que estorbara los viajes o asustara a los miles de turistas que diariamente llegaban de todo el mundo, excepto de los Estados Unidos, país en que los viajes a Cuba están prohibidos por la ley. Mientras decidían de qué modo enfrentar una guerra desigual como aquella, los dirigentes cubanos veían subir las estadísticas de los atentados. El objetivo del que alardeaban los líderes anticastristas de la Florida era claro: “La opinión pública internacional necesita saber –repetían en folletos y entrevistas– que es más seguro hacer turismo en Bosnia-Herzegovina que en Cuba”.

De hecho, desde el desmoronamiento de la URSS se habían realizado más de treinta atentados contra hoteles, vehículos para el transporte de turistas y locales frecuentados por extranjeros. Gracias a informaciones obtenidas por sus servicios de inteligencia, Cuba había conseguido abortar varios planes terroristas, entre ellos la tentativa de colocar novecientos gramos de explosivo plástico C-4 en el famoso cabaret Tropicana, en La Habana, que en noches de espectáculo recibe a cerca de mil visitantes. La complacencia de las autoridades norteamericanas estimulaba a extremistas como Tony Bryant, líder del grupo Comandos L, a anunciar a la prensa de Miami su disposición de continuar realizando acciones violentas en Cuba para minar el turismo. No había dudas, sino una sola alternativa para contener la ola de atentados: infiltrar agentes de inteligencia en las organizaciones de extrema derecha de la Florida y obtener informaciones sobre las agresiones en el momento en que eran planeadas. Y se trataba de una operación de alto riesgo. Las reticencias de La Habana a poner en práctica un plan tan osado desaparecieron con la intensificación de los ataques terroristas y las frecuentes invasiones de las aguas

territoriales cubanas por embarcaciones salidas de Miami, cargadas de armas y explosivos.

Los doce hombres y dos mujeres seleccionados para la tarea eran muy jóvenes, y casi todos tenían educación superior. Uno de los mayores entre ellos, René, acababa de cumplir treinta y cinco años al llegar a los Estados Unidos, y era uno de los pocos sin carrera universitaria. La mayoría había participado en la guerra de Angola y por lo menos siete de ellos, incluida una de las mujeres, tenían grados militares concedidos por el Ministerio del Interior. Uno de esos grados estaba en el hombro del benjamín del grupo, el simpático teniente Gerardo Hernández, de veintisiete años, comandante de la operación y responsable de la transmisión a La Habana del material recolectado por los demás oficiales y agentes de inteligencia. Sus actividades reales en la Florida eran consideradas información ultrasecreta, que no era compartida ni siquiera con los familiares más próximos, como padres, esposa e hijos. Todos eran ciudadanos cubanos, aunque tres de ellos, como René, hubieran nacido en los Estados Unidos. Solo uno era divorciado. Siete eran casados, entre estos las dos mujeres, cuyos maridos, también agentes, formaban igualmente parte de la Red Avispa, nombre con que el grupo fuera bautizado en La Habana. El FBI sabía todos esos detalles, pero aún faltaba una pieza en aquel rompecabezas: el FBI ignoraba –y en un principio ni René lo sabía– que Juan Pablo Roque también era un infiltrado, un falso desertor. Todo lo que el piloto de MiGs hiciera hasta entonces, desde la fuga por Guantánamo hasta el casamiento con Ana Margarita, era parte del disfraz montado en el viejo edificio de Villa Marista, a solo unos minutos del centro de la capital cubana, donde funcionan los servicios de inteligencia de Cuba.

La presencia del grupo en la Florida solo iba a adquirir aires de operación con la llegada del teniente Gerardo Hernández,

ocurrida un año y medio después de la fuga de René. Si hubiera dependido de su vocación, a aquella altura Gerardo debería haber estado sirviendo en el exterior no como agente secreto, sino como diplomático. Musculoso y casi totalmente calvo, a pesar de su poca edad, Gerardo había terminado el curso de relaciones internacionales en la graduación de julio de 1989 en la Universidad de La Habana, pero no llegó a trabajar en la burocracia del Ministerio de Relaciones Exteriores, primer paso de la carrera. Entregó el diploma a la joven y bella esposa, Adriana Pérez O'Connor, de apenas dieciocho años, y se presentó como voluntario para luchar en Angola. La noche del 14 de julio de 1989, víspera del primer aniversario de su casamiento, embarcó junto con otros noventa hombres en un desvencijado cuatrimotor Bristol Britannia con destino al África. Al contrario de los doscientos mil cubanos que hasta entonces habían luchado al lado de las tropas angolanas, Gerardo pasaría solamente un año, y no tres, en el continente africano. Ya estaban en vigor los acuerdos de paz firmados entre el presidente angolano José Eduardo dos Santos y el líder de la UNITA, Jonas Savimbi, teniendo como testigos a dieciocho jefes de Estado africanos, y la presencia de las tropas cubanas en el frente pacificado pasaba a tener un carácter meramente simbólico. Al retornar a Cuba, en 1990, Gerardo alimentaba sueños de poder iniciar al fin su carrera diplomática y tener con Adriana el hijo que planeaban desde el casamiento. Pero una vez más el destino conspiraba, entretanto, contra sus proyectos personales. “Parece que desperté la atención de los servicios cubanos de inteligencia cuando estuve en Angola —recordaría él muchos años después—, porque acabando de llegar a La Habana ya me propusieron la misión en los Estados Unidos”. El oficial encargado de su reclutamiento fue directo al punto, sin rodeos:

—Sabemos que usted estudió con ahínco para ser diplomático y llegó a recibir el título de oro en la Facultad, pero no podemos seguir conviviendo con los atentados. O acabamos con eso o ellos acaban con nuestra industria turística. Necesitamos infiltrarnos en las organizaciones criminales de Miami y queremos poner esa tarea en sus manos.

Tanto la carrera como el proyecto de tener un bebé debían ser postergados. “Yo podría haber dicho que no, que prefería ser diplomático, pero nosotros, los cubanos que crecimos después de la Revolución, sabemos que las agresiones venidas de Miami han puesto al país en estado de guerra –diría Gerardo más tarde–. No había un solo cubano que no hubiera sido víctima o no conociera a una víctima del terrorismo. Mi vida tendría que ser postergada una vez más”. A la esposa, Adriana, una morena menuda de pelo negro y pobladas cejas del mismo color, a quien él llamaba Bonsai –“árbol en miniatura”, en japonés–, Gerardo le dio la explicación que le habían recomendado en Villa Marista: iba a pasar algunos meses recogiendo datos en países latinoamericanos, para realizar su tesis de maestría en política internacional. Pero la preparación de su fachada todavía le iba a llevar algún tiempo. En los meses siguientes él se dedicó a un minucioso proceso de cambio de personalidad. De sus nuevos jefes –ahora estaba incorporado oficialmente al Servicio de Inteligencia del Ministerio del Interior– recibió una carpeta de veinte páginas de papel sulfito que sintetizaba, en unas siete mil palabras, detalles de la vida del personaje que debía incorporar. Para llegar al nombre escogido, algunos cubanos habían realizado una pesquisa en el cementerio municipal de Cameron County, en la frontera de Texas con México, en busca de algún difunto nacido más o menos en la misma época que Gerardo, para que la diferencia de edad entre los dos no fuera muy grande. La selección recayó

en Manuel Viramóntez, un niño nacido pocos meses después que el cubano y que había muerto de insuficiencia respiratoria a los tres años. En posesión de un certificado de nacimiento del niño, expedido por la oficina de registros de la ciudad, fue posible montar toda la documentación que pasaría a sustentar la fachada de Gerardo en los Estados Unidos.

En los meses siguientes se dedicó a leer y releer, cientos o tal vez miles de veces, la falsa biografía creada para él por el Servicio de Inteligencia cubano. Solo al sentirse plenamente seguro propuso pasar a la segunda fase: la de los interrogatorios. En las interminables sesiones de preguntas, que acostumbraban a durar más de veinte horas seguidas, incluyendo noches, varios oficiales de inteligencia se sucedían, repitiendo la misma pregunta decenas de veces, en busca de alguna contradicción, de alguna respuesta que permitiese sospechas. El trabajo se iniciaba a las ocho de la mañana en una salita cerrada del complejo de Villa Marista y, salvo breves interrupciones para las comidas, no tenía hora para terminar. La curiosidad del primer oficial podía comenzar tanto en la infancia como en algún momento de la adultez de Manuel Viramóntez.

—¿Cuál es su nombre?

—Manuel Viramóntez.

—¿Quiénes son sus padres?

—Pedro Viramóntez y Rosalina Viramóntez.

—¿Dónde y cuándo nació usted?

—Soy ciudadano norteamericano. Nací en Cameron County, Texas, el día 26 de enero de 1967. En 1970 mis padres volvieron a vivir en Puerto Rico, donde habían nacido.

—¿Cuál es su número de seguro social?

—El 584-82-5846.

—¿Cuál es su dirección actual en Puerto Rico?

—Edificio Darlington, avenida Muñoz Rivera Borinqueña, apartamento 6-C, Río Piedras.

—¿Cuál es el código postal de esa dirección?

—Es el número 00925.

—¿Y el número de teléfono de su casa?

—765-8150.

—Describa el edificio donde vive.

—Es un edificio blanco de once pisos. En la planta baja funciona una estación radial de salsa llamada Radio Voz, cuyas antenas están en la azotea.

—¿Dónde trabaja usted?

—En una empresa llamada B. Fernández & Hermanos, Inc.

—¿Dónde está situada?

—En la calle Dr. Mario Juliá, en la Zona Industrial de Pueblo Viejo, San Juan.

—¿Cuál es el número de teléfono de allí?

—797-7272.

—¿Qué hace usted allí?

—Soy encargado de ventas.

—¿Cuál es su salario?

—Recibo nueve dólares por hora, fijos, más una comisión. Todo sumado da poco más de 2 mil dólares por mes.

—¿Dónde estudió usted?

—Siempre en San Juan. De 1972 a 1979 fui al jardín de infantes y después cursé del primero al sexto grado en la Escuela Eugenio María de Hostos, que está en la calle Constitución, entre Cojímar y Camagüey, en Hato Rey. La secundaria básica la cursé entre 1979 y 1982, en la escuela Rafael María de Labra, en la Parada 18, Ponce de León, Santurce. De 1982 a 1985 cursé el bachillerato en una escuela de University Gardens, entre Columbia y Georgetown, Río Piedras. Y de 1986 a 1987 hice el curso técnico de *marketing* en la Facultad York, que está en la calle 3, en Puerta de Tierra.

—¿Usted se acuerda del nombre de algún profesor, condiscípulo o empleado de la escuela Eugenio María de Hostos?

—Sí, de algunos. Entre los profesores recuerdo a las señoras Tillet y Rosa, que ya eran muy ancianas y deben de estar jubiladas, y también a Margarita Cornejo, Manuel Míguez, Aydée Vázquez. De los compañeros de clase recuerdo a Vivían Espinosa, Edgardo Ramos, Miriam González, Francisco Wong. La directora se llamaba María Elena Bartoli y su asistente Lucy Delgado. De los empleados de mantenimiento recuerdo a dos señoras conocidas como Cuca y Amapola.

Aunque aquella fuera una identidad falsa, todos los nombres de personas, locales, calles, edificios y establecimientos comerciales eran verdaderos. Si alguien se tomaba el trabajo de chequear los datos ofrecidos por Gerardo sobre la escuela Eugenio María de Hostos, descubriría allí los registros de los antiguos directores, profesores, alumnos y empleados relacionados en los interrogatorios. Cada documento, cada papel en poder de Gerardo tenía una historia. En caso de que alguna autoridad quisiera detalles sobre cómo se había asociado a la agencia de alquiler de videos Cine y Video, él tenía la respuesta en la punta de la lengua:

—Para hacerme socio de ese video-club, llegué al establecimiento en la calle Magdalena, esquina a la avenida Ashford. El local tiene dos puertas de cristal y para entrar hay que tocar. Para que alguien se haga socio ellos le piden alguna forma de identificación, que puede ser la licencia de conducción, la cédula de elector, etc. Yo presenté mi licencia de conducción. Para alquilar filmes usted debe presentar su carné de asociado y pagar tres dólares por un filme nuevo o un lanzamiento.

Con la misma riqueza de detalles él tenía cómo responder si alguien le preguntara cómo y dónde había obtenido la licencia de conducción utilizada para asociarse al video-club:

—Mi actual licencia de conducción fue obtenida como renovación, en septiembre de 1990. Para obtenerla fui al Departamento de Transporte y Obras Públicas, localizado en la antigua Base Naval, avenida Fernández Juncos, en Miramar, Santurce. Al llegar fui hasta la ventanilla de información, donde me entregaron un formulario y me explicaron cómo proceder. Presenté los documentos y me dijeron que esperara, pero preferí pedir que la licencia de conducción fuera enviada por correo a mi casa. Llegó una semana después.

Nada quedaba sin respuesta. Cuando un oficial de inteligencia quiso saber detalles de la empresa donde trabajaba en San Juan, Gerardo no titubeó:

—Después de formarme en la Facultad York, la situación financiera de mi familia me permitió aguardar hasta que surgiera un empleo que me agradase. Por eso fue que no empecé a trabajar hasta 1988, como promotor de ventas en la B. Fernández & Hermanos Inc., una distribuidora de provisiones y bebidas.

Siete meses después de recibir la carpeta, Gerardo estaba casi listo para asumir la identidad de Manuel Viramóntez. Pero no bastaba ser, era necesario hablar como un nativo del único Estado asociado de los Estados Unidos, o sea, perder el acento cubano e incorporar las expresiones idiomáticas, giros y hábitos del español hablado en Puerto Rico. Por suerte, él contaba con una ventaja: como gran parte de los cubanos, también los puertorriqueños “se comen” las consonantes de las palabras terminadas en ado, edo, ido; unos y otros, por ejemplo,

pronuncian “distinguíó” en vez de “distinguido”, o “disgustáo” en vez de “disgustado”. Cuando quieren decir que el pescado está salado, tanto cubanos como puertorriqueños pronuncian “el pecao está salao”. Aparte de esas coincidencias idiomáticas, Gerardo aprendió que, a diferencia de lo que ocurre en Cuba, en Puerto Rico arrebatado no significa “entusiasmado”, sino “drogado”; que “chota” es alguien indiscreto, que habla de más; que “pelado” no es sinónimo de “calvo”, sino una persona sin dinero. Eso para no hablar de los cientos de extranjerismos, desde los heredados de los esclavos yorubas, como “ché-veré”, corruptela de “ché eghéri” (muy bueno), a los tomados del inglés, como “pana” (“amigo”, del inglés *partner*), “raitru” (“verdadero”, originalmente *right true*) y zafacón (“basurero”, de *safety can*). A fines de 1991 estaba terminada la lenta metamorfosis que transformara a Gerardo Hernández en Manuel Viramóntez. Cerrado el período de simulación, llegó finalmente la hora de irse a los Estados Unidos y zambullirse en las entrañas del enemigo.



## V

A mediados de 1995, la Red Avispa  
tiene trece cubanos infiltrados en  
organizaciones anticastristas, pero el FBI  
los tiene vigilados



En posesión de la documentación falsa, Gerardo tomó un avión en La Habana rumbo a México, de donde embarcó para Memphis, Tennessee, y de allí para Miami. No despertó sospecha alguna en los aeropuertos por donde pasó. En Miami vivió durante tres semanas en un motel, mientras leía anuncios clasificados en periódicos y visitaba inmobiliarias en busca de una casa compatible con el escaso presupuesto asignado por el cuartel general de Villa Marista. La elección recayó sobre un apartamento de un cuarto y sala en el tercero de los cuatro pisos de un edificio en las proximidades de la playa de Sunny Isles, el inicio de la lengua de tierra que parece querer separarse de Miami y solo va a terminar en Ocean Drive, la región donde se concentra el turismo adinerado. Las modestas dimensiones del apartamento eran compensadas por una terracita, separada de la sala por una puerta de cristal. Desde allí se ofrecía la agradable vista de las palmas verdes que ornaban la entrada del edificio y, a treinta metros de distancia, el pequeño edificio de apartamentos en el cual, algunos años más tarde, iban a controlar sus movimientos los agentes federales Angel Berlinghieri, Vicente Rosado y José Orihuela. Con veinte años en el FBI, Rosado formaba parte del CART –Computer Analysis and Response Team–, departamento encargado de analizar evidencias producidas por computadoras. Después de regatear mucho, Gerardo Viramóntez consiguió que el propietario Henry Raisman, que también vivía en el edificio, le rebajara el alquiler mensual de 625 a 580 dólares, incluidos impuestos y tasas de condominio.

Además de los muebles estrictamente necesarios, la única adquisición para la casa nueva fue su futuro instrumento de trabajo, una microcomputadora. Acabó decidiéndose por un equipo con los más modernos recursos –multimedia, placa gráfica de sonido y video, monitor Super VGA, fax-modem incorporado y 4 gigabytes de memoria–, que en conjunto le costó 3.000 dólares, el mismo precio que había pagado por el auto que pasaría a utilizar, un decadente Oldsmobile Delta con más de diez años de uso. La vida modesta se justificaba no solo por el hecho de que el presupuesto era efectivamente corto. Según la fachada creada en La Habana, Gerardo trabajaría como caricaturista *freelance* en periódicos, actividad en la que, de hecho, revelaba algún talento, pero cuya remuneración no permitía mayores extravagancias.

Solo al inicio de 1992 comenzaron a arribar a la Florida los demás agentes que iban a operar bajo su supervisión. Los primeros en presentarse a él no provenían de La Habana, sino de Nueva York, y estaban casados de verdad. Nilo Hernández, cuyo nombre en clave era “Manolo”, y su mujer, Linda Hernández, “Judith”, eran antiguos funcionarios de la misión de Cuba en la ONU y, según el ardid montado para ellos por los servicios de inteligencia, habían desertado del servicio diplomático años antes y abierto en Nueva York una pequeña empresa de exportación de instrumental médico y periféricos para computadoras, cuya sede transfirieron a Miami al incorporarse a la Red Avispa. Ambos tenían grado de tenientes del Ministerio del Interior y, aunque fueran los dos más viejos del grupo (él tenía treinta y ocho años y ella treinta y cinco), en la documentación secreta intercambiada con el llamado Centro Principal, en La Habana, se les trataba de jóvenes. Pocos días después de instalarse en una casa alquilada al sudoeste de Miami, Nilo y Linda oyeron de Gerardo que la misión de ellos era infiltrarse en Alpha 66, uno de los dos más antiguos y agresivos grupos

terroristas anticastristas de la Florida. Fundada en 1966 por Eloy Gutiérrez Menoyo, Andrés Nazario Sargén y Antonio Veciana Blanch, la organización tuvo como primer gran patrocinador al millonario norteamericano Henry Luce, creador y propietario de la revista *Time*. A pesar de exhibir un vasto historial de violencia y atentados, Alfa 66 tenía existencia legal, con registro oficial en la alcaldía de Miami y sede en plena Calle Ocho, la de más movimiento en la Pequeña Habana.

Simultáneamente con los jóvenes, nuevos agentes cubanos se iban asentando en la Florida de manera discreta y silenciosa. El siguiente fue Ramón Labañino Salazar –nombres en clave “Luis Medina”, “Alian” y “Oso”–, un gigante de gruesos bigotes, dos metros de altura, 130 kilos de peso y cara de bebé. A los veintinueve años de edad, Ramón era economista, capitán del Ejército cubano y un apasionado de las artes marciales, que había obtenido varias medallas en torneos nacionales como luchador de kárate, deporte en el que ostentaba la cinta negra. Siguiendo el *script* montado por los servicios de inteligencia, él se había ido a Madrid para trabajar en una empresa cubana encargada de comprar equipos para hospitales, de la que desertó para partir hacia los Estados Unidos. Como en los demás casos, el secreto de su misión no podía ser compartido con nadie, ni siquiera con su mujer, Elizabeth Palmeiro, con quien se casara un año antes.

En vez de ir directo a Miami, Ramón fue destacado para instalarse en Tampa, al noroeste de la Florida. Aunque la ciudad no era sede de organizaciones anticastristas importantes, era allí donde vivían los cabecillas de algunos grupos activos y peligrosos, como José Enrique Cotera, lugarteniente de Posada Carriles y veterano de bahía de Cochinos; y Emilio Vázquez, que dirigía la sucursal local de la Fundación Nacional Cubano-Americana. Pero el habitante de Tampa que había movido a los órganos de inteligencia cubanos a destacar un cuadro como

Labañino para vigilarlo se llamaba Orlando Bosch, un hombre cuya trayectoria era proporcional a la estatura física del agente cubano. Según documentos oficiales divulgados por una ONG de Washington, la NSA (sigla en inglés de Archivo de Seguridad Nacional), el pediatra jubilado, nacido en La Habana en 1926, había pasado a colaborar con la CIA después de la llegada de Fidel Castro al poder. Bosch, fácilmente identificable por una mancha cárdena que iba desde su labio inferior hasta la barbilla, había sido señalado durante las investigaciones sobre el asesinato del presidente John Kennedy como “el mulato que aparece sentado junto al hombre del paraguas”, en la única filmación existente sobre el crimen, realizada por el cineasta aficionado Abraham Zapruder. Sin perder de vista jamás a Cuba como su blanco principal, en los años 70 Bosch se puso al servicio de la Junta Militar que derrocó al presidente chileno Salvador Allende, incorporándose a la Operación Cóndor, el complot organizado por los servicios de inteligencia de las dictaduras militares de Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y Bolivia, para perseguir, repatriar e incluso eliminar físicamente a los opositores a esos gobiernos. En los tres años siguientes, el nombre del médico cubano sería asociado a varios crímenes cometidos por la organización. El primero de ellos fue el asesinato en Buenos Aires, en 1974, del excomandante de las Fuerzas Armadas de Chile, general Carlos Prats. Meses después de eso, las huellas digitales del cubano aparecerían en Roma, en el atentado a tiros que dejó parapléjico al exsenador Bernardo Leighton, vicepresidente en el exilio del Partido Demócrata Cristiano de Chile. Bosch fue identificado también como uno de los cabecillas de la operación efectuada en Washington en septiembre de 1976, que acabó con las vidas del excanciller chileno Orlando Letelier y de su secretaria, la norteamericana Ronnie Moffitt. Los dos transitaban por Sheridan Circle, una plazuela con árboles situada a menos de

veinte cuadras de la Casa Blanca, cuando una bomba hizo volar por los aires el auto en que circulaban.

Su trayectoria no acababa ahí. Dos semanas después, el día 6 de octubre, mientras la policía de Washington investigaba aún la autoría de ambas muertes, un DC-8 de Cubana de Aviación despegó de Georgetown, capital de la República de Guyana, en un vuelo rumbo a La Habana con escalas previstas en Puerto España (capital de Trinidad y Tobago), Bridgetown (capital de Barbados) y Kingston (capital de Jamaica). El aparato transportaba a setenta y cinco personas, entre ellas veinte esgrimistas del equipo juvenil de Cuba, que acababa de ganar todas las medallas de oro del Campeonato Centroamericano, cinco periodistas de Corea del Norte y once estudiantes de la República de Guyana, que se preparaban para estudiar medicina en Cuba. Entre los demás pasajeros viajaba el agente de la CIA Hernán Ricardo Lozano, acompañado de Freddy Lugo, ambos venezolanos. Los dos desembarcaron en la escala de Barbados, a las cuatro de la tarde. Tomaron un taxi a la salida del aeropuerto de Seawell, pasaron rápidamente por la Embajada de los Estados Unidos y se hospedaron en el Hilton local, de donde hicieron una llamada telefónica a las oficinas de la empresa ICICA –Investigaciones Comerciales e Industriales de Centro América– en Caracas, la capital de Venezuela, para transmitir un breve mensaje: “El servicio fue realizado”. Al otro lado de la línea estaban Orlando Bosch y el dueño de la ICICA, Luis Posada Carriles. A las 17:15 el DC-8 salió de Bridgetown con destino a Jamaica, última escala antes de aterrizar en La Habana. Ocho minutos después del despegue dos bombas explotaron, una de ellas en el baño de la cabina de pasajeros. Transformado en una gigantesca bola de fuego, el aparato se precipitó a las aguas del Caribe, con un saldo de sesenta y tres pasajeros y diez tripulantes muertos.

Presos al día siguiente, Lugo y Lozano confesaron la autoría del crimen y revelaron a la policía de Trinidad y Tobago los nombres de los responsables: Orlando Bosch y Luis Posada Carriles. Juzgados en Caracas, Lozano y Lugo fueron condenados a veinte años de prisión; Posada Carriles pasó nueve años encarcelado en Venezuela, hasta que en 1985 se fugó de la prisión de máxima seguridad donde cumplía la sentencia, reapareciendo meses después en El Salvador, donde se unió a los llamados “contras”, grupos armados por la CIA para intentar derrocar al gobierno sandinista de Nicaragua. Orlando Bosch permaneció en la cárcel hasta 1987. Gracias al empeño del entonces embajador de los Estados Unidos en Caracas, el cubano-americano Otto Reich, Bosch consiguió ser deportado a Miami, donde debía cumplir el resto de la pena, pero acabó siendo liberado por orden del presidente George Bush. Al ser entrevistado por un periodista sobre el atentado de Barbados, Bosch dio una respuesta macabra: “Todos los aviones de Castro son aviones de guerra –dijo–. No había inocentes entre los pasajeros de aquel vuelo”. En el año 2000 Posada se fue con los cubanos Gaspar Jiménez y Pedro Remór a Panamá, donde planeaban matar a Fidel Castro, que estaría en el país para un encuentro internacional. Presos y condenados, los tres serían indultados en el último día del gobierno de la presidenta panameña Mireya Moscoso, en agosto de 2004, y puestos en libertad. La primera autoridad en recibir la noticia fue el embajador norteamericano en Panamá, Simón Ferro. Sin saber que la llamada se estaba grabando clandestinamente –y que sería difundida por internet al mundo entero, años después–, Mireya Moscoso dejó un mensaje de diez segundos de duración en el celular del diplomático: “Aquí la presidenta para informar que los cubanos fueron indultados ayer en la noche. Ya abandonarán el país con rumbo a Miami”. Según se sabría más adelante, el perdón habría costado un millón de dólares,

un helicóptero y un yate, soborno pagado a la presidenta por el presidente de la Fundación Nacional Cubano-Americana.

Después de Ramón Labañino, le tocó incorporarse a la Red Avispa a otro agente de origen norteamericano. Antonio Guerrero, que en 1992 tenía treinta y cuatro años, era delgado, con 1,80 metros de estatura, rostro magro y arco dental superior prominente, como si le costara algún esfuerzo mantener la boca cerrada. Había nacido en 1958 en Miami, pero, a diferencia de René, su familia no se había exiliado en los Estados Unidos huyendo de la dictadura de Batista. El padre de Guerrero, de quien el hijo heredara no solo el apodo sino también el nombre, había sido beisbolista *amateur* hasta ser descubierto en La Habana, a comienzos de los años 50 del siglo xx, por un *scout* de las ligas norteamericanas. Su primer contrato profesional fue para jugar en la ciudad de Odesa, en la frontera de Texas con Nuevo México; allí nacería su primera hija, María Eugenia, en 1956. Pero su vida de jugador profesional sería corta. A comienzos de 1958, mientras jugaba en un equipo de Miami, Guerrero sufrió una torcedura en el pie izquierdo, cuyo tratamiento lo dejó inmovilizado por seis meses, con una bota de yeso que le impedía cualquier movimiento sin auxilio de muletas. Cuando volvió al terreno ya no era el mismo. Hizo algunas tentativas de retomar el desempeño de antes, pero su carrera había llegado al final. Fue en ese momento cuando él y Mirta, quien había descubierto que estaba embarazada, decidieron realizar el proyecto en que ya habían pensado en ocasiones anteriores: regresar a Cuba. Sin embargo, cada vez que consultaban a un pariente o amigo cubano sobre el plan, recibían la misma respuesta: “¡No vuelvan! ¡Esto aquí está en candela!”. Era la guerrilla liderada por Fidel Castro, que llegaba a la capital del país. El día 16 de octubre de 1958, Mirta ingresó en el Jackson Memorial, el megacomplejo hospitalario de la Universidad de Miami, a pocas cuadras del

límite norte de la Pequeña Habana, para dar a luz a su segundo hijo, Tony. A despecho de las advertencias, el día en que el bebé completó un mes de vida la familia desembarcó en Cuba. El avión que los transportaba tuvo que descender en el aeropuerto militar de Colombia porque el aeropuerto internacional José Martí había pasado algunas horas en poder de los rebeldes fidelistas. Tony aún no había cumplido tres meses, cuando La Habana fue tomada por la revolución que treinta años después lo enviaría de vuelta a la Florida, estado donde naciera.

A los once años Tony vio fallecer al padre, víctima de un infarto. Alumno brillante en todas las escuelas por donde pasó, en 1974 fue admitido en la Unión de Jóvenes Comunistas y cinco años después, al terminar el preuniversitario, obtuvo una beca para estudiar ingeniería aeroportuaria en la Universidad de Kiev, Ucrania. Al retornar a Cuba trabajó en el sector de obras de Cubana de Aviación hasta ser escogido para dirigir la ampliación del aeropuerto Antonio Maceo, en la ciudad de Santiago de Cuba, capital de la provincia de Oriente, en el extremo este de la isla. Cuando llegó a su fin, en 1987, la obra fue inaugurada personalmente por Fidel Castro. En esa época ya Tony era padre de Antonio, un niño de dos años, pero el matrimonio con la santiaguera Delgys iba a durar poco. En 1988, al volver a La Habana solo y divorciado, fue reclutado por el Ministerio del Interior para trabajar como agente de inteligencia. En los meses siguientes se dedicó a la llamada “preparación operacional”, frecuentando cursos de inteligencia y contrainteligencia, con creación de disfraces y fachadas, inteligencia visual, vigilancia y contravigilancia, criptografía, aprendiendo medidas de sigilo y seguridad, técnicas de entrevista con objetivo de reclutamiento y métodos para ocultar informaciones en computadoras (Chess), enviar informaciones por teléfono (Computel) y descifrar mensajes secretos transmitidos por radio (Compurad).

A comienzos de 1990 fue destacado para su primera misión: unirse a un grupo de agentes cubanos que actuaban en Panamá, país de importancia estratégica por su posición geográfica y por poseer el canal que comunica los océanos Atlántico y Pacífico. El trabajo de Tony, según lo que aparece en la escueta ficha funcional del Ministerio del Interior, consistiría en buscar informaciones político-militares vía radio e inteligencia visual, crear una subred de agentes de apoyo, penetrar en instalaciones políticas y diplomáticas y obtener informaciones sobre grupos panameños considerados “especiales” por el Cuartel General de La Habana. Siempre utilizando su nombre real y la documentación de ciudadano norteamericano, cumplió las orientaciones recibidas en Cuba, de asentarse sólidamente en el país, para lo cual estableció vínculos con numerosas personas; entre ellas conoció a Nicia Pérez Barreto –joven hija de un profesor jubilado–, de quien se enamoró y con la que se casaría en octubre de 1991. Tony encontraba un Panamá en plena efervescencia política. En los primeros días del año había sido depuesto y apresado por tropas norteamericanas el comandante de la Guardia Nacional y gobernante *de facto* del país, general Manuel Noriega, acusado de tráfico de drogas por el presidente George Bush, el mismo que años antes lo reclutara para colaborar con la CIA. Llevado a la fuerza para Miami, Noriega sería juzgado y condenado a treinta años de prisión.

Los registros de Tony en el Ministerio del Interior de Cuba no esclarecen gran cosa, pero sugieren que su misión en Panamá –cualquiera que haya sido– fue coronada por el éxito, ya que a comienzos de 1992 sería ascendido al cargo de agente especial, con el grado de subteniente. Junto a la noticia de la promoción recibiría una nueva tarea: preparar la mudanza desde Panamá a los Estados Unidos con la esposa, que entonces tenía cuatro meses de embarazo, e incorporarse a la Red Avispa, que comenzaba a ser estructurada en la Florida. Ante

la negativa de Nicia, que se negaba a separarse de la familia, Tony no vio otra alternativa que proponerle el divorcio a su mujer, quien aceptó, aparentemente sin mayores problemas. Cuando nació Gabriel Eduardo, el hijo de ambos, a comienzos de 1993, el padre ya estaba viviendo en los Estados Unidos.

El guion inicial sugerido por La Habana era el de siempre: alquilar un sitio para vivir, procurar empleo y establecer relaciones afectivas con alguna mujer. Así como ocurriera con Ramón Labañino, su destino no sería Miami; Tony fue para Cayo Hueso, ciudad de veinte mil habitantes situada a trescientos kilómetros al sur de Miami y famosa por abrigar innumerables comunidades homosexuales, peculiaridad visible por la profusión de banderas con los colores del arco iris, símbolo del movimiento gay, colocadas en sus residencias, bares, cabarés y clubes. La selección de la ciudad por los órganos de inteligencia cubanos no se debía, naturalmente, a su condición de paraíso gay, sino a la localización geográfica que hacía de ella punto de partida ideal para los barcos y lanchas de organizaciones anticastristas que pretendían invadir el territorio cubano. Construida en el punto más meridional de los Estados Unidos, Cayo Hueso está escasamente a noventa millas de La Habana. Además de ser lugar privilegiado para la vigilancia del movimiento de embarcaciones, la ciudad permitía que cualquier persona controlara, usando binóculos, el momento en que eran encendidas las luces de las antenas instaladas en los enormes balones que flotaban en el aire, sobre el estrecho de la Florida; antenas que transmitían a Cuba las señales tanto de la Radio como de la TV Martí. La utilización de dirigibles fue la salida encontrada por el Departamento de Estado para burlar la legislación norteamericana que prohíbe la generación, en territorio de los Estados Unidos, de señales de audio o video destinadas a interferir en la política de cualquier país. En los primeros años, la CIA transmitía la programación desde países

amigos situados en la América Central, como Honduras y El Salvador, pero las denuncias del Gobierno cubano ante organismos internacionales obligaron a Washington a hacer uso de los balones, que pasaron a flotar en la tierra de nadie situada en el espacio aéreo internacional que separa a las dos naciones.

A pesar de que Tony llevaba en su equipaje un título de ingeniero, sus pasos iniciales en los Estados Unidos estuvieron marcados por las mismas dificultades enfrentadas por sus antecesores y por los miembros de la Red Avispa que llegarían después. Hizo trabajos ocasionales como cortador de césped, reparador de cercas, electricista, fontanero y almacenero de un *shopping center* local, hasta conseguir su primer empleo con salario fijo en el *spa* de un hotel de la red Days Inn, donde daba clases de baile o, más precisamente, de salsa. Las clases eran frecuentadas en mayoría por hombres, muchos de ellos homosexuales, pero serían las dos únicas mujeres matriculadas en el curso las que iban a cambiar su destino. La primera era una seductora y menuda rubita, Margareth Becker, de ojos azules y cabellos cortados al estilo Chanel, ocho años mayor que él. Vegetariana, adepta del budismo zen y practicante de yoga, Maggie —como la llamaban— había dejado a su familia de clase media alta en el estado de Pennsylvania para vivir “en comunión con la naturaleza” en el paradisíaco extremo sur de la Florida. Lo que sucedió entre ellos fue un típico caso de amor a primera vista. Luego de conocerla, Tony pasó a frecuentar la simpática casita blanca de madera, como muchas en la región de cayo Hueso, donde ella vivía con el gato Tai-Chi y trabajaba como masajista.

La otra alumna era también norteamericana: Dalila Borrego, funcionaria del Departamento de Recursos Humanos de la base aeronaval de Boca Chica, la misma en que René González posara su avión al llegar a los Estados Unidos. Fue Dalila quien contó a Tony que el comando de Boca Chica tenía abiertas

inscripciones para la contratación de personal civil. No sería el mejor empleo del mundo –las plazas ofrecidas eran de auxiliares de limpieza y trabajadores manuales–, pero el cubano sabía que en los Estados Unidos poco o nada valía un título de ingeniero emitido en Ucrania. Y además de la garantía de empleo fijo, solo un golpe de suerte podría poner a un agente de inteligencia de Cuba a trabajar dentro de una poderosa instalación militar norteamericana. Tony pasó sin problema alguno las entrevistas a que fue sometido; sus únicas dificultades eran con el inglés, idioma que aún no dominaba con fluidez. Enseguida lo llamaron para incorporarse al contingente de seiscientos trabajadores civiles que trabajaban en la base aeronaval, de los cuales el diez por ciento eran de origen cubano. Después de verlo pasar algunas semanas limpiando cristales y barriendo pisos, sus superiores se dieron cuenta de que el novato podía ser mejor aprovechado y lo promovieron a operador asistente del torno mecánico en la oficina que funcionaba en el interior de la base. El nuevo cargo no le daba acceso a las áreas restringidas al personal militar, pero el modesto aumento salarial le permitió abandonar los trabajos ocasionales y las clases de salsa, y mejorar un poco el franciscano estilo de vida que llevaba desde la llegada. Para festejar, tomó un pequeño crédito bancario y compró un Volkswagen Golf. Un auto usado, de segunda o tercera mano, pero todavía en forma.

Poco después, en el curso de los meses siguientes, fueron arribando los restantes miembros de la Red Avispa. Después de llegar Tony, se mudó para Miami el subteniente Joseph Santos, un rubio alto y delgado, casi completamente calvo, de treinta y cuatro años. Hijo de padres cubanos, había nacido a finales de 1960 en la minúscula ciudad de Weehawken, en New Jersey, donde vivió hasta los dos años de edad, cuando la familia regresó a Cuba. Militante revolucionario desde joven, estudió ingeniería en automatización en la Universidad

de La Habana, donde conoció a la estudiante de cibernética Amarilys Silverio, una morena bajita de pelo rizado, con quien se casaría poco después de la graduación. Reclutados para trabajar como agentes de inteligencia, después de cuatro meses de preparación en una “casa de seguridad” en la ciudad de Santa Clara, ambos fueron despachados a los Estados Unidos en una de las olas migratorias y se instalaron en New Jersey —él con el nombre en clave “Mario”, y ella, “Julia”—. Cuando fue concebida la Red Avispa, el matrimonio recibió órdenes de La Habana de mudarse a Miami, ocasión en que se le concedió también a Amarilys el grado de subteniente. Mientras el marido salía en busca de un empleo, ella no demoró en conseguir una plaza como recepcionista en la clínica Peñalver, en la Pequeña Habana. Cerrando el grupo, al enjambre se incorporarían durante las semanas siguientes otros cuatro agentes cubanos, respecto a los que se llegaría a saber muy poco, aparte de los nombres verdaderos y los respectivos nombres en clave: Ricardo Villarreal (“Rocco”, “Horacio”), Alejandro Alonso (“Franklin”), Remigio Luna (“Remi”, “Marcelino”) y Alberto Manuel Ruiz (“Manny”, “Miguel”, “A-4”).

La red funcionaba en forma de pirámide, cuyo tope estaba ocupado por Gerardo Viramóntez, hacia quien convergían todos los informes y comunicaciones producidos por los demás. Giro, como se conocía a Gerardo en Cuba, era responsable de recibir, aglutinar y resumir las informaciones y comunicaciones, encriptarlas con códigos previamente establecidos y enviarlas al Centro Principal, en Cuba. Era el único de todo el grupo que se comunicaba con La Habana. Como medida adicional de seguridad, no obstante, ninguno de los agentes de campo tenía contacto con él; ni siquiera sabían de su existencia. Por debajo de él estaban los supervisores, encargados de recoger y depositar en sus manos el material acopiado por los agentes Ramón Labañino, Ricardo Villarreal y Alberto Ruiz. Además

de funcionar como puente entre Gerardo y los otros miembros del grupo, los tres realizaban trabajo de campo en busca de informaciones en los grupos anticastristas. En la base de la pirámide, responsables por las infiltraciones y por la producción de los informes, estaban René, siempre tratado como “Castor” —su nombre de guerra—, Roque, Tony Guerrero, Alejandro Alonso, Alberto Ruiz y los matrimonios Nilo y Linda Hernández y Joseph Santos y Amarilys Silverio. La compartimentación del equipo era casi absoluta. Salvo en casos en que marido y mujer eran agentes, ninguno de los demás conocía a los colegas o sabía de la existencia de ellos, y ni siquiera tenían conocimiento de que formaban parte de un grupo. El contacto de cada uno se restringía a su superior y nada más. Las únicas excepciones eran René y Roque, que casualmente se habían conocido y se hicieron amigos, pero ninguno de los dos sabía que el otro era también agente de inteligencia.

La recomendación expresa para que todos buscaran trabajo remunerado no se debía solo a la necesidad de dar verosimilitud a las fachadas, sino principalmente a la pobreza de recursos que Cuba padecía en aquel momento difícil, sobre todo cuando se trataba de dólares. Lejos de la vida fastuosa que las personas están habituadas a ver en filmes como los de James Bond, el agente británico creado por el escritor Ian Fleming, los 007 cubanos pasaban el tiempo contando monedas. El presupuesto que ponía a su disposición La Habana para mantener en funcionamiento la Red Avispa no llegaba a 200.000 dólares anuales —incluida la manutención de todos los agentes, sus alquileres, gastos personales y operacionales—. La mitad de ese dinero era destinada a los gastos fijos estrictamente personales del grupo —alquiler, alimentación y ropas—, lo que significaba cerca de 9.000 dólares anuales per cápita. Con eso, cada uno disponía de menos de mil dólares por mes para sobrevivir. El monto de los gastos operacionales sumaba cerca de 70.000

dólares por año, cuya distribución entre los agentes variaba de acuerdo con las actividades de cada uno. Mientras René, Roque y Tony, por ejemplo, recibían poco menos de 5.000 dólares anuales, a cada uno de los demás se le asignaba la mitad de esa cantidad. La cuota más significativa, de 30.000 dólares anuales, era destinada a Gerardo, obligado a hacer malabaris-mos para, con tan poco dinero, comprar equipos –disquetes para computadoras, pilas, casetes, etc.– y todavía realizar viajes regulares a las embajadas de Cuba en la ONU (que en los códigos era llamada “M-15”) y en México (cuyo nombre en clave era “M-2”). Suplementos presupuestarios solo se daban cuando algún agente era convocado a reuniones en La Habana, lo que acostumbraba a ocurrir una vez al año. Esos viajes se tornaban más costosos porque, al no existir comunicación aérea o marítima entre los dos países, el pasajero se veía obligado a realizar vuelos a países vecinos, como México, Jamaica o las Bahamas, y de ahí embarcar para Cuba.

No era solo en la distribución de recursos que Gerardo recibía tratamiento diferenciado. Por ser el líder del grupo y el único en disponer de todas las informaciones sobre la red y sus operaciones, él contaba, además de la fachada de Manuel Viramóntez, con otras dos: según las orientaciones de La Habana, “dos conjuntos de documentos suficientemente confiables para garantizar su partida de los Estados Unidos”. Como primera alternativa, en caso de emergencia, él debería asumir la identidad de Daniel Cabrera, un puertorriqueño nacido el 28 de junio de 1961. La selección de Texas y Puerto Rico como lugares de origen de los personajes incorporados por Gerardo se debía al hecho de que ambos eran estados en los que, además del inglés, el español era considerado lengua oficial. La documentación había sido creada dos años antes, cuando alguien hizo llegar a la Red Avispa el pasaporte que había sido perdido por el verdadero Cabrera, un funcionario

público residente en la ciudad de West Palm Beach, situada cincuenta kilómetros al norte de Miami. El documento fue copiado y, con base en los datos contenidos en él, los servicios secretos cubanos falsificaron y entregaron a Gerardo una certificación de nacimiento, una licencia de conducción de motocicleta, una tarjeta magnética de seguridad social y un carné de socio de una alquiladora de videos en Fisherman Island, barrio de West Palm Beach. Por la segunda fachada alternativa el cubano se presentaría como el fotógrafo Damián Pérez Oquendo, nacido en 1965 en Hato Rey, Puerto Rico. Así como en los casos de Viramóntez y Cabrera, Gerardo recibió un kit con toda la documentación del tercer personaje, cuya obtención nunca quedaría debidamente esclarecida: documento de identidad puertorriqueño, certificación de nacimiento, pasaporte norteamericano, licencia de conducción y carné de seguro social.

También por ejercer el más relevante papel en la Red Avispa, Gerardo recibió de sus superiores no uno, sino cuatro planes de fuga. Ante cualquier sospecha de estar siendo seguido o monitoreado por las autoridades norteamericanas, él debería evitar aeropuertos y abandonar Miami por tierra, dirigiéndose a alguna ciudad vecina. Cuando tuviera la seguridad de estar a salvo de toda vigilancia, debería destruir uno por uno los documentos de Manuel Viramóntez y asumir la fachada que considerase más adecuada a las circunstancias: la de Daniel Cabrera o la de Damián Oquendo. Solo entonces intentaría, lo más aprisa posible, escoger una de las cuatro opciones para salir del país. Según las recomendaciones de La Habana, él debería evitar los aeropuertos de Nueva York, Washington, Miami y Los Ángeles, que en la época eran los que contaban con los más rigurosos sistemas de seguridad de los Estados Unidos. “Ninguno de esos aeropuertos debe ser utilizado”, decía expresamente el guion entregado a Gerardo, “sea al iniciar el viaje de fuga, sea en vuelos que los utilicen como conexión antes de

dejar los Estados Unidos”. La primera ruta de fuga preveía que el agente, después de salir de Miami, debería tomar un vuelo doméstico para San Antonio, en Texas, y desde allí dirigirse a El Paso, en el mismo estado, cruzar a pie la frontera y llegar a Ciudad Juárez, ya en territorio mexicano. La opción número dos sugería que la fuga se diera por una de las tres ciudades que disponían de vuelos sin escalas para México. Él podría embarcar en Atlanta rumbo a Guadalajara, en Columbia rumbo a Acapulco, o tomar un avión en Houston rumbo a la capital mexicana. En cualquiera de los dos casos sería importante verificar que no habría escalas en Cancán, Mérida y Veracruz, ciudades en que la vigilancia era más rigurosa. La tercera opción tenía como destinos alternativos Managua, en Nicaragua; Tegucigalpa, en Honduras; o San José, en Costa Rica; capitales para las que había vuelos a partir de Houston y New Orleans. En caso de no poder usar ninguna de las rutas sugeridas, Gerardo debería optar por la cuarta alternativa: viajar por vía terrestre, en ómnibus o en un auto alquilado, hasta Buffalo, en el estado de Nueva York, entrar a pie en Canadá por el puente Rainbow, en las cataratas del Niágara, y desde allí embarcar para Montreal o Toronto, donde tomaría un vuelo directo para la ciudad de México. Como no podía dejar de ocurrir, el documento preparado por La Habana para el jefe de la Red Avispa contemplaba, al final, la peor de todas las hipótesis, la prisión: “Si eso sucediera, en ninguna circunstancia usted admitirá que forma parte del Servicio de Inteligencia de Cuba. Reconozca que es cubano y que viajó a los Estados Unidos, vía Mariel, en mayo de 1980, transportado en un barco comandado por un hombre negro, fuerte, con bigote –describalo como si fuera el oficial Edgardo–, y que pagó 2.500 dólares por la travesía”. La recomendación final no era nada animadora: “Si aun así usted quedara preso, solicite un abogado”.



## VI

El amor ataca a los agentes secretos:  
Tony se une a la norteamericana Maggie,  
y René consigue llevar a Olga y a su hija  
para Miami



Al cabo de los primeros doce meses de operación, los agentes secretos de la Red Avispa tenían abarrotados los archivos de la Dirección General de Inteligencia en La Habana, con más de tres mil páginas de informes. Con el correr del tiempo, el trabajo de los agentes encargados de las infiltraciones pasó a obedecer a una rutina que raramente se alteraba. La comunicación entre cada uno de ellos y su superior inmediato tenía lugar por medio de mensajes transmitidos a través de *beepers*, en códigos alfanuméricos desarrollados y utilizados durante décadas por la antigua Unión Soviética. Ya estaba disponible en el mercado la primera generación de teléfonos celulares, pero su uso fue descartado debido al precio, inaccesible al modesto presupuesto del grupo, y por la facilidad con que esos aparatos podían ser rastreados e interferidos, riesgo del que estaban a salvo *beepers* e intercomunicadores. Cada diez o quince días, el agente recibía un mensaje codificado de su supervisor con la indicación de un “punto”, el lugar donde debía ser entregado el material acopiado en el período. Si el encuentro implicaba solo la transmisión de los informes, se adoptaba el método que en la jerga de los servicios de inteligencia se llama *brush pass*: entregar algo disimuladamente al tropezar con otra persona. En esos casos, el local sugerido acostumbraba a ser una de las decenas de filiales de la red de farmacias Walgreens o de supermercados Publix, diseminadas por la región metropolitana de Miami, entre cuyas góndolas se pasaba el material a las manos del supervisor. No se intercambiaba una sola palabra. En los casos en que, además de la entrega de material, fuera necesaria alguna conversación entre los dos, la selección recaía casi

siempre en algún movido y bullicioso restaurante de las cadenas de comidas rápidas McDonald's, Burger King, Dunkin Donuts o Taco Bell. La numerosa afluencia de cabecillas anticastristas y los elevados precios del menú excluían de la lista de “puntos” algunos restaurantes de la Pequeña Habana, como La Carreta y el Versailles. El material recogido en el período anterior a cada encuentro era entregado al supervisor en disquetes de 5,2 pulgadas, con capacidad de almacenar solamente ochocientos kilobytes, verdaderos dinosaurios si se les compara con los minúsculos *pendrives* que el mundo vendría a conocer décadas después, capaces de guardar treinta mil veces más datos que su ancestro.

La masa de informaciones en estado bruto, recopiladas por los agentes, era organizada por los supervisores Ramón Labañino, Ricardo Villarreal y Remigio Luna —que tampoco tenían ninguna relación entre sí y ni siquiera sabían unos de la existencia de los otros—, y pasada por ellos a Gerardo. Era él quien daba la forma final al material que, después de ser nuevamente encriptado, era enviado al Centro Principal. Para comunicarse con Cuba, el jefe de la operación podía escoger, dependiendo de las circunstancias, entre tres alternativas; la más común y más segura era utilizar el pequeño transmisor de onda corta que tenía en el apartamento. En horario y banda de frecuencia previamente combinados con La Habana, él ponía en el aire una grabación con señales semejantes a las emitidas cuando son presionadas las teclas de un teléfono digital. Indescifrable para cualquiera que captase la emisión, cada señal significaba una letra o un conjunto de letras cuya decodificación solo podía ser hecha por los especialistas del DSE. Por medidas de seguridad, el código se automodificaba de manera permanente y automática, haciendo que el significado de un determinado sonido variase de mensaje a mensaje. La segunda opción era usar “pitirre”, nombre de un pajarito cubano, que

bautizaba el sistema de transmisión por teléfono de datos codificados al *beeper* de alguien en la misión cubana en la ONU, en Nueva York, o en alguna embajada del país en América Central. Si por alguna razón se daba la imposibilidad de recurrir al radio o al “pitirre”, Gerardo codificaba e imprimía en hojas de papel sulfito los datos que debían enviarse, encerraba todo dentro de un sobre y lo depositaba en un buzón de correos en la calle, con destino a determinado apartado postal de algún país de América Central. Cuando la encomienda llegara a su destino, alguien de una embajada o consulado cubano la recogería en el correo y la enviaría a La Habana por valija diplomática, muy probablemente sin tener idea del origen y el contenido de la correspondencia.

Los resultados del trabajo no tardaron en manifestarse y, como luego se vería, parecían justificar los graves riesgos que el grupo de agentes corría en los Estados Unidos. En una mañana de marzo, cuando la Red Avispa ya había completado un año y medio de funcionamiento pleno, dos extranjeros fueron discretamente retirados de una ruidosa fila de turistas de Costa Rica que desembarcaba en el aeropuerto José Martí, en La Habana. Después de algunas horas de interrogatorio en una sala del aeropuerto, los dos confesaron que viajaban con nombres y pasaportes falsos, no eran costarricenses y no estaban en Cuba para hacer turismo. Se trataba de Santos Armando Martínez Rueda y José Enrique Ramírez Oro, cubano-americanos residentes en los Estados Unidos. Era la segunda vez que pisaban Cuba en dos meses. La primera vez habían entrado clandestinamente en el país por vía marítima para introducir en la ciudad de Puerto Padre, en la provincia de Las Tunas, una carga de explosivos, de la que una parte sería usada en un atentado contra el hotel español Meliá Varadero. A su regreso pretendían indicar nuevos blancos a sus cómplices locales. Los dos confesaron haber actuado por orientación de

la Fundación Nacional Cubano-Americana. Martínez Rueda y Ramírez Oro, sin embargo, no serían los únicos terroristas atrapados por la policía cubana con base en informaciones venidas de los agentes asentados en los Estados Unidos. En ese primer período de actividades de la red, boletines enviados desde la Florida a La Habana permitieron que las autoridades cubanas abortaran al menos veinte atentados contra su territorio y capturasen explosivos, armas y dinero. La iniciativa de los servicios de inteligencia y de la policía de Cuba llevó a apresar a treinta terroristas, entre los que había norteamericanos de origen cubano, adiestrados en campos de entrenamiento de Miami, y mercenarios extranjeros que trabajaban a sueldo para organizaciones anticastristas.

La más osada acción planeada por esos grupos estaba marcada para realizarse en noviembre de 1994 y preveía nada menos que el asesinato del presidente Fidel Castro. A bordo de un yate y apoyado por cinco mercenarios, Luis Posada Carriles en persona consiguió introducir un pequeño arsenal en Cartagena de Indias, Colombia, histórica ciudad colonial donde sería celebrada la IV Cumbre Iberoamericana de jefes de Estado y de Gobierno. Alertadas por la red que operaba en la Florida, las autoridades cubanas redoblaron las medidas de seguridad en torno a Fidel, frustrando la consumación del crimen. “Yo estaba de pie, detrás de los periodistas, y llegué a estar cerquita del amigo de Fidel Castro, Gabriel García Márquez—confesaría el propio Posada Carriles al periódico *The New York Times*—, pero a Fidel solo conseguí verlo de lejos”.

También con base en informes elaborados por la Red Avispa, al menos en tres ocasiones el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba logró que la Guardia Costera de los Estados Unidos, accionada por el Departamento de Estado, interceptase embarcaciones procedentes de la Florida, cargadas de armas y explosivos, que se dirigían al litoral cubano para

realizar atentados a puntos turísticos, lo cual redundó en la detención por la policía norteamericana de diecinueve mercenarios directamente envueltos en las operaciones. De estos, diez fueron liberados enseguida por el FBI, y a los nueve restantes, aunque formalmente denunciados por actos de terrorismo, les fueron archivados los procesos por el juez federal Lawrence King, de Miami, y fueron puestos en libertad.

Aún no era posible evitar siempre los atentados. Las presiones de Cuba y el fracaso de tantas acciones armadas no amainaban la obstinación de los grupos anticastristas de la Florida, los cuales, bajo la mirada connivente de las autoridades norteamericanas, insistían en cortar, por la violencia de las bombas y las balas, el vertiginoso flujo turístico que salvaba a la isla de la bancarrota y parecía alejar una vez más el sueño del exilio de echar a pique la Revolución. Desde que el grupo se instalara en los Estados Unidos, Cuba había sido víctima de decenas de atentados a hoteles, invasiones a su territorio, y de más de treinta violaciones de su espacio aéreo por aeronaves procedentes de los Estados Unidos, la gran mayoría formada por aviones de los Hermanos o del grupo Democracia, muchas veces piloteados por René o por Juan Pablo Roque. Solo el hotel Guitart, un comfortable cuatro estrellas situado junto al mar en la playa de Cayo Coco, fue atacado en tres ocasiones, en el verano de 1993, por lanchas llegadas de Cayo Hueso, desde las que eran disparadas ráfagas de ametralladoras calibre 50, hiriendo a personas y aterrorizando a cientos de turistas extranjeros en plena temporada alta.

En la misma ocasión sería apresado al desembarcar en La Habana el turista mexicano Marcelo García Rubalcaba, residente en los Estados Unidos hacía más de treinta años. Dentro de falsos tubos de pasta dental y frascos de champú que el viajero transportaba en el equipaje, la policía descubrió tubos de explosivo plástico C-4 suficientes para hacer volar un camión.

Un hilo unía a Rubalcaba con los atentados contra el hotel de Cayo Coco: en los dos casos, el cerebro y financiador era el octogenario Andrés Nazario Sargén, un hombrecillo de menos de 1,60 metros de estatura, fundador y principal dirigente de uno de los más antiguos y violentos grupos anticastristas de la Florida: la organización Alfa 66. Según lo que el propio Sargén confesaría a la prensa, Alfa 66 había sido responsable no solo por los ataques al hotel y de la tentativa de introducción de los explosivos, sino también por el secuestro de un avión de pasajeros durante un vuelo doméstico en el interior de Cuba. Después que la aeronave aterrizó en el aeropuerto de Fort Myers, en el suroeste de la Florida, hacia donde fue desviada, los pasajeros fueron reembarcados para Cuba. El avión jamás fue devuelto por el Gobierno de los Estados Unidos. Además de ese, otros quince secuestros aéreos fueron realizados en el mismo período.

La radicalización de las relaciones de los exiliados con Cuba era estimulada por una decena de estaciones de radio, legalmente instaladas en la zona metropolitana de Miami y cuyas programaciones eran una permanente incitación a la violencia. Una breve estadística realizada por la Red Avispa en solo siete de esas emisoras –La Voz de la Fundación, La Voz de Alfa 66, La Voz de la Federación Mundial de Ex-Presos, Radio Rumbo a la Libertad, La Voz del Palenque, La Voz de la Resistencia y Radio Unión Liberal Cubana–, durante el mes transcurrido entre el 26 de enero y el 26 de febrero de 1993, revelaba un poco de la atmósfera respirada en la Florida. En aquellos treinta días, esas emisoras habían transmitido veinte mensajes incitando a la En la misma ocasión sería apresado al desembarcar en La Habana el turista mexicano Marcelo García Rubalcaba, residente en los Estados Unidos hacía más de treinta años. Dentro de falsos tubos de pasta dental y frascos de champú que el viajero transportaba en el equipaje, la

policía descubrió tubos de explosivo plástico C-4 suficientes para hacer volar un camión. Un hilo unía a Rubalcaba con los atentados contra el hotel de Cayo Coco: en los dos casos, el cerebro y financiador era el octogenario Andrés Nazario Sargén, un hombrecillo de menos de 1,60 metros de estatura, fundador y principal dirigente de uno de los más antiguos y violentos grupos anticastristas de la Florida, la organización Alfa 66. Según el propio Sargén confesaría a la prensa, Alfa 66 había sido responsable no solo por los ataques al hotel y por la tentativa de introducción de los explosivos, sino también por el secuestro de un avión de pasajeros durante un vuelo doméstico en el interior de Cuba. Después que la aeronave aterrizó en el aeropuerto de Fort Myers, en el suroeste de la Florida, hacia donde fue desviada, los pasajeros fueron reembarcados para Cuba. El avión jamás fue devuelto por el Gobierno de los Estados Unidos. Además de ese, otros quince secuestros aéreos fueron realizados en el mismo período.

La radicalización de las relaciones de los exiliados con Cuba era estimulada por una decena de estaciones de radio, legalmente instaladas en la zona metropolitana de Miami, y cuyas programaciones eran una permanente incitación a la violencia. Una breve estadística realizada por la Red Avispa en solo siete de esas emisoras –La Voz de la Fundación, La Voz de Alfa 66, La Voz de la Federación Mundial de Ex-Presos, Radio Rumbo a la Libertad, La Voz del Palenque, La Voz de la Resistencia y Radio Unión Liberal Cubana–, durante el mes transcurrido entre el 26 de enero y el 26 de febrero de 1993, revelaba un poco de la atmósfera respirada en la Florida. En aquellos treinta días, esas emisoras habían transmitido veinte mensajes incitando a la eliminación física de Fidel Castro, cien llamados sugiriendo la realización de actos de sabotaje a la industria turística cubana, y casi quinientas exhortaciones de estímulo a actividades contra la Revolución. Operadas en onda corta –lo

que propiciaba la llegada de la señal a oídos de buena parte de la población cubana— y protegidas por las disposiciones de la Constitución de los Estados Unidos que aseguran la libertad de prensa, algunas de esas estaciones radiales aconsejaban, sin ninguna ceremonia, la práctica de crímenes. Cuando se aproximaba la zafra agrícola en Cuba, era común oír al periodista Enrique Encinosa, locutor de La Voz de la Resistencia, instigar a la población cubana a boicotear la industria azucarera:

La cosecha de caña de azúcar está por comenzar, la zafra de este año debe ser destruida. En el pasado Castro prometió 10 millones de toneladas. Ahora serán necesarios 10 millones de actos de sabotaje. Pueblo cubano: exhortamos a cada uno de ustedes a destruir las molindas de los centrales azucareros. Coloquen trozos de tubos de plomo o tornillos entre la caña que esté siendo procesada. Suelten o dañen las piezas de las máquinas. Incendien las plantaciones de caña, derramando un poco de gasolina u otro combustible altamente inflamable encima de un saco, préndanle fuego, déjenlo quemarse por unos minutos y luego apáguenlo. Por la noche lleven el saco a la plantación. A la mañana siguiente el calor del sol se encargará de reencender el fuego.

Sumada a la insolencia y a la predicación de la violencia de los grupos organizados, la descomunal y agresiva masa de propaganda contra la Revolución, difundida por las emisoras radiales, los canales de TV y la prensa escrita de la Florida, daba a los agentes de la Red Avispa la clara noción de la desigualdad de la guerra en que estaban metidos. Tales circunstancias exigían esfuerzos redoblados de todos, en busca de informaciones que permitiesen al Gobierno de Cuba anticiparse a los agresores, frustrar atentados, apresar a sus autores y, de ser posible, identificar a los cerebros pensantes.

Aun así, la lectura de la correspondencia entre ellos y La Habana —que el FBI comenzara a interceptar en 1995— muestra que, incluso sumidos en una actividad tan febril y estresante,

los cubanos no estaban a salvo de cuestiones personales comunes y corrientes, como pasión, nostalgia y soledad, como sucedería con Tony. En pleno auge del trabajo de la red, él le hizo llegar a Gerardo la noticia de su deseo de casarse con Maggie o al menos mudarse de manera estable a la casa de ella, donde ya dormía con frecuencia. Además de las razones afectivas, ella había conseguido un empleo de masajista en el hotel Hilton de Cayo Hueso, con plaza y salario fijos, lo que aumentaba la seguridad material de la pareja. El intercambio de correspondencia entre Tony, Gerardo y el Centro Principal, es revelador de cómo se daba la relación de los servicios de inteligencia cubanos con sus agentes. En el primer mensaje sobre el tema, dirigido a sus superiores en La Habana y siempre por mediación de Gerardo, el agente dejaba claro que la relación con la norteamericana no se podía ir por encima de su trabajo ni poner en riesgo la actividad que ejercía en los Estados Unidos:

Ella toca el asunto de vez en cuando y, mientras no se tome una decisión, voy intentando esquivarme de la mejor manera posible. Mi opinión es la siguiente: si el intensificar la relación con Maggie, mudándome para su casa y hasta teniendo un hijo con ella, no interfiere en nuestros planes, debemos seguir adelante. Si llegáramos a considerar que esto es contrario a mi trabajo, estoy dispuesto a romper esa relación.

Al tiempo que enviaba a Cuba el pedido de Tony, Gerardo le transmitió su opinión sobre el asunto. No era la primera vez que hacía consideraciones de naturaleza personal sobre la vida y el comportamiento de Tony. En otra ocasión, Giro ya le había manifestado su preocupación por la exagerada pérdida de peso del agente, fruto de la dieta vegetariana que adoptara por influencia de Maggie. Respecto al plan de vivir juntos, la primera y obvia preocupación del jefe de la red era por las medidas de seguridad y secreto, que deberían ampliarse en caso

de que se diera el hecho. En fin, Maggie “no sabía ni debería siquiera imaginar” nada sobre el trabajo de inteligencia del hombre. Aunque tuviera siete años menos que Tony, Gerardo parecía un hermano mayor al dirigirse a él:

Tú estuviste casado y sabes que tener una relación no es lo mismo que tener una esposa. Conscientemente o no, se crea un sentido de posesión y es normal que uno pida explicaciones al otro sobre cosas de la vida en común. Y como ya debes de haber notado en tus relaciones anteriores, la mujer capta señales sobre cosas que uno ni siquiera reveló o discutió con ella.

Antes de decidir sobre el pedido, los hombres del DSE querían saber en qué condiciones legales se casarían y cuáles serían las consecuencias que un eventual divorcio podía acarrear para él. Mientras deliberaban sobre el asunto, le sugerían que demorase “hasta que fuese posible” la eventualidad del casamiento. Solo después de algunos meses Gerardo recibió y retransmitió a Tony la luz verde de La Habana, que vino acompañada de una lista de recomendaciones sobre las precauciones que debía tomar el agente en la nueva vida:

Evitar por todos los medios tener un hijo con Maggie, a causa de los inconvenientes emocionales y legales que eso puede acarrear en el futuro. Argumentar que ella tiene 45 años, lo que puede poner en riesgo la vida y la salud de ella o de la criatura.

Revisar periódicamente el contenido del disco duro de la computadora. En caso de detectar cualquier información operacional o informes enviados a nosotros, borrarlos con el Wipe Info, programa enviado por los compañeros de M-15 (código que identificaba a la Embajada de Cuba en la ONU), que excluye archivos del disco duro en forma definitiva.

Mantener los disquetes de trabajo mezclados con los que contengan datos personales o temas recreativos. Hacerlo de manera que solo el agente sea capaz de identificar unos y otros.

Mantener sus disquetes separados de los de Maggie.

Usar la computadora con fines personales y recreativos que justifiquen la compra del equipo.

Escoger un lugar de la casa donde tenga privacidad para trabajar con el equipo. Buscar de preferencia un lugar sin vista a la calle.

Mantener la privacidad en relación con Maggie al usar la computadora, aunque la esté usando con el objetivo de preservar la cobertura. Evitar llamar la atención de ella en el sentido de que pueda estar sucediendo algo impropio, pero mostrarle resultados concretos de cómo está haciendo uso del equipo.

Una semana después de recibir el *nihil obstat* de La Habana, Tony recogió sus pocas pertenencias del motel donde vivía y las trasladó a la pequeña pero acogedora casa de Maggie. Toda de madera, como la mayoría de las residencias de la región de cayo Hueso, y situada en la Poinciana Road, la casita blanca donde iba a vivir la pareja constaba de una sala, cocina, baño y dos dormitorios. Uno de ellos Maggie lo había transformado en sala de masajes, donde atendía de miércoles a sábado a los clientes atraídos por el anuncio que había puesto en las páginas amarillas, ya que el empleo en el hotel Hilton solo la ocupaba los domingos, lunes y martes. El nuevo domicilio, más cerca del lugar de trabajo, aseguró a Tony una hora más de tiempo libre, que dedicó a ejercicios matutinos de yoga. Su jornada de trabajo comenzaba a las siete de la mañana y se extendía hasta las cinco de la tarde, con una hora de pausa para el almuerzo en el comedor de la propia base aeronaval. Al final del día se iba en el auto y permanecía hasta la noche en reuniones, en la sede local del Movimiento Democracia. Regresaba a su casa, hacía una comida frugal –en cuyo menú nunca se incluía carne, pescado, aves ni alimentos derivados de

seres vivos, como miel, huevos, leche o queso—, y solo entonces se sentaba delante de la computadora para grabar en disquetes las informaciones que transmitiría a Gerardo o a alguno de los tres asistentes que lo supervisaban. Como la función que ejercía en la base de Boca Chica no le daba acceso a ningún sector reservado o secreto, Tony recibió de la dirección del DSE una nueva y corriente tarea diaria: contar e identificar las aeronaves que aterrizaban en las tres pistas de la unidad militar, y las que de ellas despegaban. La cautela estaba justificada, pues cualquier eventual ataque de las fuerzas norteamericanas a Cuba partiría obviamente de Cayo Hueso, el punto más cercano a la isla en todo el territorio de los Estados Unidos. No dejaba de parecer extravagante, sin embargo, que los servicios de inteligencia cubanos atribuyesen a un agente secreto una misión que podría ser realizada por cualquier mortal común: como el alambrado que protege la base de Boca Chica queda a escasos veinte metros de distancia de la transitada autopista que une Cayo Hueso y Miami, el ascenso y descenso de aviones y helicópteros podía y puede ser monitoreado por cualquiera entre los miles de turistas que circulan a diario por el lugar.

Si la vida amorosa de Tony Guerrero estaba resuelta, el incansable René González tendría que recorrer un largo camino para realizar el sueño que alimentaba desde que aterrizara en los Estados Unidos: sacar de Cuba y llevar para Miami a la familia que había abandonado en La Habana cinco años antes. Aun sin saber que el robo del avión y la desertión habían sido una farsa montada por el DSE, y que el padre de su hija no se había convertido en un gusano, a mediados de 1995 Olguita parecía haber capitulado al fin ante los irresistibles llamados de René. Aunque no pretendiera cambiar de casa ni alterar el patrón de vida que llevaba, el marido sabía que el sueldo que recibía de La Habana, incluso engrosado con los trabajos ocasionales, era insuficiente para sustentar a una familia de tres personas. Con ayuda de sus

amigos influyentes, acabó consiguiendo una plaza de copiloto de Arrow Air, empresa aérea de carga instalada en el aeropuerto internacional de Miami. También gracias a las buenas relaciones que había creado con miembros de la élite del anticastrismo en la Florida, pocas semanas después de recibir el “sí” de la esposa, René supo que el Servicio de Inmigración norteamericano había aprobado la admisión de Olguita y la hija como residentes en los Estados Unidos.

Tragada por la burocracia cubana, entretanto, la autorización del Gobierno para que ambas dejaran el país solo sería dada en diciembre de 1995, seis meses después de la decisión. Antes de comenzar las correrías tras los papeles para la salida, Olga sería llamada a una entrevista en una “casa de seguridad” del Ministerio del Interior, donde fue recibida por un joven y sonriente oficial de inteligencia. Era Gerardo Hernández, el Manuel Viramóntez de Miami, que en esa época realizaba una de sus visitas a La Habana. Sin muchos rodeos, Giro fue directo al asunto y le contó la verdadera historia del marido, relato que ella oyó con estupefacción: René no era un traidor a la Revolución. El robo del avión en San Nicolás de Bari, la huida a Cayo Hueso y las entrevistas concedidas a la prensa norteamericana, habían sido actos de una pantomima montada por los órganos de inteligencia cubanos para encubrir la verdadera misión del hombre: infiltrarse en organizaciones de extrema derecha en la Florida, para intentar prevenir actos de terrorismo contra su país. Aunque sumida en el estado de *shock* provocado por la noticia, a Olga la invadió una profunda sensación de alivio. Con aquella revelación llegaban a su fin cinco años de pesadillas, noches insomnes y llantos solitarios. Un torbellino de recuerdos se apoderó de su memoria: la perplejidad ante el descubrimiento de la desertión, la humillación de ser vista como la mujer de un traidor a la patria, los cinco años de soledad, período en que convivió con la insólita

condición de ser a un tiempo viuda, casada y soltera, sin ser en realidad ninguna de las tres cosas. Gerardo la despertó de esas reminiscencias para concluir la entrevista, no sin antes reiterar una recomendación capital para la seguridad de la operación y de todos los involucrados: nadie más debería saber lo que ella acababa de oír. Ni el hermano ni la madre de René, y mucho menos Irmita, que pasaría a vivir con sus padres en Miami.

En medio del estupor que le provocó el relato de Gerardo, Olga se excitó con la perspectiva del viaje, pero el reencuentro de la familia aún dependía de la superación de un calvario que marido y mujer conocían de cerca: las letárgicas, sosegadas oficinas públicas locales. Incluso después de concedida la autorización de salida, Olga tuvo que penar durante semanas llenando formularios y enfrentando interminables filas en ventanillos ante los que se apiñaba la gente. Parte de ese tiempo sería consumido por la obtención de un documento aparentemente banal: una declaración del Ministerio de la Industria Ligera, al cual estaba subordinada la empresa de Tenerías Habana, donde Olga trabajaba como ingeniera, liberándola de su empleo y asegurando que la funcionaria “no debía nada” al Estado.

La noche del 20 de diciembre de 1995, un miércoles, Olga llegó exhausta a la casa, ya que, además de sus peregrinaciones para obtener los papeles de la salida, continuaba trabajando normalmente en la empresa. El cansancio cedió su lugar a la ansiedad cuando vio sobre la mesa un sobre con el sello del Servicio de Inmigración cubano, la garantía de que ellas pasarían las fiestas de fin de año en compañía de René, en Miami. La alegría duró apenas el tiempo que demoró abrir el sobre, cuando Olga constató que solo venía, a nombre de Irmita, una única “tarjeta blanca”, nombre por el que se conoce al documento de permiso de salida legal del país. Serían necesarios algunos días más para que Olga descubriera que la tarjeta

emitida a su nombre había sido enviada a su antiguo domicilio en el barrio del Cerro, donde había vivido con sus padres.

Pasó la Navidad, llegó el Año Nuevo, pero el documento solo estuvo en manos de Olga a comienzos de 1996. Así, fue el día 7 de enero cuando madre e hija pudieron por fin embarcar en uno de los vuelos chárter aún permitidos por el Gobierno norteamericano, utilizados en su mayoría por cubanos residentes en los Estados Unidos, que pretendían visitar a sus familiares en Cuba. Durante el vuelo, Irmita recibió el primer impacto de la nueva vida que se iniciaba. Cuando la aeromoza le acercó una bandeja con caramelos, la niña se llenó las manos y le pidió a la madre que se los guardara para más tarde. La pasajera que viajaba al lado, una cubano-americana que regresaba a Miami después de una visita a La Habana, reaccionó soltando la risa: “No necesitas hacer eso, niña. Ya no estás en Cuba, no tendrás que ahorrar más comida”.

“Yo aprendí con mis padres a ser siempre amable con todo el mundo –se acordaría Irmita más de diez años después–, pero sentí tanta rabia hacia aquella mujer, que fingí no haberla oído: no respondí ni mucho menos le dediqué una sonrisa”.

Cincuenta minutos después del despegue, el Boeing 737 aterrizó en el aeropuerto de Miami. Solo pudieron salir de la aduana después de pasar más de una hora retenidas en el Servicio de Inmigración, donde fueron fotografiadas, llenaron formularios e imprimieron sus huellas digitales en tarjetas de identificación. Trayendo en las manos una muñeca para la hija y un ramo de flores para la mujer, el René de traje y corbata que las esperaba estaba mucho más gordo, con la cara cubierta por una espesa barba grisácea, muy diferente de la imagen que guardaban de él como era cinco años antes, más bien delgado, con la cara lisa y casi siempre vestido con camiseta y jeans. Entre las personas que acompañaban al padre en el aeropuerto, Irmita apenas reconoció a dos parientas que

habían abandonado Cuba cuando ella aún era pequeña: la bisabuela Teté, abuela de René, y la hermana de esta, Gladys. Pero en el alboroto de la llegada no fue la apariencia física del padre lo que provocó espanto en la niña; Irmita abrió mucho los ojos al ver, en medio del numeroso grupo que las esperaba, la sonriente cara de un hombre a quien ella estaba acostumbrada a ver en los noticieros de televisión y en fotos publicadas por los periódicos de su país, siempre identificado como “terrorista asesino” y “gusano responsable por la muerte de cubanos inocentes”: era Ramón Saúl Sánchez, el dirigente del activo grupo anticastrista Movimiento Democracia.

Pasadas las primeras semanas después de la llegada y con la familia instalada en el pequeño apartamento del padre, Irmita fue matriculada en una *summer school* para un curso vacacional destinado a familiarizarla con la lengua inglesa. Como el salario de René en la Arrow Air era insuficiente para mantener a la familia, Olguita también tuvo que salir en busca de empleo. Lo primero que consiguió fue una plaza de asistente en un *retirement home*, un asilo privado para ancianos, cuya clientela estaba mayoritariamente compuesta por cubanos. Olga, ingeniera acostumbrada al ambiente de oficina en las Tenerías Habana, no se adaptó a la nueva actividad. Aparte de la fatigante jornada de trabajo, ella descubrió que entre sus obligaciones estaba el cuidado de la higiene íntima de los ancianos que se hallaban al límite de la senilidad; acabó pidiendo la baja antes de completar el primer mes en el asilo. La segunda tentativa tampoco iba a durar mucho. Con ayuda de los amigos del marido, ella fue admitida muy pronto como operadora de *telemarketing* de la Funeral Homes, una gran agencia funeraria de Miami. El trabajo consistía en hacer llamadas telefónicas a una lista de nombres previamente preparada por los patrones –casi todos de personas ancianas o familiares de enfermos en fase terminal–, ofreciendo los servicios y productos comercializados por

la empresa. El posible difunto o sus parientes tenían a su disposición desde simples velorios hasta ceremonias con cocteles, animadas con música de cámara en vivo, servicios religiosos católicos, protestantes o evangélicos, ataúdes de varios precios y modelos, cremaciones, tumbas y sepulturas para todos los gustos y posibilidades monetarias. El maquillaje daba apariencia de vivos a los muertos más vanidosos, que podían ser enterrados llevando ropas de firmas europeas, legítimas o falsas, en dependencia de la disponibilidad financiera. La decisión de abandonar también ese empleo se debió no tanto al hecho de que nueve de diez ofertas hechas por Olga eran respondidas con obscenidades y palabrotas. El problema era que se trataba de un trabajo remunerado mediante comisiones sobre las ventas, con un salario fijo insignificante, casi simbólico y, decididamente, la mayoría de las personas no parecían estar interesadas en el futuro posterior a su muerte.

El único punto positivo de la breve y desagradable experiencia de la funeraria fue la familiaridad que la cubana adquirió con el sistema de ventas por teléfono, lo que le facilitó la obtención del empleo siguiente en una escuela de idiomas, propiedad de un cubano y llamada Inglés Ahora; en la que permanecería todo el tiempo que vivió en Miami. Esta vez la tarea era vender cursos de inglés por teléfono a la comunidad hispana. El público que constituía el blanco de la empresa, inmigrantes recién llegados al país, se concentraba en una estrecha franja al sur del territorio norteamericano, desde la Florida hasta California, pasando por los estados de Texas, Nuevo México y Arizona. Como la diferencia de huso horario entre los dos extremos de esa área llega a cinco horas, la jornada de las telefonistas comenzaba a la una de la tarde y se extendía hasta las once de la noche. Al salario de cinco dólares por hora trabajada se añadían las comisiones calculadas sobre lo que se consiguiera vender. Los productos ofrecidos por la

Inglés Ahora iban desde simples diccionarios, hasta paquetes de clases en casetes de audio o de video. Aunque no vendiera un solo diccionario –y rara vez sucedía que no lo hiciera–, al final del mes Olguita recibía cerca de mil dólares como sueldo líquido. Sumados los ingresos de ella, el salario de René en la Arrow Air y los trabajos ocasionales que él hacía como piloto del Movimiento Democracia, le aseguraban a la familia una vida modesta pero sin preocupaciones, condición a la que, por cierto, contribuía el bajo costo de la vida en Miami. El primer lujo de la pareja fue comprar un carro de segunda mano. Aparentemente animado por el pequeño ensanchamiento del presupuesto doméstico y, claro, por la certeza de que saldría ileso de la peligrosa misión en que se encontraba, René sugirió a la esposa que ambos comenzaran a pensar en la realización de un sueño demorado desde la separación de la pareja: tener un segundo hijo.

Según confesarían madre e hija años después, el ambiente de felicidad de la casa solo era turbado por un fantasma, sobre el que nadie de la familia decía jamás una palabra: la verdadera actividad del marido y padre. En su relación con la niña, René se veía obligado a andar sobre el filo de una navaja. Era inevitable que él la llevara, por ejemplo, a los encuentros familiares de fin de semana en los que acostumbraban a reunirse militantes y dirigentes de organizaciones anticastristas, y percibía el espanto de que era presa la hija adolescente, criada en una sociedad comunista, al ver al padre participando en “cadenas de oración” al final de las cuales todos, tomados de las manos, gritaban a coro: “¡Muera Fidel!”. “Yo ya no era boba y empecé a atar cabos”, recordaría Irmita quince años después, ya casada y con planes de dar a los padres el primer nieto. Los cabos más visibles fueron dos episodios vividos con el padre. Un día René vio sobre la mesa de noche del improvisado cuarto de ella una foto del presidente Fidel Castro, recortada de alguna revista.

Delicadamente sugirió a la niña que sería prudente mantener la fotografía guardada dentro de un libro. Irmita ya tenía discernimiento para entender que un “gusano” de verdad hubiera roto en pedacitos la foto o, por lo menos, le hubiera explicado a la hija quién era “el tirano comunista que esclavizó a Cuba”, que era como los amigos del padre acostumbraban a referirse al líder barbudo. En otra ocasión, también en una confraternización familiar de fin de semana, la esposa de uno de los caciques de la contrarrevolución quedó encantada con la belleza de la niña y anunció a los presentes que iba a promover un enamoramiento entre Irmita y nada menos que el nieto de Jorge Mas Canosa, cabeza de la Fundación Nacional Cubano-Americana, la más importante y poderosa organización anticomunista de los Estados Unidos. Cuando le preguntaron si autorizaba la mediación para los amores, René se mantuvo fiel a su fachada y reaccionó sonriendo: “¿Quién no se enorgullecería, si viera a su hija casada con el nieto del billonario que será el primer presidente de Cuba libre?”, fue su comentario. En el carro, camino a la casa, Irmita decidió poner a prueba la sinceridad del padre y simuló estar entusiasmada con la propuesta de conocer al nieto del enemigo número uno de la Revolución cubana, y quién sabe si enamorarse de él. René detuvo el vehículo y se dirigió a la hija con aire serio. “Irmita, hazme el favor –dijo casi susurrando, como si temiera ser oído–. Tú no estarás queriendo enamorarte de ese muchachito, ¿cierto?”. Ella rompió la tensión del clima con una carcajada. “No, papá, no quiero conocerlo –respondió–. Y estoy muy feliz de ver que en realidad tú tampoco quieres que lo conozca”, concluyó, visiblemente confortada por lo que oyera. “Sin que él me dijera nada –recordaría Irmita mucho después–, en aquel momento se estableció una complicidad entre nosotros dos”.

Esquiva a causa de las simulaciones que la fachada imponía a su marido, Olga era una presencia menos frecuente en aquellos

encuentros. La amistad entre René y Juan Pablo Roque contribuyó a una aproximación entre Olga y Ana Margarita, que tenía dos hijos de su primer matrimonio, ambos contemporáneos con Irmita, pero aun así las dos mujeres nunca llegaron a hacerse amigas. Olga se esforzaba por ocultar un repunte de antipatía por la mujer de Roque y el sentimiento parecía ser recíproco. “Nunca hubo una buena química en nuestra relación –confesaría Margarita muchos años después–. Nuestra cercanía nunca produjo una relación de amistad”. De cualquier forma, aunque la química hubiera sido buena, no habría tiempo suficiente para que floreciese una amistad entre ambas mujeres: cuando Olga e Irmita pisaron Miami, ya estaba en curso una silenciosa operación para llevar de vuelta a La Habana al piloto de MiGs. Insatisfechos con su desempeño y, sobre todo, con lo que consideraban “comportamiento exhibicionista” de Roque en la Florida, a fines de 1995 la dirección del DSE decidió retirarlo de los Estados Unidos en forma segura y para ello desencadenó una acción, a la cual se dio el sugestivo nombre de “Operación Vedette”.

## VII

José Basulto desafía a la Casa Blanca  
y a los MiG cubanos, y decide volar  
una vez más sobre La Habana



Comparada con las privaciones a que fue sometida la población cubana en el llamado “Período Especial”, la vida de Juan Pablo Roque en Miami era un mar de rosas. Para él, mientras tanto, regresar a La Habana estaba lejos de ser un castigo. Un informe confiscado por el FBI en los archivos de la Red Avispa revela que meses antes el militar había reivindicado, ante el Centro Principal, su retorno a la base. Para quien imagine que un agente secreto es un ser humano frío y desprovisto de sentimientos, la justificación presentada por él para volver a Cuba parece sorprendente: el piloto de caza-bombarderos sentía nostalgia. Nostalgia de su casa, de su mujer y de sus hijos. Los primeros indicios de que sus relaciones con La Habana podían estar desgastadas, aparecen en un documento enviado al DSE pocos meses antes del casamiento del mayor. Firmada por el agente “A-4”, uno de los nombres de guerra de Alberto Ruiz, que en esa época sustituía a Gerardo Viramóntez en el comando de la operación, la correspondencia deja claro que el casamiento con Ana Margarita no había sido una idea de Roque, sino una determinación de La Habana. Al recibir la orientación de casarse, el piloto había reaccionado negativamente, alegando que “no podía hacerle eso a Amelita”, la esposa que abandonara en Cuba. En esa ocasión, también según el relato de “A-4”, “Germán insistió en su deseo de retornar antes del casamiento”.

Por alguna razón nunca revelada —como suele ocurrir en los servicios de seguridad de cualquier país—, el DSE solo pondría en curso la “Operación Vedette” al cabo de ocho meses de haberse celebrado la elegante ceremonia en la University

Baptist Church. Como si estuvieran en una partida de ajedrez, los hombres de Villa Marista ya preparaban la jugada siguiente al regreso de Roque. Cuando se hiciese público el retorno del piloto, sería natural que los militantes de organizaciones anti-castristas empezaran a desconfiar de René, su mejor amigo en Miami. Para prevenirse contra las sospechas que pudieran recaer sobre él, La Habana recomendó a René que simulara un rompimiento con Roque. Al marido de Olguita se le orientó que hiciera una campaña de intrigas para minar la reputación del amigo entre los líderes de las organizaciones frecuentadas por ambos. El formulario por adoptar para la desmoralización de Roque, en el que se nombra al piloto como “Germán”, su nombre de guerra en la misión, fue enviado a Miami a fines de 1995:

Como parte de la campaña para deshonar y desacreditar a Germán, hacemos las siguientes recomendaciones a Castor: aprovechar todas las oportunidades para contradecirlo en público durante reuniones y actividades de organizaciones contrarrevolucionarias; afirmar que su libro no tiene ningún valor y solo refleja su egocentrismo, su obsesión de publicidad y su deseo de lucro; resaltar que las entrevistas dadas por Germán a emisoras radiales, periódicos y canales de televisión, tienen como único objetivo obtener notoriedad en beneficio propio, nunca en beneficio de las organizaciones; recordar que a él le gusta vincularse a personas conocidas, como Basulto y el general Rafael del Pino, siempre pensando en aumentar su prestigio personal; quejarse de las ideas ostentosas de Germán y recordar la historia del “arma secreta usada solo en la Segunda Guerra Mundial” que él había sugerido que Basulto adquiriese para realizar acciones contra Cuba. Insistir en que, si la famosa arma está en desuso hace cincuenta años, su eficacia merece ser puesta en duda.

Juan Pablo Roque se sintió aliviado al saber que iba a volver a Cuba, aunque no fuese exactamente un regreso cubierto de gloria. Además del deseo sincero de reencontrarse con su antigua familia, con el correr de los meses el tiempo le dio la certeza de que sería imposible conservar el matrimonio con Ana

Margarita. Desde el día del lanzamiento del libro *Desertor*, ella empezó a ejercer sobre el marido una sutil pero rigurosa vigilancia. Ana se irritaba y desconfiaba cada vez más cuando él daba respuestas inconsistentes a las preguntas indiscretas que ella hacía. Para no tener que dar explicaciones, Roque alegaba que era mejor que ella no supiera “determinadas cosas”. A la esposa le extrañaba también lo excesivo del estilo de vida del marido, muy por encima del presupuesto de la pareja, que continuaba llevando una existencia modesta. Roque comenzó a usar ropa de marca y con frecuencia aparecía en su casa con alguna señal exterior de riqueza, como el reloj Rolex submarino de 3.000 dólares. El decrépito Toyota Corolla cedió su lugar a un imponente Jeep Cherokee verde olivo, y en lugar del *beeper* él usaba ahora un teléfono celular, aparato que aún era considerado un lujo restringido a usuarios adinerados. A cada novedad el piloto era obligado a someterse a un interrogatorio de la mujer, que insistía en querer saber de dónde venía el dinero para tales extravagancias. Como siempre, él daba una respuesta confusa o repetía que sobre “determinadas cosas” era mejor que ella no preguntara. La atmósfera de sospecha envenenó de tal manera al matrimonio, que los dos decidieron pasar un tiempo separados. Meses después estaban juntos de nuevo, pero era visible que la desconfianza que había provocado la separación continuaba conviviendo con la pareja.

Además de la decisión de reconstruir la vida en Cuba y de los problemas conyugales con Ana Margarita, una instintiva sospecha parecía querer decirle a Roque que era hora de cerrar su participación en la operación. De un momento a otro comenzó a temer que estuviera siendo vigilado, no por los agentes del FBI, que de hecho monitoreaban a todos los miembros de la Red Avispa desde hacía más de un año, sino por José Basulto. Un informe enviado por Gerardo a La Habana

describe el clima de desconfianza recíproca en que estaba sumida la comunidad cubana en la Florida:

Germán dijo que Basulto le telefoneó queriendo hablar con él. Convinieron en encontrarse el domingo, día 4, en la iglesia. Fue cuando Germán sospechó que Basulto y Cossío, su acompañante, tomaban en relación con él lo que podría ser una medida de vigilancia. El llegó en su carro, vio el *van* de Basulto estacionado, se dirigió hacia allá y estacionó. Bajó del carro y no vio a nadie. Enseguida notó que Basulto y Cossío lo observaban desde un jeep, al otro lado del estacionamiento, con un ángulo visual muy bueno. Solo entonces fueron a su encuentro.

Germán dijo que, de una manera en que nunca antes lo habían hecho, Basulto y Cossío hablaron con él en jerga de espionaje, con términos como *brush pass*, *buzón*, etc. Contaron que algunos hombres habían ido a verlos diciendo ser miembros de una organización llamada Coalición Patriótica Martiana, o algo parecido, cuyo principal objetivo era eliminar a Fidel Castro. La teoría de aquellos hombres era que si se destruye la cima, toda la pirámide se derrumbará. Esas personas les pidieron que colaboraran financieramente, pero ellos no les dieron dinero. Basulto le dijo a Germán que no sabía si esas personas eran infiltradas o qué.

El día 10 de octubre de 1995, cuando la “Operación Vedette” comenzaba a ser planeada, Miami se agitó ante el anuncio de la constitución del Concilio Cubano, un grupo más que prometía luchar por el fin del régimen socialista en Cuba. La novedad era que, al contrario de las decenas de organizaciones anticastrotristas que pululaban por las esquinas de la Pequeña Habana, el Concilio no proponía que el Gobierno fuera derrocado por los exiliados de la Florida, sino por la disidencia residente en la isla. El papel que el Concilio se atribuía era apoyar y organizar a la oposición interna. Para probar el acierto de su estrategia, el nuevo frente contrarrevolucionario anunció la adhesión previa de nada menos que 101 “organizaciones independientes” que actuaban dentro del territorio cubano. En la lista de nombres de la constelación de “partidos”, “frentes” y “movimientos” que

componían el cuerpo de fundadores del Concilio, era posible leer en treinta ocasiones la palabra democracia. El segundo nombre en repetirse era José Martí —el Apóstol cubano, a quien rinden culto tanto el Gobierno como los opositores—, que aparecía en la denominación de once grupos. Diez se presentaban como liberales, siete eran organizaciones cristianas, siete pacifistas, tres ambientalistas y tres feministas. Dos de ellas se autodenominaban “agencias de noticias independientes”. De los 191 nombres que suscriben el documento de lanzamiento del Concilio, por lo menos cuatro ya eran conocidos por la prensa internacional como disidentes que continuaban viviendo en Cuba: Raúl Rivero, que representaba a una cierta Agencia de Noticias Cuba Press; Elizardo Sánchez (Comisión Cubana de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional), Oswaldo Payá (Movimiento Cristiano Liberación) y Vladimiro Roca (Corriente Socialista Democrática). Roca adquirió notoriedad menos por su activismo que por el hecho de ser hijo del histórico dirigente político y miembro del Comité Central del PCC, Blas Roca, que había muerto en 1987 a los setenta y ocho años. La principal noticia fue guardada para el final: la nueva organización estaba solicitando formalmente al presidente Fidel Castro autorización para realizar en La Habana su primera asamblea, los días 24, 25, 26 y 27 de febrero del año siguiente. En el encuentro participarían representantes de las 101 entidades fundadoras, “representantes de la Iglesia Católica y observadores internacionales de la ONU”. Al caer la noche de aquel fresco martes de octubre, en Miami había una perceptible atmósfera de confrontación a la vista.

A partir de entonces, los grupos anticastristas iniciaron un ruidoso conteo regresivo de los ciento treinta y siete días que los separaban del esperado 24 de febrero. La fecha fue escogida por cumplirse ese día el 101 aniversario del Grito de Baire, el estallido de la guerra que libraría al país del yugo español.

Mientras La Habana parecía simplemente ignorar la solicitud entregada a la Embajada de Cuba en la ONU, la Casa Blanca apoyaba abiertamente al Concilio. En uno de sus discursos dirigidos a líderes anticastristas en la Florida, el funcionario de la Casa Blanca Richard Nuccio dejó clara la posición del presidente Clinton ante la “cuestión cubana”:

Ustedes le dan demasiada importancia a Fidel Castro y la solución no está en manos de él, sino en las manos de los grupos de derechos humanos dentro de la isla [decía el funcionario]. Si el exilio cubano ayuda masivamente a entidades como el Concilio, podrá traer enormes beneficios para Cuba y dar a la comunidad cubana en el exterior un papel positivo en la solución de la crisis.

La temperatura comenzó a subir días después de la creación del Concilio, cuando José Basulto anunció que el sábado siguiente, 21 de octubre, aviones de los Hermanos harían incursiones en el espacio aéreo cubano y dejarían caer sobre La Habana sacos de panfletos, convocando a la población para la asamblea de febrero. Al mismo tiempo, una flotilla del Movimiento Democracia, comandada por Ramón Saúl Sánchez, navegaría en zigzag junto al límite de las doce millas del mar territorial de Cuba, una aventura de alto riesgo, ya que al otro lado de la frontera invisible estarían las bien armadas lanchas de la Guardia Costera cubana. La amplia divulgación que Basulto y Sánchez habían dado al plan encendió una señal de alerta en Washington. Más exactamente, en el gabinete de Cecilia Capestany, directora de la FAA –Federal Aviation Administration–, oficina federal a la cual corresponde, entre otras responsabilidades, fiscalizar el cumplimiento de las leyes aéreas de los Estados Unidos. Tres días antes del prometido lanzamiento aéreo de panfletos, la funcionaria hizo circular,

entre directores de otras áreas involucradas en el problema, un memorando sobre el asunto:

Un evento con una flotilla parece haber sido programado por líderes cubano-americanos del Movimiento Democracia para el día 21 de octubre. Hasta ahora solo sabemos que planean utilizar barcos grandes y realizar transmisiones radiales hacia Cuba desde aguas internacionales. No sabemos si los Hermanos participarán con aeronaves. Durante una reunión de planeamiento de contingencias convocada por el Departamento de Estado el pasado viernes, el Departamento solicitó que la FAA emita advertencias con el fin de disuadir acerca de posibles violaciones del espacio aéreo cubano. El Gobierno cubano no ha abandonado su decisión de tomar serias medidas con el fin de defender su soberanía nacional. Para empeorar las cosas, Fidel Castro deberá estar en Nueva York, en actividades de la ONU, el día programado para la flotilla, lo que pudiera exacerbar la reacción del Gobierno cubano ante posibles violaciones. Como parte del esfuerzo entre las varias agencias del Gobierno para prepararse ante las actividades del 21 de octubre, emitiremos un Notam de advertencia a los pilotos y operadores de los Estados Unidos, para que no penetren sin autorización en el espacio aéreo cubano. El Notam coincidirá con una advertencia semejante hecha a los marineros por la Guardia Costera y con una nota oficial del Departamento de Estado. Además de eso, instruiremos a fiscales de la FAA para que se reúnan con los pilotos de los Hermanos, antes del evento, para recordarles que vamos a investigar pormenorizadamente las eventuales violaciones de reglamentos norteamericanos e internacionales. Firmado: Cecilia Capestany.

Emitido por Capestany en el intento de impedir que se consumara un grave incidente diplomático, horas después llegaba a todos los aeropuertos norteamericanos el referido Notam, nombre por el cual se conocen internacionalmente las notificaciones dirigidas a pilotos y controladores de tráfico aéreo de determinada región:

Notam – Cuba: Aviso especial.

Atención, pilotos y controladores de los Estados Unidos. Debido a un posible incremento del tráfico aéreo en el estrecho de la Florida el día 21 de octubre de 1995, la FAA recomienda a todos los que realizan vuelos en la zona que se mantengan alertas y acaten estrictamente los reglamentos de la aviación internacional y federal de la FAA. El Gobierno de Cuba reafirmó en varias ocasiones su decisión de tomar medidas contra las aeronaves que violen su espacio aéreo. Esas medidas se destinan a defender la soberanía nacional cubana y evitar sobrevuelos de aeronaves no autorizadas. Quien entre en el espacio aéreo cubano sin autorización, estará sujeto a pena de prisión, y podrá someterse y someter a terceros a serios riesgos personales. Todas las aeronaves deberán cumplir los reglamentos internacionales, así como las leyes, normas y reglamentos cubanos aplicables en relación con operaciones dentro del espacio aéreo cubano. FAA/AIA-120,10/95.

El temido fin de semana acabó transcurriendo sin incidentes. Aunque tanto Basulto como Sánchez habían hecho exactamente lo que prometieran, no hubo reacciones de parte del Gobierno cubano, salvo las previsibles notas diplomáticas denunciando las agresiones y pidiendo a Washington que tomara providencias. Pero las incursiones sobre Cuba parecían no tener fin. El día 9 de diciembre, un sábado, Billy Schuss convocó a Juan Pablo Roque para un vuelo más a bordo de un Piper Aztec, de prefijo N58KM. A pesar de permanecer vigilado a corta distancia por MiGs de la fuerza aérea cubana, el aparato invadió las aguas territoriales de Cuba e internándose dos millas en tierra firme diseminó sobre La Habana panfletos, calcomanías de los Hermanos y medallas de aluminio de la Virgen de la Caridad del Cobre. El 13 de enero fue el turno de Basulto y René, quienes llenaron los cielos de la capital cubana con folletos que estimulaban a la disidencia interna a comparecer en masa en el acto programado para el mes siguiente. Al final del mes, Cecilia Capestany enviaría a Michael Thomas y

Charles Smith Jr., sus superiores en la FAA, un memorando en el que reiteraba las preocupaciones de antes. Al comentar una incursión más de Basulto, la funcionaria afirmaba que “esos sobrevuelos solo podían ser vistos como un escarnio al Gobierno cubano”. Según ella, el Departamento de Estado estaba cada vez más preocupado con las reacciones de Cuba a esas “flagrantes violaciones”, hasta el punto de que el asesor Richard Nuccio había mandado a averiguar cómo andaba un proceso abierto por la FAA contra José Basulto, por infringir la legislación aérea. “La peor perspectiva sería que Cuba derribara una de esas aeronaves –concluía–, pero, si eso sucede, lo mejor es que nosotros los de la FAA tengamos todos esos procesos en orden”. En realidad, la FAA ya había suspendido la licencia de Basulto por cuatro meses, período en que él continuó participando en los sobrevuelos en condición de pasajero.

La amplia cobertura de los medios de comunicación en la Florida y el apoyo recibido por el Concilio Cubano de parte de líderes de la política internacional, como la primera ministra Margaret Thatcher, del Reino Unido, y los presidentes José María Aznar, de España, y Václav Havel, de la República Checa, tuvieron el efecto de una inyección de adrenalina en vena para las organizaciones anticastristas de Miami. La mayoría planeaba apoyar “moral y políticamente” la instalación del Concilio prevista para La Habana –ya fuera autorizada o no–, realizando sobrevuelos en el Malecón y llevando hasta las aguas territoriales una flotilla. Una suite del hotel Hyatt Regency, de Coral Gables, fue reservada por 11.000 dólares, desde el día 24 hasta el 27 de febrero, para los líderes que en lugar de abordar aviones y barcos preferiesen permanecer en tierra firme “monitoreando los acontecimientos”. Cuando faltaban diez días para la asamblea, Basulto concedió una rápida y desafiadora entrevista a los periodistas David Hall y Pepe Vives, del programa *Cuba in The News*, transmitido por la Voz

de América, estación de radio mantenida por el Departamento de Estado. El líder de los Hermanos festejaba otro fin de semana de incursiones en el espacio aéreo cubano:

David Hall: —Está en línea José Basulto, de la organización humanitaria Hermanos, que hace años se dedica a socorrer a los balseros que huyen de Cuba en busca de libertad. Desafortunadamente, desde que Estados Unidos y Cuba firmaron los nuevos acuerdos migratorios, esas fugas acabaron. Pero no es de eso que vamos a hablar. Parece que este sábado llovió mucho en La Habana, ¿no fue así, Pepe?

Pepe Vives: —¡Sí! Y no fue agua lo que cayó del cielo.

David: —Era una lluvia de panfletos con protestas contra el gobierno de Castro. Parece que Basulto asumió la responsabilidad de eso. Bienvenido a nuestro programa, Basulto. Es un placer tenerlo con nosotros.

Vives: —Basulto, ¿en qué zonas de Cuba se lanzaron panfletos?

Basulto: —No puedo dar detalles, pero fue prácticamente en toda la ciudad de La Habana. Como había un fuerte viento, los panfletos se diseminaron por zonas del entorno de la capital.

David: —¿A qué atribuye usted la ausencia de respuesta militar por parte del Gobierno cubano contra ustedes? ¿Desorganización? ¿Sorpresa?

Basulto: —Ese régimen no es invulnerable. Castro no es impenetrable. Nuestros compatriotas de la isla deberían saber que hemos asumido riesgos personales para hacer lo que hacemos. Ellos deberían hacer lo mismo. Tenemos que librarnos de una vez por todas de esa policía interna que llevamos dentro de nosotros y que nos hace pensar que nos están vigilando siempre. Lo que le estamos pidiendo a nuestro pueblo es que considere la posibilidad de hacer las cosas que sea posible hacer.

Vives: —¿Cuál ha sido la reacción del Gobierno de los Estados Unidos en casos de vuelos como los del sábado?

Basulto: —Para suerte nuestra, parece que el Gobierno de los Estados Unidos está siempre de vacaciones.

La excitación aumentó cuando “radio bamba” hizo circular el rumor de que los Estados Unidos estaban dispuestos a intervenir en caso de que el Gobierno cubano reprimiese la asamblea del Concilio. Atentos a la efervescencia, los agentes de la Red Avispa redoblaban la vigilancia, enviando informes diarios a Cuba sobre el movimiento en las organizaciones vigiladas. El boletín transmitido a Gerardo por René refleja el clima de euforia que predominaba en la reunión realizada el día 18 de febrero por uno de los grupos de apoyo al Concilio:

Todos los presentes en la reunión tienen, evidentemente, grandes expectativas de que el encuentro del Concilio pueda crear una situación perjudicial para la Revolución. Ellos expresan la esperanza de que el encuentro vaya a provocar disturbios en las calles. En mi opinión, la visión que esas personas tienen de la situación en Cuba es muy triunfalista y sobreestima las dificultades por las que está pasando el país. Según ellos, el pedido del Concilio nos coloca entre la espada y la pared. Si permitimos el encuentro, perderemos terreno al hacer esa concesión. Si lo prohibimos, eso puede empañar nuestra imagen ante la comunidad internacional. El punto débil de esa argumentación es que ellos atribuyen al Concilio una resonancia internacional comparable a la que los medios de comunicación le han dado en Miami.

En la expectativa de que el Gobierno norteamericano retenga informaciones sobre cambios rápidos en la isla, hicieron una lista de pilotos que, en conjunto con autoridades del Departamento de Estado, serán autorizados a viajar de inmediato transportando asistencia médica para Cuba, en caso de que ocurra un cambio abrupto. Entre los pilotos seleccionados estamos Freddy Flaker, Jorge Bringuier y yo. Ya entregué una copia de mi pasaporte y mis datos personales para que sean enviados al Departamento de Estado.

La frenética movilización del exilio llevó a los servicios de inteligencia de Cuba a poner en marcha la “Operación Escorpión”, destinada a “perfeccionar la confrontación con las organizaciones contrarrevolucionarias” involucradas en el apoyo al Concilio y su pretendida asamblea. El plan preveía ejecutar inmediatamente la “Operación Vedette”, de forma que Juan Pablo Roque ya estuviese en suelo cubano el día 24. Cuando comenzaran las manifestaciones aéreas y navales de solidaridad con el Concilio, el piloto concedería a la prensa internacional en La Habana una entrevista en que denunciaría “el carácter terrorista” de las organizaciones anticastristas, principalmente aquella que él conocía de cerca, los Hermanos. La idea original —según la cual Roque robaría uno de los aviones de Basulto y aterrizaría triunfalmente en Cuba— tuvo que ser abortada porque el agente se fracturó el brazo izquierdo en un accidente con un contenedor y quedó impedido de pilotear. Así, se decidió que el viernes 23 de febrero Roque iniciara el camino de retorno. Siempre acompañado por Gerardo y portando documentación falsa, Roque debía ir en ómnibus a la vecina ciudad de Fort Lauderdale y allá tomar un avión para Tampa, situada a cuatrocientos kilómetros de distancia, al noroeste de la Florida. En esa ciudad él sería recibido por Alberto Ruiz, el agente “A-4”, quien le entregaría un pasaje para el vuelo 478 de la Northwestern, que salía al mediodía en dirección a Cancún, en México, de donde embarcaría en un vuelo directo para La Habana. La orientación dada a René era “reaccionar primero con incredulidad y después con actitud condenatoria”, tan pronto como el regreso de Roque se hiciera público. El Centro Principal recomendaba también que, enseguida que se recibiera la noticia, él telefonease al agente del FBI Oscar Montoto “para verificar si aquello era verdad”.

El miércoles 21, al llegar a su casa en la noche, Ana Margarita notó que estaba vacía la mitad del armario en la que

el marido guardaba sus trajes, abrigos, pantalones y camisas para eventos sociales. Cuando indagó sobre el significado de aquello, él respondió que había mandado la ropa a la tintorería, pues todo se había salpicado con la pintura que días antes se había usado para pintar el cuarto de la pareja. Roque le contó también que había conseguido un trabajo extra para el fin de semana, lo que le obligaría a estar fuera de Miami desde la madrugada del viernes hasta el domingo. La noche siguiente él parecía melancólico, apenas tocó la comida que Ana dejó preparada y propuso irse ambos a dormir más temprano aquel jueves. “Acuérdate de que mañana me tengo que levantar a las tres de la madrugada”. Ella quiso saber cómo haría para hablar con él ese fin de semana, en caso de alguna emergencia, y Roque prometió que dejaría el celular encendido. Pasados catorce años, Ana Margarita conseguiría reconstituir en detalle los que fueron sus últimos momentos al lado del marido:

Me acuerdo de la noche en que Roque se fue como si fuera hoy. Él me dijo que iba a hacer un trabajo el fin de semana, transportar una embarcación. Tenía que levantarse de madrugada y esa noche, antes de dormir, hicimos el amor con caricias tiernas, casi doloridas. Después de vivir un matrimonio anterior desastroso y abusivo, esta vez yo me sentía amada, protegida, segura. “Yo soy tu guardaespaldas”, acostumbraba a decirme él, citando el título del filme con Kevin Costner y Whitney Houston que habíamos visto juntos. Ahora sí, pensaba yo aquella noche, llegó mi hora de tener un amor maduro y sólido, que me salvaguarde, a mí y a mis hijos, de la dureza de la vida en los Estados Unidos. “Nunca te olvides de que eres mi mujer”, susurró Juan Pablo en mi oído al besarme antes de dormir. En ese momento consideré, como él me lo había pedido ya algunas veces, la posibilidad de que tuviéramos un hijo. Preferí darle una sorpresa y no revelarle mi decisión hasta el domingo por la noche, cuando él regresara.

Como Ana sabría al día siguiente, Roque jamás iba a regresar. En la madrugada él desapareció sin dejar rastros, para no volver

nunca. Al salir para el trabajo, en la mañana del viernes, a ella le extrañó que el cargador de batería del celular de su marido estuviese sobre la mesa de la sala, un olvido raro en alguien tan metódico como Roque. Pasó el día llamando al número de él, pero la grabación que oía era siempre la misma: “El teléfono está fuera de servicio”. En la casa, al final del día, al abrir las gavetas y los armarios, descubrió que él se lo había llevado todo, excepto la cartera con los documentos, cheques y tarjetas de crédito. La confusión en su cabeza no hizo más que aumentar cuando encendió el televisor y oyó la noticia de que el Gobierno cubano acababa de detener a un centenar de disidentes y prohibir la asamblea marcada para el siguiente día. En un estado de intensa ansiedad e intentando buscar algún nexo entre la noticia llegada de Cuba y el comportamiento de su marido, Ana Margarita decidió ir hasta el edificio donde vivía su madre, en cuyo estacionamiento guardaba Roque el Jeep Cherokee cuando se ausentaba de la ciudad. La esperanza era que él hubiese dejado en el carro algún mensaje, alguna señal o indicio de lo que estaba sucediendo. Con las piernas temblorosas, al abrir la puerta del vehículo con la llave de reserva que había llevado de la casa, ella vio sobre el asiento el celular del marido, el llavero con las llaves de la casa y del carro, y la bolsa color vino con las mudas de ropa para los tres días que él pasaría fuera de la casa. El buen sentido indicaba que había una relación entre lo que sucedía en Cuba y el misterioso viaje de Roque, pero Ana Margarita no conseguía atinar con el hilo que unía las dos cosas. Con el corazón dando saltos volvió a su casa, tomó una dosis reforzada de somníferos y se tiró en la cama.

Situado a diez kilómetros al norte de Miami Beach, el aeropuerto de Opa-locka era un hervidero en la mañana del sábado. Esperados por equipos de telediaristas y reporteros de los principales medios de la Florida, con los primeros rayos del sol comenzaban a llegar pilotos, militantes y dirigentes de

organizaciones anticastristas. Durante la mañana, ninguno se animó a despegar. El único tema entre los presentes eran los acontecimientos de la víspera en La Habana. Se dividían las opiniones sobre cómo reaccionar ante las detenciones y la prohibición de la asamblea del Concilio por el Gobierno de Cuba. Basulto defendía que no se debía cambiar nada de lo que se había planeado y anunció que después del almuerzo algunas aeronaves de los Hermanos irían a soltar sobre La Habana panfletos, denunciando al Gobierno por lo sucedido la víspera. A media hora de ahí, en Kendall, Ana Margarita era despertada, después de una noche de sueño letárgico, por el insistente timbre del teléfono en su mesa de noche. Al otro lado de la línea, una grave voz masculina pidió hablar con Juan Pablo Roque. Con sorprendente agilidad para quien segundos antes parecía desmayada, Ana saltó de la cama y trató de saber, casi a gritos, quién estaba al teléfono. Era un agente del FBI. Ella preguntó, en tono de súplica: “¿Qué sabe usted de mi marido? ¿Dónde está él?”. El hombre al otro lado de la línea fue seco: “No puedo hablar de eso con usted en este momento”, y colgó.

Si aquella noche Ana había conseguido dormir gracias a los medicamentos, Richard Nuccio no había tenido la misma suerte. El calvo y comedido asesor pasó la madrugada en claro, en su casa de Washington, atormentado por un pésimo presentimiento: alguna cosa muy grave estaba por acontecer. “Dormí poco aquella noche”, recordaría tiempo después. “Estaba preocupado, me parecía que iba a haber algún incidente”. Como él mismo se encargaría de esclarecer muchos años más tarde, sus temores no provenían de premoniciones, sino de deducciones lógicas que podía hacer quienquiera que observase la altísima tensión a la que había sido llevado el Gobierno cubano por la osadía de las organizaciones anticastristas, en particular los Hermanos. En opinión del asesor de Clinton, los acuerdos migratorios habían movido a Basulto a redefinir los

rumbos de los Hermanos. “A partir de ahí ellos ponen en práctica una agenda política de hostilidad y amenaza al Gobierno cubano, realizando sobrevuelos y lanzando panfletos sobre Cuba”, recordaría Nuccio. Invariablemente, las tentativas de la Casa Blanca de poner un límite a las provocaciones de Basulto acababan chocando de frente con el poderoso *lobby* cubano en Washington. “Cuando reiterábamos nuestras advertencias a los Hermanos, ellos corrían al Congreso para reclamar ante sus representantes –revelaría el funcionario–. Es suficiente para que los congresistas cubanos acusaran al Gobierno de estar persiguiendo a los exiliados”. Incluso sabiendo que podría convertirse en blanco de la bancada anticastrista en el Congreso, aquella mañana de sábado el insomne Nuccio consiguió que la FAA suspendiera la licencia de Basulto por tiempo indeterminado, castigo que, al menos teóricamente, le impediría pilotear su Cessna N2506 durante el vuelo previsto para la tarde. Pasados más de diez años, Nuccio pronunciaría un emocionado *mea culpa* al recordar los acontecimientos de aquel sábado de febrero de 1996:

Hice todo lo que podía, pero quisiera haber hecho más que escribir memorandos, mandar faxes, hacer llamadas telefónicas, activar alarmas. Yo debería haber saltado, gritado, berreado, invadido el gabinete del presidente.

Los funcionarios norteamericanos tenían motivos de sobra para preocuparse. El Departamento de Estado había reafirmado que trataba “con seriedad” la advertencia hecha por el Gobierno cubano de que cualquier barco venido del extranjero podía ser hundido, y cualquier avión, derribado. En nota oficial, el Gobierno trataba de disuadir de cualquier aventura a las organizaciones anticastristas:

La libertad para viajar, reconocida por acuerdo internacional, no da a nadie el derecho de entrar en un país en particular, incluida Cuba, sin autorización previa. Todos los viajeros están sujetos a las autoridades aduaneras y de inmigración, y a otras leyes aplicables del país en cuestión.

Sin embargo, nada de eso parecía surtir efecto. Incluso notificado de que su licencia de pilotear estaba suspendida, Basulto despegaba poco después de la una de la tarde comandando su Cessna, transgresión que le costaría la recusación definitiva de la licencia. Junto con él habían embarcado el copiloto Arnaldo Iglesias y el matrimonio formado por Silvia y Andrés Iriondo, empresario él y dirigente ella del grupo titulado MAR, Mujeres Anti-Represión. Con un minuto de diferencia, enseguida despegaron dos Cessna 337 idénticos al de Basulto: el *Spirit of Miami* y el *Habana DC*, este bautizado con el nombre de una canción del cubano exiliado Willy Chirino, quien había donado el avión. El “DC”, por supuesto, significaba “Después de Castro”. En el primero viajaban Carlos Costa y Pablo Morales, y en el segundo, Mario de la Peña y Armando Alejandro. Al cruzar el paralelo 24, a las 14:39 horas, Basulto dirigió a la torre de Cuba el mensaje de siempre: “Buenas tardes, Centro Habana. Aquí el noviembre-dos-cinco-cero-seis, cruzando el paralelo 24. Hoy nuestra área de operaciones será la región norte de La Habana. Reciba el saludo cordial de los Hermanos al Rescate y de su presidente, José Basulto, quien les habla”. Un controlador de vuelo de la torre de La Habana informó que el espacio aéreo al norte de la ciudad estaba “activado”, y que cualquier incursión por debajo del paralelo 24 estaba sujeta a riesgos. Basulto no se mostró intimidado. “Como cubanos libres –respondió– tenemos el derecho a estar aquí”.

Faltaban cinco minutos para las tres de la tarde cuando los aviones de los Hermanos, bajo la forma de tres punticos

negros, aparecieron en la pantalla de los radares de la Defensa Antiaérea de Cuba. En el mismo instante un cazabombardero MiG-29UB Fulcrum despegó de la base militar de San Antonio de los Baños, un apacible pueblecito situado a media hora de La Habana, donde también está instalada la Escuela Internacional de Cine creada por el escritor Gabriel García Márquez. El aparato era comandado por dos hermanos gemelos, los teniente-coronel Lorenzo y Francisco Pérez Pérez, de cuarenta y cuatro años, ambos veteranos de Angola; el primero con mil y el segundo con dos mil horas de vuelo en aquel tipo de aeronave. Después de este despegó un MiG-23 pilotado por el mayor Emilio Palacios, de treinta y cinco años. El movimiento de los cazas fue detectado a cuatro mil kilómetros de distancia de Cuba por el mayor Jeffrey Houlihan, responsable de los radares en la base aérea de Riverside, en California. Houlihan transmitió la información a la base de la Fuerza Aérea en Tyndall, Florida, pero fue tranquilizado por su interlocutor. “No se preocupe”, respondió el oficial que lo atendió. “Ya estamos al tanto de eso”. Insatisfecho con lo que oyó, el mayor llamó al oficial de guardia de la base de Homestead, también en la Florida. Conforme a lo que Houlihan revelaría en entrevista concedida al canal televisivo CBS, una escuadrilla de cazas F-15 y F-16 ya estaba estacionada al inicio de la pista de Homestead, lista para entrar en acción; pero “órdenes superiores” tenían prohibido el despegue de los bombarderos norteamericanos. “El oficial que me atendió estaba literalmente dando puñetazos en la mesa, exigiendo que dejaran partir a los aviones –contó Houlihan–, pero había órdenes expresas para que ninguna aeronave despegase”. Si la paciencia de La Habana llegaba a su fin, el Gobierno norteamericano no parecía interesado en salvar la piel de Basulto.

## VIII

La torre cubana autoriza a los cazas  
MiG a disparar; segundos después,  
dos Cessna son pulverizados sobre el  
estrecho de la Florida



Las llamas expelidas por las dos turbinas del caza supersónico dejaban en el aire una cola de fuego, como si un cometa hubiese cortado el azul del cielo a plena luz del día. Con un peso de diez toneladas, el MiG-29 de color gris oscuro estaba armado con cuatro misiles aire-aire, seis misiles aire-tierra, un *stock* de bombas guiadas por láser y un cañón de 30 milímetros con capacidad para ciento cincuenta disparos. A cierta altura uno de los hermanos Pérez-Pérez informó al mayor Palacios, piloto del MiG-23, que su radar detectaba la presencia de “un barco muy grande” navegando cerca de los aviones. “Lo tengo debajo de mí”, respondió el mayor. “Parece un navío de cruceros”. Los militares se referían al *Majesty of the Seas*, lujoso trasatlántico de setenta mil toneladas y casi trescientos metros de eslora. En aquella tarde de sábado el *Majesty*, con más de dos mil pasajeros a bordo, regresaba de un minicrucero de tres días de duración por el trayecto Miami-cayo Hueso-Nassau-Coco Cay-cayo Hueso-Miami. Tanto a la ida como a la vuelta del trecho entre cayo Hueso y Coco Cay, una minúscula isla de siete por diez kilómetros de extensión, el navío contorneaba toda la costa norte de Cuba, siempre evitando sobrepasar la línea que demarca los límites del mar territorial ubano. Captadas por nueve radares —siete en los Estados Unidos y dos en Cuba—, las comunicaciones entre la torre de control de La Habana y los dos aviones adquirieron tonos dramáticos después de las tres de la tarde:

Torre a MiG-29: —¿Cuál es su altitud?

MiG-29 a torre: —Mil setecientos metros. Estamos viendo tres aviones en el aire, a veces volando juntos, a veces separados.

MiG-23 a torre: —Estoy haciendo una búsqueda a la izquierda y puedo ver a uno de ellos, viniendo del norte.

Torre a MiG-23: —¿Cuál es su altitud?

MiG-23 a torre: —Doscientos metros.

Torre a MiG-29 y MiG-23: —Conecten sus radares.

MiG-29 a torre: —Conectado.

MiG-23 a torre: —Conectado.

MiG-29 a torre: El blanco está a la vista. Es un avión pequeño.

MiG-23 a MiG-29: Voy a subir a dos mil metros.

Torre a MiG-23: ¿De qué color es?

MiG-23 a torre: Es un Cessna 337 blanco y azul, volando a baja altitud.

Era el *Spirit of Miami*, el segundo en despegar de Opa-locka dos horas antes. Con un historial de casi ciento cincuenta vuelos realizados para los Hermanos, Carlos Costa parecía habituado a la presencia de cazas cubanos tras él. Confiando en que Cuba no iba a cometer la osadía de derribar aviones civiles norteamericanos, el único temor de los pilotos de Hermanos era enfrentar la maniobra conocida como “interceptación para aterrizaje forzoso”. En esos casos, el aparato era rodeado por helicópteros militares que lo obligaban a volar en círculos hasta que, sin combustible para regresar a los Estados Unidos, al piloto solo le quedara la alternativa de aterrizar en suelo cubano, con todos los riesgos que de ello se derivaban. Así, al ver la silueta del MiG-29 haciendo evoluciones delante de su parabrisas, Carlos Costa solo comentó con el copiloto Pablo Morales: “Tenemos la compañía de un MiG... Hay un MiG en torno nuestro...”. La terrible premonición de Richard Nuccio parecía, sin embargo, destinada a cumplirse. La grabación del

diálogo mantenido por radio entre la torre de control de La Habana y los dos aviones revela que a las 15:20 el MiG-29 se enfrentó cara a cara con el Cessna de Costa y Morales:

MiG-29 a torre: Él está en mi mira.

MiG-23 a torre: —Necesitamos autorización.

Torre a MiG-29: —Autorizados a destruir.

MiG-29 a torre: —Voy a disparar.

Torre a MiG-29: —Autorizado a disparar.

MiG-29 a torre: —¡Es ahora, carajo!

Torre a MiG-29: —¿Disparó?

MiG-29 a torre: —¡Acertamos, carajo! ¡Acertamos!

MiG-29 a MiG-23: —¡Le partimos los cojones!

MiG-23 a MiG-29: —¡Espera! ¡Espera para ver dónde cayó!

MiG-29 a MiG-23: —Marca el lugar donde lo derribamos.

MiG-23 a MiG-29: —Ese ya no nos jode más.

MiG-29 a torre: —Estamos subiendo. Vamos a regresar.

Torre a MiG-29: —Permanezcan ahí, volando en círculos.

MiG-29 a torre: —¿Sobre el objetivo?

Torre a MiG-29: —Correcto.

Torre a MiG-29 y MiG-23: —Suban a cuatro mil metros. Permanezcan sobre el objetivo destruido y manténganse a baja velocidad.

Seis minutos después, el radar del MiG-29 detectaba la presencia del *Habana DC*, el tercer avión de los Hermanos. Era el Cessna de prefijo N5485S, piloteado por el más viejo del grupo, el experimentado exmarine Armando Alejandro Jr., de cuarenta y cinco años, dos de ellos vividos como combatiente voluntario de la guerra de Vietnam. Con él viajaba el copiloto Mario de la Peña, de veinticinco años, el más joven de todos

los que volaban aquel sábado. A las 15:26 la voz del piloto cubano reapareció en la radio:

MiG-29 a torre: —Tenemos otro avión al frente.

Torre a MiG-29 y MiG-23: —No lo pierdan de vista.

MiG-29 a torre: —Está en el área donde cayó el primero.

Torre a MiG-29 y MiG-23: —Permanezcan ahí, encima de él.

Torre a MiG-29: —¿Él aún está a la vista?

MiG-29 a torre: —Estamos encima de él.

Torre a MiG-29: —Disparo autorizado.

MiG-29 a torre: —¡Está destruido! ¡Patria o muerte, carajo!

A pocas decenas de metros de distancia, a bordo del N2506, José Basulto reaccionó al derribo que acababa de presenciar, con una carcajada descontrolada y un grito: “¡Son MiGs! ¡Van a disparar contra nosotros!”. En el asiento trasero del bimotor, la aterrorizada Silvia Iriando sacó un rosario de la bolsa y se puso a rezar. Presa del pánico ante el riesgo de ver su avión igualmente pulverizado por el disparo de un misil y para no ser identificado por los radares de los MiGs, Basulto cortó todo el sistema de comunicaciones del Cessna, enfiló el aparato rumbo al norte y partió en fuga, volando a pocos metros de la superficie del mar.

La noticia del derribo de los dos aviones y la muerte de los cuatro pilotos se abatió sobre la Florida con el impacto de un huracán. Ana Margarita solo supo lo ocurrido al final de la tarde, cuando el piloto argentino Guillermo Lares, de los Hermanos, llamó para convocar a Roque a una entrevista colectiva que Basulto había marcado para el comienzo de la noche en el hangar de Opa-locka. Sin mucha convicción, ella contó que el marido estaba haciendo un trabajo fuera de Miami y que había olvidado el celular en casa. Tan pronto

como las emisoras radiales y canales televisivos comenzaron a dar noticias del incidente, su teléfono no paró de sonar: eran amigos y familiares preocupados con la posibilidad de que Juan Pablo Roque estuviera en uno de los aviones derribados. A todos ella les repetía la misma respuesta: “No, gracias a Dios, Roque no estaba en ninguno de los dos aviones”. Sin embargo, inexplicablemente, del marido ella no recibió noticia alguna, ni siquiera una llamada con cobro revertido para decir que estaba bien. Nada, nada. Sin conseguir comer ni dormir a derechas, Ana pasó la noche y el domingo pegada a la televisión, en busca de alguna información que pudiera ayudarla a encontrar respuestas para el misterioso comportamiento de Juan Pablo.

La única novedad en el noticiero era la divergencia entre el Gobierno de los Estados Unidos y el de Cuba respecto al lugar en que los dos aviones fueron derribados. En amenazadora nota oficial de protesta, el secretario de Estado Warren Christopher calificó el acto como “flagrante violación de las leyes internacionales y las normas de un país civilizado”. Afirmó que los Estados Unidos habían “llegado a la conclusión” de que el ataque se había realizado sobre aguas internacionales y terminó con una promesa: medidas “inmediatas y apropiadas” serían adoptadas por el presidente Clinton en respuesta a lo ocurrido. “No nos limitaremos a acciones multilaterales –rugió el secretario–. Vamos a considerar respuestas que los Estados Unidos puedan dar unilateralmente al Gobierno cubano”. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba respondió acusando a Christopher de “mentir de manera cínica” y afirmando disponer de “pruebas inequívocas” de que los dos aparatos –llamados “aviones piratas”– volaban sobre aguas territoriales del país. La Habana ponía a disposición de las autoridades norteamericanas mapas que revelaban, minuto a minuto, todo lo que había sido captado por los radares cubanos, grabaciones de las comunicaciones de la torre con los dos cazas y hasta objetos

personales de uno de los pilotos muertos, que habían sido recogidos por la Guardia Costera en aguas cubanas al norte de la capital. Aferrada sabe Dios a qué esperanzas, Ana no vio cuando el conductor de un programa de TV leyó el párrafo final de la nota oficial cubana, en el que estaba la clave para entender lo que había ocurrido con su esposo:

Finalmente, para no dejar dudas de que el señor Christopher miente de manera descarada, comunicamos que está entre nosotros un piloto de esos grupos que realizaron tantas acciones contra nuestro país. Estuvo con ellos hasta hace pocas horas. Ese piloto sabe mucho. Hay indicios irrefutables de que esos grupos están lejos de realizar acciones humanitarias, como ridículamente alega el señor Christopher. Ellos constituyen una mafia terrorista que elaboró planes sangrientos contra nuestro pueblo. Sobre esos temas estamos dispuestos a discutir con el señor Christopher en el Consejo de Seguridad de la ONU o donde él lo prefiera.

Todo indicaba que el piloto al que se referían era Juan Pablo Roque, pero Ana Margarita solo iba a saber de eso horas después. La noche del domingo llegó y el marido no dio señales de vida. De nuevo a fuerza de somníferos, ella cayó en la cama para despertar a la mañana siguiente con el bullicio que venía de la calle, algo incómodo, raro en la pacata zona de Hialeah. Miró por la ventana, asustada, y se vio sitiada por vehículos de la radio y la TV con pequeñas antenas parabólicas en las capotas, reporteros con micrófonos en las manos y fotografías apuntando amenazadoras cámaras de filmación contra las puertas y ventanas de la casa amarilla donde vivía. Sonó el teléfono y una amiga, muy nerviosa, le sugirió que encendiera el televisor en la CNN. Apretó un botón y en la pantalla del televisor, en el cuarto de la pareja, apareció la imagen sonriente del marido. Afeitado, bien cortado el pelo, usando el reloj Rolex pero, como observó Ana, sin anillo de casado en el dedo,

Roque recibía en La Habana a la reportera Lucía Newman, de la CNN Internacional, en su primera entrevista a la prensa extranjera. El falso desertor —o desertor arrepentido, como se presentaba— negó que fuese espía al servicio de Cuba o formara parte de los cuadros de inteligencia del Estado. Declaró que de hecho había desertado de Cuba, pero se había arrepentido después de vivir cuatro años en Miami. Reveló que fue reclutado por el FBI para espionar no solamente a los Hermanos, sino prácticamente a todas las organizaciones anticastristas importantes de la Florida, y que la verdadera función del agente Oscar Montoto, “Mr. Slingmann”, era fiscalizar las violaciones de las leyes de neutralidad internacional por los grupos anticastristas de los Estados Unidos. Contó también que Montoto le advirtió que no volase con los Hermanos el día 24 “porque Cuba estaba determinada a derribar cualquier avión que invadiera su espacio aéreo”, y acusó a Basulto de infiltrar armas y explosivos para la realización de atentados terroristas en la isla. Pero Ana Margarita solo sintió latir su corazón aceleradamente cuando la periodista quiso saber cuál era el mejor recuerdo que el piloto guardaba de los años pasados en los Estados Unidos. Con una sonrisa en los labios, Juan Pablo Roque dejó atónita a su exmujer, al otro lado del estrecho de la Florida, al afirmar que solo iba a sentir nostalgia “de mi Jeep Cherokee...”. Horas antes él había concedido una entrevista a un programa de la TV estatal cubana, en el que fue presentado solo como “un miembro de la organización contrarrevolucionaria Hermanos al Rescate”, sin ninguna información sobre las circunstancias en que había salido de Cuba o sobre cómo regresó al país.

La semana siguiente estuvo plagada por una sucesión de protestas, denuncias y entrevistas colectivas convocadas por organizaciones anticastristas de la Florida. El lunes, la embajadora norteamericana ante la ONU, Madeleine Albright,

que un año después sería nombrada secretaria de Estado por el presidente Bill Clinton, pronunció un duro discurso condenando al Gobierno cubano por el derribo de los dos aviones y cerró con una respuesta a lo dicho por el piloto del MiG-29 después del primer disparo. La menuda y enérgica embajadora sorprendió a todos al recurrir a un lenguaje poco apropiado a una dama elegante y a una tribuna solemne como aquella. “Francamente, esto no es tener ‘cojones’ –exclamó Albright, con el índice en alto, usando el término vulgar en español ‘cojones’–. Esto es cobardía”. Pronunciada por aquella señorita con aire de abuela de cuentos infantiles, la palabra parecía adquirir una fuerza aún mayor. El alcalde de Miami, el cubano-americano Joe Carollo, anunció que emitiría un decreto para bautizar cuatro avenidas de la ciudad con los nombres de los pilotos muertos. Hasta allí, de cualquier forma, las reacciones oídas en Nueva York, Miami y Washington permanecían en el universo de la retórica. La primera medida concreta contra Cuba sería divulgada en la noche por la Casa Blanca. Convencido de que ninguno de los dos aviones había invadido el espacio aéreo cubano –“y aunque lo hubiesen hecho, aun así el derribo habría violado normas internacionales”–, el presidente Clinton anunció un paquete de medidas punitivas al Gobierno de la isla, como él mismo recordaría años después:

Suspendí los vuelos fletados a Cuba, restringí los viajes de funcionarios cubanos a los Estados Unidos, amplié el alcance de la Radio Martí y pedí al Congreso autorización para tomar, de los activos cubanos bloqueados en los Estados Unidos, las indemnizaciones para las familias de los pilotos muertos.

La entrada en escena del presidente norteamericano en persona obligó a Fidel Castro a tratar el tema públicamente. En un acto de masas en la provincia de Matanzas, el líder cubano

se refirió al derribo de los aviones como un incidente que podría haber sido evitado:

Nosotros previmos que acabaría sucediendo esto y advertimos varias veces de ese riesgo a los Estados Unidos. Pero ustedes vieron las violaciones a nuestro espacio aéreo, vieron las aventuras cada vez más atrevidas sobre nuestra capital, algo que ningún país del mundo permitiría. Ahora inventan que son aviones civiles y que volaban sobre aguas internacionales... Son aviones de guerra, que los Estados Unidos usaron en la guerra de Vietnam.

De hecho, dos meses después la agencia OACI (Organización de la Aviación Civil Internacional), de las Naciones Unidas, reconoció que al menos un avión perteneciente a los Hermanos aún tenía insignias de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos pintadas en el fuselaje. Nada de aquello tenía mucha importancia para el Gobierno norteamericano. En aquel momento Washington apenas parecía interesarse por el ajuste de cuentas con La Habana. Diez días después del derribo, Bill Clinton sancionó en vivo, ante la red nacional de televisión, la Ley para la Libertad y Solidaridad Democrática en Cuba, o simplemente “Ley Helms-Burton”, que estaba engavetada en la Casa Blanca desde su aprobación por el Congreso norteamericano. Al hacerlo, Clinton –conforme admitiría en sus memorias– no estaba movido solo por el deseo de provocar cambios internos en Cuba, sino también por intereses meramente electorales. “Apoyar esa ley era una buena política para la Florida en un año electoral”, confesó el presidente, aunque reconociendo que la decisión “destruía cualquier chance, si fuese reelegido, de levantar el embargo en respuesta a posibles cambios positivos en Cuba”. Destinada a arreciar aún más el estrangulamiento económico de la isla y a restringir la autoridad del presidente de la república para suspender el bloqueo

sin aprobación del Congreso, la ley era de la autoría de dos miembros del Partido Republicano, el senador Jesse Helms, de Carolina del Norte, y el congresista Dan Burton, representante por Indiana, ambos conocidos por su comprometimiento con los sectores más conservadores del Congreso y de la comunidad cubana en el exilio. Con la amplia mayoría parlamentaria adquirida en las elecciones de 1994, la oposición al presidente Clinton había conseguido aprobar la ley con dos tercios del total de votos, lo que inviabilizaba un eventual veto presidencial.

Además de incorporar todas las restricciones impuestas a Cuba desde 1962, el texto sancionado por Clinton era una explícita coacción sobre la comunidad internacional para que se adhiriese al bloqueo norteamericano a la isla. El arsenal de sanciones amenazaba con negar visados de entrada a los Estados Unidos a los directores de cualquier empresa extranjera que negociara —el verbo usado era *traficar*— con el Gobierno cubano y preveía multas que podrían llegar, como de hecho llegaron, a cientos de millones de dólares. Los navíos mercantes que atracaran en puertos cubanos, no importaba qué bandera tuviesen, eran sometidos a una cuarentena que les prohibía entrar a puertos norteamericanos por un plazo de seis meses. Inversionistas o empresas extranjeras que utilizaran bienes u ocuparan propiedades de ciudadanos norteamericanos expropiados por Cuba serían responsabilizados civilmente en los Estados Unidos. Vistas en el papel, las disposiciones parecían hechas a la medida para coronar el proceso de asfixia de la economía cubana que había comenzado con el bloqueo, en 1961, y se agravó en 1991 con el fin de la URSS. Si los Estados Unidos conseguían que se cumpliera, la ley amenazaba ser la misa de réquiem de la Revolución cubana. Entretanto, incluso antes de que La Habana reaccionara, estallaron en todos los rincones las condenas al carácter extraterritorial de la Helms-Burton. La Unión Europea, la Organización Mundial del Comercio, la Unesco, la

Unicef y hasta la Organización de Estados Americanos (OEA), de la que Cuba fuera suspendida en 1962 y que raras veces se oponía a Washington, criticaron con dureza la decisión de Clinton de sancionar el paquete de medidas, aunque él, según la Constitución norteamericana, no tuviera alternativa. Para esos organismos, en la práctica la Helms-Burton forzaba al mundo a escoger entre comerciar con Cuba y comerciar con los Estados Unidos, en flagrante violación de las leyes y tratados internacionales. Hasta un viejo aliado de Clinton condenaría la decisión de promulgar ley tan draconiana. “En mi opinión, firmar la ley Helms-Burton fue un serio error de Clinton”, diría después el expresidente Jimmy Carter.

El primer choque de la ley con la realidad ocurrió cuando una carta del Gobierno norteamericano llegó a las oficinas de la Sol Meliá Hotels & Resorts. Hacía seis años que la mayor empresa hotelera de España se convirtiera en el principal socio comercial de Cuba. Era previsible que la mayoría de las decenas de hoteles administrados en Cuba por la gigante española estuviera en terrenos expropiados por la Revolución, pero la empresa no pareció asustarse por el crujir de dientes de Washington. “Ninguno de nuestros ejecutivos está tan interesado en visitar Disney World –ironizó el portavoz de Sol Meliá–. Y si se nos obliga a optar entre los dos países, el grupo no tendrá dudas en cerrar la red de hoteles que mantiene en la Florida”. Quienquiera que negociara –o traficara, como prefería decir el Gobierno norteamericano– con los cubanos, sería notificado de los riesgos a que se sometía. Ni siquiera escapaban los grandes consorcios multinacionales, como la Sherritt International, la mayor empresa minera de Canadá, que explotaba yacimientos de níquel en Moa, al extremo oriental de Cuba, o la fábrica francesa de bebidas Pernod Ricard, distribuidora del ron Havana Club en Europa.

En Brasil, la presión del Departamento de Estado intentó alcanzar a la Compañía de Cigarros Souza Cruz, controlada por la británica BAT –British American Tobacco–, uno de los mayores contribuyentes en impuestos en el país y dueña del ochenta por ciento del mercado brasileño de cigarrillos. Con una producción anual de 400.000 millones de unidades, la Souza Cruz había construido en Cuba una moderna fábrica cuyo control dividía al cincuenta por ciento con el Estado cubano. En la primera notificación, el Gobierno norteamericano advertía a la empresa del hecho de que el inmueble utilizado por ella en La Habana había pertenecido a la empresa norteamericana Henry Clay & Co., responsable de la producción en Cuba de marcas célebres como Lucky Strike y Pall Mall, hasta ser confiscado en 1960 por el gobierno comunista, lo que configuraba una violación de las leyes norteamericanas y sujetaba al infractor a sanciones impuestas por los Estados Unidos. El paso siguiente fue una visita del cónsul de los Estados Unidos a la sede de la Souza Cruz, en Río de Janeiro. Recibido por el vicepresidente Milton Cabral, el diplomático pasó casi dos horas haciendo inventario de los artículos de la Helms-Burton infringidos por la Souza Cruz al “traficar” con el gobierno de Fidel Castro. Así como su colega de Sol Meliá, el ejecutivo brasileño no parecía dispuesto a aguantar desafueros. “La asociación con Cuba es una iniciativa de la Souza Cruz, una empresa brasileña que se rige por las leyes de Brasil. Nuestro accionista mayoritario es inglés y se rige por las leyes del Reino Unido”, reaccionó Cabral, cortésmente, pero sin dejar lugar a dudas con respecto a que la conversación terminaba allí. “Siendo así, las leyes norteamericanas, con todo respeto, no producen efectos sobre nuestros negocios”. El cónsul ignoraba que tamaña seguridad, en realidad, surgía de un hecho que había pasado inadvertido al pesquisaje del Departamento de Estado. Meses antes de ser firmada la Ley Helms-Burton,

el control de la Henry Clay & Co. había sido adquirido por la British American Tobacco, lo que significaba que la Souza Cruz operaba en Cuba en un inmueble de su propiedad.

Aun sin haber conseguido quebrar el espinazo de la Revolución cubana, la ley continuaría haciendo estragos a lo largo de los gobiernos de George W. Bush y Barack Obama. El arma usada por el Departamento de Estado, que actuaba en conjunto con los ministerios de Comercio, Defensa y Tesoro, apuntaba a blancos de todos los tamaños. La víctima podía ser tanto un gigante como el banco Credit Suisse –multado por la Procuraduría General de los Estados Unidos en quinientos treinta y seis millones de dólares por haber realizado treinta operaciones de transferencia de recursos para Cuba–, como cualquier ciudadano norteamericano que hiciera un inocente viaje turístico a la isla. Del largo brazo de la *razzia* anticastrista no escaparían ni siquiera los funcionarios de la Casa Blanca, como sucedió con Fred Burks, traductor oficial del presidente Clinton. Tres años después de sancionada la ley, Burks viajó a La Habana con su novia, vía Cancún, para asistir a un espectáculo del grupo musical Buena Vista Social Club, gran suceso de la época. Monitoreados por el Departamento del Tesoro, Burks y su novia fueron multados en 15.000 dólares como escarmiento por la noche con los músicos Ibrahim Ferrer y Compay Segundo. Desde el punto de vista diplomático y político, no se trataba solo de una vuelta al punto de partida. Era peor. A partir del día 24 de febrero de 1996, las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos adquirieron tonos cada vez más sombríos, hostiles y agresivos. De todos los avances logrados desde la administración Jimmy Carter, solo permanecieron en pie los acuerdos que habían puesto fin a la crisis migratoria de dos años antes.

Los acontecimientos del sábado fatídico produjeron efectos devastadores en la comunidad cubana de la Florida. Después

de las revelaciones de Juan Pablo Roque en la televisión, la atmósfera de Miami se tornó irrespirable. La primera baja se produciría en los cuadros del FBI: desnudado públicamente por el cubano, que divulgó hasta sus números de teléfono y de *beeper*, el agente Oscar Montoto fue retirado de circulación por sus superiores y puesto en congelamiento temporal. El ambiente de desconfianza y sospecha envenenó todavía más las organizaciones anticastristas; aquellas en las que Roque había actuado o con las que había tenido más familiaridad, como la Fundación Nacional Cubano-Americana, los Hermanos y el Movimiento Democracia, intentaron reconstruir los pasos del piloto en las semanas anteriores a la fuga y realizaron investigaciones internas para buscar respuestas a las angustiosas preguntas que la mayoría se hacía: ¿Roque ya era agente del Gobierno cubano al llegar a los Estados Unidos o había sido reclutado en Miami? ¿Actuaba solo o había dejado cómplices plantados entre los exiliados? ¿El FBI tendría otros informantes infiltrados en los grupos del exilio?

Protegido por la simulación de haber roto con Roque meses antes del retorno de este a Cuba, René consiguió atravesar incólume la selva de sospechas en que se convirtiera Miami. Cuando se aplacó la polvareda de la desconfianza, el marido de Olga fue buscado por Alex Barbeito y Al Alonso, los agentes del FBI que, gracias a informaciones proporcionadas por René, habían desmantelado la banda de narcotraficantes que se escondía en el PUND y puesto en jaque al líder de aquella organización anticastrista, Héctor “El Tigre” Viamonte. El FBI había salido de los episodios del 24 de febrero con la imagen doblemente afectada: de un lado con la opinión pública en general, por haber reclutado a un agente sin saber que se trataba de un oficial de inteligencia del Gobierno cubano; y de otro, con la totalidad del exilio –y de su poderoso *lobby* en el Congreso– cuando Roque reveló que recibía pago del FBI por

espíar a la FNCA, a los Hermanos y al Democracia. La propuesta que Barbeito y Alonso tenían para hacerle a René era delicada: que sustituyera a Juan Pablo Roque como informante en las organizaciones anticastristas en que estuviese actuando. La invitación, en apariencia, revelaba que eran infundadas las sospechas de que el FBI tuviera otros informantes plantados en los grupos del exilio. El cubano pidió algunos días para reflexionar: en realidad, se trataba del tiempo necesario para consultar a La Habana sobre cómo debía reaccionar. En la correspondencia dirigida a Cuba, René traza un breve retrato de los dos policías. Sobre Barbeito informa que se trata de un joven cuya edad fluctúa entre los veinticinco y los treinta años, pelo castaño, estatura media, “aparentemente” de origen cubano. “Habla bien el español, con leves interjecciones en inglés, es dinámico y espontáneo y no tiene ninguna señal física visible”. La descripción de Alonso es más minuciosa:

Tiene cerca de 45 años y piel clara, ligeramente bronceada.

Es alto y fuerte, pero no llega a ser atlético. Su pelo es ligeramente ondulado y habla bastante, con tendencia un poco afeminada. Está encaneciendo; sus rasgos faciales son muy parecidos a los de nuestro compañero Miguel. Da la impresión de ser bastante metódico y capaz. Al contrario de Alex, que siempre está listo para la acción, Alonso parece ser por encima de todo analítico.

Según el resumen transmitido por René, los dos policías le dijeron que la necesidad de mantener bajo estricto control las actividades políticas de la comunidad cubana se había vuelto fundamental después del derribo de los aviones. En palabras de ellos, el Gobierno norteamericano estaba preocupado por el riesgo de ser arrastrado a una confrontación militar “a causa de un jueguito manipulado por provocadores de Miami”. En

cuanto a trabajar para el FBI, el cubano sugería a La Habana que la propuesta fuera rechazada:

No me parece lógico que uno apoye a un grupo con el cual supuestamente tiene afinidad de ideas y objetivos y, de un día para otro, acepte espiar a ese grupo [argumentó René]. Eso me parece tan bajo que los agentes del FBI estarían locos si confiaran en mí en caso de que yo aceptara la propuesta.

El Centro Principal concordaba con él. Además de los riesgos señalados, Cuba tenía razones para reforzar la vigilancia de los agentes de la Red Avispa sobre los grupos anticastristas.

El comportamiento agresivo del Gobierno norteamericano reencendió los ánimos y envalentonó a los sectores más radicales del exilio. Infiltraciones de explosivos en territorio cubano y atentados a blancos turísticos proseguían con intensidad cada vez mayor. Ni siquiera la dramática muerte de los cuatro pilotos de los Hermanos parecía haber inhibido la agresividad de los grupos anticastristas, ya que las invasiones al espacio aéreo y a las aguas territoriales de Cuba se repetían como si nada hubiera pasado. En los doce meses que siguieron al derribo de los aviones, Cuba fue víctima de decenas de agresiones planeadas y financiadas en la Florida. Gracias a los informes enviados por los agentes de la Red Avispa, en agosto los órganos de seguridad cubanos detuvieron a un ciudadano norteamericano que intentaba entrar en el país con una carga de explosivos y, en septiembre, un cubano de Miami fue atrapado cuando desembarcaba en la playa de Punta Alegre, en la provincia de Ciego de Ávila, con una embarcación cargada de armas. Las informaciones proporcionadas por los dos presos permitieron frustrar varios atentados, pero no detuvieron la ola terrorista. A fin de año, en entrevista concedida al canal televisivo Univisión, de Miami, Luis Posada Carriles y Orlando Bosch

reafirmaron su decisión de continuar patrocinando actividades terroristas contra la isla.

La impunidad y la desenvoltura con que circulaban por los Estados Unidos autores o mandantes confesos de crímenes, que a lo largo de los años habían costado la vida de decenas de inocentes, dejaban indignadas a las autoridades cubanas, pero en rigor no había nada que hacer sino lo que ya venían haciendo los agentes de la Red Avispa. Fidel creía que, así como Jimmy Carter, Clinton no era un farsante; y alimentaba la expectativa de que si el presidente norteamericano llegara a conocer los antecedentes y el grado de peligrosidad de aquella gente, no dudaría en dar un “basta” a las provocaciones nacidas o patrocinadas en Miami. El Comandante pretendía preparar para Clinton un *dossier* sobre el tema, mas no disponía de canales confiables para que el documento llegara directamente al presidente norteamericano, sin riesgo de pasar por las manos —y bajo los ojos— de la CIA y el FBI. La solución apareció a finales de abril, cuando aterrizó en el aeropuerto de La Habana un avión privado trayendo a bordo a Gary Hart, exsenador y excandidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos. Además del currículum, Hart contaba con un privilegio que interesaba especialmente al presidente cubano: acceso directo a Bill Clinton. Nunca quedarían suficientemente esclarecidas las razones que habían llevado a un político de la importancia de Hart a realizar un viaje particular a Cuba, en medio de la cacería de brujas impulsada por Washington contra todo lo que olera a castrismo. Lo que se sabe, no obstante, es que al retornar a los Estados Unidos él llevaba en el equipaje un folio de doscientas páginas, varios casetes de audio y de video, material cuya preparación fue supervisada personalmente por Fidel Castro. Basado en buena parte en los miles de informes enviados por la Red Avispa a Cuba, el *dossier* relataba, uno por uno, todos los atentados ejecutados contra la isla desde el

inicio de los años 90. Cada crimen iba acompañado por las indicaciones de quién lo había cometido, planeado y pagado, todo comprobado con videos realizados clandestinamente y con grabaciones de conversaciones telefónicas.

Tres semanas después de que Hart recibió la documentación de manos de Fidel, una bomba destruyó las instalaciones de la agencia de turismo cubana Cubanacan, en Ciudad de México. Las primeras investigaciones revelaron que los métodos de trabajo y el tipo de explosivo utilizado en el atentado guardaban mucha semejanza con las acciones realizadas contra blancos turísticos en territorio cubano. El intercambio de datos proporcionados a la policía por los servicios de inmigración y por la red hotelera de la capital mexicana indicaba que el autor –o autores– era originario de un país de América Central. La suposición coincidía con investigaciones que venían siendo realizadas por la Red Avispa en Miami. Ya hacía algún tiempo que el grupo del que era jefe Gerardo Viramóntez sospechaba que mercenarios de Guatemala y El Salvador estaban siendo contratados por exiliados de Miami para ejecutar atentados con bomba en Cuba. Pero aún faltaba alguna pieza para que el rompecabezas se completara.

## IX

El mercenario Cruz León no quería matar a nadie, su sueño era ser igual a Sylvester Stallone



Aún tardaría un poco, pero las informaciones reunidas por los agentes cubanos conducirían hasta un joven centroamericano que vivía a dos mil kilómetros de Miami; él no sabía casi nada de Cuba y ni siquiera imaginaba que el segundo hombre en jerarquía revolucionaria era su tocayo, Raúl Castro. A los veintiséis años, al salvadoreño Raúl Ernesto Cruz León le gustaba mucho oír *rock and roll*, practicar deportes y entrenar la puntería en lugares privados de la capital de su país. Sin ningún interés por la política, su ídolo era el corpulento Sylvester Stallone, de quien ya había visto todas las películas, algunas de ellas más de una vez. En 1995 trabajaba como guardaespaldas en la Two Shows, empresa encargada de ofrecer seguridad personal a celebridades y artistas extranjeros de paso por El Salvador. Desde niño le gustaban las armas, familiaridad adquirida por la actividad del padre, que era soldado del ejército, y también por la circunstancia de que desde los ocho hasta los veinte años de edad vivió en un país enfrascado en una brutal guerra civil; era una época en que comprar una ametralladora era tan fácil como comprar un par de zapatos. Cuando Cruz León tenía quince años, su familia —la madre, dos hijos y dos hijas, de los cuales él era el primogénito— fue sorprendida por la trágica noticia de que el padre, que servía en el cuartel de Sensuntepeque, a cien kilómetros de San Salvador, se había suicidado dándose un tiro en la cabeza. Y como la guerrilla había ocupado la carretera que une la capital con aquella pequeña ciudad, los Cruz León tuvieron que esperar varios días para recoger el cadáver de la morgue local y sepultarlo en San Salvador. Con un enorme esfuerzo de la madre, el jovencito

consiguió llegar al noveno grado en el colegio Salesiano, del que se graduó hablando inglés con fluidez. A los diecisiete años sus juguetes predilectos eran una pistola rusa Makarov, una Beretta italiana de 9 mm y una pistola Smith & Wesson con mira láser. La pasión por las armas lo condujo a hacer el curso de cadetes del ejército y conquistó dos veces el vicecampeonato interno de tiro, pero no le gustaba la rígida disciplina del cuartel, por lo que permaneció apenas un año en la academia militar. No fumaba ni bebía y nunca había probado las drogas; ni la mariguana, que era consumida abiertamente por sus clientes del mundo del espectáculo. Sus únicos vicios eran las armas y deportes extremos, como el alpinismo, el *rafting* y el *surfing*. No era muy dado a las lecturas y solo recordaba dos libros que lo marcaron: *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway; y el recién lanzado *Manual del guerrero de la luz*, del brasileño Paulo Coelho.

El héroe del joven salvadoreño, en verdad, no era el actor que varias veces interpretó a John Rambo y a Rocky Balboa en el cine. Su modelo de coraje y de valor era Ray Quick, el implacable demolidor interpretado por Stallone en aquella que consideraba un clásico del cine, la película *El especialista*. Y, cuando Cruz León se comparaba con Ray, el saldo no le era desfavorable. La locura paranoica no era la única, pero sí la principal diferencia entre ellos. Ray era seguro, enfrentaba las situaciones de riesgo con envidiable frialdad. Cruz León no era alguien que se atemorizase fácilmente, pero desconfiaba hasta de su propia sombra. Sin embargo, en aquello que él juzgaba esencial, los dos eran muy parecidos: ambos eran personas de alma buena. Ray ya había dado varias demostraciones de eso, muchas veces en situaciones banales, como la escena en que, solo y desarmado, le rompió la cara a cuatro hispanos que amenazaban a una adolescente en un ómnibus de Miami. Tenían otras semejanzas: los dos sentían animosidad

por la sangre: Ray jamás usaba cuchillos como instrumento de trabajo; tal vez, incluso, se acobardase frente a una lámina afilada. Cruz León se ponía pálido al ver una jeringuilla extraerle sangre de la vena para análisis de laboratorio. A los dos les gustaban los gatos. Ray tenía un gato de Angora gordo y peludo, que cierta noche lo siguió silenciosamente por varias cuadras de Miami Beach hasta ser adoptado bajo el nombre de “Timer” –“Temporizador”–, un instrumento de trabajo de ambos. Cruz León criaba, desde que nació, una gatica sata, “Hija”, que convivía pacíficamente con el canario que él mantenía en una jaula. Tenían la misma estatura, alrededor de 1,70 m y, aunque tuviese cincuenta y un años, casi el doble de su edad, Ray era una caja de músculos, un disciplinado halterófilo que levantaba pesos todos los días. El americano no era exactamente un hombre bonito y tenía un lado de la boca torcido hacia abajo, debido a una complicación en el parto, pero el otro también estaba lejos de ser un galán. Cruz León, un centroamericano mestizo, típico, tenía la quijada muy grande, característica que resaltaba el prognatismo que había resistido a años inútiles de usar aparatos de ortodoncia en la arcada dentaria inferior.

Pero la singularidad de Ray Quick era su más codiciado y envidiado bien: la deslumbrante, cinematográfica mujer, May Munro, papel interpretado por Sharon Stone. Dueña de rostro y cuerpo deslumbrantes, lo conoció al contratar sus servicios para exterminar a los jefes de una banda mafiosa de Miami. Entre ellos se encontraban los autores del asesinato de sus padres, crimen del cual ella fue testigo cuando contaba con diez años de edad. Convencida de que un asesino a sueldo podría no resolver su problema –“Las balas siempre se pueden desviar”, repetía–, May decidió acudir a un profesional en explosivos. No a un detonador de muros cualquiera, sino a alguien que le garantizase una precisión absoluta, un especialista. Era

Ray Quick. Un agente de la CIA retirado que en ese momento vivía en un galpón en el puerto de Miami y prestaba servicios tanto al gobierno como a personas en particular, siempre que su código ético fuese respetado: no realizaría ninguna acción que pudiese ocasionar riesgo de muerte de inocentes o de niños. Cuando mató al último hombre de su contrato con May, ambos ya estaban viviendo bajo el mismo techo. Cruz León pensaba que el premio era merecido: a fin de cuentas Ray no solo era un especialista, sino también un veterano victorioso. Él aún era un novato, pero habría de llegar el día en que terminaría un contrato llevando a una May Munro a la cama.

Cruz León fue sacado de esos devaneos por una breve turbulencia enfrentada por el Boeing 737 de la Taca, empresa aérea centroamericana, que despegó una hora antes en El Salvador, en la mañana de aquel miércoles 9 julio de 1997. Aún tenía que encarar una escala de por lo menos tres horas de duración en San José de Costa Rica, para entonces embarcar rumbo a su destino final: La Habana, Cuba. Lo que podría ser un vuelo directo de dos horas de duración acostumbraba a consumir hasta ocho horas; tal era el tiempo perdido entre escalas y conexiones. ¿Por qué diablos alguien como él conocería tanto de Ray Quick? En realidad hasta podría ser capaz de responder sobre Ray Quick en uno de esos programas de preguntas y respuestas de la televisión. El conocimiento enciclopédico se debía al hecho de que ya había visto decenas de veces la película *El especialista*, un clásico del cine de acción producido en 1994 y que recaudó más de cien millones de dólares de taquilla. No era importante que Ray Quick y May Munro fuesen personajes inventados por alguien de Hollywood; aunque imaginarios, era la pareja modelo para Cruz León. Pero en el fondo, el salvadoreño sabía que aún le faltaba mucho para estar a la altura de un Ray Quick; él estaba dando los primeros pasos en la carrera de especialista. Aquella, al final, era su primera misión,

para la cual iba armado hasta los dientes; o, para ser más exactos, hasta los pies.

Aunque calzaba el número 41, aquel día Cruz León usaba botas Timberland número 44. El espacio vacío entre los dedos y la punta de cada bota lo ocupaban 250 g de C-4, el explosivo preferido por terroristas y héroes de películas de acción. Capaz de producir una velocidad de detonación de nueve kilómetros por segundo, más de treinta mil kilómetros por hora, un puñado de C-4 del tamaño de una pelota de tenis es suficiente para derrumbar paredes de concreto o estructuras de acero. Lo que proporcionaba a Cruz León cierta seguridad para viajar con un material tan letal bajo sus pies, libre del riesgo de convertirse en picadillo, era la certeza de que, sin ayuda de un detonador, aquella cosa era tan inofensiva como la plastilina para modelar. Y los detonadores, así como los hilos y temporizadores, estaban guardados prudentemente en la mochila Tommy Hilfiger de nylon azul que colocaron en el compartimiento de equipajes dentro del avión. A excepción del inesperado atraso de algunas horas, la escala en Costa Rica transcurrió sin incidentes y ya era de noche cuando los pasajeros fueron llamados para tomar el avión que los llevaría a Cuba.

La estresante aventura de Cruz León comenzó un mes antes. Su reclutamiento por parte de Francisco Chávez Abarca tuvo lugar a finales de mayo, seis semanas antes de ese viaje. En verdad, fue él quien tuvo la iniciativa. Cruz León quería vender la *van* que su hermana menor usaba como transporte escolar y alguien le recomendó que buscara a Abarca, que era propietario de una tienda de carros usados y de una pequeña agencia de alquiler de autos llamada Geo Rent-a-Car, ambas instaladas en un garaje de San Salvador. Muchas personas decían que tanto la tienda como la agencia de alquiler eran la fachada usada por pandillas centroamericanas para el robo de carros, pero, como él quería vender y no comprar, no

tenía nada que temer. Ya había oído hablar de Abarca, un sujeto joven como él, antipático, arisco, de pocas palabras y de una barriga de dimensiones monumentales, que dio origen al apodo de “Panzón”. En el transcurso de la negociación de la *van* los dos descubrieron el gusto común por las armas y acordaron un día para encontrarse en un lugar privado de práctica de tiro llamado Shanghai, cercano a la capital. Terminaron cerrando el negocio, en efectivo, como acostumbraba a hacerlo el enigmático Abarca, que no aceptaba cheques ni tarjetas de crédito. Pasados algunos días, un fin de semana por la tarde, él apareció en el Two Shows para tomar un café y cuando se marchaba llevó a Cruz León hasta el interior de su carro, un reluciente Nissan Pathfinder blanco. Sacó de la guantera una bola amorfa, semejante a una masa de pizza y, mientras moldeaba aquello con los dedos, le preguntó:

—¿Tú sabes lo que es esto?

—Ya lo vi en el cine. ¿Eso es C-4? ¿No?

Siempre con un aire misterioso, Abarca jugaba con la bola pasándola de la mano derecha para la izquierda:

—Sí, no hay un explosivo mejor que este. Puedes golpear con un martillo sobre esta bolita o jugar béisbol con ella y no sucede nada. Puedes colocarla en un horno a una temperatura de hasta 300 °C y ella no explota. Pero basta un impulso eléctrico de 9 voltios, que es la energía generada por una pila común, de esas que llevan los juguetes de los niños, para que esta bolita hunda una embarcación o arranque del suelo un tanque de treinta toneladas.

Puso el carro en marcha y convidó a Cruz León para una demostración:

—Ven conmigo, te voy a mostrar cómo funciona esta mierda.

Salió disparado por las calles de San Salvador en dirección al litoral. Por el camino disertó sobre las virtudes del C-4: además de la capacidad explosiva muy superior a la de la dinamita militar, tiene una característica única, la maleabilidad...

—Con el C-4 tú puedes arrancar la tapa de la guantera de este carro sin arañar el panel ni herir a nadie —explicaba él, desviándose de la confusión del tránsito local—; también puede producir una onda expansiva capaz de transformar un edificio de diez pisos en una montaña de escombros.

Cruz León sabía de lo que el otro estaba hablando: producir explosiones con precisión quirúrgica era exactamente lo que hacía de Ray Quick un especialista. Minutos después el vehículo estacionó en las arenas de La Perla, un arrecife rocoso raramente frecuentado por bañistas. Abarca sacó algunos objetos de una bolsa y descendió con ellos en las manos, caminando por entre las piedras, seguido de cerca por Cruz León. Escogió una roca, se agachó en el suelo y esparció el material en la arena: un destornillador en miniatura, una calculadora-despertador portátil, un detonador —un cilindro de metal semejante a un clavo grueso sin cabeza— y dos pedazos de hilo de colores diferentes. Con el destornillador zafó las roscas, abrió la caja de la calculadora, retiró el timbre del tamaño de una moneda y amarró los hilos sueltos a una de las puntas del detonador. El otro extremo fue introducido en una bolita de C-4 que tenía las dimensiones de un chicle masticado. Puso el reloj para que tocara dentro de cinco minutos, amarró todo con un pedazo de cinta aislante y colocó el paquete detrás de una roca del tamaño de un automóvil. Cruz León apresuró el paso para protegerse detrás de otro monte de piedras, pero Abarca

lo tranquilizó. “No te preocupes, va a explotar solo dentro de cinco minutos –explicó, mientras caminaba por la arena–. Y aunque estuviésemos allí, no correríamos ningún riesgo, porque el explosivo fue colocado de manera que haga explotar la piedra del lado opuesto al que nosotros nos encontramos”. Por seguridad, Cruz León prefirió esperar detrás del tronco de una palma, pero el confiado Abarca permaneció en la playa, sin protegerse. Pasados cinco minutos un ruido seco lanzó hacia lo alto la mitad de la roca, exactamente hacia el lado escogido por el gordo.

Semanas después reapareció en el Two Shows e invitó a Cruz León a comer en un restaurante italiano medio desierto. Hablando aún más bajo que de costumbre fue directo al asunto, sin recurrir a metáforas:

—¿Quieres colocar dos bombas para mí? Tú ya sabes lo fácil que es armar una.

Cruz León escuchó aquello con la boca más abierta aún:

—¿Bombas? ¿Dónde? ¿Para ti?

—No es para mí, es para unos amigos de Miami.

El espíritu humanista de Ray Quick apareció en él:

—¿Colocar bombas para matar gente? No cuentes conmigo.

—No es para matar a nadie, es solo para asustar. Solo queremos formar bulla, hacer ruido.

—¿Es aquí en El Salvador?

—No. Es en otro país.

—¿Qué país?

—No debo decir. Si aceptas te diré dónde será. Pago 15.000 colones por bomba, además de los gastos del viaje, el hospedaje y la alimentación.

Los “amigos de Miami”, como se sabría después, eran Posada Carriles, Guillermo Novo Sampol, Pedro Ramón Crispín –el trío que sería apresado e indultado en Panamá años más tarde–, Arnaldo Monzón Placencia y Francisco “Pepe” Hernández, director de la Fundación Nacional Cubano-Americana. Los encuentros del “Panzón” con el grupo acostumbraban a hacerse en la cafetería Mister Don, en la capital salvadoreña, o en una suite del hotel Radisson, en la ciudad de Guatemala. 15.000 colones no eran exactamente una fortuna, pero darían para comprar 1.500 dólares en el mercado negro. Como eran dos bombas, se trataba de 30.000 colones, 3.000 dólares. Sus tres meses de salario en el Two Shows. Cruz León quiso saber cuántos días necesitaría para hacer aquello –“Tú sabes que tengo un patrón y cumplo horarios”–, dijo y fue tranquilizado. Entre la salida de San Salvador y el regreso la misión consumiría como máximo una semana. Él tendría un día para decidir si aceptaría. Como si estuviese haciendo la cosa más natural de su vida, Chávez Abarca devoró un plato de espaguetis y una fuente de albóndigas, y bebió una botella de vino, mientras veía a su compañero tan excitado que apenas tocaba la comida. Años después, Cruz León recordaría el éxtasis que sintió aquella noche:

Sé que eso puede parecer ridículo, pero aquí me imaginé ser Ray Quick. Lo que sentí en aquel momento fue eso: yo era Ray Quick, yo era Silvester Stallone. Yo iba a poner bombas en un país que ni sabía cuál era, regresaría a mi casa e iría para la cama con Sharon Stone. Me sentí un espía, sentí que era lo máximo.

El deslumbramiento dio lugar a la paranoia, cuando al día siguiente Chávez Abarca le reveló el nombre del país en el que serían colocadas las dos bombas:

—¿En Cuba? ¿Te has vuelto loco? Dicen que Cuba es el país más militarizado, más vigilado del mundo. Me dijeron que en Cuba existe hasta un muro como el de Berlín. ¡Debe haber policías, cámaras y micrófonos por todos lados, hasta debajo de las camas de los hoteles!

Pero una vez más el “Panzón” lo tranquilizó, afirmando que esa tal súper vigilancia era solo palabrería de comunistas:

—Hace menos de un mes que estuve en La Habana, puse dos bombas en un hotel y salí sin ser importunado por nadie. Y, en la remota hipótesis de que te atrapasen, contratamos un buen abogado y en pocas horas estarás aquí de nuevo. Como puedes ver, puse las bombas y estoy aquí enterito.

De hecho Abarca estuvo en Cuba y la noche del 12 de abril activó una carga de C-4 en el baño de la discoteca Aché, ubicada en los bajos del hotel Meliá Cohíba, el más lujoso del país, en el que estaba hospedado. De milagro los baños estaban vacíos en el momento de la explosión y no hubo víctimas. Dos semanas después, cuando se preparaba para cerrar la cuenta, colocó otro paquete con 400 g de explosivo en un florero del corredor del decimoquinto piso del mismo hotel, pero en esta ocasión el servicio de seguridad desactivó la bomba antes de que explotase. Lo que el “Panzón” no reveló fue la dificultad que tuvo para recibir el pago por los actos de terrorismo. Como la bomba del décimoquinto piso no explotó y la explosión en el Aché ocurrió de madrugada, cuando la discoteca y el *lobby* del hotel estaban desiertos, el Gobierno cubano consiguió retener la noticia de los dos atentados por algunas semanas. Durante varios días no se filtró ninguna información a la prensa internacional. Abarca insistió por teléfono con los “amigos de

Miami” y exigió lo que le debían, hasta recibir como respuesta un fax en su agencia de automóviles:

Como te expliqué, si no hay publicidad el trabajo es inútil.

Los periódicos americanos no publican nada que no haya sido confirmado. Necesito todos los datos sobre la discoteca para poder confirmarlos.

Si no hay publicidad, no hay pago.

Espero noticias hoy mismo, mañana viajaré y estaré fuera dos días.

Recibe un saludo,

Solo

Cruz León se animó y aceptó el trabajo. En aquel momento estaba coordinando la seguridad de una banda de *rock* que se presentaba en El Salvador y no le fue difícil conseguir una semana de vacaciones en el Two Shows. Abarca pidió su pasaporte –Cruz León ya había hecho viajes cortos de turismo a México y a América Central– y la noche del martes 8 de julio, víspera del embarque, Abarca se apareció en casa de Cruz León, un modesto apartamento donde vivía con la madre y los hermanos en el barrio de Cuscatlán, en el centro de la capital salvadoreña. Llevaba una maleta con las botas, una bola de explosivo envuelta en papel aluminio y el resto de los pertrechos necesarios para los atentados. Encima de la mesa del comedor colocó las calculadoras, los pedazos de hilo, los detonadores, las pilas y un voltímetro, un aparato clásico un poco mayor que un mazo de cigarrillos con un pequeño visor y dos pinzas pequeñas del tipo “caimán”, destinadas a medir si realmente las pilas estaban generando el voltaje necesario para la detonación. En esta ocasión reprodujo lentamente la operación realizada en la playa desierta, explicando los detalles de cada paso. Para que no se repitiese el fracaso que él mismo vivió en La Habana, cuando la bomba del décimoquinto piso del hotel Meliá Cohíba no explotó, diseñó en la agenda de Cruz León

un esquema rudimentario indicando dónde y cómo conectar cada hilo y de qué forma el detonador debía ser ajustado. Las pilas y los hilos irían escondidos dentro de un radio despertador de cabecera General Electric, del tamaño de un libro, y el voltímetro y un pequeño rollo de cinta aislante serían acomodados en el fondo de la bolsita junto al cepillo de dientes, la pasta dental, la crema de afeitar, la cuchilla y un frasco de agua de colonia. Los detonadores serían transportados en el interior de dos marcatextos. Antes de despedirse reiteró el objetivo de las explosiones: “El personal de Miami no quiere matar a nadie, pero sí demostrar a los extranjeros que hacer turismo en Cuba puede significar un peligro mortal. Te voy a pasar algunos de los objetivos sugeridos por ellos para que tú escojas los dos en los que colocarás las bombas.

Mientras Abarca dictaba, Cruz León escribió en su agenda de mano los nombres de los hoteles Meliá Cohíba, Nacional, Capri, Comodoro, Santa Isabel y Tritón –que por equivocación anotó como “Plutón”–. Además de estos hoteles, los “amigos de Miami” incluyeron los dos puntos turísticos más frecuentados de la capital cubana: el bar y restaurante La Bodeguita del Medio, célebre por ser el lugar preferido por Ernest Hemingway en la primera mitad del siglo xx para sus bebederas; y Tropicana, el centro de espectáculos más tradicional del país. Al salir, Abarca entregó a Cruz León 500 dólares en efectivo y una carpeta plástica de la agencia Joanessa, a través de la cual había sido adquirido el paquete turístico por el cual viajaría a Cuba, en la que colocó los pasajes aéreos y dos *vouchers*, uno para el traslado del aeropuerto y otro para cubrir los gastos en el hotel Ambos Mundos con el desayuno, el almuerzo y la comida incluidos. La selección del hotel fue el único pedido de Cruz León para Abarca. Él podría haber escogido un hotel de lujo, como el Nacional o el Cohíba, ambos situados en El Vedado, la parte más elegante de La Habana, pero Cruz León

prefirió el romántico tres estrellas de La Habana Vieja, por un motivo especial que revelaría años después:

Yo había leído en un folleto turístico que fue en el Ambos Mundos que Hemingway escribió el libro *Por quién doblan las campanas*. Por coincidencia reservaron para mí un cuarto en el quinto piso, al lado de aquel en el que el escritor vivió y que fue transformado en museo.

En la mañana del 9 de julio, y ya en el taxi que lo llevaría al aeropuerto de San Salvador, Cruz León sintió que la paranoia lo golpeaba una vez más. Por muy grandes que fuesen las garantías ofrecidas por Abarca de que no correría ningún riesgo al transportar el explosivo dentro de las botas, el pánico hacía que sus pies sudasen abundantemente. Paró en una farmacia, compró una latica de talco antiséptico y vació la mitad del contenido en cada bota. No hubo ningún imprevisto en la salida del país. Habitado a recibir y embarcar personalidades para la Two Shows, conocía a todo el mundo en el aeropuerto y encontró todas las puertas abiertas.

Eran pasadas las 11 de la noche cuando el oficial de a bordo anunció que el avión estaba listo para aterrizar en el aeropuerto José Martí, en La Habana. Abarca había escogido para él un vuelo que llegaba a Cuba más tarde, justamente por pensar que al final de la noche los policías y agentes de inmigración acostumbraban a estar cansados y las revisiones se tornaban menos rigurosas. Estaba equivocado. Ya todos los pasajeros habían mostrado sus pasaportes en la puerta de entrada, cuando dos jóvenes uniformados y de cara seria se aproximaron y ordenaron: “Vacíe su mochila encima del mostrador y abra la maleta”.

Él pensó que le daría un infarto, pero los oficiales parecían más interesados en localizar algún artículo de contrabando. Metían los dedos entre las ropas, buscando algún objeto escondido, y lo hacían lentamente, como si quisiesen demorarlo

con algún propósito. Palpaban, revolvían aquí y allí, miraban el pasaporte y los *vouchers* sin encontrar nada sospechoso. Seguro de que ya estaba libre de revisiones, Cruz León decidió hacerse el valiente. Abrió la boca delante de uno de los oficiales e hizo la pregunta fatal:

—¿No quiere ver si encuentra algún contrabando escondido entre mis dientes?

La respuesta fue inmediata:

—Ponga sus cosas de nuevo en la mochila, cierre la maleta y venga con nosotros.

Los tres entraron a una salita cuya puerta estaba cerrada con llave al final de un pasillo. Uno de los policías dio la orden:

—Quítese la gorra y la camisa y bájese los pantalones y el calzoncillo.

Cuando ya estaba con el torso desnudo y sin gorra, Cruz León bajó la cabeza para zafarse el cinto y bajarse los pantalones, y fue entonces cuando se dio cuenta de que parte del talco con que se había empolvado los pies había salido por entre los cordones y había salpicado de blanco la punta de las botas. “En aquel momento sentí que por una cobardía, una imbecilidad, yo había acabado de firmar mi sentencia de muerte”, recordaría después. “Hasta un niño desconfiaría y pensaría que yo llevaba cocaína escondida en los pies. Yo estaba irremediablemente jodido”. Por suerte para él, al zafar el cinto, los pantalones y el calzoncillo cayeron sobre las botas, ocultándolas e impidiendo que los policías viesan el polvo blanco. Le pidieron que se levantase los testículos y se separase las nalgas con las manos, lo dejaron semidesnudo por algunos minutos más, mientras hojeaban de nuevo el pasaporte y el resto de los papeles para, solo entonces, darle la orden final:

—Puede vestirse, ya está libre.

En la *van* que lo llevó al hotel, rodeado de ruidosos turistas, él se sentía como Lázaro: un renacido. Y repetía en silencio

para sí mismo: “Yo soy Ray Quick. Yo soy Ray Quick. Yo soy Ray Quick”.

Media hora después del susto, Cruz León entraba en el edificio rosado de cinco pisos, en la esquina de las calles Obispo y Mercaderes, a medio camino de la Plaza de Armas y de La Bodeguita del Medio, donde quedaba el hotel Ambos Mundos. Instalado en el cuarto 521, a dos puertas del 511, el cuarto- museo de Hemingway, receló de la seguridad de la caja fuerte con combinación digital atornillada dentro del armario. Prefirió distribuir sus menudencias electrónicas en pequeños escondrijos de los muebles, como el hueco existente detrás de las gavetas de las dos mesas de noche y la caja de madera que escondía el engranaje de la persiana en lo alto de la ventana que daba para la calle, siempre con precaución para que los detonadores y las pilas estuviesen separados de la masa de C-4, que había retirado de las botas cautelosamente. Se dio un largo baño, cayó en la cama y se durmió profundamente.

Despertó a la mañana siguiente, se puso unas bermudas, camiseta y sandalias y se dirigió a la cafetería *self service* en los bajos del hotel. Tal vez por ser muy temprano, en el lugar no había ningún huésped. Llenó un plato con tortilla y pedazos de salchicha, cogió una tostada, mantequilla, una taza de café y escogió una mesa al azar. Cuando comenzó a comer advirtió una pareja joven que salía del elevador y se dirigía al bufé. Para su sorpresa, aunque todas las demás mesas estaban vacías, los dos atravesaron el salón y se dirigieron hacia él. Fue el muchacho quien, educadamente, despertó de nuevo su paranoia al decirle:

—¿Nos podemos sentar con usted?

Con la frecuencia cardíaca batiendo récord, fingió naturalidad y respondió sonriendo:

—Sí, claro, con mucho gusto.

La muchacha quiso saber su origen y le pareció mejor mentir.

—Soy hondureño. ¿Y ustedes de qué país son?

A Cruz León no le gustó la respuesta:

—Somos de aquí mismo. Somos cubanos.

Ya él había oído decir que era muy frecuente que parejas de cubanos pasasen la noche de bodas en hoteles de turismo y agregó:

—¿Están de luna de miel?

El muchacho respondió sonriente, entre cucharadas de yogur:

—No, no somos casados. Somos policías.

Cruz León sintió que la tortilla se revolvió en su estómago; las manos y los pies le comenzaron a sudar, pero mantuvo su sangre fría y bromeó:

—¿Quiere decir que soy sospechoso?

El cubano soltó una carcajada:

—¡No, nada de eso! Como responsables por la seguridad interna del hotel desayunamos aquí. Al verlo desayunando solo decidimos hacerle compañía.

El hambre cedió lugar al miedo y pensó que lo mejor era salir de allí lo más rápido posible. ¿Pero hacia dónde? Pensó ir para la calle, pero temía que las salidas estuviesen vigiladas por otros agentes de la policía. Dio una disculpa, se levantó y caminó en dirección a los elevadores, mirando con el rabo del ojo si la pareja lo seguía, pero ellos continuaban sentados a la mesa, comiendo normalmente. Subió al cuarto con las manos trémulas y se sentó a la orilla de la cama para decidir qué hacer. Estaba seguro de que había sido descubierto, los tipos debían estar a la espera del mejor momento para dar la voz de apresarlos. Después de algunos minutos de reflexión sin que ninguna buena idea lo aliviase, cogió la mochila, se colocó la gorra en la cabeza y se decidió a salir. No sería una sorpresa para él

si al abrir la puerta se encontrase a la pareja a la espera, con las armas en la mano, pero el pasillo estaba tan vacío como antes. Cuando el elevador llegó a la planta baja notó que la pareja ya no estaba en la cafetería. En la calle había un gran movimiento –turistas, taxistas, vendedores ambulantes ofreciendo suvenires y tabacos al por mayor– y aprovechó para mezclarse con los transeúntes, siempre mirando de soslayo para ver si alguien lo seguía. Vio pasar un bicitaxi, un triciclo; subió al vehículo y le pidió al ciclista que lo llevase a El Vedado, a cuatro kilómetros de allí. El conductor le sugirió ir por el Malecón, la avenida a la orilla del mar, pero prefirió ir por las calles estrechas de la Habana Vieja, un trayecto más largo y no tan bonito, pero que le permitiría comprobar con más seguridad si lo estaban siguiendo. Cuarenta minutos después llegó a las inmediaciones del hotel Nacional, convencido de que todo no pasaba de ser la aparición, una vez más, de su paranoia.

Durante los dos días siguientes Cruz León circuló por la capital cubana en taxi, a pie, y en bicitaxi. Visitó los ocho blancos sugeridos por Abarca, algunos de ellos más de una vez, hasta decidirse por los hoteles Capri y Nacional, separados por una cuadra de cien metros de largo. Ambos formaban parte de la historia de Cuba. Inaugurado en 1955, un moderno edificio de veinticinco pisos, el Capri fue propiedad –hasta el triunfo de la Revolución– de un trío de americanos famosos en el mundo del crimen: el actor George Raft y los gánsteres Santo Trafficante y Meyer Lansky, este inmortalizado por Lee Strasberg en la película *El padrino*, segunda parte, de Francis Ford Coppola. Con solo siete pisos de estilo neoclásico español, el Nacional data de 1930, año en que fue construido en el centro de treinta mil metros cuadrados de jardines. Considerado durante décadas el hotel más lujoso del Caribe, era el preferido de personalidades como Winston Churchill y los duques de Windsor, y de estrellas del mundo del espectáculo como Tyrone Power,

Errol Flynn, Marlon Brando y Orson Welles. En 1951 su suite presidencial fue recubierta de flores para recibir a los recién casados Frank Sinatra y Ava Gardner.

Cruz León reservó la noche del viernes día 11 para preparar las bombas. Cenó más temprano, subió a su cuarto en el Ambos Mundos, cerró la ventana que daba para un pequeño jardín interno, corrió las cortinas y extendió sobre la cama todo el material que había estado escondido. Con las rodillas apoyadas en el suelo, abrió la agenda en la página en que Chávez Abarca había diseñado el diagrama y zafó los tornillos a las tapas de las dos calculadoras. Unió el extremo de los hilos al timbre y al contacto del detonador, y la otra a los dos polos de la pila, no sin antes cerciorarse, con ayuda del voltímetro, de que la energía generada era de nueve voltios. Cubrió todo con un pedazo de cinta aislante y dividió la masa de C-4 en dos grandes bolas de igual tamaño y las colocó dentro de un saquito de plástico no transparente. Guardó todo en la mochila con la precaución de colocar las calculadoras, las pilas y los detonadores en un compartimiento, y el explosivo en otro. Recogió los fragmentos de hilos que habían quedado sobre la sábana, los arrojó al inodoro y fue a dormir.

Se levantó al día siguiente a las nueve de la mañana, se bañó, se puso sus ropas de turista –bermudas, camiseta, sandalias, gorra y gafas– se colgó la mochila a las espaldas y bajó para desayunar, rogando a Dios no encontrarse con la pareja de la seguridad del hotel. Comió un plato de ensalada de frutas y un yogur y salió en busca de un taxi. Quince minutos después estaba sentado en una butaca del *lobby* del hotel Capri. Además de los funcionarios de la recepción solo vio a una mujer detrás de una mesa de un puesto con ofertas turísticas. Ya se preparaba para ir al baño en los bajos del hotel, colocar el detonador en la bola de explosivos y accionar el despertador cuando fue

abordado por un joven negro y flacucho con gorro y delantal blancos:

—¿El señor es un huésped del hotel?

Solo faltaba eso, otro cubano para conversar con él.

—No, no lo soy. Estoy esperando a un amigo.

—Ocurre lo siguiente: soy cocinero del hotel y necesito cinco dólares prestados para comprar un pasaje de ómnibus y visitar a un pariente enfermo en el interior..

Cruz León ni esperó a que el sujeto terminase la frase. Metió las manos en el bolsillo, sacó un billete de diez dólares y se lo entregó al cubano, que ni tuvo tiempo casi de agradecerle.

—Muchas gracias. Vaya el lunes al restaurante que yo le haré un plato especial.

El salvadoreño se deshizo de él malhumorado:

—Está bien, está bien, ahora discúlpeme que estoy esperando una persona.

Se encerró en uno de los baños de la recepción, abrió la mochila, enterró la mitad del detonador en la bola de C-4, puso el reloj para tocar diez minutos después y regresó al *lobby* llevando en las manos el saquito plástico con la bomba armada. Lo colocó detrás de la butaca donde antes se sentó y salió a la calle apresuradamente. Como había cronometrado antes, le llevó minuto y medio recorrer la cuadra y entrar al hotel Nacional. En el baño armó la segunda bomba para que detonase siete minutos después, colocó todo dentro de un saquito plástico y regresó a la recepción.

Ya se preparaba para dejar el paquete detrás de un búcaro de flores cuando se paró frente a él una sonriente jovencita con minifalda; de inmediato comprendió que se trataba de una “jinetera”, una prostituta en busca de clientes. Antes de que abriese la boca la cortó con una amenaza: “No estoy interesado en sexo. Si no sales de aquí ahora mismo, llamo a la policía”.

La joven, asustada, dio media vuelta, lo que le permitió a él caminar hasta el jarrón con flores colocado en la esquina del vestíbulo de piso de losas. El salvadoreño escondió discretamente el saquito entre las hojas y salió a la calle. Cuando descendía los primeros peldaños de la pequeña escalera que lleva a los jardines del frente, explotó la bomba, convirtiendo la enorme puerta de entrada al hotel en miles de pedazos de vidrio. Un grupo de turistas europeos que estaba descendiendo de un ómnibus salió corriendo por entre los árboles y Cruz León aprovechó para confundirse entre ellos. En medio del pánico y la corredera generalizada, caminó durante algunos minutos y, al llegar al Malecón, escuchó la explosión de la segunda bomba en el Capri. Caminó durante media hora, cogió un taxi y le pidió al chofer que lo llevase a la Plaza de Armas. Con la disculpa de que estaba muy sudado, lo cual era cierto, se cambió la camiseta verde por una blanca que llevaba en la mochila. Pasó el día deambulando sin destino entre los turistas que llenaban la Habana Vieja y solo al anochecer, después de cerciorarse de que no había ningún policía esperándolo, regresó al Ambos Mundos. El domingo por la mañana, en un puesto de periódicos compró un ejemplar del *Granma* y otro del *Juventud Rebelde*, los dos principales periódicos de Cuba, y se sorprendió al ver que no había sido publicada ni una palabra sobre las dos explosiones. Ni fotos, ni noticias, nada, absolutamente nada. El día 14, lunes, cuando se vencía el paquete turístico adquirido por Chávez Abarca, la *van* de la agencia lo recogió a la hora marcada en el hotel y lo condujo hasta el aeropuerto. La partida transcurrió sin ningún contratiempo y al mediodía el avión de la Taca despegó rumbo a la escala en Costa Rica. La misión había sido cumplida.

Trece años después, en abril del 2010, sentado en una celda de Villa Marista, en La Habana, en espera de ser puesto delante del pelotón de fusilamiento que ejecutaría la pena de

muerte a la que fuera condenado, un Cruz León quince kilos más gordo recordaría aquella remota y soleada mañana de domingo: “Cuando el avión sobrevoló La Habana yo solo pensaba en una cosa: yo era de hecho un Ray Quick, un especialista. Yo merecía llevar a Sharón Stone a la cama”.



# X

Por 7.500 dólares el salvadoreño regresa  
a Cuba para colocar cinco bombas más  
en hoteles y restaurantes



Aunque la prensa cubana no había publicado nada sobre los atentados terroristas realizados en los hoteles Capri y Nacional, cuando Raúl Ernesto Cruz León llegó al aeropuerto de Comalapa era esperado por Chávez Abarca, quien le entregó el dinero en efectivo, los prometidos 30.000 colones. A pesar de los esfuerzos de las autoridades cubanas para ocultar lo ocurrido, las explosiones habían sido presenciadas por decenas de testigos, entre ellos muchos extranjeros, y la noticia acabó siendo divulgada por agencias internacionales. Solo entonces el salvadoreño tuvo conocimiento del resultado de su trabajo en Cuba. Abarca le contó que ninguna de las bombas costó la vida a alguien. Según lo que decía la prensa, en el hotel Capri los atentados habían causado solo daños materiales, calculados en 50.000 dólares, pero la carga de C-4 colocada en el Nacional había diseminado pedazos de vidrio por todo el *lobby* central, causando heridas a una cocinera cubana y a tres turistas extranjeros que salían del elevador en el momento de la explosión. Un jamaicano y un mexicano sufrieron heridas leves y la chilena María Angélica Pinochet fue herida en una pierna, lo que la obligó a pasar quince días bajo observación en un hospital local. Desde el punto de vista de Abarca, la operación fue completada con éxito: “El objetivo era exactamente ese: aterrorizar a los turistas extranjeros. Los amigos de Miami están muy contentos con tu trabajo.

Menos de tres semanas después del regreso de Cruz León a El Salvador el flujo de turistas hacia Cuba entraba en una decadencia progresiva.

Al finalizar las vacaciones de julio, miles de extranjeros abandonaban los hoteles e instalaciones de la capital y de los balnearios distribuidos a lo largo del extenso litoral. En la mañana del lunes 4 de agosto, el amplio *lobby* de mármol serpentino del hotel Meliá Cohíba hervía de europeos, asiáticos y latinoamericanos que, en fila delante de los cajeros, hacían el *check-out*. El enorme reloj que colgaba en la pared detrás del mostrador de la recepción paró cuando los punteros marcaban las 7:30, hora en la que el lugar se estremeció con la explosión de una bomba colocada debajo de un pesado sofá de cinco plazas. La onda expansiva lanzó el mueble contra el techo, abrió un hueco en la pared donde estaba colocado, diseminó los pedazos de vidrio en todas las direcciones y dejó en estado de pánico a los turistas y funcionarios, aunque, milagrosamente, nadie resultó herido.

El verdadero daño sería conocido días después: tan pronto la noticia de la explosión ganó las páginas de la prensa internacional, decenas de operadoras turísticas de varios países se comunicaron con Sol Meliá para cancelar los paquetes de viajes a Cuba. Durante los siguientes ocho meses, el hotel más caro y lujoso de La Habana quedaría vacío. “La imagen de confianza del Meliá Cohíba y de Cuba como destino turístico quedó seriamente afectada con el incidente”, relató el director de la empresa española en la carta enviada a las autoridades cubanas. “Es necesario tener en cuenta que uno de los puntos fuertes de Cuba como destino turístico era la seguridad interna. Los daños futuros son incalculables”. El examen de laboratorio de los fragmentos del artefacto reveló que tanto el explosivo como los demás materiales que componían la bomba del hotel Meliá Cohíba –calculadoras Casio equipadas con despertadores, pilas de 9 voltios de marca Kodak, detonadores y sacos plásticos– eran los mismos utilizados en las explosiones del mes de julio en el Capri y en el Nacional. El autor del

atentado consiguió escapar. Era Otto Rodríguez Llerena, un salvadoreño de cuarenta años, ojos azules, fornido y con escasos cabellos grises sobre las sienes. Aunque no se conociesen, Llerena y Cruz León tenían más cosas en común además del hecho de ser de El Salvador: ambos eran exmilitares, trabajaban en empresas de seguridad privada y eran pagados por los mismos “amigos de Miami”.

El día 13 de agosto, un mes después que Cruz León colocara las bombas, los amigos de Miami desembolsaron 30.000 dólares para publicar un anuncio de una página entera en el *The Miami Herald*, en el cual la Fundación Nacional Cubano-Americana festejaba los atentados, atribuyéndolos a la oposición interna. Aunque no hubiese dudas de que se trataba de un trabajo de mercenarios, el “Mensaje a la opinión pública” afirmaba que las bombas eran un “claro mensaje que los cubanos envían al mundo: el de un pueblo que no se resigna a la esclavitud y a la miseria a la que fue sometido por el régimen castrista”. El material pagado atribuía la autoría de las acciones a “personas de alto rango dentro del país, tal vez miembros de las Fuerzas Armadas Cubanas”. Concluyendo, el texto apoyaba “de forma inequívoca, incondicional y sin reparos todos los actos de rebeldía interna que tengan como objetivo la expulsión de Fidel y Raúl Castro del poder”. De los veintiocho miembros del Comité ejecutivo de la FNCA que firmaban la noticia, trece formaban parte de la lista de “elementos vinculados al terrorismo” que el exsenador Gary Hart había recibido de parte de Fidel Castro. Y por lo menos seis de ellos, como se sabría más tarde, estaban directamente involucrados con las operaciones llevadas a cabo por Cruz León y Llerena en La Habana.

Tanto la Fundación como las demás organizaciones parecían tener motivos de sobra para preocuparse por lo que ocurría en Cuba. Cuando cayó el Muro de Berlín en 1989, presagio del

desmoronamiento de la Unión Soviética, los ingresos resultantes del turismo eran estadísticamente despreciables para la economía de la isla. La red hotelera del país disponía de un poco más de diez mil habitaciones que recibían anualmente un flujo de turistas extranjeros inferior a trescientas mil personas. Y aun así, la gran mayoría de los visitantes eran obreros procedentes de países de la antigua URSS, que viajaban utilizando convenios firmados entre Moscú y La Habana y que gastaban poco o nada. Durante los helados inviernos de la Europa Oriental, obsoletos y peligrosos aviones Ylyushin dejaban en las playas cubanas grandes grupos de familias de trabajadores que vivían en los más remotos rincones de la llamada Cortina de Hierro. Con todos los gastos previamente cubiertos —pasaje aéreo, hospedaje y alimentación—, era posible pasar un mes bajo el sol ardiente del Caribe sin meter la mano en el bolsillo. La base de sustento del país continuaba siendo el azúcar, cuya producción aquel año rompió los récords históricos: la zafra de 1989 había superado los ocho millones de toneladas, número nunca antes conseguido y que jamás se volvería a repetir. Después del azúcar existían, aunque mucho más bajos, los recursos obtenidos por la exportación del tabaco, el ron y el níquel.

El colapso de la Unión Soviética obligó al Gobierno cubano a hacer malabares considerados como sacrilegios por parte de la vieja guardia de la Sierra Maestra. El primero de ellos rompía con el dogma del control integral de la economía por el Estado y abrió las puertas del país a grandes empresas hoteleras extranjeras de capitales privados. De la noche a la mañana millones de dólares canadienses, pesos españoles y francos franceses se convertían en piedra y cal y erigían hoteles e instalaciones lujosas en toda la isla, transformando sus mil doscientos kilómetros de playas en un grupo de obras que parecía no tener fin. Cinco años después, el perfil de la economía cubana mostraría una transformación radical y saludable. En

1995 la zafra del azúcar había descendido a poco más de tres millones de toneladas, menos de la mitad de la producción del final de los años 80. Lo mismo ocurriría en sentido opuesto con la recién nacida industria turística, que en este período creció a un índice extraordinario de veinte por ciento al año. Cuando Cruz León fue contratado por Chávez Abarca para colocar las bombas en Cuba, la red turística del país contaba con más de treinta mil habitaciones, que serían ocupadas por cerca de millón y medio de visitantes extranjeros, todos, sin excepción, procedentes de países capitalistas y, por tanto, con dinero en efectivo para gastar.

Cuando el exilio cubano abrió los ojos, el dinosaurio, cuya muerte inminente se festejaba todas las noches en el restaurante Versalles en la Pequeña Habana, daba las primeras señales de que había salido del coma. La respuesta rápida y radical a la crisis tomó por sorpresa a los grupos de extrema derecha que habían transformado el sur de la Florida en un santuario para ataques armados a la isla. Si era el turismo el que salvaba al régimen comunista, entonces era el turismo el que debía ser atacado. En los primeros cinco años después de la caída de la antigua URSS fueron registradas ciento veintisiete agresiones contra el país, con el único objetivo de aterrorizar a los turistas. En ese período solamente la red hotelera de la ciudad de Varadero fue víctima de varias explosiones. En febrero de 1996 el lujoso hotel Las Américas, un conjunto de edificios y bungalós con cuatrocientas habitaciones, construido en aquel balneario por el grupo español Sol Meliá, fue ametrallado desde el mar por embarcaciones del PUND –Partido de la Unión Nacional Democrática– que meses después, con el auxilio de René, sería cerrado por el FBI por traficar cocaína entre Honduras y los Estados Unidos. Tres embarcaciones de pasajeros habían sido ametralladas en aguas territoriales cubanas y varios aviones que transportaban turistas fueron secuestrados

en pleno vuelo. En treinta ocasiones La Habana protestó formalmente contra Washington y denunció en organismos internacionales la invasión de su espacio aéreo por organizaciones llamadas humanitarias, con sede en Miami, como los Hermanos.

Bendecida por el anuncio de la Fundación Nacional Cubano-Americana, que atribuía las bombas de julio y agosto a la “rebeldía interna”, las organizaciones de extrema derecha se sintieron respaldadas para intensificar las acciones violentas contra Cuba y aumentar su número. Ajeno a la agitación que los atentados provocaban en Miami, Raúl Ernesto Cruz León regresó a la rutina del trabajo en la empresa de seguridad Two Shows. A mediados de agosto fue contactado por Chávez Abarca, que traía una nueva oferta de trabajo. Aún antes de saber de lo que se trataba, respondió que si fuese para viajar otra vez con explosivos dentro de los zapatos, el “Panzón” debía buscar otra persona:

—Si los policías me hubiesen pedido que me quitase las botas en el aeropuerto de La Habana ahora yo estaría fusilado. No cuente conmigo.

Abarca reiteró que no habría riesgos:

—En la peor de las hipótesis contratamos un buen abogado, él paga tu fianza y horas después estarás de nuevo en El Salvador —y reveló que ahora el trabajo sería mejor aún—. Esta vez no serán solamente dos, sino cinco bombas. Son 7.500 dólares. Y, como premio por el éxito en la misión anterior, tu paquete turístico incluirá un viaje a Varadero. No para explotar hoteles, sino para que te diviertas.

Chávez Abarca no tuvo mucha dificultad en convencer a Cruz León para que aceptase la contrata, pero la conversación se complicó cuando el primero le informó que la orden de los “amigos de Miami” era que el servicio fuese ejecutado inmediatamente. En aquellos días la Two Shows velaba por la seguridad de un circo europeo que visitaba El Salvador, trabajo que exigiría la presencia de Cruz León en el país hasta finales de agosto. Por tanto, solamente el último día de agosto el admirador podría reencarnar de nuevo el personaje de Sylvester Stallone. A mediados de la tarde, el “Panzón” apareció en su casa con una bolsa con cinco calculadoras, despertadores portátiles, pilas, cables, detonadores, cintas aislantes, pequeños sacos plásticos y un minialicete. Además de todos esos artefactos, Chávez Abarca traía en una caja de cartón un televisor usado de la marca Sanyo, de 27 pulgadas, en cuyo interior había camuflado el explosivo suficiente para el montaje de las cinco bombas. Cruz León recordó que, mientras cerraba las maletas, en la televisión un noticiero anunciaba en un extra que Lady Di había sufrido un accidente automovilístico en la capital francesa y había sido llevada en coma para el hospital Pitié-Salpêtrière. Antes de partir, el “Panzón” dejó 500 dólares en efectivo, el pasaje de avión y el *voucher* que cubría los traslados, el hospedaje con desayuno y comida incluidos por cinco días en La Habana y uno en Varadero. Para reducir los riesgos de que el mercenario fuese reconocido, esta vez escogió para él otro hospedaje, el Plaza, un hotel cuatro estrellas situado a diez cuadras del Ambos Mundos, donde el salvadoreño se alojó en el mes de julio. Construido el primer año del siglo xx, el Plaza no tenía nada que envidiar al anterior: en el pasado, sus amplias habitaciones dobles habían recibido a personas ilustres como el físico Albert Einstein y la pionera de la danza moderna Isadora Duncan. Entre la ruleta y las mesas de *blackjack* del elegante casino, que funcionaba en la planta

baja, habían sido vistas personalidades como el mitológico jugador de béisbol de los Estados Unidos George *Babe* Ruth o la bailarina rusa Anna Pavlova. Adquirido en la misma agencia Joanessa, el paquete costó poco menos de 2.000 dólares.

A pesar del aprieto sufrido un mes antes por Cruz León al aterrizar en La Habana, Chávez Abarca insistía en la creencia de que al final de la noche el cansancio de los policías disminuiría el rigor de la inspección. Así, el viaje comenzó en un Boeing de la Taca que partió a las cinco de la tarde de San Salvador, hizo una breve escala en la ciudad de Guatemala y aterrizó en el aeropuerto José Martí en los primeros minutos del día 1.º de septiembre. Cuando los pasajeros entraron al vestíbulo del aeropuerto, los monitores de la televisión colgados en la pared daban la noticia de que Lady Di acababa de morir en París.

La hora tardía no favoreció la llegada del salvadoreño. Al retirar el televisor de la estera de equipajes fue abordado por una funcionaria uniformada que quería saber qué era aquello. Cruz León abrió las tapas de la caja y mostró la TV llena de polvo que pretendía “dar de regalo a una enamorada”. La mujer le pidió ver el comprobante de compra. El respondió que se trataba de un aparato visiblemente usado y que no tenía ni idea de dónde había ido a parar la factura. La inspectora no quedó convencida:

—Diríjase a aquella ventanilla y pague el debido impuesto. O, si lo prefiere, puede dejar el televisor guardado aquí en el aeropuerto y retirarlo cuando viaje de regreso a su país.

Si bien inconforme, Cruz León no tenía alternativa. Llevaba una tarjeta de crédito y alguna reserva personal en la cartera, pero la “mordida” del fisco cubano —que lo despojó asombrosamente de 350 dólares— le llevó más de la mitad del dinero que el “Panzón” le dio para los gastos extras. Ya instalado en una habitación del hotel Plaza, el salvadoreño aprovechó el

insomnio provocado por la excitación de la llegada para organizar el trabajo. Con el auxilio de la llave Phillips zafó los tornillos y abrió el caparazón del televisor. Metió los dedos en la parte trasera del tubo de pantalla y de allí sacó algo semejante a un plátano grande sin cáscara. Era la carga de C-4 que sería dividida en cinco partes, una para cada atentado programado para llevar a cabo durante aquel viaje. Con el mismo destornillador abrió un radio despertador General Electric de plástico blanco que había traído en la maleta y de su interior retiró los cinco detonadores que un desconocedor podría fácilmente confundir con inocentes clavitos metálicos. Como la vez anterior, dispuso sobre la cama todos los artefactos eléctricos y, de rodillas en el piso, comenzó a comprobar las pilas: colocaba las dos pinzas en los polos positivos y negativos y chequeaba en el visor del voltímetro de mano si realmente estaban generando los 9 voltios necesarios para la detonación. Una de ellas apenas llegaba a los 7 voltios. Cruz León comprobó varias veces y nada: el puntero del medidor nunca pasaba del número siete. “Sin saber cómo resolver el problema, silenciosamente me hice la pregunta”, recordaría el mercenario muchos años después: “¿Qué haría mi héroe Sylvester Stallone en una situación como esta? Y decidí que lo más prudente era eliminar una de las bombas”. Armó las otras cuatro, siempre con el cuidado de mantener el explosivo alejado de los detonadores, y colocó cada una de ellas en un saquito de plástico opaco. El material que debía ser utilizado en la quinta bomba fue guardado en otro saquito y ocultado en un escondrijo de la gaveta, lugar que él seguía considerando más seguro que la caja fuerte instalada dentro del armario.

Recogió los vestigios y fragmentos de los cables y de las cintas adhesivas de encima de la cama, los tiró al inodoro y descargó, cerciorándose de que el agua se lo llevase todo. Solo entonces se sentó en el borde de la cama y comenzó a examinar

la relación de los objetivos que le fuera sugerida por Chávez antes del primer viaje. En la lista aún aparecían dos hoteles que ya habían sido atacados por él en el mes de julio –el Nacional y el Capri– más otros siete objetivos para que escogiese dónde colocar las bombas: los hoteles Meliá Cohíba (que había anotado como “Melea Coíba”), Comodoro, Santa Isabel y Tritón (“Plutón”, según él), el cabaret Tropicana, la discoteca Ipanema y el tradicional restaurante La Bodeguita del Medio. Ya tarde en la noche se durmió y fue despertado a las ocho de la mañana por una llamada de la recepción, avisando que la *van* que lo llevaría a Varadero estaba en la puerta del hotel. El paseo fue agradable. Si no hubiese sido por la paranoia que lo hacía sospechar que uno u otro turista del grupo que iba en el pequeño ómnibus lo estaba vigilando, Cruz León habría pasado un día relajador. Tomó el sol, buceó por entre las rocas submarinas con un *snorkel* ofrecido por el hotel y almorzó una apetitosa “langosta a la mariposa”, acompañada de una lata de cerveza Bucanero negra –todo incluido en el *voucher* que recibiera en El Salvador–. Al finalizar la tarde, el grupo embarcó en la *van* y ya estaba oscuro cuando el vehículo llegó al hotel Plaza. Cansado por la actividad y por el mal dormir de la noche anterior, el mercenario se tiró vestido en la cama y solo despertó doce horas después.

Los dos días siguientes fueron dedicados a escoger los cuatro objetivos. Cruz León repasó varias veces la lista anotada en la agenda que, como él sabía, contenía solamente sugerencias. Para Chávez Abarca y sus amigos de Miami lo que importaba era colocar las bombas en puntos turísticos sin importar dónde fuese. Viajando en taxi, a pie o en ómnibus, el salvadoreño recorrió los trayectos entre los lugares sugeridos y cronometró el tiempo que le llevaría a pie de un punto a otro cuando colocase las bombas, las cuales permanecían escondidas en los huecos y agujeros del cuarto del hotel. Hechas

las cuentas y consideradas las alternativas riesgosas, decidió mantener solamente uno de los hoteles indicados, el Tritón. El moderno tres estrellas fue construido en el barrio de Miramar, conjuntamente con otro edificio idéntico, también de veinte pisos, en el que se encontraba el hotel Neptuno. Como el plan era hacer que las cuatro bombas explotasen simultáneamente, lo más seguro y racional era escoger objetivos próximos uno del otro. Con un mapa turístico de La Habana en las manos, marcó el Tritón, el vecino y gemelo Neptuno, el Chateau y el Copacabana. Todos quedaban a la orilla del mar, los cuatro eran los preferidos por diplomáticos extranjeros debido a la proximidad a las decenas de embajadas instaladas en el barrio y por hombres de negocios, pues estaban situados a cinco minutos del Pabellón de Exposiciones, el Centro de Negocios y el Palacio de las Convenciones. Escogidos los objetivos, Cruz León se preparaba para dormir cuando sonó el teléfono del cuarto del hotel. Era Chávez Abarca que quería saber si todo estaba yendo bien. Él respondió que sí, que todo iba conforme a lo planificado. Contó que había sido obligado a pagar impuestos por el aparato de televisión y quiso saber si había medios para hacerle llegar el dinero a La Habana. Sin entrar en detalles avisó: “El día D será pasado mañana”.

El monosilábico “Panzón” solamente le dijo “buena suerte” y colgó. En la mañana del jueves 4 de septiembre, Cruz León escogió el traje que le pareció más adecuado a un turista típico: bermudas, camiseta verde, sandalias de tipo franciscano, gorra, cámara fotográfica al hombro y espejuelos oscuros. “Menos la cámara, una Canon, todo lo demás era de la marca Tommy Hilfiger, mi preferida”, él no se olvidaría. Colocó a sus espaldas la misma mochila de antes, en la que transportaba las cuatro bombas y los respectivos detonadores, cuidadosamente guardados en compartimentos separados, desayunó en el restaurante

del hotel y salió a la calle. Un minuto después sintió que se le helaba la sangre al oír una voz de mujer gritando:

—¡Raúl Ernesto! ¡Raúl Ernesto!

Miró de reojo y vio del otro lado de la calle a una joven “jinetera” con la que hubo de ir a una discoteca en el viaje anterior. Fingió no conocerla y apresuró el paso, pero la joven lo alcanzó y lo tomó por el brazo, sonriente:

—¡Raúl Ernesto! ¿Se acuerda de mí?

Sin saber cómo lidiar con la situación, respondió lo primero que le vino a la cabeza:

—Está equivocada. Yo no me llamo Raúl y no la conozco.

La muchacha se sorprendió al escuchar su aire seco:

—Disculpe, pero hace un mes nosotros salimos juntos. ¡Tú eres Raúl Ernesto!

El salvadoreño cortó la conversación con aspereza:

—Señorita, yo no me llamo Raúl Ernesto. Nunca la vi antes y esta es la primera vez que vengo a Cuba. Con permiso, tengo algo que hacer.

Aliviado, entró en el primer taxi que apareció y le pidió al chofer que lo llevase para Miramar. Para no despertar sospechas, descendió dos cuadras antes del hotel Copacabana, el primero de los cuatro objetivos de la operación. Según las mediciones hechas en los días anteriores, le llevaría seis minutos pasar a pie los trescientos metros que separan el Copacabana del segundo objetivo, el hotel Chateau, y otros dieciocho

minutos para ir desde este hasta los gemelos Tritón y Neptuno, en los cuales pretendía colocar las otras dos bombas y que se encontraban a un kilómetro del Chateau. Era poco más de las once de la mañana cuando el salvadoreño entró en el Copacabana, un hotel tres estrellas de cuatro pisos que había sido construido en el tiempo de Fulgencio Batista y restaurado con la reanudación del turismo a inicios de los años 90. Se sentó junto a la vieja barra de madera labrada del bar del *lobby* y tuvo que permanecer algunos minutos viendo en la televisión noticias de la muerte de Lady Di hasta que finalmente un camarero apareció para servirle una cerveza. Le sirvió y desapareció. Cruz León aprovechó la tranquilidad del lugar para ir al baño a armar la bomba. Encerrado en el cubículo, se sentó en la taza del inodoro, colocó el detonador en la masa del explosivo y accionó el despertador de la calculadora para que detonase en cuarenta minutos. A las 12:10 la primera bomba explotaría. Como necesitaba solamente veinticuatro minutos para recorrer la trayectoria entre los hoteles, él contaba con dieciséis minutos, tiempo más que suficiente para desaparecer de la zona antes de las explosiones. Salió del baño llevando en un saquito plástico la bomba armada y ya en cuenta regresiva. Regresó al bar para pagar la cerveza, pero no había nadie para recibir el dinero. Ansioso por salir de allí se dirigió a la caja y en el trayecto arrojó el saco plástico en uno de los huecos laterales de un cenicero cilíndrico de metal. Pagó la cerveza y se fue. “En aquel momento, nuevamente, fui poseído por el espíritu de Sylvester Stallone –Cruz León recordaría muchos años después–. Al ver aquel *lobby* vacío, pensé: Voy a cumplir mi contrato de no matar a nadie. Ahí yo me sentí realmente un especialista”.

Tal y como lo había planeado, seis minutos después él estaba en la puerta del Chateau, hotel de categoría superior a la del Copacabana y que ofrecía como atracción para sus huéspedes

una piscina construida dentro del mar. Al entrar en la recepción se fijó en un enorme acuario de vidrio lleno de langostas y de peces de varias especies, y pensó colocar allí la segunda bomba. “Sería sensacional esparcir el agua, los peces y los pedazos de vidrio por todos lados”, fantaseó. La idea fue descartada cuando vio que del otro lado del acuario había un grupo de mujeres conversando —él no tenía planes de matar a nadie—. Mientras escogía el lugar ideal para realizar el atentado, cogió la Canon y comenzó a tirar fotos al azar “intentando parecer un turista normal”. Solo entonces notó que lejos de pasar inadvertido, estaba llamando la atención de los que lo rodeaban: sin excepción, todos los hombres que circulaban por el *lobby*, aparentemente ejecutivos y negociantes extranjeros, usaban saco y corbata. Al percatarse de la indiscreción dejó de tirar las fotos y trató de terminar el trabajo. Pensó en darle un puntapié al saco plástico para arrojarlo debajo de una vitrina de tabacos y suvenires cubanos, pero enseguida apareció una funcionaria y se sentó en una silla detrás del mostrador. El tiempo corría y él continuaba indeciso: cada vez que veía un rincón apropiado, al instante el lugar era ocupado por alguien, obligándolo a cambiar los planes. Miró para el fondo del salón y vio un conjunto de sofás y butacas de junco en torno a una mesita de centro sin que hubiese alguien en los alrededores y decidió: será allí. Se sentó en uno de los sofás, fingió que leía una revista que cogió de una mesa y deslizó discretamente el saquito plástico debajo del mueble y lo ocultó detrás de una cortina.

Solamente cuando salió a la primera avenida amplia y colmada de árboles, al frente del hotel, fue que miró el reloj y descubrió que había perdido en el Chateau más tiempo del planificado; faltaban veinticinco minutos para que las bombas explotasen. Para caminar hasta los hoteles gemelos, colocar las dos bombas y huir por lo menos diez minutos antes de que detonasen, tendría que cruzar en ocho minutos los mil

metros que separan el Chateau del conjunto Tritón-Neptuno, desempeño digno de un maratonista. Pensó pedir botella a los carros que transitaban por la avenida, pero tuvo miedo de exponerse en aquel momento tan tenso. Él no era un atleta, pero practicaba deportes con frecuencia y sintió que podría llegar a tiempo. Salió a todo correr, bajo el sol abrasador, con las dos bolas de C-4 sacudiéndose dentro de la mochila colgada a sus espaldas. Entró al Tritón con la camiseta empapada de sudor, pero el esfuerzo valió la pena. Si lograba instalar la bomba en dos minutos, tendría tiempo de colocar también la del Neptuno y desaparecer antes de las explosiones. El movimiento en el primer piso del Tritón era grande. Cruz León se encaminó hasta el baño, marcó la hora en el despertador de la calculadora Casio para las 12:10, introdujo el detonador en la bola de C-4 y lo colocó todo en el saco plástico. Al regresar al *lobby* vio que había dos salas al final del pasillo, una ocupada por un ruidoso grupo de turistas y otra vacía, la cual escogió para colocar la bomba. Sin embargo, antes de llegar allí, un guía de turismo ubicó en ella media docena de adolescentes que, por el acento, el mercenario identificó como españoles. Solo entonces notó la presencia de un guardia de seguridad del hotel, un negro de traje oscuro, corbata y un evidente punto electrónico en el oído. En la cintura, debajo del saco, era visible el contorno de un arma. La presencia del guardia, el reloj corriendo y la imposibilidad de encontrar un lugar para que las bombas explotasen sin causar víctimas provocaron en él una mezcla desagradable de miedo y desesperación. Con deseos de vomitar deambuló durante algunos minutos por el salón hasta encontrar la solución en un sofá recostado a la pared de vidrio que daba para el jardín exterior del hotel. Por todo lo que había visto en las películas y lo que el “Panzón” le había enseñado, el salvadoreño sabía que, al explotar al lado del vidrio, la bomba produciría una onda expansiva hacia afuera que protegería a

las personas que andaban por la recepción del Tritón. Colocó el saco entre el sofá y la pared encristalada y solo al levantarse tuvo noción de que se le había pasado la hora. Faltaban solo cinco minutos para las explosiones, no le daría tiempo a colocar la bomba del Neptuno.

Anduvo hasta la 5.<sup>a</sup> Avenida, la misma en que René acostumbraba a hacer *jogging* matinal; cogió un taxi y pidió al chofer que lo llevase a la Habana Vieja. El carro aún se encontraba en Miramar cuando Cruz León oyó a lo lejos el ruido seco de la primera explosión y luego, seguidamente, la de las otras dos. Con fingida inocencia le preguntó al taxista que qué era aquello, pero el sujeto no pareció preocupado. “Estamos construyendo un hotel llamado Panorama ahí cerca de la playa”, respondió, “y eso debe ser el ruido de la dinamita usada para destruir las piedras del terreno”. Temeroso de ser identificado por el verde chillón de su camisa, se dirigió nuevamente al chofer:

—Disculpe, señor, pero tengo mucho calor. ¿Me puedo quitar la camisa?

El taxista reaccionó con buen humor:

—El señor es turista, haga lo que tenga deseos de hacer. Si quiere se puede quitar hasta los pantalones.

El carro aún no había llegado al túnel que separa Miramar de El Vedado cuando paró por un embotellamiento, problema no muy común en la capital cubana. Al salvadoreño le extrañó que, aunque el semáforo, cincuenta metros más adelante, ya había cambiado la luz verde en varias ocasiones, los vehículos no avanzaban. Se heló de nuevo al darse cuenta que se trataba de una redada policial. De traje, armados y con cascos, dos hombres de la PNR, Policía Nacional Revolucionaria, habían estacionado sus motos Guzzi en el medio de la calle y

parecía que estaban revisando los carros y pidiendo documentos. Aterrorizado, le preguntó al chofer que qué era aquello y, una vez más, el cubano cachazudo lo tranquilizó:

—Seguramente Fidel viene por ahí. Cuando la comitiva del Comandante está pasando, ellos acostumbran a parar el tránsito en algunas calles, después tendremos vía libre.

Esta vez la paranoia de Cruz León era justificada. A medida que la hilera de carros avanzaba era posible ver que los policías estaban parando carro por carro, pidiendo documentos a los choferes y pasajeros y revisando el interior de las carpetas, carteras y jabas. “En aquel momento comprendí que estaba jodido y resolví ser radical —recordaría Cruz León—. Como no llevaba ni revólver ni cuchillo, ni una navaja de bolsillo, decidí recurrir al arma que llevaba en la mochila”. Con una sola mano, para no despertar las sospechas del taxista, sacó el detonador metálico de la bolsita interna de la mochila y lo enterró en la bola de C-4. Cogió la calculadora despertador, cuyo reloj digital marcaba las 12:30 y se preparó. Cuando el turno de ellos llegase, accionaría la bomba y punto final: ante la perspectiva de ser hecho prisionero, el salvadoreño prefería suicidarse, llevándose consigo al chofer y a todo aquel que estuviese cerca de ellos en el embotellamiento.

La cola se movía lentamente. Faltaban por revisar dos carros cuando apareció un tercer policía. Sin bajarse de la moto habló algo con los dos colegas que inmediatamente liberaron el tránsito y partieron de allí a alta velocidad. La frecuencia cardíaca de Cruz León volvió a la normalidad. Siempre con una sola mano retiró el disparador de la bola de explosivos y lo guardó nuevamente en la bolsita cerrada con una cremallera. En el camino hacia la Habana Vieja se cruzaron con varios carros de la policía y ambulancias que volaban en sentido contrario con las luces encendidas y las sirenas sonando. Al pasar delante de una feria *hippie* instalada en pleno Malecón, el mercenario

tuvo la idea de mezclarse con el grupo de turistas extranjeros que circulaba entre las decenas de tiendas coloridas. Detuvo el taxi y se bajó. Después se percató de por qué atraía las miradas curiosas: hasta donde su vista podía alcanzar era la única persona sin camisa. En la primera tienda disponible compró una camisa de algodón a cuadros, se la puso y se perdió en la multitud.

Después de circular a pie durante media hora entre las tiendecitas que vendían discos antiguos, insignias, camisas y boinas con fotos del Che Guevara y Fidel Castro, pósteres y tabacos a granel, finalmente se sintió seguro. No parecía que lo estuviesen persiguiendo ni había gran cantidad de policías en los lugares por donde pasaba. Compró una lata de Tropi-Cola y se sentó en el muro que rodea el Malecón. Frente al mar y de espaldas a la calle, a salvo de miradas indiscretas, sacó de la mochila la agenda y repasó una vez más la relación de los objetivos sugeridos por los amigos de Miami a Chávez Abarca, en busca de un lugar para colocar la bomba que no pudo detonar en el Neptuno. Corrió el dedo por los nombres de tres hoteles y dos casas de espectáculos, y paró encima del último: el restaurante La Bodeguita del Medio. Era ahí que colocaría la bomba guardada en la mochila. Situado en una callejuela, en el medio de un laberinto de calles estrechas e irregulares de la Habana Vieja, el restaurante permitiría una fuga más segura en caso de necesidad; además de quedar a menos de diez cuadras del hotel Plaza, donde estaba hospedado, lo que también tenía que ser considerado en una emergencia. Tiró la lata vacía a un cesto de basura y cogió el bicitaxi que lo dejaría diez minutos después en la calle Empedrado, a la puerta de la sexagenaria Bodeguita. Instalada en una sucesión de salas minúsculas, en las que se abarrotaban centenas de mesas, el lugar ganó notoriedad en los años 50. Atraídos por las delicias de la cocina criolla cubana, turistas de todo el mundo hacían cola

para saborear lo que en verdad era la comida diaria de millones de cubanos: frijoles negros, arroz, lechón asado, yuca hervida, chicharrones y tostones. Y existía la costumbre de regar esta bomba calórica con el más famoso trago de la casa, el mojito, una bebida a base de ron blanco y hojas de hierbabuena. El más célebre de todos los clientes que pasó por allí, el escritor Ernest Hemingway, tenía una silla separada en la barra del bar de la entrada y acostumbraba a salir de allí dando tropiezos a altas horas de la madrugada en dirección al hotel Ambos Mundos, donde vivía. Fue él quien por primera vez escribió su nombre en la pared, lo que fue imitado por otros clientes hasta que se tornó una tradición: todo gobernante, artista o celebridad que visitase el país era invitado a inmortalizarse en las paredes de La Bodeguita.

Cruz León llegó poco antes de las dos de la tarde. El restaurante era un hervidero de tan lleno. La cola sería de una hora –le informó un funcionario– y, si quería, él podría esperar la mesa tomando un aperitivo de pie en la barra. Aunque ya en su viaje anterior había comido allí, la espera le daría la oportunidad de escoger el mejor lugar para colocar la bomba. Pidió un mojito –bebida que desde el primer trago encontró detestable– y circuló por entre las mesas fingiendo que buscaba en las paredes firmas de personalidades. Se paró delante de las más importantes, marcadas con tinta roja, como la de los poetas chilenos Pablo Neruda y Gabriela Mistral, la del actor americano Errol Flynn, la del fallecido presidente chileno Salvador Allende y, claro, la de Hemingway. Dio algunas vueltas y regresó al bar. “Al ver la muchedumbre que se apretujaba en las mesas, yo pensé: si armo esta bomba aquí, mataría a más de cien personas, yo no puedo hacer eso”, diría después el salvadoreño. “Me pareció más recomendable salir un poco de aquel calor, librarme del mojito y reflexionar mejor sobre qué hacer”. Pagó la bebida y caminó hasta la plaza colindante, la de

la Catedral de La Habana, a pocos pasos del restaurante. Pasó una hora hojeando libros y revistas viejas en las tiendecitas instaladas a la sombra de los árboles, pero no fue favorecido por ninguna idea nueva.

Cuando regresó a La Bodeguita, el lugar estaba casi vacío. Le indicaron una mesa en el segundo piso, en el que había una única sala –para su tranquilidad, ocupada solo por una pareja–. En aquel momento regresó la paranoia, y regresó bien fuerte. Convencido de que la pareja de la mesa vecina era de la policía, intentaba encontrar salidas de emergencia por donde pudiese escapar si fuese preciso, pero no había ninguna. Él solo podría salir de allí por donde mismo entró. Absorto, se asustó cuando el camarero se paró frente a él en espera de que escogiese el plato. Pidió lechón asado, opción de la cual se arrepentiría después. El plato fue servido y, al tomar el primer bocado, Cruz León sorprendió a la pareja mirándolo fijamente. Para relajar los nervios y enfrentar la paranoia que ya le dificultaba la digestión, pidió un trago, “cualquier cosa fuerte”, explicó. El camarero puso sobre la mesa una copa con un líquido amarillento. El salvadoreño bebió de un solo golpe la dosis de Triple Sec, un licor viscoso y azucarado, hecho de cáscaras de naranja seca y de altísimo contenido alcohólico. Apenas fue digerida, la bebida retornó de la garganta hacia arriba con la furia de un géiser en erupción. Tapándose la boca con la mano derecha y cargando la mochila con la izquierda salió disparado para el baño al que llegó vomitando. Después de aliviarse, mientras se lavaba el rostro, aprovechó para observar la habitación y descubrió que el local era inadecuado para colocar la bomba. Al regresar a la mesa cambió de lugar para poder controlar mejor las miradas de la pareja vecina. Desde la silla en que se encontraba descubrió el punto ideal para esconder el saco plástico con explosivos: el rincón de una nevera horizontal utilizada para almacenar carne fresca y latas de cerveza. La posición del

aparato, recostado en una pared próxima a la escalera, permitiría que al salir pudiese colocar la bomba sin ser visto por nadie. Simulando estar nuevamente mareado, el mercenario entró al baño con la mochila en la mano y se sentó en la taza del inodoro para armar la bomba. Cuando iba a cronometrar la hora de la explosión se dio cuenta de que el indicador de la calculadora tenía un defecto que permitía poner el despertador solamente para el momento en que el indicador del período cambiase de “pm” para “am”, o sea, a medianoche. “Lo que parecía un problema en verdad era una solución para mí”, diría Cruz León más tarde. “En aquel momento probablemente La Bodeguita estaría cerrada y la bomba no causaría víctimas”. Marcó la explosión para la medianoche, pagó la cuenta, se levantó y al salir colocó discretamente el saco plástico detrás de la nevera. Bajó las escaleras apresuradamente y a pasos rápidos llegó a la calle.

Caminó en zigzag durante media hora por entre los descascarados caserones coloniales de la Habana Vieja hasta comprobar que no era seguido. A mitad del camino se sentó en un banco bajo un árbol del parque Cervantes y allí comenzó a deshacerse de los últimos vestigios guardados en la mochila, que pudiesen comprometerlo; arrojó a un cesto de basura la calculadora que sería utilizada en la detonación de la quinta bomba, el rollo de cinta aisladora, pedazos de hilo y dos sacos plásticos vacíos, idénticos a los que usó para ocultar las bombas. Se dirigió hasta la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, célebre por haber sido sede del cuartel general del Comandante Che Guevara después de ser derrotado Fulgencio Batista, y hoy transformada en museo. Al sentirse lejos de las miradas de turistas y funcionarios, se tendió sobre un muro de piedra que da para un pozo en cuyo fondo, decenas de metros más abajo, se podía ver el agua del mar. Tiró las pilas inservibles, un pequeño alicate de electricista, utilizado para cortar los hilos y

un voltímetro de plástico amarillo. Libre de todo lo que podía asociarlo a las bombas, regresó al hotel Plaza. Como el paquete turístico solo terminaría el sábado al mediodía, tendría todo el viernes para relajar un poco y pasear sin compromiso por la capital cubana. Antes de entrar al hotel dio una vuelta completa por la cuadra, intentando identificar algún espía o a alguien en actitud sospechosa pero, aparentemente, no había nada ni nadie que justificase cualquier medida de seguridad.

Se tiró vestido en la cama, pero minutos después fue sacado del sueño por el timbre del teléfono. Del otro lado de la línea escuchó la inconfundible voz grave y monosilábica de Chávez Abarca, que lo llamaba de San Salvador:

—Acabé de oír la noticia en la radio. Felicidades.

Cruz León respondió con aspereza:

—No quiero saber de eso. Quiero saber del dinero que quedaste en mandar para mí. Ya no tengo ni cómo pagar un viaje en taxi.

—Tu dinero ya está en La Habana.

—¿Lo enviaste por algún banco?

—No. Ve a la recepción del hotel Capri y coge un sobre lacrado que fue dejado allí a tu nombre. Dentro hay 500 dólares.

Aturdido con la noticia de que tendría que regresar al local donde había colocado una bomba un mes antes, Cruz León reaccionó con una mala palabra:

—Me cago en tu madre. ¿Hay decenas de hoteles en La Habana y tú escogiste justamente el Capri?

—No fui yo quien lo escogió, fue nuestro mensajero. Buen viaje y hasta el sábado.

El salvadoreño calzó sus sandalias, colgó la mochila a sus espaldas, salió a la calle y cogió un taxi hasta el Capri. En la puerta del hotel le pidió al taxista que lo esperase porque regresaría en instantes. Había mucho movimiento en el *lobby* y en el mostrador de la recepción, lo que lo obligó a una breve espera hasta que alguien pudiese atenderlo. Mientras esperaba, observó la presencia en la puerta de la entrada de un mulato de camisa azul que juraba haber visto antes, tal vez en la corta visita que hiciera a la fortaleza de la Cabaña. La sospecha terminó cediendo paso a la reaparición de su paranoia. Al llegar su turno, preguntó al recepcionista si habían dejado un sobre a su nombre. El funcionario escudriñó rápidamente en algunos rincones, abrió gavetas y regresó moviendo las manos: “Lo siento, pero no hay nada dirigido al señor”.

Entre desolado y furioso salió en dirección a la calle y cuando puso los pies en la acera fue rodeado por seis hombres vestidos de civil, entre ellos el mulato de la camisa azul. Visiblemente preocupado en no llamar la atención de los turistas que entraban y salían del Capri, uno de ellos, de pelo largo y de espejuelos oscuros, le habló bajito y casi susurrando: “Somos del Ministerio del Interior. El señor está preso. No intente rebelarse porque estamos armados”.

Al ser colocado en una celda de Villa Marista, media hora después, vistiendo solo los calzoncillos, Cruz León tuvo noción de la gravedad del problema en que estaba metido. Allí él supo que las explosiones en los hoteles Chateau y Tritón habían provocado solamente daños materiales y heridas leves en algunas personas, pero la del Copacabana, no. El cenicero cilíndrico de metal escogido para depositar el saco plástico fue transformado en una granada que, a la hora de la explosión, desparramó láminas de aluminio por todo el *lobby* del hotel. Una de ellas alcanzó la garganta del turista italiano Fabio di Celmo, de treinta y dos años, cortándole la carótida

y matándolo instantáneamente. Aun sin ser un especialista en asuntos cubanos, el salvadoreño sabía que en la isla un crimen como ese sería castigado con la más severa de las condenas: la muerte por fusilamiento. Minutos después de llegar a la prisión comenzaron los interrogatorios. Tres oficiales de la Dirección de Contrainteligencia del Ministerio del Interior, vestidos de civil –los teniente-coronel Roberto Caballero y Francisco Estrada, y el coronel Alberto Rabeiro–, se sustituían en el trabajo de reconstruir minuto a minuto, paso a paso, todo lo que el detenido había hecho desde su llegada a La Habana. La presencia de Rabeiro, el número uno de la Dirección de Investigación y Operaciones, daba la medida de la importancia que los servicios de inteligencia cubanos atribuían al prisionero. A juzgar por las preguntas de los interrogadores, Cruz León dedujo que ya debía estar siendo seguido por lo menos desde el momento en que se libró de la calculadora, de la cinta aislante, de los hilos y los sacos plásticos en el cesto de basura del parque Cervantes. Y, si eso era cierto, no había dudas de que su teléfono en el hotel ya estaba intervenido cuando el “Panzón” lo llamó. Insistiendo para que asumiese la autoría de los atentados, los oficiales le dijeron que en las costuras internas de la mochila había pedazos minúsculos de los mismos hilos usados para detonar las tres bombas. A pesar de las aparentes evidencias, la obstinación del mercenario de negar todo residía en una esperanza: a medianoche explotaría la bomba colocada en La Bodeguita, ofreciéndole una sólida coartada. Si él estaba detenido a la hora de la explosión, era porque otra persona realizaba los atentados.

Los interrogatorios continuaron sin un segundo de interrupción. De acuerdo con los fragmentos que la memoria de Cruz León guardaría de aquella noche, el momento de mayor paranoia tuvo lugar cuando uno de los oficiales entró en la celda, le pidió que extendiese las manos con las palmas viradas

para abajo y le anunció que los tormentos iban a comenzar: “Tendremos que recoger pedazos de sus uñas. Voy a llamar a un técnico para que lo haga”.

Mientras esperaban la llegada del “técnico”, el prisionero tomó una decisión:

Yo casi entré en pánico solo de pensar que alguien me arrancaría las uñas con un alicate o una tenaza [recordaría años después], pero decidí que aun así continuaría negando todo hasta la medianoche, momento en que la bomba explotaría en La Bodeguita. Eran las uñas o la pena de muerte.

El estado de pánico en que se encontraba solo pasó cuando apareció un hombre con un inofensivo cortaúñas: era realmente un técnico que estaba allí para recoger pequeños pedazos de sus uñas destinadas a exámenes de laboratorio y para ser usadas por perros adiestrados para olfatear los locales de las explosiones. A las 11 de la noche, una hora antes de lo previsto, la bomba de La Bodeguita estalló. La nevera fue lanzada por los altos, derrumbó una pared y abrió un hueco en el suelo que permitía ver la planta baja. El restaurante aún estaba abierto, pero como no había más clientes en la planta superior, la única víctima fue un camarero que perdió parte de la audición de un oído, afectado por la onda expansiva durante la explosión. Al conocer la noticia, Cruz León jugó lo que imaginaba que sería su carta decisiva: “Hace varias horas que están perdiendo el tiempo con un inocente y mientras tanto el verdadero terrorista continúa suelto y colocando más bombas”.

El argumento parecía sólido, pero su suerte estaba echada. Más que indicios, la policía cubana ya tenía la certeza de que había sido él el autor de las cuatro bombas de aquel día y sospechaba que era él el causante de las explosiones en los hoteles Nacional y Capri semanas antes. Como un vulgar aficionado,

Cruz León no tuvo la preocupación de borrar las huellas dejadas por sus dedos en copas, barras, mostradores, cubiertos y pilas de agua de los lugares por donde pasó a lo largo del día. El descuido permitió que, después de comprobar las huellas digitales del preso con las que fueron recogidas en los locales de las explosiones, la policía concluyó que aquel día él había estado en los hoteles Chateau, Copacabana y Tritón, y en La Bodeguita del Medio. Otro descuido fatal fue arrojar la calculadora en un cesto de basura. Entre los escombros provocados por la bomba de La Bodeguita, la policía encontró dos teclas –la del número uno y la del símbolo  $\sqrt{\quad}$ , de raíz cuadrada–. Al compararlas con las de la calculadora encontrada en la basura en el parque Cervantes descubrieron que ambas eran del modelo Casio QA-100, idénticas una a la otra. Ya no podía negarlo más. Antes de la medianoche tiró la toalla y confesó la autoría de todos los atentados, tanto los de aquel día como los dos del mes anterior. “Al darme cuenta de que estaba perdido, yo solo conseguí pensar en una cosa –revelaría el salvadoreño–: Sylvester Stallone terminó la película en la cama de Sharon Stone y yo terminaría la mía frente a un pelotón de fusilamiento”.

## XI

Los servicios de inteligencia de Cuba articulan una trampa, pero no consiguen apresar al “Panzón”, quien reclutaba mercenarios contratados por Miami



La noticia de la prisión de Cruz León fue tratada como secreto de Estado durante seis días. Ese fue el tiempo exigido por los servicios de inteligencia cubanos para juntar los hilos de una trama que comenzaba en las organizaciones vigiladas por la Red Avispa en Miami, pasaba por Guatemala y El Salvador y terminaba en los hoteles de Cuba en forma de bombas de C-4. Convencido de que había hecho la mayor estupidez de su vida y que sus días estaban contados, el salvadoreño decidió colaborar con los cubanos. Además de confesar la autoría de los seis atentados, detalló sus relaciones con Chávez Abarca y reveló que el “Panzón” era apenas un intermediario que actuaba bajo las órdenes de alguien de Miami, conocido como “Solo”. Cruz León no hacía esto por ideología, que no la tenía, como confesaría más tarde. Lo que lo movía era un hilo de esperanza de que la pena de muerte a la que podría ser condenado le fuese conmutada por treinta años de reclusión o al menos por cadena perpetua. Así, ya en la mañana del viernes el prisionero fue instalado en una sala de Villa Marista donde lo esperaban los tres oficiales que lo habían interrogado la víspera y una mujer, también de traje verde olivo. El grupo estuvo de guardia en aquella sala los cuatro días siguientes; durante este tiempo Cruz León intentó decenas de veces hablar por teléfono con Chávez Abarca: lo llamó a su casa, a la oficina arrendataria Geo Rent-a-Car y a la casa del hermano del “Panzón”; insistía horas después, volvía a llamar y la respuesta era la misma: él no estaba. Al final de la conversación, el mercenario imploraba que Abarca lo llamase, y siempre dejaba el número de teléfono “de una vecina de la casa donde

estaba hospedado en La Habana, llamada Odalys”. Cualquiera llamada hecha para aquel número llegaría a la mesa de aquella sala de Villa Marista. Todas las llamadas eran grabadas y seguidas con ayuda de audífonos por los cuatro oficiales de inteligencia que lo rodeaban. La presencia de la mujer se explicaba por el hecho de que, si Chávez Abarca respondía la llamada, esta debería ser atendida por Odalys, dueña de la casa y del teléfono. Entre un intento y otro, Cruz León volvía a los interrogatorios.

El ejercicio de paciencia duró hasta las 12:30 de la noche del martes 9 de septiembre cuando el teléfono finalmente sonó. Sacada de un leve sueño por el ruido del timbre, la mujer de uniforme dio un salto y respondió el teléfono, encendió automáticamente una grabadora y comenzó a escenificar el papel de Odalys:

Odalys: —¿Oigo? ¿Oigo?

Voz de mujer: —Buenas noches. ¿Puedo hablar con Odalys?

Odalys: —Es la que habla.

Voz de mujer: —Llamada de Guatemala para Odalys.

¡Hola! ¡Hola!

Odalys: —Hola, puede hablar.

Voz de mujer: —Hola, es de Guatemala para Odalys. ¿Es ella la que habla?

Odalys: —Sí, soy yo.

Voz de mujer: —Un momento, por favor.

Chávez Abarca: —Necesito hablar con Raúl, por favor.

Odalys: —¿Con quién? Hola, no entiendo. ¿El señor me oye?

Chávez Abarca: —Sí, la oigo. Quiero hablar con Raúl, por favor.

Odalys: —Un momentico, él está a dos casas de aquí.

Chávez Abarca: —Sí, gracias, yo lo espero.

La mujer se levantó y llamó para la sala a los tres militares que participaban de los interrogatorios y, claro, a Cruz León. Instantes después regresó al teléfono:

Odalys: —¿Hola?

Chávez Abarca: —Hola.

Odalys: —Ya viene.

Chávez Abarca: —Gracias.

El prisionero se sentó a la mesa e inició un diálogo tenso y lleno de malas palabras que los oficiales seguían por los audífonos:

Cruz León: —¿Hola?

Chávez Abarca: —¡Hola!

Cruz León: —¿Qué hay? ¿Qué sucedió?

Chávez Abarca: —¿Cómo estás?

Cruz León: —¡Hijo de puta, estoy bien jodido!

Chávez Abarca: —Cálmate...

Cruz León: —¡No me jodas! ¿Estás entendiendo? No me jodas. ¿Qué está pasando, so maricón? ¡Hace días que intento hablar contigo y no me atiendes! ¿Qué es lo que hay, carajo?

Chávez Abarca: —Yo te mandé el dinero y me quedé esperando que me llamaras, pero me parece que hubo algún malentendido.

Cruz León:— ¿Qué dinero? ¡En el Capri no había nada para mí! ¡Nada!

Chávez Abarca: —¡Hijo de puta!

Cruz León: —¡Así mismo! Esto aquí está jodido. Todos los hoteles tienen una vigilancia estricta. Es por eso que no viajé el sábado. Imagínate en qué estado estoy.

Chávez Abarca: —Disculpa, no te oí.

Cruz León: —Decidí no viajar el sábado por causa de la vigilancia.

Chávez Abarca: —¿Por qué?

Cruz León: —Parece que la policía tiene una descripción del sospechoso. Es por eso que desistí de viajar. Me busqué una novia y estoy pasando estos días con ella en una casa particular. Ella no sabe nada de mí, pero tiene parientes que trabajan en el aeropuerto que le dijeron que están revisando minuciosamente a todos los extranjeros que salen de Cuba. Salí del hotel cuando se venció el paquete y vine para una casa particular, cerca de donde vive Odalys, la dueña de este teléfono y amiga de mi chica.

Uno de los oficiales garabateó una cifra en un pedazo de papel y lo colocó delante del prisionero, que retomó la conversación:

Cruz León: —Hay más, “Panzón”, se me acabó el dinero.

Chávez Abarca: —¿Pero cómo tú quieres que yo te mande dinero?

Cruz León: —¡No tengo la menor idea! Y no es solo dinero lo que necesito. ¡Carajo, quiero saber cómo es que tú me vas a sacar de aquí, coño!

Chávez Abarca: —¿Te puedo hacer una pregunta?

Cruz León: —Dime.

Chávez Abarca: —¿Tu enamorada no sabe cuál es la descripción que hacen del sospechoso?

Cruz León: —No, creo que no... solo sé que es un latino.

Chávez Abarca: —No creas mucho en eso, los cubanos mienten mucho...

Cruz León: —No, creo que no... yo mismo vi que los hoteles están vigilados.

Chávez Abarca: —Tú necesitas averiguar la descripción que ellos tienen del sospechoso.

Cruz León: —¿Carajo, tú quieres que yo vaya al aeropuerto a preguntar cómo es la cara del sujeto que están buscando? ¡No me jodas, viejo! ¡Si yo fuese allá ellos me agarrarían!

Chávez Abarca: —No, no tienes que ir allá. Pregúntale a tu enamorada...

Un momento determinado de la grabación dejó claro que el objetivo de la conversación para los cubanos era atraer a Chávez Abarca hacia una trampa en La Habana:

Cruz León: —¿Coño, “Panzón”, por qué no vienes personalmente y me sacas de esta situación tan difícil? ¡Tú sabes cómo hacer eso, coño!

Chávez Abarca: —No te preocupes, no te dejaré de la mano.

Cruz León: —¡Hijo de puta! ¡Tú hablas como si yo tuviese seguridad! Estoy desesperado. Tu hermano me dijo que mandó un dinero que yo debería recoger con una tal Hortensia, una funcionaria de la Joanesa Turismo en La Habana. ¿Coño, ustedes creen que voy a ir allá a buscar el dinero para que me metan preso? Ni sé quién es esa Hortensia, no puedo confiar en alguien que no conozco.

Chávez Abarca: —Lo más importante ahora es que compruebes la descripción física que la policía tiene del sospechoso.

Cruz León: —Olvídate de eso, me importa un bledo la descripción del sospechoso. Los aeropuertos están súper vigilados, hasta el de Varadero está controlado. La única solución, “Panzón”, es que tú o alguien de tu grupo venga a sacarme de aquí. Alguien que me esconda en un lugar seguro, puede ser hasta debajo de las piedras, y que después me saque de aquí.

Hablé por teléfono con tu esposa y le dije que puedo salir de aquí disfrazado o hasta por debajo del agua.

Chávez Abarca: —¿Mi mujer? ¿Y qué hablaste con mi mujer, comemierda?

Cruz León: —Coño, tú no atendías mis llamadas, tuve que hablar con ella...

Chávez Abarca: —¿Carajo y qué tú hablaste con mi mujer?

Cruz León: —Discúlpame, pero le dije todo. Ella ya lo sabe todo.

Chávez Abarca: —¿Tú le contaste?

Cruz León: —No tuve alternativa...

Chávez Abarca: —O.K., O.K. Espera ahí que mañana te vuelvo a llamar.

Cruz León: —¿Mañana? ¿Cómo que mañana? ¡Resuelve mi problema ahora!

Chávez Abarca: —Necesito tiempo para darte una solución concreta.

Cruz León: —No te olvides, “Panzón”, ¡solo tú me puedes ayudar! O tú vienes personalmente o mandas a alguien a sacarme de aquí. ¡Estoy desesperado!

Chávez Abarca: —Te llamo mañana entre las dos y las seis de la tarde.

Cruz León: —No te olvides. Estoy desesperado, jodido...

Chávez Abarca: —Hasta mañana. Buena suerte.

El “Panzón” no mordió el anzuelo ni volvió a llamar, escapando así de la celada. Aún no había llegado el momento en que los cubanos pusiesen las manos en el sobornador de mercenarios. Publicada en la edición del 10 de septiembre del periódico *Granma* e inmediatamente reproducida por agencias internacionales y corresponsales extranjeros, la noticia de la detención de Cruz León repercutió estruendosamente en Miami. Según las autoridades cubanas, el mercenario salvadoreño era apenas la punta de un ovillo que pasaba por Francisco Chávez Abarca, en El Salvador, y terminaba en Miami, donde

vivía un setentón de 1,90 metros de altura, ojos azules y cabellos blancos, conocido en el mundo oculto del terrorismo como “Solo”, uno de los nombres de guerra de Luis Posada Carriles. Las denuncias afirmaban también que los recursos para financiar acciones terroristas contra Cuba —explosivos, pasajes, hospedaje y contratación de mercenarios— provenían de los fondos de la Fundación Nacional Cubano-Americana. A pesar de haber confirmado las acusaciones en entrevista al diario *The New York Times*, Posada Carriles, que usaba los alias de Ramón Medina, Ignacio Medina, Bambi, Basilio y Lupo, continuaba circulando libremente por las calles de la Pequeña Habana. Pocas semanas después de la divulgación de la detención de Cruz León, él concedió una entrevista a la periodista María Elvira Salazar de la red de televisión CBS, en la que sostuvo un breve y terrible diálogo:

Reportera: —Según el *The New York Times*, el salvadoreño prisionero en Cuba, Raúl Ernesto Cruz León, trabajaba para usted, ¿es cierto?

Posada: —Cruz León fue contratado por alguien que trabaja para mí, pero yo nunca tuve contacto con él. Él hizo el trabajo por dinero.

Reportera: —¿Usted no cree que con esa declaración esté firmando su sentencia de muerte?

Posada: —Fue él quien firmó su propia sentencia de muerte. Lo que yo diga o hable no va a cambiar nada.

El encarcelamiento de Cruz León sería silenciosa y solitariamente festejado por los componentes de la Red Avispa en Miami. Cada uno de ellos celebraba no solo una victoria importante en la guerra contra el terrorismo, sino también el hecho de que hubiesen salido de allí, del grupo de agentes liderados por Gerardo Hernández, los primeros informes enviados

a La Habana con la sospecha de que había una relación entre las bombas y la contratación de mercenarios centroamericanos por cubanos residentes en la Florida. Poco más de un mes después de la detención del salvadoreño, otro informe procedente de la Red Avispa expondría de manera aún más clara los lazos entre la FNCA y el terrorismo. Transmitidas por el Gobierno de Cuba, por mediación de terceros a las autoridades americanas, las informaciones obtenidas por el equipo de Gerardo Hernández condujeron a la Guardia Costera de los Estados Unidos a abordar la lancha *La Esperanza*, que en la madrugada del 27 de octubre navegaba rumbo al noroeste de Puerto Rico transportando seis cubanos residentes en la Florida. Cuando la policía quiso saber lo que hacían a mil quinientos kilómetros de Miami, donde el barco fue matriculado, la respuesta fue dada por uno de los tripulantes: “Estamos pescando langostas”.

Durante la inspección, uno de los policías bajó las escaleras que llevaban a la bodega del barco. Regresó trayendo en las manos dos fusiles de asalto Barrett.50, equipados con trípode y miras telescópicas, y preguntó a los cubanos: “¿Ustedes iban a pescar langostas con esto?”.

Además de los fusiles, capaces de destruir un objetivo a dos mil metros de distancia, en la bodega del barco, de cuarenta y seis pies, escondían siete cajas de municiones, seis aparatos de radiocomunicación, uniformes militares, binóculos, equipos de visión nocturna, un celular operado vía satélite y un tanque gigante que contenía siete mil quinientos litros de combustible. Instados por los policías, los tripulantes terminaron diciendo la verdad. Fue Ángel Alonso Alemán, conocido en Miami como “Cotorra”, quien confesó el plan del grupo: “Las armas son mías. Y vamos a matar a Fidel Castro dentro de unos días en la isla Margarita”.

Realmente, el presidente cubano estaría en la pequeña isla venezolana una semana después para una nueva reunión de la

Cumbre de los Jefes de Estado iberoamericanos, pero los fusiles que Alemán dijo que eran suyos estaban registrados a nombre de Francisco “Pepe” Hernández, quien presidía la FNCA en sustitución de Jorge Mas Canosa, licenciado por problemas de salud. Y *La Esperanza*, según indagó la policía, estaba registrada en Miami a nombre de José Antonio Llama, miembro de la dirección de la FNCA. Llevados a San Juan de Puerto Rico, los seis fueron acusados e inmediatamente hechos prisioneros por el FBI, cuyo director local, Héctor Pesquera, en tono irónico ante la disculpa del dueño del barco, señaló: “Es bastante difícil creer que alguien vaya a pescar langostas con armas de calibre 50”. La fianza de 50.000 dólares por cabeza, asignada por la justicia puertorriqueña para que los prisioneros esperasen en libertad el interrogatorio y el juicio, fue pagada a la mañana siguiente “por individuos y grupos de exiliados cubanos”, reveló Alemán al dejar la prisión. “Cotorra” dijo también que el asesinato de Fidel Castro era un regalo que el grupo le quería ofrecer a Mas Canosa, en un intento de realizar el último deseo del patriarca del anticastrismo, que a los cincuenta y ocho años yacía en su lecho de muerte.

Aunque el estado de salud de Mas Canosa fuese un secreto limitado a los familiares y a unos pocos dirigentes de la Fundación, la noticia de que estaba desahuciado fue enviada a Cuba por René González ocho meses antes de que llegase a los cafés de la Pequeña Habana. A inicios de 1997, durante un encuentro de rutina en un restaurante de la red Piccadilly, de comida rápida, el agente cubano entregó a Gerardo un disquete con las informaciones obtenidas el mes anterior. En el informe transmitido a La Habana, Giro transcribió un segmento del informe de René con respecto al jefazo de la comunidad cubana en el exilio:

Recibí una información interesante de Ramón Saúl Sánchez, líder del Movimiento Democracia, que me pidió guardarla en secreto. Es sobre Mas Canosa, que tiene un cáncer terminal. Saúl no cree que llegue a finales de este año. Marcelino García, también integrante del Democracia, me dijo que, por causa de la enfermedad, existían divergencias entre Roberto Martín Pérez y otros directores de la FNCA sobre quién asumiría el cargo en ausencia de Mas Canosa. Recibí la noticia con cierta moderación, excepto por lo bueno que sería para la Humanidad que un sujeto como Mas Canosa desapareciese. Él puede estar disimulando la enfermedad como parte de una representación en la que se operaría una cura milagrosa. Al hacer esto, conquistaría la simpatía de las personas que verían la mano de Dios y el poder de los ruegos para aquella cura.

Al contrario de René, Giro creía que Jorge Mas Canosa podía estar enfermo y le parecía un poco fantasiosa la hipótesis sugerida por él. Enseguida de la transcripción del informe, él dejó registrada con humor su opinión sobre el asunto, tratando, como siempre, a René, por el alias de “Castor”:

Castor piensa que esto puede ser una estrategia publicitaria. Le di mi opinión: nunca se debe dudar de nada cuando se trata de Mas Canosa, pero no pienso que él se arriesgue en una historia así. Realmente, creo que donde fuego hubo cenizas quedan. Al menos estábamos de acuerdo en un punto: unimos nuestra “creencia” en una breve “súplica” mental para que la noticia sobre el cáncer sea verdadera y que la enfermedad acabe con él lo más rápidamente posible. Amén.

Giro tenía razón, no se trataba de una representación. El pronóstico del líder de la Democracia sobre la expectativa de vida de Mas Canosa se cumplió con precisión. En la gris mañana del 25 de noviembre de 1997 Miami quedó paralizada para ver lo que la prensa llamó “el entierro del siglo”. Los comercios cerraron sus puertas y representantes de la policía municipal interrumpieron el tránsito y bloquearon los accesos

a la Calle Ocho en la Pequeña Habana, para que pudiese pasar un séquito que los funerales de mafiosos producidos por Hollywood podían envidiar. Hileras de limusinas negras, cubiertas de coronas de flores, seguían el vehículo fúnebre que transportaba los restos de Jorge Mas Canosa, que había fallecido dos días antes. Al mediodía fue enterrado en una de las sepulturas del Caballero Rivero Woodlawn Park Cemetery, a pocos metros del mausoleo donde reposan las cenizas de tres generaciones de dictadores de Nicaragua, país donde fueron entrenadas las tropas que intentaron invadir a Cuba por bahía de Cochinos: Anastasio “Tacho” Somoza (1937-1947 y 1950-1956) y sus hijos Luis Somoza (1956-1963) y Anastasio “Tachito” Somoza (1967-1972 y 1974-1979). Otra información enviada por René se confirmaría antes de que el difunto se enfriase: bastó que el hospital comunicara a la prensa que Mas Canosa había fallecido para que comenzase la guerra por el control de la FNCA, una máquina que movía millones de dólares con poder para interferir hasta en las elecciones presidenciales americanas.

La sucesión en la Fundación inspiró a los servicios de inteligencia cubanos para poner en práctica lo que fue bautizado como Operación Finado, una campaña de contrainformación destinada a envenenar el proceso de selección y lanzar unos candidatos contra otros. Entre los materiales relacionados con este asunto el FBI obtuvo un panfleto que René tenía la orientación de enviar anónimamente a los hombres más influyentes de la FNCA, descalificando uno a uno a los candidatos para sustituir a Mas Canosa, comenzando por el hijo de este, Jorge:

¿Por quién vas a votar para presidente del Consejo de la FNCA?

¿Por Jorge Mas Santos? La mamá no quiere que él asuma el liderazgo de la FNCA; él no se interesa por la política, no tiene el carisma del padre y ni siquiera habla bien el español.

¿Por el doctor Alberto Hernández? Sus relaciones extramatrimoniales no le dejan tiempo libre para la política. Su mayor virtud es la de haber sido médico de Jorge Mas Canosa y su salud se está deteriorando.

¿Por Pepe Hernández? Es un fracasado; está bajo la vigilancia del FBI por ser descuidado. No tiene el carisma de un líder y tiene cáncer de próstata.

¿Por Diego Suárez? Este habla demasiado, hasta con los enemigos y también tiene poco tiempo de vida.

¿Por Domingo Moreira? El padre tiene prestigio, pero hay cosas que no se heredan. Él no tiene carisma para dirigir la FNCA.

El texto terminaba con una ironía macabra. Quien no tuviese alternativa, que votase por el líder que acababa de morir: “¿No sabe por quién votar? Entonces vote por el Muerto”.

Aunque pintado en el folleto como un fracasado, enfermo, descuidado y sin carisma, fue el sesentón Francisco “Pepe” Hernández, el dueño de los fusiles Barrett encontrados en *La Esperanza*, quien acabó por tener el control de la influyente maquinaria del *lobby* político. Ingeniero graduado en La Habana, Pepe se exilió en la Florida poco después de la llegada de Fidel Castro al poder. Preso en 1961 durante la fracasada invasión a bahía de Cochinos, regresó a Miami dos años después, al ser liberado como parte de un acuerdo entre Cuba y los Estados Unidos. Se alistó en la US Navy Marine Corps, el Cuerpo de Fusileros Navales de la Marina norteamericana, en la que sirvió hasta 1972, año en el que causó baja con el grado de capitán. La selección de alguien de más línea dura que Jorge Mas Canosa para presidir la FNCA al parecer estimuló a los sectores ultraradicales de la comunidad cubana en el exilio. En los meses siguientes los intentos de ataques a Cuba se intensificaron, pero el cruzamiento del gran volumen de informaciones enviadas por más de cinco años a La Habana, por los agentes dirigidos por Gerardo Viramóntez, permitió abortar

varios atentados. Solo en el mes de octubre la policía cubana desactivó dos bombas —una colocada en una *van* de transporte de turistas y otra debajo del mostrador de una tienda de *duty-free* del aeropuerto internacional José Martí—. Los autores del frustrado atentado, los mercenarios guatemaltecos Jorge Venancio Ruiz y Marión González Estrada, habían sido contratados por Ignacio Medina, uno de los nombres usados por Posada Carriles.

Antes de la llegada del nuevo año las debilitadas arcas cubanas sufrirían una extorsión considerable. El primer golpe vino de un tribunal de la Florida que condenó a Cuba a pagar 49 millones de dólares de indemnización a las familias de tres de los cuatro pilotos de los Hermanos, cuyos aparatos habían sido abatidos por los MiG cubanos, un año y medio antes. El dinero fue dividido casi equitativamente entre los familiares de Armando Alejandro (que recibieron 17 millones de dólares), Carlos Alberto Costa (16 millones) y Mario de la Peña (16 millones). Como el cuarto piloto del grupo, Pablo Morales, no había obtenido aún la ciudadanía norteamericana, su familia no fue contemplada por la decisión judicial. La sentencia determinaba que los recursos para el pago de la indemnización fuesen retirados de los fondos congelados de Cuba, los “activos cubanos bloqueados en los Estados Unidos” a los que había hecho referencia el presidente Clinton después que los aviones fuesen derribados.

Aún repercutían en las esquinas de la Pequeña Habana los comentarios sobre el inusual monto de la indemnización cuando los diarios informaron que Ana Margarita había decidido solicitar una reparación material “por haber sido violentada sexualmente”, no por el exmarido Juan Pablo Roque, sino por el Estado cubano. No era la primera vez que la ya deshecha pareja frecuentaba los tribunales de la Florida. Un año antes ella había obtenido judicialmente la anulación del

matrimonio con Roque y el restablecimiento de su antiguo apellido, Martínez, pero como bien palpable solo le tocó en suerte el más visible símbolo del desamor, el Jeep Cherokee de color verde olivo del piloto cubano. Representada por dos hábiles abogados, ella decidió abrir el proceso, no en contra de Juan Pablo Roque, que no tenía ni un centavo y que probablemente jamás volvería a poner los pies en los Estados Unidos, sino contra la República de Cuba. Presentándose como “anticomunista ferviente” y utilizando la cruda terminología jurídica, Ana Margarita afirmó que “el sexo practicado con Juan Pablo no era consensual”, pues de hecho quien dormía con ella era un agente de Fidel Castro y no el desertor por el cual Roque se había hecho pasar y de quien ella se enamoró. “Al consentir en practicar el sexo con Roque –reafirmaban los abogados– la demandante Martínez no tenía conocimiento de que se trataba de un agente de Cuba”. Y, como el casamiento de los dos fue una farsa montada por Cuba, era la República de Cuba la que tenía que pagar por el sufrimiento al que ella había sido sometida.

Sus padecimientos por causa del piloto cubano fueron desarrollados en setenta y tres puntos. Diciéndose “engañada y abandonada”, Ana contó que había comenzado a ser discriminada por la comunidad cubana, la cual dudaba que ella también hubiera sido engañada por Roque. Los locutores de radio más radicales propugnaban en sus programas que, además de saberlo todo, tal vez ella ayudase al marido en las actividades secretas. Durante un acto religioso en recordación de los pilotos muertos, el padre de uno de los homenajeados le pidió que dejase la iglesia. “Usted está bajo sospecha –le dijo secamente– y por tanto no es bienvenida entre nosotros”. Al final de la solicitud, Margarita enumeró los daños físicos, morales, emocionales y materiales que la República de Cuba le ocasionó: lesión corporal, dolor y sufrimiento provocados por los “coitos

no consentidos”, angustia mental, gastos médicos para la rehabilitación emocional y pérdida de la capacidad de disfrutar de la vida. Aunque afirmasen que ella continuaría “padeciendo para siempre de muchos de esos males”, los abogados calcularon el valor del remedio que podría mitigar los traumas de la demandante Martínez en cuarenta y un millones de dólares. La cuenta pareció exagerada para el juez Alan Postman, que acabó concediéndole una pensión mensual de 150.000 dólares durante los cuatro años siguientes, lo que totalizaba poco más de siete millones de dólares; dinero que también sería pagado por Cuba. Cuando el Chase Manhattan Bank –donde están depositados los fondos cubanos– envió al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, como hace todos los años, el resumen de los activos congelados de Cuba, el saldo existente –que en los buenos tiempos superaba los seiscientos millones de dólares– había descendido de doscientos sesenta y ocho a doscientos doce millones de dólares, solo con las dos sentencias judiciales.

Ana Margarita nunca más volvió a ver a Olga Salanueva. Si ya antes no había mucha química entre ellas, menos la habría después de la fuga de Roque para Cuba. La vida de la pareja proseguía sin mayores contratiempos: René dividiendo su tiempo entre el trabajo como copiloto de la Arrow y la actividad en el Movimiento Democracia, Olga vendiendo cursos de Inglés Ahora por teléfono, e Irmita bien en la escuela en que estudiaba. A finales de septiembre, en medio de la excitación provocada por la detención de Cruz León, la rutina de la familia González fue interrumpida por una noticia que la pareja ya esperaba hacía algunos meses: Olga estaba embarazada. La alegría de la casa solo no fue completa porque durante las primeras semanas Irmita reaccionó mal ante la noticia: “Al inicio me puse un poco arisca; a fin de cuentas mi reinado de trece años de hija única estaba por terminar –recordaría ella

mucho más tarde—, pero con el paso del tiempo yo estaba más ansiosa que mis padres por que el bebé naciese rápido”. Al saber que la familia González aumentaría, Gerardo Viramóntez se manifestó tan paternal como lo fue con Tony, antes de la unión de este con Maggy. El primer encuentro con René después de la constatación del embarazo, del cual Olga participaría, ocurrió en el restaurante chino Cantón, al oeste de la Pequeña Habana. Solo después de lo que llamaban “medidas de contrachequeo”, los cuidados de siempre para saber si estaban siendo seguidos o no, fue que los tres entraron y escogieron una mesa. En el informe enviado a La Habana, Giro comentó que cuando terminaron con los temas de costumbre (“transferencia de instrucciones y recibimiento de informaciones, explicaciones generales de Castor y discusión de asuntos políticos”), el “punto” se convirtió en una banal conversación doméstica, “un encuentro dominado por el asunto del bebé”. Nueve años más joven que René y sin haber tenido nunca la experiencia de la paternidad, Giro se erigió en una autoridad y daba consejos con la actitud de alguien experto en el tema, como se puede leer en la correspondencia que envió a Cuba:

El embarazo ha sido tranquilo y el bebé está previsto para finales de abril o comienzos de mayo. Les pregunté sobre la otra hija y me dijeron que le va muy bien en la escuela y que habla inglés muy bien. Ida dice que la niña tiene celos del bebé, pero ella piensa que se le va a pasar. Le dije que era normal, porque hasta ahora ella fue el centro de las atenciones y que ahora “descendería del pedestal”, pero que, en mi opinión, ellos debían tener mucho tacto para lidiar con la situación de ahora en adelante para que ella no sienta más celos.

El informe termina revelando el sexo del bebé y haciendo consideraciones sobre la vida de Castor e Ida, como era tratada Olga en las correspondencias secretas:

Hicieron un ultrasonido y vieron que es una niña, pero aún no se lo han dicho a la hija porque quieren darle una sorpresa. A pesar del embarazo, las cosas en el trabajo están yendo bien para Ida. Dice que le chocaron el carro cuando estaba estacionado. El vehículo es de la empresa donde ella trabaja, pero, como ella no lo informó a la policía en su momento, la empresa probablemente no pagará el arreglo porque no hay testigos. En cuanto a Castor, ambos dijeron que, debido al curso que está haciendo [en la Arrow Air], él ha pasado por momentos de mucho estrés, pues los exámenes son muy difíciles y la única opción es dedicarse enteramente a eso. Él nos dijo que no pensó que fuese tan difícil.

El encuentro terminó a las nueve de la noche con el pago de la cuenta de 38 dólares por el consumo del trío: pollo con semillas de marañón, costillas de puerco con mojo agridulce y arroz frito, dos cervezas y una Coca-Cola. Al finalizar, los tres repitieron el control de seguridad de siempre. Salieron por separado del restaurante, la pareja tomó hacia la derecha y entró al primer café para cerciorarse de que no eran seguidos, mientras que Giro caminó en dirección contraria y renovó la “medida de contravigilancia”, parando en una farmacia para dar una última ojeada y darse cuenta de que podía partir con seguridad. La preocupación permanente por el riesgo de estar siendo vigilados acostumbraba a producir situaciones de extrema tensión, como en la mañana del sábado en que Gerardo empujaba un carrito de compras en el supermercado Costco, en el Biscayne Boulevard, a cinco kilómetros de su casa. En bermudas, gorro, espejuelos oscuros, él caminaba por entre los estantes de la sección de artículos electrónicos en busca de una *laptop*. Aunque ya estuviesen en el mercado desde inicios de la década, solo entonces, a fines de 1997, es que Gerardo, Ramón “Oso” Labañino, y Remigio “Marcelino” Luna, pasarían a recibir autorización (y dinero) de La Habana para adquirir computadoras portátiles.

La frecuencia cardíaca del agente se elevó inesperadamente cuando vio detrás de un estante, a menos de un metro de distancia, a uno de los más odiados personajes de Cuba revolucionaria. Vistiendo un chaleco de hilo verde oscuro, allí estaba el exagente de la CIA, cubano como él, Félix Ismael Rodríguez Medigutía, que treinta años antes comandara la cacería y autorizara la ejecución de Ernesto “Che” Guevara en La Higuera, en Bolivia. Era posible que llevase en el pulso su inseparable trofeo, el reloj Rolex de acero mate, robado del cadáver del guerrillero argentino. Veterano de bahía de Cochinos, Rodríguez reapareció en las noticias a finales de los años 70 involucrado en el llamado Escándalo Irán-Contras, operación secreta dirigida por el coronel Oliver North, asesor del presidente Ronald Reagan, a través de la cual la CIA vendía armas secretamente a Irán y traspasaba los recursos obtenidos en el negocio a los Contra, movimiento armado que intentaba derrocar el gobierno sandinista de Nicaragua.

En la época del encuentro en el supermercado, Rodríguez vivía en Miami, donde mantenía una oficina de consultoría en el área de seguridad. “Cuando nuestros caminos se cruzaron, nos miramos uno al otro y yo tuve la seguridad de que era él”, relató Gerardo en el informe enviado a Cuba. Lo más discretamente posible para no llamar la atención, Giro dio media vuelta y se dirigió a las hileras de cajas. Pagó las compras, atravesó el amplio y animado salón, compró un helado y escogió una mesita de la plaza de comidas desde donde pudiese controlar a Rodríguez cuando se dirigiese a las cajas. Minutos después reapareció con el carrito repleto de productos y se puso en una de las colas. Gerardo se levantó, fue hasta una cabina telefónica instalada en una de las puertas de salida, cogió el *beeper* de la cintura y fingió hacer una llamada. Protegido por los espejuelos oscuros, sus ojos permanecían fijos en aquel sesentón, ya medio barrigón, que en nada recordaba al temido

Max Gómez, alias por el cual Rodríguez era conocido en los años 60 y 70. Desde la cabina, Giro pudo verlo pagar la cuenta y salir en dirección al parqueo. Aparentemente sin darse cuenta de que era observado, Rodríguez colocó las compras en el maletero de un Mercedes-Benz gris, de cristales oscuros, y antes de entrar al auto giró el rostro en la dirección en que Gerardo se encontraba. Encendió el motor y desapareció. El informe de Giro aseguraba que Rodríguez estaba solo, “pero, dadas las características del chaleco que usaba era perfectamente posible que estuviese armado”. Y terminaba desahogándose: “Ustedes pueden imaginar cuál fue la sensación de estar cerca de ese hijo de puta que tiene una deuda tan grande con nosotros”.

El tiempo se encargaría de comprobar que eran inútiles los permanentes esfuerzos de los miembros de la Red Avispa en relación con la seguridad, ya que por lo menos desde 1995 el grupo era controlado por un pelotón de agentes del FBI. Muchos de los encuentros y hasta los rápidos *brush pass* ocurridos entre ellos eran fotografiados a distancia por policías armados de cámaras equipadas de teleobjetivos. Episodios como el del supermercado Costco podrían no ser mera casualidad y muchas de las sospechas que frecuentemente los asustaban tal vez no fuesen manifestaciones de paranoia. Visto a la luz de los hechos que sucederían meses después, es posible que el incidente vivido por Gerardo en enero de 1998 fuese un indicio de que el FBI estaba cerrando el cerco contra los agentes cubanos.



## XII

Fidel Castro envía a Bill Clinton una carta con denuncias contra las organizaciones de extrema derecha de La Florida. El mensajero es el premio nobel Gabriel García Márquez



En la última semana de enero, Gerardo concluyó otro de los viajes que hacía a Cuba cada tres o cuatro meses. Escogió como itinerario de regreso el trayecto Habana-Cancún-Memphis-Miami. Al llegar a Cancún, en la mañana del jueves 22, supo que problemas en las conexiones siguientes lo obligarían a permanecer dos días en el balneario mexicano a la espera de un vuelo que lo llevase a Memphis, lo que ocurriría solo el domingo por la tarde. En Memphis fue retirado de la larga cola que se formaba frente a las ventanillas de inmigración, junto con más de media docena de pasajeros, y conducido a un mostrador aparte. Todo indicaba que él había sido escogido en una selección aleatoria, pero el oficial que lo atendió parecía particularmente malhumorado al pedirle sus documentos. Como hiciera en viajes anteriores, Giro llevaba apenas la licencia de conducción y una copia del certificado de nacimiento. Según un convenio entonces existente entre los Estados Unidos y los vecinos México y Canadá, los dos documentos eran suficientes para que ciudadanos americanos –Manuel Viramóntez era un ciudadano americano– viajaran para esos países sin necesidad de utilizar el pasaporte. En todos los viajes a su país, Gerardo repetía el mismo itinerario y a la llegada a México siempre había alguien de la Embajada de Cuba esperándolo con un pasaporte cubano emitido con su verdadero nombre, documento con el cual proseguía el viaje hasta La Habana. Al regreso, el pasaporte era recogido durante la escala mexicana, momento en el que Giro reasumía la falsa identidad de Manuel Viramóntez y tomaba el avión para los Estados Unidos. Al igual que en las ocasiones anteriores,

aquel domingo él estaba limpio y no tenía por qué asustarse con la cara fea del americano que lo abordaba en el aeropuerto de Memphis. El funcionario le pidió el pasaporte y él le explicó que viajaba solamente con la licencia de conducción y el certificado de nacimiento. El americano miró la licencia de conducción a contraluz, se cercioró de la autenticidad de la marca de agua de seguridad y, no pareciendo satisfecho, preguntó si Gerardo tenía algún otro documento. El certificado de nacimiento también fue escudriñado por los ojos del brusco funcionario que, a pesar de no dar señales de que encontrase algo equivocado, la guardó en el bolsillo de la camisa junto con la licencia de conducción y ordenó secamente: “Sígame”.

Conducido a una sala cerrada, en la que solamente tenía la compañía del oficial de inmigración, Giro fue obligado, por primera vez desde que llegó a los Estados Unidos, seis años antes, a comprobar que era realmente el americano Manuel Viramóntez, nacido en Texas y criado en Puerto Rico. Al finalizar las dos horas interminables de un interrogatorio lleno de trampas e intentos frustrados de hacer al pasajero caer en contradicciones, el hombre no parecía satisfecho y continuó insistiendo:

—¿Qué hizo usted en México durante las tres semanas que permaneció allí?

—Yo estaba de vacaciones.

—¿En qué hotel estuvo hospedado?

—Me quedé en casa de mi novia.

—¿Cuál es el nombre y el número de teléfono de ella?

—Ella se llama Agustina y el número de teléfono es 239-5357.

Era mentira, claro, pero no fue inventada en ese momento. Si el oficial marcara el número, sería atendido por una mujer

que diría llamarse Agustina y confirmaría las informaciones proporcionadas. Cuando recibió los documentos de regreso y fue dispensado, Gerardo imaginó que el calvario había llegado a su fin. Al pasar por la aduana, sin embargo, el equipaje fue revisado minuciosamente por dos funcionarios. Uno de ellos le pidió que encendiese la *laptop* que llevaba en una bolsa al hombro y revisó los programas y archivos instalados en el aparato. Se trataba de un procedimiento ilegal, según las leyes americanas, pero Viramóntez sabía que no sería prudente hacer valer sus derechos y prefirió aguantar en silencio la arbitrariedad. Finalmente, liberado, solo al anoecer consiguió embarcar para Miami. En la mañana del lunes, su primera tarea fue enviar a La Habana un breve resumen de lo ocurrido:

Llegué ayer domingo. Fue imposible coger el avión antes. Por favor avisen a David que no es recomendable entrar por Memphis. Ellos me detuvieron por no tener pasaporte. Realizaron un exhaustivo interrogatorio hasta confirmar la fachada y yo tuve que mostrar todos los documentos y pruebas [...] Ellos también detuvieron a otras personas. Al final, el tipo me aconsejó que consiguiese un pasaporte para evitar problemas. También fue difícil en la aduana. Ellos verificaron todo el equipaje [...] Memphis ha sido el único lugar en que me hicieron abrir la computadora, y la máquina de rayos X de allá es la más sensible de todos los aeropuertos por donde pasé. Explicaré más en la correspondencia. Giro, 26 enero.

Al recibir como respuesta del Centro Principal un informe reprendiéndolo por el episodio —que entre ellos quedaría conocido como “el incidente de Memphis”—, Gerardo se defendió en el mensaje siguiente afirmando que no se avergonzaría en reconocer que todo lo que ocurrió fue responsabilidad suya. “Si fuese el caso, se lo habría dicho a ustedes, con sinceridad, que cometí esa o aquella falta porque me puse nervioso, porque no sabía qué decir o porque estaba en el lugar equivocado”,

escribió. “Son cosas que pueden ocurrir en cualquier momento, pero no fue lo que ocurrió en esta ocasión”. A pesar del tono formal en que eran redactados los mensajes, mantuvo el buen humor. “Lógicamente el incidente podría haber sido causado por diversos factores. Podía ser hasta que el funcionario fuese homosexual y le hubiese gustado mi reluciente calvicie –concluyó–, pero esa y otras razones no pasan de ser especulaciones”.

De regreso a la rutina, Gerardo dedicó los primeros días de trabajo a la lectura de los informes producidos por los agentes cubanos durante su ausencia. Los ojos del grupo se mantenían dirigidos al reclutamiento de mercenarios en América Central. El encarcelamiento de Cruz León no parecía haber intimidado a las organizaciones de extrema derecha de Miami y las informaciones recogidas dentro de estas indicaban que las relaciones de algunos de sus dirigentes con Chávez Abarca continuaban como si nada hubiese ocurrido. A mediados de febrero en Villa Marista fue recibido un informe que recomendaba una vigilancia rigurosa en los aeropuertos de entrada a Cuba, pues había sospechas de que un turista guatemalteco llamado Miguel Abraham Herrera Morales, relacionado con los “amigos de Miami” tenía un viaje programado para Cuba. La alerta procedente de la Red Avispa coincidió con una advertencia transmitida secretamente por el jefe de la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, Michael Kozak, al Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba. Según Kozak, los servicios secretos americanos habían obtenido una “información delicada, ofrecida por fuentes de confiabilidad no determinada”, que aseguraba que un grupo de exiliados cubanos pretendía realizar atentados con bombas en La Habana en la primera semana de marzo. No fue posible descubrir los lugares, horarios y objetivos escogidos, pero según la fuente los explosivos ya estaban en camino hacia Cuba.

El delito fue descubierto en la sofocante mañana del 4 de marzo, cuando un avión de la empresa Aviateca aterrizó en el aeropuerto José Martí con un grupo de turistas procedentes de la Ciudad de Guatemala, vía Cancún. Entre ellos se encontraba Miguel Abrahán, un hombre de veintiocho años, delgado, pálido, con un espeso bigote negro y espejuelos. Al revisar su equipaje, los inspectores de aduana encontraron dos calculadoras Casio, pilas de 9 voltios, cables y, ocultos en dos frascos de champú, 400 g de explosivo plástico C-4. En la policía Abrahán reveló su verdadero nombre –Nader Kamal Musalam Barakat, guatemalteco de origen palestino– y contó que no había viajado solo. En el mismo vuelo venía también la guatemalteca María Elena González Meza de Fernández, que había conseguido pasar ilesa por la inspección, había dejado el aeropuerto y en aquel momento ya debía estar hospedada en una casa de familia de La Habana. Detenida horas después, la cartomántica de cincuenta y cuatro años, de cabellos oxigenados y dueña de una tienda de tarot en la zona bohemia de la capital de Guatemala, entregó a la policía el material que llevaba escondido en la maleta –medio kilo de C-4, pilas, cables, cuatro detonadores, dos calculadoras, etcétera–. Al final del interrogatorio la pareja confesó que había sido contratada por Chávez Abarca y Ramón Medina –o sea, Posada Carriles– para colocar cuatro bombas en tiendas *duty-free* de hoteles de La Habana, frecuentadas solamente por turistas extranjeros. La remuneración era la misma ofrecida a Cruz León: 1.500 dólares por bomba. La operación había sido coordinada por el esposo de María Elena, Jazid Iván Fernández, otro guatemalteco-palestino de solo veintisiete años.

Decidido a colaborar con los servicios de inteligencia cubanos a cambio de la reducción de su pena, Nader estuvo de acuerdo en repetir en vano la escenificación telefónica utilizada meses antes para intentar atraer a Chávez Abarca hacia

una trampa en Cuba. Esta vez los cubanos querían utilizar a Jazid Iván como puente que los llevase hasta los “amigos de Miami”. La simulación concebida por los servicios de inteligencia decía que en la calle un asaltante había robado la cartera de María Elena —tratada por el alias de Mary—, en la que estaban el pasaje aéreo y el pasaporte de ella, el dinero reservado para los gastos de los dos y los cuatro detonadores, razón por la cual las bombas aún no habían sido colocadas. Durante las llamadas, Nader recibió la orientación de insistir en que la única solución para el problema era que alguien cogiese un avión en Guatemala y trajese a Cuba cuatro nuevos detonadores y algún dinero. El portador podría ser tanto el “Panzón”, como Jazid. Realizada en la misma sala de Villa Marista en la que Cruz León actuó meses antes, la primera conversación entre Nader y Chávez Abarca no fue estimulante. El diálogo comenzó con el guatemalteco transmitiendo a Abarca la historia que había sido inventada por los agentes de Villa Marista:

Nader: Ocurrió algo desagradable. Le robaron la cartera a Mary en la calle. Le llevaron los cuatro detonadores, el pasaporte y el pasaje de ella y todo el dinero para nuestros gastos.

Chávez Abarca: —Pero, ¿le robaron el pasaporte, cómo va ella a regresar para acá?

Nader: —Está ocupándose de eso en estos momentos; está en la Embajada de Guatemala intentando conseguir una segunda vía de pasaporte.

Chávez Abarca: —¿Y el pasaje de regreso?

Nader: —Ya supimos que Aviateca va a restituir el pasaje robado. El problema es que el dinero se acabó. ¿Tú tienes manera de mandarnos más dinero?

Chávez Abarca: —No, ahora no tengo dinero disponible.

Nader: —Entonces ven tú mismo. Ven mañana, hay un vuelo que llega aquí a las nueve de la mañana. Tú puedes regresar en el mismo avión, dos horas después.

Chávez Abarca: —No puedo, es más fácil que tú vengas aquí.

Nader: —¿Y Jazid Iván? Manda a Jazid a traer el dinero.

Chávez Abarca: —Jazid no va ni a jodías.

Nader: —¡Coño, pero es su mujer!

Chávez Abarca: —¿Por qué tú no aprovechas que Mary se está ocupando del pasaporte y del pasaje y vienes a buscar todo aquí conmigo?

Nader: —Ya había pensado en eso, pero Mary ahora tiene miedo de quedarse sola.

Chávez Abarca: —¿Cómo es eso?

Nader: —Así mismo, ella tiene miedo de quedarse sola aquí porque tiene todas las cosas. Por seguridad pensamos que era mejor que las cosas las tuviese ella y ahora tiene miedo de quedarse sola...

Chávez Abarca: —Mañana te llamo con alguna solución.

No llamó más. Por segunda vez el “Panzón” escapaba del riesgo de terminar sus días en una prisión cubana —o delante de un pelotón de fusilamiento—, pero a Jazid Iván no le quedó otra salida: él tendría que ir personalmente a La Habana para socorrer a su esposa. En la mañana del 20 de marzo, dos semanas después de la llegada de Nader y María Elena, Jazid fue hecho prisionero en el aeropuerto José Martí. Con las revelaciones hechas por los tres, las autoridades cubanas juntaron las piezas que venían siendo recopiladas desde diciembre de 1990, cuando René huyó a los Estados Unidos, y concluyeron el montaje del rompecabezas. Ya no había dudas de que Chávez Abarca era el hilo que unía, de un lado, a los mercenarios

centroamericanos y, de otro, a Posada Carriles y a algunos magnates de la Fundación Nacional Cubano-Americana.

El volumen y la calidad de las informaciones obtenidas en casi ocho años por la Red Avispa permitían al Gobierno de Cuba afirmar, sobre la base de grabaciones, fotos y documentos, que una poderosa red de organizaciones terroristas actuaba impunemente en territorio norteamericano con el objetivo de minar, al poner bombas, la industria turística que se había revelado vital para la salvación de la economía cubana. Fidel Castro continuaba creyendo que si tuviese acceso a aquellas informaciones, a Bill Clinton no le quedaría otra alternativa que no fuese la de poner en prisión a sus líderes que en La Habana se acostumbraba a llamar como “la mafia cubana de Miami”. El intento de utilizar al senador Gary Hart como intermediario no tuvo ningún resultado, pero Fidel no perdió la esperanza de que el Salón Oval tuviese conocimiento del *dosier*. La Casa Blanca ya había tenido por lo menos una muestra de eficiencia y de buena fe de los servicios secretos cubanos catorce años antes, cuando era presidente el republicano Ronald Reagan, quien podría figurar encabezando la lista de los jefes del Gobierno americano más hostiles a la Revolución cubana. A pesar del abismo que lo separaba de aquella administración, a mediados de 1984 Fidel Castro dio órdenes personales a la dirección del DSE para hacer llegar a manos del ultraconservador William Casey, director de la CIA, un minucioso informe denunciando la existencia de un complot, abortado a tiempo, para asesinar al presidente de los Estados Unidos. Salvo una breve referencia pública al tema, hecha por el viceministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Abelardo Moreno, ninguno de los dos lados dio jamás algún detalle sobre la frustrada operación.

Aparentemente sensible a la amenaza de grupos terroristas ubicados en la Florida, la Casa Blanca autorizó al jefe de la

representación americana en La Habana a intercambiar con los órganos de inteligencia cubanos las informaciones sobre la conexión entre dirigentes de organizaciones anticastristas y la escalada de terror contra Cuba. Kozak aseguró que el Gobierno americano ya había tomado “la firme decisión de perseguir y someter a la ley a los responsables por aquellos actos”. Para eso el intercambio de informaciones con Cuba sería esencial, pues, según el diplomático, “no todos los sospechosos vivían en Miami y muchos operaban a partir de terceros países”, lo que disminuía las posibilidades de actuar contra ellos. “Cualquier pista o informaciones que conduzcan hasta esas personas que apoyan o controlan esas actividades –garantizó Kozak– serán de gran utilidad para el Gobierno americano”. La ocasión parecía propicia para el proyecto de Fidel Castro de hacer llegar a Bill Clinton, personalmente, informaciones sobre el asunto, pero la falta de un canal confiable parecía atrasar de modo indefinido la realización del plan.

La solución apareció a comienzos de abril de 1998 cuando el escritor Gabriel García Márquez realizó uno de sus innumerables viajes a Cuba. En esta ocasión visitaba La Habana en busca de datos para escribir un artículo periodístico sobre la visita del papa Juan Pablo II a la isla, ocurrida en enero de aquel año. Fue recibido por el presidente Fidel Castro. El colombiano contó al viejo amigo que en la última semana de aquel mes impartiría un taller de literatura en la bicentennial Universidad de Princeton, en New Jersey, y confidencialmente le dijo que le pediría a Bill Richardson, sustituto de Madeleine Albright en la jefatura de la misión americana en la ONU, que intentase conseguirle una audiencia privada con Bill Clinton.

Su intención era conversar con el presidente de los Estados Unidos sobre la situación de Colombia, que ya en aquella época se enfrentaba el narcotráfico, por un lado, y el crecimiento de las FARC –Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia–,

por otro. Del encuentro en La Habana nació la decisión de que Gabo fuese el portador de un mensaje personal de Fidel Castro para ser entregado en las manos a Bill Clinton sin intermediarios. García Márquez sabía que no era fácil hablar a solas con el presidente americano sobre temas tan delicados. La última vez que el escritor estuviera en el Salón Oval de la Casa Blanca, siete meses antes, el encuentro había sido presenciado todo el tiempo por el jefe del Consejo de Seguridad Nacional. Él tenía una “sospecha funesta”: lo más probable era que un mensaje como aquel terminase en las manos de los servicios de seguridad y no en las del presidente. Aun así se decidió que el autor de *Cien años de soledad* sería el mensajero de la primera correspondencia dirigida por el líder cubano a un presidente de los Estados Unidos, desde el remoto año de 1959.

Para evitarle a Clinton la obligación de responder, Fidel decidió que no sería una carta personal, sino un documento sintético, escrito por él, traducido al inglés, mecanografiado y sin firma, que contendría siete puntos, entre los cuales algunos considerados por Cuba esenciales para mantener una convivencia mínimamente civilizada entre los dos países. El primero y más importante de ellos, como era natural, trataba de las acciones terroristas practicadas contra Cuba a lo largo de los ocho años anteriores y que habían sido planificadas y financiadas por organizaciones legalmente establecidas en la Florida:

Un asunto importante. Continúan las actividades terroristas contra Cuba, pagadas por la Fundación Nacional Cubano-Americana, utilizando mercenarios centroamericanos. Fueron realizados dos nuevos intentos de explotar bombas en nuestros centros turísticos después de la visita del Papa. En el primer caso los responsables pudieron escapar regresando por vía aérea a América Central y sin conseguir sus objetivos, abandonando equipamientos y explosivos que fueron aprehendidos. En el segundo intento fueron hechos prisioneros tres mercenarios de

nacionalidad guatemalteca que portaban explosivos y equipamiento. Ellos recibirían 1.500 dólares por cada bomba que explotase en Cuba.

En ambos casos fueron contratados y patrocinados por agentes de la red creada por la Fundación Nacional Cubano-Americana. Ahora planean hacer explotar bombas en aviones de compañías aéreas cubanas o de otros países que viajen a Cuba trayendo y llevando turistas de países latinoamericanos. El método es similar: colocar en algún lugar oculto del avión un pequeño dispositivo y una carga potente de explosivos, armar el detonador en un reloj digital que puede ser programado hasta para 99 horas después y abandonar la aeronave al llegar a su destino. La explosión se producirá en tierra o posteriormente en pleno vuelo.

Los procedimientos son verdaderamente diabólicos: mecanismos fáciles de armar, entrenamiento mínimo para su manejo e impunidad casi total. Las agencias policiales y de inteligencia de los Estados Unidos poseen informaciones fidedignas y suficientes respecto a los principales responsables. Si realmente quisiesen, podrían hacer abortar a tiempo esta nueva forma de terrorismo. Pero será imposible frenarla si los Estados Unidos no cumple el elemental deber de combatirlos. No se puede conceder solo a Cuba la responsabilidad de hacerlo. En breve cualquier país del mundo podrá ser víctima de tales actos.

Los demás puntos del mensaje secreto se referían a temas de interés recíproco, como el reinicio de los vuelos comerciales de los Estados Unidos hacia Cuba suspendidos desde el derribamiento de los Cessnas, dos años antes, o el agradecimiento de Fidel por el informe del Pentágono sobre la situación militar de la isla, según el cual “Cuba no representaba ningún peligro para la seguridad de los Estados Unidos”. Al final, Fidel manifestaba también su agradecimiento “por los comentarios hechos por Clinton a Nelson Mándela y Kofi Annan con relación a Cuba”. Antes que el escritor dejase el Palacio de la Revolución en La Habana, ya en posesión del sobre lacrado, Fidel le sugirió hacer a Clinton, “si las circunstancias fuesen propicias”, dos preguntas que, además, deberían parecer iniciativa de García Márquez y no del presidente cubano. El maratón

de las semanas siguientes acabaría rindiendo un detallado informe de cuatro mil palabras escrito por el premio Nobel de Literatura para Fidel Castro, con detalles de cómo se cumpliría la misión recibida. Al llegar a la pequeña Princeton el sábado 25 de abril, García Márquez telefoneó a Bill Richardson para informarle que su trabajo en la Universidad lo mantendría ocupado hasta el jueves día 30 y que, además, permanecería en Washington en espera de la audiencia del primero hasta el día 5 de mayo, cuando regresaría a la Ciudad de México donde vivía con su esposa, Mercedes. Al final de la llamada le pareció un buen momento comunicarle que llevaba “un mensaje urgente para el presidente Clinton”, sin revelar nada sobre su contenido o sobre la identidad del remitente.

Terminado el taller literario de Princeton, García Márquez fue recibido en Washington por una noticia desalentadora. Un asistente de Richardson lo llamó por teléfono para avisar que el presidente no podría recibirlo porque estaría en California hasta el día 6 de mayo, fecha en que Gabo ya debía haber regresado a México. Como alternativa, el funcionario le propuso que fuese recibido por Sam Berger, director del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, que estaba autorizado a recibir el mensaje en nombre de Clinton. Como la recomendación de Fidel era entregar el sobre solo al presidente, personalmente, el escritor prefirió sugerir otra solución: si la cancelación del encuentro se debía solo a la incompatibilidad de las fechas, él estaba dispuesto a prolongar su estancia y permanecer en Washington hasta que Clinton regresase. El funcionario prometió transmitir la propuesta a Richardson y terminó la conversación. Esta llamada dejó al escritor recluso y se reavivó la “sospecha funesta”. Los servicios de seguridad parecían estar maniobrando para que el mensaje fuese leído primero por ellos y solo después por el presidente de los Estados Unidos.

Tal como reveló en el informe personal a Fidel Castro semanas después, García Márquez no tenía prisa y podía esperar. Empeñado en terminar su autobiografía intitulada *Vivir para contarla*, aprovechó el ocio propiciado por la espera para trabajar. “Yo había escrito más de veinte páginas de mis memorias en el idílico campus de Princeton –le escribió a Fidel– y el ritmo no había decaído en el cuarto impersonal del hotel de Washington, donde conseguí escribir diez horas diarias”. La verdadera razón para permanecer días seguidos en el cuarto de hotel, sin embargo, era otra. El colombiano sentía “escalofríos de pánico” al pensar que en su ausencia la anticuada caja fuerte reinstalada dentro del armario pudiese ser abierta clandestinamente por alguien interesado en leer el contenido del sobre lacrado que había guardado allí. “La caja fuerte no inspiraba la menor confianza –argumentó– porque no era una combinación de números la que abría o cerraba su puerta, sino una llave que parecía comprada en un comercio cualquiera”. La paranoia lo obligó a pasar casi todo el tiempo encerrado: “Yo escribía, almorzaba, comía y recibía visitas en el cuarto, pero siempre atento a la caja fuerte”. Por teléfono solo hablaba lo esencial, convencido de que la línea estaba tomada. En las raras ocasiones en que dejaba el cuarto –generalmente cuando se cansaba de la comida del hotel y daba una rápida escapada hasta el pequeño y acogedor restaurante francés Provence–, el escritor llevaba la llave en el bolsillo y al regresar se cercioraba de que el sobre continuaba intacto, en la misma posición en que había sido colocado en la caja fuerte. Una de esas salidas fue para hacer una breve visita al caserón situado a tres kilómetros de la Casa Blanca donde está instalada la Sección de Intereses de Cuba en Washington. Con la ayuda del embajador Fernando Remírez, envió un mensaje cifrado a La Habana resumiendo lo que había ocurrido. Al finalizar el día, Remírez llevó al hotel la respuesta recibida de Cuba, en cuyo estilo García Márquez

identificó la autoría de Fidel Castro. El presidente cubano le hacía “la amable solicitud” de que permaneciese en la capital americana por el tiempo necesario para dar cumplimiento a la misión y le rogaba que fuese cuidadoso y no permitiese que Saín Berger se sintiese menospreciado por no haber sido aceptado como interlocutor. Y terminaba con la petición de que aprovecharse para “escribir mucho” mientras esperaba.

En la noche del lunes el escritor dejó el hotel para comer en la casa de su compatriota y amigo Cesar Gaviria, expresidente de Colombia y entonces Secretario General de la Organización de Estados Americanos. Informado aparentemente de la existencia del mensaje y de la identidad del remitente, pero no del contenido del sobre, Gaviria invitó también al mejor amigo de Clinton, Thomas Mack McLarty, que había dejado el cargo de consejero presidencial para América Latina, pero que continuaba trabajando como asesor del presidente en una sala del ala oeste de la Casa Blanca, a pocos pasos del Salón Oval. Antes que el americano llegase a su casa y sin aclarar cómo se había enterado del asunto, Gaviria ayudó a García Márquez a “colocar las cosas en su lugar”, según palabras de este. “Él me explicó que las precauciones de los asesores de Clinton eran normales por los riesgos políticos y de seguridad que implicaría para un presidente de los Estados Unidos recibir en sus propias manos, y por un canal irregular, informaciones tan delicadas”. Aunque fue, según sus palabras, “grata y fructífera”, la noche trajo para el escritor solo la promesa de McLarty de interceder con Clinton para que la audiencia fuese concedida lo más brevemente posible. El miércoles por la mañana, siempre utilizando el conducto anterior, García Márquez hizo otra pregunta a La Habana: Si el presidente decidiese no recibirlo y transfiriese la tarea para McLarty y Berger, ¿a quién de ellos debería entregar el sobre? Horas después supo que Fidel se inclinaba por McLarty, pero insistía en tener cuidado “de no

ofender a Berger”. El mensaje terminaba con una frase que Gabo describió como “la autorización más comprometedor” que le habían dado en la vida: “Confiamos en tu talento”. Ese mismo día atendió una llamada del gabinete de McLarty informando que sería recibido a la mañana siguiente en la Casa Blanca no por el presidente, sino por McLarty, a quien debía entregar el mensaje, y por tres directores más del Consejo de Seguridad Nacional, entre los cuales no estaría Sam Berger.

Puntualmente a las 11:15 de la mañana del miércoles 6 de mayo, conforme a lo programado, el asesor presidencial recibió al escritor con un abrazo y lo presentó a los otros tres directores, y propuso sentarse en el conjunto de sofás delante de su mesa de trabajo. Puso las manos sobre las rodillas y anunció con una sonrisa: “Estamos a su disposición”.

García Márquez comenzó aclarando que aquella no era una visita oficial, a lo cual los cuatro asintieron con la cabeza y relató brevemente el encuentro con Fidel, en el que había sugerido la idea de enviar la carta a Clinton. Sacó del bolsillo un sobre lacrado y lo entregó a McLarty, pidiéndole que lo leyese y de ser posible que comentase las notas mecanografiadas en inglés. Como ya conocía el texto del mensaje de memoria, el colombiano prefirió no llevar anotaciones escritas. Decidido a no confiar tanto en la memoria, tuvo el cuidado de anotar en una agenda electrónica las dos preguntas que Fidel pidió que le dirigiese a Clinton, “si las circunstancias fuesen propicias”, y que él se preparaba para transmitir a McLarty. Mientras leía silenciosamente el documento, el funcionario hizo dos pequeñas consideraciones: “¡Qué cosa tan terrible!” y “Tenemos enemigos comunes...”. Cuando el americano terminó la lectura y pasó el documento —seis hojas mecanografiadas a doble espacio— para sus colegas, García Márquez pensó que era el momento oportuno para hacer la primera pregunta sugerida por Fidel:

—¿Ustedes creen que sea posible que el FBI establezca contactos con sus homólogos cubanos para operar en una lucha común contra el terrorismo?

Antes que alguien respondiese, el escritor agregó lo que él llamó “una línea de mi cosecha”:

—Estoy convencido de que esta idea recibiría una respuesta positiva e inmediata de las autoridades cubanas.

Quien tomó la iniciativa para hablar fue Richard Clarke, quien, además de ser el director principal de asuntos multilaterales, era el asesor de Clinton para los temas relacionados con el terrorismo y el narcotráfico:

—La idea es muy buena, pero el FBI no participa en investigaciones cuyos resultados sean publicados en la prensa. ¿Será que los cubanos están dispuestos a mantener el asunto en secreto?

El escritor respondió con una de sus frases predilectas:

—No hay nada que le guste más a un cubano que guardar secretos.

El impacto de la propuesta opacó la segunda pregunta con la cual Fidel quería saber si la colaboración en materia de seguridad podría abrir caminos para la reanudación de los viajes de norteamericanos a Cuba, suspendidos hacía algunas décadas. La reacción desinteresada de los cuatro dejó a García Márquez convencido de que ellos “no tenían, no conocían o no querían revelar ningún plan inmediato en aquel sentido”. McLarty, que anotaba en un cuaderno todo lo que se hablaba,

desvió la conversación hacia el tema del terrorismo e informó que indicaría a la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana que preparase una propuesta, haciendo efectiva la idea de un trabajo conjunto entre los servicios de seguridad de los dos países para enfrentar el terrorismo. Tal como fue previsto, cuando la reunión llegó a los cincuenta minutos McLarty se levantó de la silla y extendió la mano al visitante: “Tu misión realmente era de gran importancia –se despidió– y tú indudablemente la cumpliste muy bien”. Un elogio que según Gabo sería relegado “a la gloria efímera de los micrófonos ocultos en los floreros de la sala”.

En el informe que envió a Fidel Castro, el escritor resaltó que en ningún momento de la reunión se habló de “reformas democráticas, de elecciones libres o de derechos humanos, ni de ninguno de los latiguillos políticos con que los norteamericanos pretenden condicionar cualquier proyecto de colaboración con Cuba”. García Márquez salió de la Casa Blanca seguro de que el sobre sería entregado por McLarty a Clinton “en el ambiente cómplice de una sobremesa”. La suerte estaba echada.



## XIII

Seis agentes del FBI llegan discretamente a La Habana y regresan a los Estados Unidos con un contenedor lleno de informes sobre las organizaciones de la Florida, producidos por orden de Fidel Castro



En la víspera del viaje de Gabriel García Márquez a Princeton, la familia González creció un poco más. Al final del día 24 de abril de 1998 Olga dio a luz a Ivette, una bebida linda y gordita de piel clara y cabellos negros, como los de la madre, y ojos verdosos como los de René. El parto de la niña ocurrió en el Jackson Memorial, el mismo hospital universitario de Miami en el que cuarenta años antes naciera Tony Guerrero, que continuaba viviendo con Maggie en Cayo Hueso y trabajando como plomero en la base aeronaval de Boca Chica. El embarazo se había desarrollado sin problemas y las únicas dificultades fueron de naturaleza financiera. La precaria calidad de los servicios públicos de salud de los Estados Unidos, que una década después sería denunciada en películas y conduciría a una importante reforma, llevó al matrimonio hacia los costos exorbitantes de la medicina privada. “En la primera consulta que hicimos a un hospital particular, antes de pedir nuestras identificaciones, nos pidieron la tarjeta de crédito”, recordaría Olga, que se espantó al ver que la recepcionista registraba la cantidad de 700 dólares, casi la mitad del presupuesto familiar de un mes. Por suerte uno de los alumnos de pilotaje de René era socio de una casa de salud privada, en la que Olga fue atendida gratuitamente durante el embarazo. Aquella no era la primera vez ni sería la última en que la pareja recurriese al “sociolismo”, neologismo usado por los cubanos, tanto los de la isla como los de Miami, para referirse a la red informal de ayuda recíproca. Y sería gracias a esa práctica que, tres meses después del nacimiento de Ivette, ellos consiguieron matricular a la niña sin costo alguno en una guardería infantil de

Kendall. Su condición de extranjera impedía a Olga disfrutar de derechos laborales, lo que la obligó a regresar al trabajo cuando la pequeña aún tenía pocas semanas de nacida. Como disponía de horarios más flexibles, René se encargaba de llevar a las niñas a la escuela y a la guardería por la mañana y de recogerlas nuevamente al final de la tarde. Durante la semana la madre solo tenía oportunidad de estar con las hijas por la noche cuando regresaba del Inglés Ahora y, la mayoría de las veces, encontraba a alguna de ellas o a ambas sumergidas en un profundo sueño. Además del lleva y trae, el marido compartía otras tareas domésticas como la de fregar, dar el biberón a Ivette y cambiar sus pañales.

Es en esa época que el Departamento de Seguridad del Estado cubano pone en marcha la operación que llevaría a Miami un refuerzo de los cuadros de la Red Avispa, debilitada desde febrero de 1996 por el regreso de Juan Pablo Roque a Cuba. La función del nuevo agente sería la de sustituir a Ramón “Oso” Labañino, uno de los tres lugartenientes de Gerardo Viramóntez. El grandulón había sido enviado a una “misión específica” –aparentemente la de aumentar la vigilancia de Orlando Bosch–. Desde julio de 1997 La Habana ya venía preparando la selección para la tarea. Sería Fernando González –sin parentesco con René, a quien ni conocía–, un habanero de treinta y cinco años, bigote y cabellos negros, piel clara y dueño de una biografía muy parecida a la del resto de sus colegas. Entró a la Unión de Jóvenes Comunistas cuando tenía diecisiete años y a los veintitrés se alistó como voluntario para luchar en Angola, donde pasó dos años como piloto de tanques y de donde regresó condecorado y admitido como miembro del Partido Comunista de Cuba. Igual que Gerardo Viramóntez, a quien tampoco conocía, cursó relaciones internacionales en la Universidad de La Habana y aspiraba a seguir la carrera diplomática. Las informaciones ofrecidas por

su mujer, la economista Rosa Aurora –una simpática rubia de ojos azules– y la biografía oficial de Fernando, proporcionada por organismos del Gobierno cubano, coinciden en una afirmación. Las dos fuentes dicen que en el período de 1989, al finalizar su jornada angolana, hasta 1998, cuando se mudó para Miami, participó en misiones económicas y diplomáticas en países capitalistas como parte del esfuerzo de Cuba en buscar socios comerciales que superasen el vacío dejado por el fin de la URSS. La correspondencia de los agentes de la Red Avispa con La Habana, mientras tanto, permite entrever que la llegada de él a Miami fue precedida de gran expectativa por el grupo que ya se encontraba en los Estados Unidos. En los mensajes en los que era tratado como “el famoso Vicky” –uno de los nombres de guerra que adoptaría– nada indica que la referida fama viniese de su trabajo como diplomático o intermediario de mercados comerciales. En el conjunto de papeles acumulados por el FBI sobre la Red Avispa, por el contrario, se asegura que antes de mudarse para Miami, Fernando había vivido clandestinamente en Fayetteville, en Carolina del Norte, ciudad en que la policía norteamericana sospechaba que “era muy probable que intentara aproximarse a las instalaciones militares existentes allí”. En vísperas de viajar a la Florida, Fernando envió un mensaje a Key West presentándose a Tony Guerrero:

Hermano: cuando leas este documento, ya nos habremos conocido personalmente. Estoy muy orgulloso de la calidad operacional y humana de compañeros que, como tú, están realizando misiones en el territorio enemigo para que nuestras familias y nuestro pueblo en general puedan dormir en paz.

Por el plan concebido en Villa Marista, al mudarse para Miami Fernando pasaría a ser llamado Rubén Campa. No se trataba de un nombre falso escogido al azar. Tal como sucedió

con Gerardo Viramónitez, cuya fachada había sido montada sobre la base de documentos falsos de un americano que había muerto en la infancia, el verdadero Rubén Campa nació en California en septiembre de 1965 y falleció siete meses después. Solicitado por los agentes cubanos en la notaría en la que el bebé había sido registrado, el certificado de nacimiento de Campa posibilitó el montaje de toda la documentación que sería utilizada por Fernando en los Estados Unidos. En el intercambio de correspondencia con Cuba sería identificado por los alias “Vicky”, “Oscar”, “Camilo” e “Hipólito González”.

Un verano agitado esperaba al nuevo agente cubano en la Florida. A finales de mayo, informaciones enviadas por la Red Avispa permitieron a Cuba interceptar una lancha procedente de la Florida, cuya tripulación pretendía descargar en el litoral de Minas de Matahambre, en la provincia de Pinar del Río, un cargamento de armas y municiones. En la embarcación fueron incautados cuatro fusiles de asalto, tres norteamericanos y uno fabricado en China, dos escopetas 12, dos pistolas Magnum y una Makarov, una ballesta de alta potencia con veinte flechas de acero, seis mil balas y cartuchos, dos trajes de camuflaje, diez máscaras del tipo “ninja”, cantimploras, alimentos enlatados, medicamentos para primeros auxilios, un radio transmisor, un teléfono celular conectable vía satélite, tres paquetes que contenían pesos cubanos falsos, botes salvavidas inflables, paquetes de panfletos con incitaciones contra el Gobierno cubano y un conjunto de cartas náuticas de la costa norte de Cuba. Al ser hechos prisioneros, los tripulantes Ernestino Abreu Horta y Vicente Marcelino Martínez Rodríguez, ambos exiliados cubanos residentes en Miami, afirmaron que pretendían entregar el pequeño arsenal a grupos opositores internos. A mediados de junio, también informada por la Red Avispa, la policía cubana hizo prisionero a otro mercenario centroamericano recurrente. Al intentar entrar en la isla junto con un grupo de

turistas de Guatemala, el salvadoreño Otto Rodríguez Llerena fue capturado cuando transportaba dos detonadores, dos calculadoras-despertadores Casio y medio kilo de explosivo C-4: 128 gramos camuflados en un tubo de champú, 112 gramos en un tubo de desodorante, 67 gramos dentro de un tubo de pasta de dientes y 209 gramos ocultos en los tacones de los zapatos. En agosto del año anterior, Llerena había conseguido huir de Cuba después de causar una explosión en el *lobby* del hotel Meliá Cohíba, en La Habana. Durante los interrogatorios, el mercenario confesó que había sido reclutado y patrocinado por Ignacio Medina, que no era otro sino Luis Posada Carriles.

El 16 de junio, una semana después del encarcelamiento de Rodríguez Llerena, un *jet* ejecutivo aterrizó en una de las pistas no comerciales del aeropuerto José Martí, en La Habana, fuera del alcance de las miradas de transeúntes y pasajeros. El avión había despegado de Washington y llevaba a bordo a un director del FBI, los oficiales de inteligencia Agustín Rodríguez y Thomas Mohanal, un coronel del Ejército americano y dos peritos de contraterrorismo. La presencia de la insólita delegación en el suelo cubano era la primera consecuencia de la operación desencadenada dos meses antes en la Casa Blanca por Gabriel García Márquez. Durante los cinco días que pasó en Cuba, bajo estricto secreto, el grupo frecuentó solamente tres direcciones: el edificio de la Sección de Intereses de los Estados Unidos, donde todos se hospedaron; las instalaciones de Villa Marista y el edificio de siete pisos decorado con una silueta gigante del Che Guevara, en la Plaza de la Revolución, sede del Ministerio del Interior.

Como probablemente nunca había ocurrido desde el triunfo de la revolución en 1959, los agentes americanos pudieron entrevistarse sin ningún testigo por parte de los cubanos con los prisioneros mercenarios. Además de esto, en el corto período en que permanecieron en La Habana, los hombres del FBI

tuvieron acceso a un pequeño contenedor repleto con ciento setenta y cinco carpetas, cinco casetes de audio, y ocho de video con declaraciones de los terroristas presos y dieciséis horas de transcripciones de conversaciones telefónicas entre los centroamericanos y sus reclutadores, con lo que quedaba comprobada la relación de ellos con Posada Carriles y la de este con los dirigentes de la Fundación Nacional Cubano-Americana. Una copia de todo el material ya estaba empaquetada y lista para ser llevada por el grupo a los Estados Unidos.

En la montaña de documentos ofrecidos por Cuba a los americanos, sesenta carpetas contenían detalladas fichas personales de los cuarenta exiliados –calificados como “terroristas de origen cubano”–, directamente involucrados en la planificación o la ejecución de los atentados, con nombres, afiliaciones, alias, direcciones personales y profesionales, datos biomédicos y formas de organización de cada uno; y otras cincuenta carpetas guardaban informaciones y copias de documentos que seguían la pista de los recursos proporcionados por la FNCA a diferentes grupos de la Florida para realizar acciones terroristas contra Cuba. El material comprendía también un voluminoso portafolio con fotografías del armamento, de los explosivos y de los equipos aprehendidos en cada acción. Buena parte de las informaciones del *dossier* que Fidel Castro ordenó hacer era resultado, como el propio presidente cubano haría público meses después, de los ocho años de trabajo de la Red Avispa en los Estados Unidos. Antes de embarcarse de regreso a su país, los directores del FBI dijeron estar impresionados con la abundancia de pruebas acumuladas y prometieron dar alguna respuesta en pocas semanas.

El personaje más citado en la cantidad de papeles entregados por los cubanos al FBI no parecía preocupado en ocultar su responsabilidad en la organización y financiamiento de la campaña terrorista contra Cuba. Quince días después del viaje

secreto de los agentes americanos a La Habana, Luis Posada Carriles concedió una extensa entrevista a los periodistas Larry Rohter y Ann Louise Bardach, publicada en dos ediciones del *The New York Times*. El trabajo de los dos reporteros fue precedido de la realización de más de cien entrevistas y de investigaciones en archivos de la CIA y del FBI. Localizado en algún país de América Central, Posada confesó, en trece horas de declaraciones grabadas, haber organizado la campaña de atentados terroristas contra centros turísticos en Cuba; indicó a la FNCA como financiadora de todo y aseguró que Jorge Mas Canosa, su presidente, supervisaba personalmente el flujo de dinero y el apoyo logístico de las operaciones. “Mas Canosa controlaba todo –declaró a la prensa–. Siempre que yo necesitaba dinero, él daba las órdenes para que me hiciesen el envío, que venía en grupos de 5.000,10.000 y 15.000 dólares”. En el momento en que admitió ser el financiador de Raúl Ernesto Cruz León para la colocación de las bombas en los hoteles de La Habana, los periodistas le preguntaron qué sentía con relación al italiano Fabio di Celmo, muerto en el atentado al hotel Copacabana. Posada respondió que el turista “estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada”. Sometido a juicio años después, el cubano interrumpió la conversación y alegó que su poca desenvoltura en el inglés tal vez hubiera provocado que los periodistas confundiesen las palabras.

La delegación americana aún estaba en Cuba cuando Fernando, debidamente disfrazado de Rubén Campa, llegó a Miami de regreso de un viaje que comenzó en La Habana, pasó por Cancún e hizo una escala en el Punto M-2, como era conocida la capital mexicana en la jerga profesional de los agentes. Sin que él lo supiese, ya estaban esperándolo en el aeropuerto los agentes del FBI Joseph Hall, Alex García y Ángel Berlinghieri, encargados de seguirlo permanentemente a partir de aquel instante. No hay indicios de que Fernando

haya realizado algún trabajo de campo, como infiltrarse en organizaciones o producir informes sobre militantes anticastro. A juzgar por las informaciones ofrecidas por Cuba y por los documentos interceptados por el FBI, su tarea se limitaba a recolectar, organizar y enviar a Gerardo Viramóntez el material producido por el grupo. En los contactos iniciales que hizo con cada uno de los agentes que pasarían a responder ante él, intentó no atenerse solo a las cuestiones profesionales, sino que manifestó interés en saber si todo estaba bien en sus vidas personales. En realidad, para la mayoría de los exiliados la mudanza de Cuba para la Florida no provocaba grandes choques culturales. “Los cubanos que huyeron de la revolución desarrollaron en Miami hasta una industria de la nostalgia”, diría el escritor Norberto Fuentes, él mismo un exiliado, en su libro *La autobiografía de Fidel Castro*. “Venden antigüas postales de Cuba, imprimen listas telefónicas de los años 50 y reeditan números atrasados de la revista *Bohemia* —escribió Fuentes—. Fabrican las mismas marcas de cerveza y refrescos, y bautizan los restaurantes con los nombres que tenían en la capital cubana”.

La rutina de los catorce miembros de la Red Avispa era muy parecida: participar de grupos anticastro y mantener el trabajo que respaldaba la fachada. Como la actividad de las organizaciones era mayor los fines de semana, quedaba muy poco tiempo para el placer o para la vida familiar. Amarilys Silverio, “Julia”, por ejemplo, enfrentaba una jornada de trabajo de diez horas diarias como recepcionista de la clínica médica Peñalver, en la Pequeña Habana; y, además, dedicaba los sábados a las reuniones de Alpha 66, organización responsable de varios atentados terroristas contra Cuba, y de cuyo dirigente, Andrés Nazario Sargén, recibió un libro de memorias con un cariñoso autógrafa.

La vida cotidiana del grupo para nada recordaba el *glamour* y la sofisticación vividas por los agentes secretos de las películas de espionaje. Incluso Giro, el jefe del equipo, con frecuencia se vio obligado a abandonar disquetes, *beepers* y “pitorres” para intentar vender sus caricaturas a los periódicos de la ciudad y, más de una vez, se quejó de la miseria que recibía por el trabajo: “Es muy raro que el *Miami Herald* compre caricaturas de artistas que no trabajan ahí —escribió en un informe enviado a La Habana— y aun así pagan a lo sumo 100 dólares por diseño publicado”. A pesar de enfrentar semejantes dificultades, René consiguió estabilizar su vida aun con un bajo presupuesto y con la familia ampliada por la llegada de Ivette. Los recuerdos que Irmita guardaría de ese período no podrían ser mejores. “René volvió a ser el mismo padre de mi infancia, que se sentaba conmigo para conversar y me llevaba al cine con mis amigas”, ella recordaría ya adulta. “Y como yo era muy desorganizada, limpiaba mi cuarto y el baño y me ayudaba a mantener mis cosas personales siempre en orden”. Cuando Ivette cumplió cuatro meses, Olga consiguió hacer un arreglo de manera que pudiese salir los viernes más temprano. Esto le permitía, por lo menos ese día de la semana, recoger a las niñas en la escuela y en la guardería, y disfrutar de la compañía de ellas por un poco más de tiempo. El 11 de septiembre ella salió de la oficina al final de la tarde, recogió a sus hijas y llegó al apartamento de Kendall comenzando la noche. Para sorpresa de las tres, René las estaba esperando; algo poco común en las noches de viernes, horario en que él acostumbraba a frecuentar reuniones del grupo Democracia. Terminada la cena y después de ayudar a la hija mayor a hacer las tareas de la escuela, el padre se acostó en el sofá reclinable que durante la noche se convertía en la cama de Irmita y comenzó a jugar con las dos niñas. Sentada a su lado, Olga estaba fascinada con la escena e hizo algunas fotos

de los tres con la pequeña cámara que el matrimonio usaba para registrar el crecimiento de las hijas.

A aquella misma hora los hombres que pondrían fin a la tranquilidad de los González y de los demás miembros de la Red Avispa se reunían a pocos kilómetros del apartamento de Kendall. Eran doscientos policías, algunos usando uniformes y botas negras, otros de traje que se apretujaban en el auditorio del enorme edificio en que funciona la sede del FBI en la Florida. Comandada personalmente por Héctor Pesquera, un puertorriqueño fuerte, de barba y cabellos blancos, que en mayo de aquel año asumiera la dirección del organismo policial en el Estado, el grupo formado por agentes del FBI y policías de la SWAT, hombres y mujeres, recibía las instrucciones finales para una operación como hacía tiempo no se veía en Miami.

Puntualmente a las cinco y media de la mañana Olga fue despertada por el ruido seco y rítmico de las hélices de un helicóptero que oscilaba en el aire delante de las ventanas del apartamento, bañando su interior con la intensa luz azulada que provenía de un reflector instalado en el aparato. Antes que el marido, las hijas y ella consiguiesen entender lo que estaba ocurriendo, la puerta de entrada fue derrumbada con estruendo. Un número indeterminado de personas armadas, entre diez y quince hombres, según los recuerdos de René, Olga e Irmita, invadió el pequeño apartamento. En medio de la gritería de las pequeñas, los policías —algunos con cascos y con el rostro cubierto con máscaras del tipo “ninja”— entraron al cuarto de la pareja, sacaron a René de la cama y lo echaron de bruces sobre el suelo con las manos esposadas a la espalda. Bajo la mira de las armas de los demás, el agente Mark d’Amico —a quien René se referiría después como “un hombre cortés y respetuoso”— se inclinó, sacó del bolsillo un pedazo de papel y, como las personas estaban habituadas a ver en las

películas, leyó las primeras líneas de la llamada Ley Miranda, conocida también como “Ley del Derecho al Silencio”: “Usted queda detenido por espionaje contra los Estados Unidos. Tiene derecho a permanecer callado y a solicitar la presencia de un abogado. Todo lo que diga a partir de ahora puede ser usado en su contra”.

En el mismo momento en que la casa de Olga y René era invadida, otros trece grupos de oficiales del FBI y policías de la SWAT realizaban operaciones idénticas e igualmente aparatosas en doce direcciones de la Florida. Entre los miembros del comando que ocupó la pequeña casa de Tony y Maggie, en cayo Hueso, la americana se asustó al ver a un hombre que se hacía pasar por un cubano exiliado —que en los últimos meses se había convertido en cliente fijo de sus masajes— y cuyo verdadero nombre era Jorge Quesada, agente especial del FBI. La ocupación del apartamento donde Gerardo Viramóntez vivía, en Sunny Isles, al este de Miami, fue comandada por Pesquera, coordinador de toda la operación. En tres direcciones la policía no encontró a nadie. Por pura casualidad, a aquella hora aún no habían llegado a la casa los agentes cubanos Ricardo “Horacio” Villarreal, Remigio “Marcelino” Luna y Alberto Manuel Ruiz, conocido como “Miguel” y “A-4”. A las siete de la mañana del sábado, la Red Avispa dejó de existir. Las primeras autoridades en ser informadas del resultado de la operación por Pesquera no fueron su inmediato superior Louis Joseph Freeh, director general del FBI, ni la secretaria de Justicia Janet Reno, que había autorizado las invasiones, sino los diputados cubano-americanos Lincoln Díaz-Balart e Ileana Ros-Lehtinen.

Todos los prisioneros fueron llevados para el Centro de Detención Federal, un presidio-espigón de veinte pisos en Miami Downtown; un agitado centro comercial de la ciudad donde diariamente se amontonaban miles de turistas extranjeros en la búsqueda de productos electrónicos. Olga y sus hijas

permanecieron en la casa, sin esposas, pero vigiladas todo el tiempo por un policía con el arma en la mano, mientras que los otros registraban cada centímetro del apartamento en busca de pruebas que justificasen la acusación. Libros, objetos de decoración y hasta los juguetes de las niñas, nada parecía escapar de la búsqueda. Cualquier objeto que pudiese ser considerado como una evidencia era guardado en sacos negros de lona. Cuando una de las policías que participaba de la revisión se acercó al estante donde fue colocada la cámara fotográfica la noche anterior, Olga la siguió con la mirada, respirando aliviada al ver que la agente no se interesó por la cámara, dejándola en el mismo lugar. Las fotos de René con las hijas estaban a salvo.

Solo al final de la tarde el equipo dio la búsqueda por terminada y dejó el apartamento, llevando los sacos con el material recogido, que incluía hasta cuchillos de cocina retirados de una gaveta. Policías armados permanecieron en el local, uno dentro de la casa, vigilando a Olga y a las niñas; dos en la puerta del apartamento y dos más a la entrada del edificio, en la planta baja. Simulando tranquilidad, Olga acariciaba y confortaba a las hijas en voz baja y las únicas veces que se dirigió al policía fue para pedirle autorización para coger alimentos para las hijas en el refrigerador de la cocina. Ir al baño o cambiar los pañales de Ivette en el cuarto de la pareja solo era posible en compañía de una policía. En determinado momento el agente que custodiaba a las tres le preguntó si podía usar el único baño de la casa, cuya puerta daba para la sala en que ellas se encontraban. Olga asintió con la cabeza y el policía le pidió al que hacía la guardia en el pasillo que estuviese atento mientras él orinaba. Pasados algunos minutos, la madre y las hijas oyeron la descarga del inodoro. El policía movió el picaporte de un lado para otro, pero la puerta no se abrió. Lo movió de nuevo para un lado y para el otro, primero con calma y después con perceptible nerviosismo, y nada, la puerta continuaba

cerrada. Irmita le dijo a la mamá que iría a enseñarle al policía cómo mover el picaporte correctamente, pero Olga le susurró al oído: “No, no. Espera un poco, deja que pase un poco de susto allá dentro”. Al darse cuenta de que aquel hombre enorme, metido en botas y mono negros, cargando en las manos un fusil amenazador, estaba preso en un vulgar baño, Olga e Irmita estallaron en carcajadas incontrolables. Atraído por el ruido de las risas y por el trac-trac desesperado del agente intentando abrir la puerta, el hombre del pasillo entró en la salita queriendo saber lo que estaba ocurriendo. Olga permitió por fin que la hija le explicase al policía preso en el baño cuál era el truco para abrir la puerta: bastaba empujar el picaporte un poquito para el frente y ya. Al sentarse de nuevo junto a su madre, la pequeña parecía orgullosa por haber ayudado a liberar a su carcelero.

Ya era de noche cuando aparecieron dos hombres de traje y corbata que se identificaron como agentes del FBI. Con una grabadora encendida y haciendo anotaciones en blocs de papel, le revelaron que el marido formaba parte de una red de espionaje del Gobierno de Cuba –“algo que usted debe saber muy bien”– y que, además de él, nueve agentes habían sido hechos prisioneros. “Hemos venido aquí para preguntarle si usted quiere colaborar con el Gobierno de los Estados Unidos –le dijo uno de los policías, en tono amenazador–. Una de sus hijas es ciudadana americana, pero usted y la mayor son residentes, pueden ser deportadas en cualquier momento”. Olga no pareció asustarse con la amenaza de chantaje y respondió que no haría nada antes de ver a su marido y cerciorarse de que estaba bien. Al darse cuenta de que no conseguirían ninguna información útil, los agentes le dijeron que no sería autorizada a hablar con René, pero podría verlo a distancia el lunes, en el edificio de la Corte Federal de Miami, cuando los prisioneros fuesen llevados ante la justicia.

Después de ser sacados de sus casas en aquella madrugada, los cubanos fueron colocados en celdas separadas del Centro de Detención. Tal como habían salido de la cama, sin lavarse la cara, peinarse o cepillarse los dientes, los diez pasaron el sábado y el domingo sometidos a las llamadas “entrevistas de convencimiento”: los presos que aceptasen la imputación de espionaje y se dispusiesen a denunciar a los demás miembros de la Red Avispa tendrían las penas substancialmente reducidas y, cuando fuesen liberados, entrarían en los programas de delación premiada y de protección a testigos. Todos fueron alertados por los interrogadores del FBI del hecho de que en los Estados Unidos el crimen de espionaje era castigado con la pena de cadena perpetua. La mitad del grupo capituló. Antes que el sol del lunes naciese, Alejandro “Franklin Alonso y las parejas Linda-Nilo Hernández y Amarilys-Joseph Santos ya habían traicionado a sus compañeros y hecho el acuerdo con la fiscalía. Los cinco restantes, Gerardo Viramóntez Hernández, Ramón “Oso” Labañino, Fernando “Rubén Campa” González, Tony Guerrero y René González rechazaron las ofertas de negociación, negaron ser espías en los Estados Unidos y se declararon dispuestos a afrontar los riesgos como consecuencia de sus actos. Gerardo, Ramón y Fernando aún continuarían, por varios meses, manteniendo las respectivas fachadas. En su “entrevista de convencimiento”, dirigida personalmente por Héctor Pesquera, Gerardo tuvo oportunidad, por segunda vez, de revelar las dotes de su memoria. Durante horas seguidas recitó y repitió direcciones, números de teléfono y nombres relacionados con el período en que, supuestamente, había vivido en Puerto Rico. No se trataba de una tarea fácil, ya que Pesquera era un puertorriqueño que había pasado toda su vida en San Juan, pero Gerardo no dejó ni una sola pregunta sin respuesta. El domingo en la noche el director del FBI se dio por vencido con un puñetazo en la mesa:

¿Continúas insistiendo en que eres puertorriqueño y no cubano? Entonces prepárate para pasar el resto de tu vida aquí dentro. Te vas a podrir en esta celda porque el Gobierno de Cuba jamás moverá una paja por un espía de Puerto Rico.

El lunes en la mañana la entrada del edificio de la Corte Federal era un hervidero. En el tribunal, separado solo por un jardín del Centro de Detención Federal, donde los diez cubanos estaban presos, militantes de las organizaciones anticastristas se disputaban con los periodistas un lugar en el pequeño auditorio de la sala del tribunal, en la cual los diez serían presentados ante la jueza Joan Lenard. Olga, una de las primeras en llegar acompañada de la hija mayor, fue abordada por el dirigente de un grupo anticastrista que se acercó a ella con un aire aprensivo:

—¿Tú conoces a un sujeto llamado Manuel Viramóntez?

Ella le respondió que no, que nunca había oído mencionar ese nombre.

—No quiero asustarte, pero un periodista me dijo que René está implicado con un espía puertorriqueño llamado Manuel Viramóntez.

Con el pretexto de garantizar un buen lugar, Olga terminó la conversación y se sentó con Irmita en la primera fila de sillas. Mientras esperaban por la jueza, cuatro oficiales grandulones vestidos con pantalones grises, traje azul-marino, corbata y llevando en el bolsillo del saco un escudo con la inscripción “US Marshals” circulaban por el salón, fiscalizando el cumplimiento de las estrictas normas de funcionamiento del tribunal, en el cual era prohibido hablar en voz alta y usar grabadoras, cámaras fotográficas o de grabación. Los periodistas y las

estaciones de televisión que deseasen escenas de la audiencia tendrían que comprar los diseños de Jeanne Boggs, la vieja diseñadora oficial de la Corte que, a pesar de sentarse a pocos pasos de los inculpados, usaba inexplicables binóculos para realizar su trabajo. A un periodista le llamaron la atención por colocarse los espejuelos encima de la cabeza mientras hacía anotaciones en un bloc de papel —una ley del siglo XIX prohíbe el uso, en un recinto de la Corte, de “sombreros, gorras o cualquier otro adorno”—. A las nueve de la mañana un oficial tocó la campana y anunció por micrófono la llegada de la jueza: “Su excelencia, la jueza Joan Lenard”.

El público se levantó al entrar Lenard, una mujer joven, de cabellos negros, ojos claros y semblante reservado. Se sentó en una silla de espaldar alto, encendió el micrófono y, sin ningún preámbulo, leyó con voz solemne el pedazo de papel que el oficial colocó encima de su mesa: “Los Estados Unidos de América contra Rubén Campa y otros. Ordeno a los oficiales que hagan entrar a los acusados”.

Solo entonces se supo que entre los “otros” se encontraba Juan Pablo Roque que, por estar ausente, sería juzgado *in absentia*. Un murmullo del público rompió el silencio cuando la puerta a la izquierda de la mesa de la jueza se abrió para que los diez presos entrasen al salón. Acompañados por un grupo de oficiales, usando también pantalón gris y blazer azul, los prisioneros tenían las manos esposadas a las espaldas y los pies apresados por cadenas que los obligaban a caminar paso a paso, lentamente. A excepción de Gerardo y sus dos asistentes, ninguno de los otros jamás había visto a alguno de los otros prisioneros. Todos usaban uniformes de color naranja y tenían una apariencia horrible, ya que la única higiene personal que se les permitió desde que habían sido hechos prisioneros fue la de lavarse los dientes. Tenían ojeras oscuras, los cabellos desgreñados y estaban sin afeitarse. “Aquellos hombres de rostro

sudado y apariencia de delincuentes”, diría el conservador diario *El Veraz*, de Puerto Rico, al día siguiente, “provocaban una mezcla de miedo y de risa en el público”. Cuando René entró en el salón, Irmita rompió la solemnidad del ambiente, levantó el pulgar, haciendo una seña de positivo y gritó, provocando un visible malestar en los oficiales:

—¡Papá! ¡Papá!

Los guardias que habían acompañado a los prisioneros hasta allí le quitaron las esposas y las cadenas que prendían sus pies, permitiendo que se sentasen. Además de René, de todos los prisioneros, solamente Tony tenía un familiar entre el público: su compañera, la americana Maggie Becker, presente en la primera fila de la sala. Aquella sería la audiencia más corta de todo el juicio y se resumiría a la presentación de los acusados, a la lectura de los crímenes que les eran imputados y al anuncio de los nombres de los responsables por la acusación y de los abogados de oficio escogidos para defender a cada uno de ellos. El grupo era acusado de “conspiración por espionaje”, “actuación como agentes extranjeros sin registro ligado al Gobierno americano”, “falsificación de documentos” y “perjurio al llenar los formularios del Servicio de Inmigración”. La acusación quedaría a cargo de la fiscal-jefe Caroline Heck Miller y de sus asistentes David Buckner, Guy Lewis y John Kastrenakes.

Gerardo sería defendido por Paul McKenna; Ramón, por William Norris; Tony, por Jack Blumenfeld; René, por Philip Horowitz; y Fernando, por Joaquín Méndez. Los tres primeros aún continuaban siendo tratados por sus respectivos alias, Manuel Viramóntez, Luis Medina y Rubén Campa. Por mera formalidad jurídica, la jueza anunció también los nombres de los abogados encargados de la defensa de los cinco restantes, beneficiados por el acuerdo que habían hecho con la fiscalía y con el FBI. Por ser considerado fugitivo, Juan Pablo Roque no tuvo derecho a un defensor.

El único cubano-americano del grupo de abogados nombrado por la jueza era Joaquín Méndez, un cincuentón flaco, de rostro seco y un chivo grisáceo, que había emigrado con la familia para Miami poco después de derrocado el gobierno de Batista. La información de que había sido escogido para defender a un agente de inteligencia acusado de espionaje pro-Cuba se convertiría en un conflicto de conciencia. Méndez temía molestar al padre, un octogenario que había huido de Cuba y nunca había dejado de ser un fuerte anticastrista, aun cuando no concordaba con las acciones violentas de los grupos de Miami contra el gobierno de su país. Aunque la legislación americana permita que un abogado de oficio se niegue a defender a un acusado siempre que presente a la Corte justificaciones plausibles, Méndez prefirió enfrentar el problema de manera objetiva: consultarlo con el viejo. El mismo día que recibió la notificación fue a visitar a su padre y le contó lo ocurrido. El anciano, que sabía de las detenciones por la prensa, reflexionó algunos minutos y le preguntó al hijo si los agentes presos actuaban en los Estados Unidos por dinero. “No, señor”, le respondió Méndez. “Ellos afirman que estaban aquí para proteger a Cuba”. El padre dio por terminada la conversación con cuatro palabras: “Entonces acepta la causa”. Diez años después, bebiendo un mojito en el bar del Gato Tuerto, durante un viaje a La Habana, el abogado recordaría el episodio con una sonrisa. “Aquel día yo descubrí –diría Méndez– que mi papá detestaba a Fidel Castro, pero abominaba a los mercenarios”.

No eran aún las diez de la mañana cuando la jueza Lenard finalizó la audiencia. Esposados y encadenados nuevamente, los prisioneros fueron retirados del tribunal y llevados de regreso, con una fuerte escolta, al Centro de Detención Federal, del otro lado de la calle. El grupo que se encontraba a la puerta del edificio antes de la apertura de la sesión se había convertido en

una pequeña multitud de periodistas, curiosos y de grupos anticomunistas cargando carteles y gritando consignas contra Fidel Castro, el comunismo y la Revolución cubana. Un vendedor de periódicos circulaba entre las personas, pregonando la edición extra de uno de los diarios editados en español en Miami, que contenía un amplio reportaje sobre los “cinco espías”. Entre otras informaciones, el diario publicaba una entrevista hecha aquella mañana al inmigrante ruso Henry Reizman, administrador del edificio y propietario del apartamento alquilado por Gerardo:

El señor Viramóntez era un inquilino muy agradable, un caballero que andaba siempre bien vestido, mantenía el apartamento siempre limpio y ordenado, y nunca lo vi borracho o cosa parecida [declaró al diario]. Él llevaba una vida modesta, siempre intentando vender sus diseños. Acostumbraba a atrasarse en el pago del alquiler hasta una semana, pero siempre pagaba [Reizman seguía convencido de que Gerardo era de Puerto Rico]: No creo que ese hombre sea espía, el FBI debe estar equivocado. El Viramóntez que yo conocí no puede ser cubano. Yo detesto a los cubanos y sé distinguir muy bien a un cubano de un puertorriqueño.

Al coger el carro en el estacionamiento, después de la audiencia, Olga se dio cuenta de que era seguida y grabada por un equipo de reportaje del canal 23, que la perseguiría hasta la puerta de su edificio en Kendall, cuya entrada también estaba tomada por periodistas. Sin responder a ninguna pregunta, subió apresuradamente los cuatro pasos de la escalera, siempre tomada de la mano de Irmita y, al llegar a la casa, vio que habían dibujado con un espray una hoz y un martillo, símbolos del comunismo, en la puerta de su apartamento. Aún conmovida con todo lo que había ocurrido, Olga intentó tener calma y poner las ideas en su lugar. Sin saber qué nuevas sorpresas el destino le reservaba, llegó a la conclusión de que lo más urgente en aquel momento era asegurar la sobrevivencia

de las hijas y de ella misma en lo adelante –o sea, garantizar la permanencia en el empleo–. Las oportunidades de continuar en el trabajo de televentas eran mínimas, ella lo sabía. A fin de cuentas no había motivos para suponer que un exiliado cubano como el dueño del Inglés Ahora aceptase mantener como funcionaria “a la mujer de un espía pro-Castro”. Para su sorpresa, sin embargo, el patrón reaccionó con inesperada comprensión. “Tú no has sido encarcelada, ni acusada de nada, por tanto para mí eres una madre que necesita mantener dos hijas”, le dijo él, para finalizar en un tono de complicidad: “Yo también tuve problemas con el FBI y sé lo torpe que es esa gente. Puedes regresar al trabajo inmediatamente”.

Cuando fueron retirados del tribunal, los prisioneros no regresaron a las celdas comunes del Centro de Detención Federal, sino que fueron llevados para el 12.º piso, donde se encuentra el Special House Unit o Unidad de Alojamiento Especial, que la población carcelaria conocía como “The hole”, El Hueco, nombre que provocaba escalofríos de miedo hasta en los prisioneros considerados perdidos. Aquel piso del edificio abrigaba algunas decenas de solitarias de cuatro metros de largo por dos de ancho, en los cuales había unas losas cubiertas por una colchoneta, en la que el prisionero dormía, una mesita de concreto soldada a la pared, un banquito de hierro fijo al suelo, una taza de inodoro y una pila. La única luz natural venía de una ventana vertical de quince centímetros de ancho por cincuenta de largo, en lo alto de la pared, cerrada por un grueso vidrio blindado –seguridad innecesaria, ya que ni un bebé conseguiría escapar por aquella abertura tan estrecha–. Cuando tenía que dejar el cubículo, el prisionero estaba obligado a agacharse de espaldas a la puerta y meter las manos en la hendidura para que, del lado de afuera, el carcelero pudiese atar sus manos con la temida *black box*. A diferencia de las esposas tradicionales, unidas una a la otra por una cadena

de dos o tres eslabones, que permiten dar a las manos algún movimiento, la *black box*, como su propio nombre indica, es una caja de metal negra del tamaño de una de cigarros, de cuyos extremos salen las dos argollas para las muñecas. Después de cerrada, la *black box* impide cualquier movimiento, lo que ocasiona calambres y dolorosas contracciones musculares al prisionero. Fue en este infierno, rodeado de edificios de lujo, en el corazón de Miami Downtown, que Gerardo, Fernando, René, Tony y Ramón pasaron los diecisiete meses siguientes al encierro.

En ese período Olga solo consiguió ver al esposo dos veces. La primera, quince días después del encarcelamiento; no permitieron que las hijas la acompañasen a la visita, lo que la obligó a dejar a Irmita cuidando a Ivette dentro del carro, parado en un parqueo público. Conducida por un agente carcelario al último piso del edificio, Olga fue llevada a una salita minúscula, dividida al medio por una pared, cuya parte inferior era de ladrillos y la superior de cristal blindado, en el cual un conjunto de huequitos posibilitaba que el prisionero se comunicase con la visita. Minutos después se abrió la única puerta de la otra mitad del cubículo por la que René entró. Como en la audiencia en el tribunal, vestía el mismo uniforme anaranjado, tenía los pies encadenados uno al otro y las manos atadas a la espalda por una *black box*. Cerrada la puerta de hierro, él se agachó de espaldas y metió las manos en la ventanita rectangular para permitir que la caja negra fuese abierta por el carcelero desde afuera y liberase sus manos. Ambos necesitaron hacer un gran esfuerzo para aguantar las lágrimas. Como la visita era solo de quince minutos, el tiempo tuvo que ser aprovechado para tratar pequeñas medidas familiares y de cosas prácticas, como la reacción de las niñas ante todo aquello y la conservación del trabajo en la Inglés Ahora. René le contó que la policía y la fiscalía continuaban insistiendo para que él

llegase a un acuerdo, siguiendo el ejemplo de los otros cinco, a cambio de la liberación en breve; oferta que probablemente le estarían haciendo también a Gerardo, Fernando, Tony y Ramón. En su caso, el FBI tenía lo que imaginaba que sería un poderoso instrumento de presión, cuya aplicación ya había sido insinuada en varios interrogatorios: Olga e Irmita no tenían ciudadanía americana y, por tanto, podrían ser deportadas en cualquier momento. A mitad de la conversación, grabada todo el tiempo por una cámara de video, el carcelero abrió la puerta y avisó que la visita había terminado.

Con el temor de comprometer más aún la situación de los prisioneros, la prensa cubana no había publicado nada sobre la destrucción de la Red Avispa por el FBI. Una semana después del encarcelamiento, sin embargo, el presidente Fidel Castro fue incitado por primera vez a hablar públicamente del asunto. Un día después de participar en la VIII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado en la ciudad de Oporto, en Portugal, Fidel concedió una extensa declaración a la red de televisión CNN. Al finalizar la entrevista, cuando el líder cubano ya había reflexionado sobre variados temas, la reportera Lucía Newman quiso saber la opinión de Fidel sobre los cubanos prisioneros en Miami “acusados de hacer espionaje para su gobierno”. Él comenzó diciendo que le parecía “asombroso” que en los Estados Unidos, “el país que más espionaje practicaba en el mundo”, se acusase de espionaje justamente a Cuba, “el país más espiado del mundo: no existe una llamada telefónica mía para cualquier dirigente político en el exterior que no sea captada y grabada por satélites y sistemas de escucha de los Estados Unidos”.

Fidel reconoció que “algunas veces” su país había infiltrado agentes en “organizaciones contrarrevolucionarias” de los Estados Unidos con el objetivo de obtener informaciones sobre actividades terroristas contra Cuba. “Creo que tenemos y

tendremos el derecho de hacerlo –subrayó– mientras que los Estados Unidos permita que en su territorio se organicen sabotajes armados, ametrallamiento de instalaciones turísticas, introducción de armas, explosivos y, sobre todo, brutales atentados terroristas”. Acusó a las autoridades americanas de “mala fe” y de montar “una pérfida trampa” al insinuar que los cinco cubanos buscaban informaciones “sobre las Fuerzas Armadas Americanas y sobre actividades del Ejército de los Estados Unidos. Digan lo que digan y hagan lo que hagan, las únicas informaciones que nos interesan son las relacionadas exclusivamente con los actos terroristas organizados contra Cuba en territorio norteamericano”.

La respuesta de las autoridades de Washington a las declaraciones del presidente cubano fue el silencio. En Miami, la incomunicación de los presos a quienes Fidel se refería como “hombres de buena fe” fue interrumpida temporalmente para que los familiares que estuviesen en los Estados Unidos pudiesen verlos. Como Gerardo, Fernando y Ramón no tenían familiares en el país y continuaban manteniendo sus falsas identidades, además de René, solo Tony recibió una visita, la de Maggie Becker, que solo conoció de su verdadera actividad el día en que fue hecho prisionero y aun así mantenía su relación con el cubano. El segundo encuentro de Olga con el esposo sería permitido casi un año después, en agosto de 1999, pero el permiso para que llevase a sus dos hijas solo pudo ser disfrutado por Ivette, porque Irmita se encontraba en Cuba, pasando las vacaciones escolares con la abuela paterna. Reconocida por el imaginario popular como un indicador de malos presagios, la fecha determinada por las autoridades para la visita –viernes 13 de agosto– tenía un significado festivo para los cubanos de la isla, ya que se trataba del 72 aniversario de Fidel Castro y, especialmente, para la familia González: aquel día René cumplía cuarenta y tres años. Los escasos minutos con los que el

matrimonio contaba apenas fueron suficientes para que el esposo le advirtiese de que la amenaza de deportación de ella para Cuba podría concretizarse en cualquier instante. Días antes René había rechazado una nueva propuesta de la fiscalía, que le fue transmitida por su abogado, Philip Horowitz, para que por lo menos aceptase ser testigo de la acusación de los otros cuatro compañeros del Hueco, sin necesidad de asumir que había actuado como espía contra los Estados Unidos. La negación a aceptar cualquier acuerdo, con toda seguridad, sería castigada con la deportación de Olga.

Terminada la visita, ella regresó para la casa con una resolución: al día siguiente dejaría a su hija menor con Teté, la abuela materna de René, viuda octogenaria que desde los años 60 vivía en los Estados Unidos. En la mañana del sábado cogió el carro y devoró los cuatrocientos kilómetros que separan Miami de la pequeña Sarasota, entregó a Ivette a los cuidados de la bisabuela y regresó. Serían necesarias solamente cuarenta y ocho horas para confirmar el acierto de la decisión. El lunes temprano, cuando se preparaba para salir, Olga fue hecha prisionera por el FBI e informada de que su deportación había sido decretada por las autoridades americanas. Después de pasar tres meses con criminales comunes en una prisión de Fort Lauderdale, al norte de Miami, el 22 de noviembre fue puesta en un avión del Servicio de Inmigración de los Estados Unidos para ser devuelta a La Habana. En el mismo vuelo viajaban diez baltos que habían sido incluidos en la lista de los “extranjeros excluibles”. Olga solo volvería a ver a Ivette meses más tarde, cuando Irma, madre de René, obtuvo autorización para visitar a su hijo en la prisión y, al regresar a Cuba, llevó consigo a la nietecita.

Previsto para septiembre de aquel año, el inicio de las sesiones del tribunal acabó atrasándose algunos meses en virtud de un recurso interpuesto por los abogados de los cinco. En

las solicitudes dirigidas a la jueza Joan Lenard, los defensores requerían el desafuero del juicio, o sea, la transferencia de sede del tribunal para otra ciudad. La alegación era solamente una: el ambiente de odio e intolerancia reinante en Miami contra todo lo que oliese a Revolución cubana representaba una condena anticipada para los prisioneros. No se trataba de una argumentación retórica como recurso dilatorio. Entre las decenas de manifestaciones públicas del prejuicio que envenenaba a buena parte de la comunidad cubana en la Florida fue famoso el episodio que involucraba a la cantante brasileña Denise de Kalafe. Consagrada entre el público hispano como intérprete de temas románticos desde que se mudara para México a mediados de los años 80, De Kalafe había firmado un jugoso contrato para participar de la fiesta popular más célebre de Miami, el carnaval de la Calle Ocho. Pocos días antes de la fecha acordada, la artista supo por la prensa que su nombre había sido vetado por el empresario cubano-americano Leslie Pantin Jr., organizador del festival, por la sencilla razón de que meses antes había hecho una temporada musical en Cuba. Con el contrato en la mano, la brasileña entró en un proceso contra Pantin en la Justicia de la Florida, al finalizar el cual recibió nada menos que tres millones de dólares de indemnización por daños morales, dinero que prefirió donar a las instituciones de caridad de Miami.

Para legitimar la demanda, los abogados de los agentes cubanos requirieron a la jueza Lenard la liberación de fondos para el pago de una investigación de la opinión pública que permitiese evaluar el sentimiento de la población en relación al caso de los cinco.

Desmintiendo la celebrada agilidad de la Justicia norteamericana, la autorización solo fue concedida un año después, en noviembre de 1999, pero la espera sería recompensada por los resultados de la investigación. Entregados a la Justicia un

mes antes de la selección de los jurados, la muestra confirmaba los sombríos temores de la defensa, cuya argumentación sería corroborada en una entrevista por el imparcial profesor de relaciones internacionales Robert Pastor, que había sido asesor de la Seguridad Nacional del presidente Jimmy Carter. “Un juzgamiento de agentes de inteligencia cubanos en Miami será tan justo –declaró Pastor al *The New York Times*– como lo sería el juzgamiento de agentes de inteligencia de Israel en Teherán.

## XIV

Un retrato de la Miami cubana: el  
militante anticastrista Rodolfo Frómeta,  
el periodista pro Cuba Max Lesnik y el  
escritor marxista Norberto Fuentes



Las mañanas de domingo en Miami suelen ser tranquilas y silenciosas. En general, las personas duermen hasta tarde y solamente cerca del mediodía es que las familias salen para el brunch, un desayuno reforzado que sustituye el almuerzo y no es tomado en casa, sino en restaurantes y hoteles. En medio de la quietud reinante al amanecer, el único ruido perceptible por los insólitos moradores que hacen *jogging* en las calles y avenidas pobladas de árboles de la ciudad proviene de los aparatos de aire acondicionado conectados en casi todas las casas. Esto ocurre cuando el merecido y esperado descanso del fin de semana no es interrumpido por la llegada de “El Jefe”, invariablemente conduciendo su gran Jeep blanco. “El Jefe” es como se autodenomina el exiliado cubano Rodolfo Frómeta, un sexagenario de poco más de 1,60 metros de estatura, nariz achatada, cejas hirsutas y espesa barba negra. Confiado en el precepto constitucional que sobrepone la libertad de expresión a la ley del silencio, todos los domingos, en las primeras horas del día, se cubre la cabeza con una boina negra, retira su Ford rústico del garaje, conecta los altavoces instalados en la capota del vehículo, sale a baja velocidad e inicia el sermón anticastrista, que comienza siempre con el mismo clamor: “¡Despierta, compatriota!”.

Indiferente a las protestas, muchas veces acompañadas de malas palabras que vienen de las ventanas de las casas, prosigue el lento zigzag por entre las calles que cruzan la desierta avenida Le Jeune, una de las principales de la ciudad: “¡Despierta, cubano! ¡Despierta que la patria está en peligro!”.

Titular de una de las fichas del registro “elementos vinculados al terrorismo” entregado por Cuba al FBI, Rodolfo Frómeta tal vez sea el personaje que mejor encarna el estereotipo del cubano exiliado que condujo a los abogados de los cinco a pedir la transferencia del juicio para otra ciudad de la Florida. El hombrecillo, que siempre viste uniforme de camuflaje y se presenta como el “héroe de mil batallas”, es el jefe de los Comandos F4, organización anticastrista instalada en una modesta sala de la Pequeña Habana y registrada en la prefectura de la ciudad bajo el pomposo nombre de Comandos F4 Partido Uno Inc. En las barras de los cafés del barrio cubano de Miami se comenta con ironía que todas las batallas comandadas por “El Jefe” fueron emprendidas, sin riesgo de ninguna naturaleza, en los húmedos pantanos de Everglades, un parque nacional situado a cien kilómetros al oeste de Miami. Es allí donde él y sus pocos seguidores escenifican combates que casi siempre terminan con la captura y el juicio sumario de “Fidel Castro”, representado por uno de los hombres del grupo. Con el paso del tiempo se ha tornado cada vez menor el número de periodistas que comparecen a sus ruedas de prensa. En la minúscula y sofocante sala de la West Flagler Street, Frómeta recibe a la prensa rodeado por un “estado mayor” formado por la esposa, el hijo de ella, el cuñado y un amigo de la infancia, todos metidos en trajes de camuflaje. En estas ocasiones acostumbra a describir “el último atentado de la organización contra el tirano Fidel Castro” o contra “los servicios de represión de la dictadura”. Si algún reportero desinformado pide que presente pruebas de las acciones anunciadas, él responde que “un patriota no tiene que dar explicaciones a nadie”.

Estos trazos caricaturescos no significan, sin embargo, que el pequeñito Frómeta sea un adversario inofensivo para la Revolución cubana. En 1968 huyó de la isla saltando el alambrado que protege la base aeronaval de Guantánamo, tal como

lo había hecho José Basulto algunos años antes. Permaneció solamente un día en la unidad militar, de donde fue trasladado a los Estados Unidos en un avión de la Fuerza Aérea Americana. Fijó su residencia en Nueva York, ciudad en la que fue reclutado por el grupo terrorista Alpha 66. En octubre de 1981, al intentar su primera y única incursión clandestina en Cuba, fue capturado y condenado por las autoridades locales y puesto en libertad nueve años después. Regresa a los Estados Unidos y, en esta ocasión, fija su residencia en Miami. En 1994 “El Jefe” fue detenido por la policía de los Estados Unidos cuando planeaba introducir en Cuba un cargamento de armas. Al ser liberado, ese mismo año, rompió con Alpha 66, alegando que su principal dirigente, Andrés Nazario Sargén, “hablaba mucho y hacía poco” y creó su propia organización, los Comandos F4. Con el plan de estrenar al nuevo grupo con una acción espectacular, encomendó a un traficante de armas de la Florida cuatro lanzacohetes portátiles Stinger 92, por los que pagaría el total de 150.000 dólares. Según informaciones del fabricante, la Raytheon Systems, hasta entonces ya habían sido derribadas nada menos que 270 aeronaves en varias partes del mundo con la utilización de aquella arma. El día marcado para entregar el dinero y recibir la mercancía, Frómeta fue hecho prisionero por el propio vendedor, que en verdad era un agente del FBI disfrazado de traficante de armas. Juzgado y condenado, el cubano pasó tres años y medio en prisión, al final de los cuales fue puesto en libertad condicional, reintegrándose a las actividades armadas contra Cuba y regresando a sus arengas dominicales.

A algunas cuadras de la sede de los Comandos F4, distancia que puede ser recorrida a pie en pocos minutos, radica la prueba viviente de que el ridículo Rodolfo Frómeta no personifica el sentimiento de toda la comunidad cubana en el exilio. Ubicada en el lado oeste de la Pequeña Habana, la

Alianza Martiana, denominación procedente del apellido de José Martí, el apóstol de la independencia cubana, ocupa instalaciones tan modestas como las de la organización dirigida por “El Jefe”. La Alianza Martiana opera como un paraguas bajo el cual se albergan cuatro grupos defensores del diálogo con el Gobierno cubano: la Asociación José Martí, la Alianza de Trabajadores de la Comunidad Cubana, la Asociación de Mujeres Cristianas en Defensa de la Familia y la Brigada Antonio Maceo, y un denominado Círculo Bolivariano de Miami, que congrega inmigrantes venezolanos a favor del presidente Hugo Chávez.

Quien da visibilidad pública a la Alianza Martiana es Max Lesnik, un hombre de estatura física menor que la de Frómeta y que, pasado de los ochenta años, posee la disposición y la agilidad de un joven. La comunidad hispana de la Florida, sobre todo la cubana, ya se adaptó a oír diariamente su voz fuerte y áspera por las ondas de la “radio Miami”. A pesar de ostentar ese nombre, siempre acompañado del eslogan “Una tribuna abierta al servicio de la verdad”, la “radio” en realidad es un espacio de una hora diaria de duración alquilado por Lesnik en una emisora local. De las cuatro a las cinco de la tarde, de lunes a viernes, él dirige y presenta lo que llama “revista radiofónica”. Físicamente, el radio se resume a un apretado estudio de cuatro metros cuadrados, montado en el fondo de la sala de la Alianza. Es allí que Lesnik se sienta todos los días a la misma hora, se ajusta los audífonos a la cabeza, sobre la cual sobresalen escasos hilos de cabellos pintados de castaño rojizo, y ocupa los micrófonos durante los veinte minutos finales de la programación. Indudablemente pro Revolución cubana, la “radio Miami” se presenta como una alternativa de los medios de comunicación del sur de la Florida “que no ofrecen una información verdadera y objetiva de lo que ocurre en América, en Cuba, en el mundo”, y acostumbra a

referirse a las organizaciones anticastristas como “los iracundos ultraderechistas del gueto”. Otros tres exiliados cubanos auxilian a Lesnik: los sesentones Lorenzo Gonzalo y Ramón Coll –este último llevado para los Estados Unidos en medio de la Operación Peter Pan–, y el joven Sergio Montané, hijo de Jesús Montané, uno de los expedicionarios del yate *Granma*, junto con Fidel y el “Che” Guevara, y miembro de la dirección del Partido Comunista de Cuba hasta su fallecimiento en 1999. Gonzalo rompió con la revolución inmediatamente después de apoyarla, fue acusado de terrorismo y condenado a treinta años de prisión, al final de los cuales se mudó para Miami.

Cuatro años más joven que el líder cubano, Max Lesnik conoció a Fidel Castro a finales de los años 40, cuando ambos estudiaban derecho en la Universidad de La Habana. En aquella época el futuro presidente no tenía barba y andaba siempre con corbata y chaqueta. El hecho de pertenecer a tendencias diferentes del Partido Ortodoxo –Lesnik nunca fue comunista y Fidel ya se aproximaba a los marxistas del movimiento estudiantil– no impidió que se hiciesen amigos. Hijo de un comerciante polaco que había emigrado para Cuba a inicios del siglo, Lesnik era el único del grupo de jóvenes que tenía carro, un Pontiac azul marino, lo que lo convirtió en el chofer del amigo que aún no se había adherido al comunismo. Y fue en el apartamento de los Lesnik, situado al frente del antiguo palacio presidencial, en el centro de la Habana Vieja, que Fidel pasó dos semanas escondido en la primera ocasión que la policía del dictador Fulgencio Batista lo estuvo persiguiendo.

Terminada la universidad, cada uno tomó su rumbo. En 1953, mientras Fidel lideraba el frustrado intento de tomar el Cuartel Moncada, osadía que le costaría dos años de prisión, Lesnik daba los primeros pasos en el periodismo, que se convertiría en su profesión para el resto de su vida. Los dos se re-encontrarían en diciembre de 1955 cuando, recién casado con

Miriam, Lesnik aprovechó el viaje de luna de miel a México para visitar al amigo. Ya hacía algunos meses que Fidel, su hermano Raúl, “Che” Guevara, Jesús Montané y otros aprendían en los alrededores de la capital mexicana los rudimentos de la guerra de guerrillas con el general de la reserva Alberto Bayo, cubano que formó parte de las Brigadas Internacionales que habían luchado en la Guerra Civil Española entre 1936 y 1939. Entusiasmado con la determinación del grupo de derrocar la tiranía de Batista por la vía armada, al regresar a su país Lesnik se incorporó a las células urbanas del Movimiento 26 de Julio, que congregaba diversas tendencias involucradas en la guerrilla.

Cuando triunfa la revolución el 1.º de enero de 1959, Lesnik dio apoyo integral al nuevo régimen, pero rechazó las invitaciones para participar del gobierno y prefirió continuar “refugiado en el periodismo”. Los vínculos políticos y afectivos entre los dos viejos amigos sufrieron el primer estremecimiento pocos meses después de la llegada de los barbudos al poder. La institución de los tribunales revolucionarios y el fusilamiento de aliados del antiguo régimen, acusados de asesinatos y torturas, impresionaron negativamente al joven periodista. “Los fusilamientos me dejaron un sabor amargo”, recordaría medio siglo más tarde en su comfortable casa en Coral Gables, al sur de Miami. “No era solamente una cuestión de humanidad. Yo creía que el paredón mancharía la imagen de la revolución, lo que de hecho ocurrió”. La gota de agua que provocó la ruptura definitiva con Fidel fue la aproximación cada vez mayor de Cuba a la Unión Soviética. Lesnik, sin embargo, sabía que la radicalización revolucionaria no admitía disidencias, aunque viniesen de alguien como él, que tenía relaciones de amistad con casi todos los miembros de la cúspide del gobierno y fuera un activo militante de la lucha contra Batista. En diciembre de 1960 decidió dejar el país. Instaló a Miriam y a las dos hijas

del matrimonio en la casa de los suegros y en los primeros días de 1961 se asiló en la residencia del embajador brasileño, Vasco Leitão da Cunha. Después de una corta estancia, aún en enero, abordó clandestinamente una pequeña lancha y partió en un peligroso viaje de diecinueve horas de duración rumbo a los Estados Unidos. Sus únicos compañeros de fuga eran Eloy Gutiérrez Menoyo y Andrés Nazario Sargén, que dos años después serían los principales dirigentes del grupo Alpha 66. Pasados dos meses, Miriam y las dos hijas desembarcaron con seguridad en Miami.

Aun lejos de la patria y de los amigos a los que ayudó a tomar el poder, Lesnik continuaba sintiéndose uno de ellos. “Nunca dejé de ser revolucionario –repetía para quien quisiese oír–, pero como soy un revolucionario que rinde culto a la inteligencia, no puedo ser comunista”. A pesar de su profesión de fe anticomunista, la afirmación bastó para que pasase a ser tachado de “traidor a la patria” y “espía al servicio de Fidel Castro” por sectores de la ya numerosa comunidad cubana en la Florida. Indiferente a lo que pensaban de él, se sumergió de cabeza en la actividad en la que se sentía como pez en el agua: el periodismo. El reinicio en los Estados Unidos fue discreto. Como volvería a hacer tiempos después en la “radio Miami”, alquiló un espacio en una emisora local, en el que transmitía un programa diario en español. A mediados de los años 60, Lesnik decide lanzar el tabloide *Réplica*, destinado a enfrentar en los estancillos al semanario *Patria*, claramente anticomunista y financiado por el depuesto Fulgencio Batista, que disfrutaba su dulce exilio en la isla de Madeira, bajo la protección del dictador portugués Antonio Oliveira Salazar. Al contrario de *Patria*, una publicación doctrinaria cuyos textos parecían discursos anticomunistas, *Réplica* apareció en los estancillos repletos de periodismo pluralista, publicando opiniones emitidas de los dos lados del estrecho de la Florida. A

pesar de la pobre apariencia gráfica al lado del colorido *Patria*, el periódico de Lesnik era distribuido gratuitamente, muchas veces por él mismo, en los cafés y puntos de encuentro de cubanos en la Pequeña Habana.

La receta dio resultado. Lanzado al inicio con solo ocho páginas, en pocos meses *Réplica* circulaba con dos cuadernos de cuarenta páginas, la mitad de ellas ocupada por anuncios. Un año después del estreno, el éxito estimuló a Lesnik a colocar en el mercado una segunda publicación con el mismo nombre, pero en formato de revista y con una portada impresa a color. El tabloide continuaba circulando los martes, mientras que la revista llegaba a los estancillos los jueves. La popularidad de la revista sería aún mayor que la de la versión original. Cuando *Réplica* cumplió su segundo año de vida, a mediados de 1968, ya eran cuatro los medios de comunicación editados por Max Lesnik: además del tabloide y la revista, lanzó una guía de turismo que era distribuida gratuitamente en hoteles y aeropuertos; pero el mayor éxito cabría a una revista intitolada *Guía de TV*, una copia en español del célebre *TV Guide*, semanario americano de alta tirada que publicaba la programación de todos los canales de la televisión con noticias intercaladas sobre los principales astros de la TV.

Cuando solo era dueño de *Réplica*, Lesnik no parecía preocupar a los sectores más radicales de la comunidad cubana exiliada en los Estados Unidos, pero la rápida transformación de una publicación casi artesanal en un pequeño imperio de comunicaciones encendió la alerta roja de los anticastristas más radicales. A las primeras amenazas de muerte hechas por llamadas anónimas, Lesnik respondió discretamente, llevando siempre a la cintura un revolver Colt calibre 38; semanas después una bomba destruyó la fachada del edificio donde funcionaba su editora. Al presentar una queja a la policía, el periodista escuchó del delegado de guardia una advertencia asustadora:

“Investigaremos el atentado, señor Lesnik, pero si pretende mantener esa línea editorial, usted es hombre muerto”.

A lo largo de los dos meses siguientes once bombas explotaron en las instalaciones de la *Réplica Editorial*, pero como el cubano cabeza dura no se rendía, los grupos de extrema derecha comenzaron a atacar a quienes lo apoyaban. Los objetivos ahora eran los estanquillos de periódicos y los quioscos que vendían o distribuían las publicaciones de Lesnik e, inmediatamente después, los anunciantes. Uno de estos era la fábrica de tabacos Padrón Cigars, propiedad del millonario exiliado cubano José Orlando Padrón, defensor del diálogo con el gobierno comunista de La Habana. Además de mantener anuncios en todos los diarios de Lesnik, Padrón vendía o distribuía en sus tabaquerías las dos versiones de *Réplica*, la guía turística y la revista de TV, solidaridad castigada con cuatro atentados con bombas. La campaña terrorista terminó dando resultado. Sin publicidad y sin distribuidores, un año y medio después de la primera amenaza telefónica, Max Lesnik cerró las puertas de su editora. Siempre empeñado en distender las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, a mediados de los años 70 el periodista regresaría por primera vez a La Habana.

Al ser recibido en una audiencia en el Palacio de la Revolución, Lesnik celebró el reencuentro con el amigo que había escondido en su casa veinte años antes:

—¿Qué tratamiento prefiere usted que use: comandante, presidente o primer ministro?

El líder cubano respondió con una sonrisa:

—Para ti yo siempre continuó siendo Fidel.

Desde entonces comenzó a hacer visitas frecuentes a Cuba, en las cuales era invariablemente recibido por Castro. Por intermedio de otro exiliado defensor del diálogo entre Cuba y los Estados Unidos, el multimillonario cubano Charles Dascal, dueño del Continental Bank of Miami, se acercó al ya expresidente norteamericano Jimmy Carter. Durante un largo período el periodista actuó como mensajero entre el dirigente cubano y Carter, que se convertiría en un activo defensor de la normalización de las relaciones entre los dos países. La iniciativa culminó con una visita de Carter a Cuba en mayo de 2002, la primera de un expresidente americano desde 1959, para la cual fue necesaria una autorización especial del presidente George W. Bush. El viaje culminó con una escena inimaginable en el auge de la Guerra Fría: frente a cincuenta mil personas que llenaban el Estadio Latinoamericano en La Habana, Carter hizo el lanzamiento inicial para que Fidel Castro batease la primera pelota de un partido de béisbol entre un equipo cubano y uno americano.

Los perfiles de Lesnik y de su contrario Rodolfo Frómeta, sin embargo, son insuficientes para producir un retrato mínimamente fiel del Miami cubano. La tercera punta del triángulo, formado por un lado por la “radio Miami” y por otro por los Comandos F4, recae sobre un moderno edificio de apartamentos del Boulevard Ponce de León, bajo cuyo techo vive el escritor Norberto Fuentes, de sesenta y ocho años. Abuelo de cinco nietos y padre de cuatro hijas nacidas de casamientos diferentes, él no esconde su irritación al saber que tendrá a Lesnik y Frómeta como compañeros de capítulo de este libro. “Por favor, consiga otras compañías para mí –protesta–. Frómeta es una figura caricaturesca y Lesnik es un oportunista”. Sus opiniones sobre el conjunto de la comunidad cubana en el exilio son igualmente ácidas. “La inmigración cubana transformó a Miami en una república independiente, una típica *banana*

*republic* –desdeña, con una carcajada que desmiente cualquier sospecha de rencor–. Esto aquí es una mierda”. Cuando le preguntan por qué entonces decidió vivir entre compatriotas por los cuales parece sentir tanto desprecio, responde que no vive en Miami, “sino en los Estados Unidos”. De hecho, nadie vio jamás al escritor en actos organizados por la Alianza Martiana y menos aún en compañía de anticastristas radicales de los que ni siquiera quiere oír hablar: “Fui y continué siendo un revolucionario. Soy marxista, no vine a los Estados Unidos para hacer contrarrevolución. Vine en busca de la rebeldía y del espíritu iconoclasta de William Faulkner, de Ernest Hemingway, del John Wayne de la película *Río Bravo*.”

Considerado hasta por los enemigos que dejó en la isla como uno de los mayores escritores cubanos vivos, Fuentes tenía quince años cuando Fidel Castro llegó al poder. Si el destino caminase por líneas rectas, lo natural sería que él hubiese salido del país en las primeras ondas migratorias rumbo a los Estados Unidos. Su padre, el publicista y abogado Norberto Fuentes, representaba en Cuba nada más y nada menos que los intereses de Santo Trafficante, uno de los gánsteres americanos más célebres de los años 50. De acuerdo a documentos liberados por la CIA en 2007, Trafficante, que era dueño de dos casinos, un cabaret y cuatro hoteles en La Habana, entre los cuales se encontraba el Capri, entregaba todas las noches a un enviado de Fulgencio Batista el diez por ciento de la renta de sus establecimientos. Depuesto el dictador, Trafficante fue hecho prisionero y deportado a los Estados Unidos como “extranjero indeseable”. El viejo Fuentes prefirió permanecer en Cuba “haciendo los negocios que podía y los que no podía”, según el hijo, hasta 1978, año en el que falleció.

Educado en el Candler College, tradicional escuela metodista norteamericana instalada en Cuba, el futuro escritor creció oyendo a Elvis Presley y Cole Porter. Integrado a la

revolución precozmente, a los diecisiete años comenzó a trabajar en una revista editada por la Juventud Comunista, función por la que recorrió todo el país realizando reportajes sobre los cambios radicales implantados por el nuevo régimen. Fuentes se estrenó como autor en 1968, cuando tenía veintitrés años, con *Condenados de Condado*, libro de cuentos inspirado en el reportaje que hiciera sobre la represión de un foco de resistencia armada a la Revolución, establecido en la sierra del Escambray. A pesar de haber sido premiado por Casa de las Américas, una de las instituciones culturales más prestigiosas de Cuba después del gobierno de Batista, y de convertirse en un *best-seller* nacional, *Condenados...* fue considerado una “obra disidente” por el Gobierno, provocando lo que el escritor califica como “mi primer encontronazo con la revolución”. Dirigentes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias se irritaron con aquello que el autor llama “mi irreprimible, inalterable falta de respeto”. Según Fuentes, al terminar la lectura del libro, Fidel Castro lo arrojó con tanta fuerza contra la pared que diseminó “sus escuálidas ciento cincuenta páginas” por el piso de la sala.

En 1971, cuando ya se habían “perdonado mutuamente” por el episodio, el insubordinado Fuentes y la Revolución sufrirían una nueva y ruidosa colisión. El escritor Heberto Padilla fue hecho prisionero y acusado de subversión por la publicación del libro *Fuera de juego*. Ante la reacción internacional, que incluyó manifestaciones de protesta de intelectuales como Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Mario Vargas Llosa, Susan Sontag y Carlos Fuentes, entre otros, Padilla fue liberado, pero tuvo que expiar con una humillante autocrítica pública. Al hacerla, incluyó en su *mea culpa* a otros colegas que se encontraban presentes; al oír su nombre, Fuentes se levantó y protestó: “¡Un momento, Heberto! ¡Retira mi nombre de esa lista! ¡Además de rechazar las autocríticas, no me puedo arrepentir de actividades contrarrevolucionarias que nunca practiqué!”.

La osadía le costó caro. Aunque no sufrió castigos explícitos, Fuentes padeció algunos años de ostracismo, período en que se dedicó a preparar su siguiente libro, *Hemingway en Cuba*. Con el prefacio escrito por Gabriel García Márquez, la obra fue publicada en Cuba y en los Estados Unidos y acabó funcionando como el instrumento de reaproximación del autor con la Revolución cubana y sus principales dirigentes, entre ellos Raúl y Fidel Castro. Consagrado por la repercusión de *Hemingway en Cuba*, Fuentes pasó los años siguientes frecuentando la cúspide revolucionaria. Participó como periodista y combatiente en la guerra de Angola y llegó a formar parte de la delegación cubana que en 1988 negoció en El Cairo los tratados de paz con representantes de Angola, África del Sur, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Además de conquistar la medalla de Combatiente Internacionalista de Primera Clase, Norberto Fuentes cultivó en Angola una sólida amistad con Antonio “Tony” de la Guardia, coronel del Ministerio del Interior con una extensa hoja de servicios militares prestados a la Revolución no solo en África, sino también en la guerra que condujo al Frente Sandinista de Liberación Nacional al poder de Nicaragua.

En la mañana del 14 de junio de 1989 la población cubana fue despertada por una increíble noticia publicada en la primera página del periódico *Granma*: el día anterior habían sido hecho prisioneros el general Arnaldo Ochoa, que comandara a cientos de miles de cubanos en las campañas de Angola y de Etiopía, el coronel Tony de la Guardia, su hermano gemelo y también coronel Patricio de la Guardia, y más de una decena de oficiales. La acusación contra ellos no podía ser más grave: entre 1987 y 1989, el grupo habría utilizado aeronaves, embarcaciones e instalaciones militares cubanas para contrabandear seis toneladas de cocaína, operación que rindió comisiones de más de tres millones de dólares. La droga era adquirida del

traficante colombiano Pablo Escobar, transportada hasta la playa de Varadero en aviones cubanos y reembarcada en lanchas rápidas para algunos de los islotes del extremo sur de la Florida. Al leer la noticia de los encarcelamientos, Norberto buscó a otro amigo poderoso, Carlos Aldana, para hacerle una revelación explosiva: tres meses antes, Tony de la Guardia le pidió que le guardase algunos sacos repletos de dólares, dinero que continuaba escondido en su casa. En la madrugada del 16 de junio un grupo de oficiales del Ministerio del Interior apareció en el apartamento en que Norberto Fuentes vivía en El Vedado, en La Habana, y aprehendieron debajo de su cama medio millón de dólares. Para ser más precisos, según aparece en el acta de registro y ocupación emitido en ese momento y firmado por el escritor, “564.000 dólares separados en paquetes de diferentes valores, colocados en sacos Samsonite de nailon negro”.

Cuando Tony de la Guardia le pidió que guardase aquel dinero en su casa, Fuentes sospechó que pudiese ser “plata mal habida”, o sea, dinero de procedencia dudosa, pero jamás podría imaginar que su amigo estuviese involucrado en corrupción y mucho menos en tráfico de drogas. Al final, se trataba de un respetado veterano de guerra que desde 1982 ocupaba un puesto de vital importancia en el Ministerio del Interior, el departamento encargado de todas las operaciones en dólares destinadas a montar proyectos o convenios en asociación con empresas extranjeras y sortear el bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos a Cuba. Aunque las autoridades hubiesen aceptado la declaración de inocencia del escritor, que insistía en afirmar que desconocía la procedencia del dinero, su luna de miel con la alta jerarquía cubana había llegado al fin. Juzgados por un tribunal militar compuesto por cuarenta y cinco generales, brigadieres y almirantes, los catorce prisioneros fueron despojados de sus patentes, medallas

y condecoraciones, entre ellas la de “Héroe de la República de Cuba” atribuida al general Arnaldo Ochoa. El nombre de Fuentes ni siquiera apareció en el proceso. Según la sentencia publicada el 10 de julio, diez de los acusados recibieron penas que oscilaban de diez a treinta años de prisión. Ochoa, Tony de la Guardia, el mayor Amado Padrón y el capitán Jorge Martínez fueron condenados a muerte y ejecutados en la madrugada del 13 de julio.

Interrogado algunas veces en Villa Marista en las semanas siguientes al llamado “caso Ochoa”, Norberto Fuentes viviría cuatro años en un limbo político y profesional. Continuó en libertad, pero nunca volvería a ser el “cronista de la revolución”, como era llamado por la prensa cubana. Pasó el tiempo trabajando en una nueva versión del *best-seller Hemingway en Cuba*; escribió un libro sobre la guerra en Angola y organizó una compilación de sus mejores reportajes, pero ningún editor cubano se interesó por sus manuscritos. Recibía invitaciones para conferencias y seminarios en el exterior, pero no conseguía la indispensable visa para la salida del país. En el segundo semestre de 1993 Fuentes decidió huir de Cuba por la única vía disponible para alguien en sus circunstancias: el mar.

Tal vez por haber sido concebido por un escritor, el plan de fuga se asemejaba a un guion de *thriller* hollywoodense. Con la ayuda de amigos residentes en los Estados Unidos, Fuentes ofreció al conservador *The Washington Times*, publicado en la capital americana, un reportaje que aún no existía, pero que ya tenía título —“El balsero”— en el cual describiría la fuga que pretendía emprender rumbo a Miami. La concretización del proyecto, sin embargo, dependía de una suma de 10.000 dólares para los gastos de viaje. El diario, propiedad del religioso coreano Sun Myung Moon, aceptó la oferta sin regatear y días después el valor pedido llegaba a sus manos en La Habana. Cerrado el negocio, Fuentes contrató los servicios de

“Bumerang”, apodo por el cual era conocido un marinero que ya había cruzado varias veces el estrecho de la Florida transportando exiliados, motivo por el cual ya había pasado algunas temporadas en prisión. Siempre operando en el mercado negro, como es llamado el comercio clandestino en Cuba, con el dinero del reverendo Moon el escritor compró una vieja lancha inflable de fabricación soviética, con capacidad para doce pasajeros y equipada con un motor Yamaha de 135 HP de potencia. Para documentar la aventura, convidó al fotógrafo italiano Luca Marinelli, un asiduo frecuentador de la isla. Joven, bohemio y aventurero, Marinelli se había hecho famoso como reportero fotográfico un año antes al registrar la dramática ejecución de un soldado italiano por un rebelde en Somalia.

El primer contratiempo surgió cuando “Bumerang” exigió que fuesen incluidos como pasajeros de la travesía seis desconocidos, por cuyo transporte el marinero sería remunerado a peso de oro. Aunque abominase la idea de participar en una fuga colectiva, rodeado de gente que nunca antes había visto, el escritor no tuvo alternativa. Antes de marcar la fecha de la partida, sin embargo, él estuvo copiando en disquetes recuerdos e informaciones que podrían ser útiles si algún día decidiese escribir su atribulada historia. Al final del trabajo había almacenado en diez disquetes catorce megabytes de anotaciones, el equivalente a dos mil páginas de un libro. Colocó los discos en un saco plástico, dentro del cual colocó una barrita de plomo que usaba como peso para aguantar papeles. Si por casualidad ocurriese lo peor —ser atrapado por la policía—, su primer paso sería tirar al mar el saquito que contenía las valiosas memorias.

La noche del 10 de octubre de 1993, un domingo, Fuentes y su mujer, Niurka de la Torre, una médica treinta y tres años más joven que él, con quien estaba casado hacía algunos años, se encontraron con el fotógrafo y juntos caminaron hasta la pequeña y pedregosa playa de Jaimanitas, situada algunas

cuadras más adelante de los hoteles gemelos Tritón y Neptuno, en Miramar. Alrededor de las diez de la noche “Bumerang” apareció en la oscuridad pilotando la lancha, a bordo de la cual ya se encontraban los seis pasajeros de la cuota del barquero. Aunque el peligroso viaje, en una embarcación modesta como aquella, pudiese durar más de veinticuatro horas, el trío llevaba como alimento solo algunos sacos de galletas guardados en una mochila junto al paquete de disquetes. El fotógrafo Marinelli, que parecía haber ingerido dosis exageradas de ron, cargaba solamente dos cámaras modernas Nikon colgadas al cuello y, en el bolsillo trasero de los pantalones, el pasaporte italiano y un pasaje aéreo Miami-Cancún-Habana. Terminada la aventura, su plan era retomar sus vacaciones en La Habana.

Todo salió mal. A la una de la mañana, cuando las luces de La Habana aún eran visibles en alta mar, la lancha perdió velocidad y comenzó a navegar en círculos. Las vibraciones sacaron de su lugar una pieza de madera de la popa, haciendo que el motor se virase dentro del agua y, minutos después, dejase de funcionar. Marinero y pasajeros permanecieron a la deriva por cuarenta largos y silenciosos minutos, al final de los cuales la lancha fue barrida por un haz de luz que procedía de una embarcación que se acercaba. Al identificar el barco-patrulla de la guardia costera cubana, “Bumerang” se puso las manos en la cabeza: “¡Me cago en mi madre! –maldijo– ¡Voy a pasar otra noche vieja en el talego!”. Fuentes metió disimuladamente la mano en la mochila, cogió el saquito con los disquetes y lo tiró al mar, lo que fue inmediatamente imitado por el fotógrafo, que no dudó en tirar al agua las cámaras que ciertamente costaban lo mismo que el escritor había pagado por la lancha y por el motor que los había dejado embarcados. El día no había clareado aún y ya estaban todos recogidos en las celdas de Villa Marista.

En menos de una semana los seis clientes de “Bumerang” ya estaban en la calle y el fotógrafo había sido enviado para Italia en el primer vuelo disponible. Un mes más tarde Fuentes y Niurka fueron liberados y el marinero, tal como lo había previsto, entró al año 1994 en prisión. En la opinión del escritor, su liberación se debió al temor del Gobierno cubano de estar “creando un nuevo Soljenitsin en el Caribe”, una referencia al escritor ruso Alexander Soljenitsin, enemigo jurado de la Unión Soviética. Después de pasar varios años en prisiones de la antigua URSS, el autor de *Archipiélago Gulag* sería agraciado en 1970 con el Premio Nobel de Literatura. Fuentes pasó los diez meses siguientes en libertad. Sin que él supiese, sin embargo, una operación estaba en curso en los Estados Unidos para sacarlo del país.

La trama había comenzado a ser urdida en julio de 1994 en la casa del escritor americano William Styron, en Marthas Vineyard, en la misma comida en que Gabriel García Márquez actuara por primera vez como intermediario entre los presidentes Bill Clinton y Fidel Castro. Se ignora de quién fue la iniciativa, pero en determinado momento de la cena el “caso Norberto Fuentes” fue puesto sobre el tapete. Después de mucha confabulación, quedó decidido que un trío formado por el Premio Nobel colombiano y por los presidentes Clinton y Salinas de Gortari, de México, se pondría en marcha para intentar sacar a Fuentes de Cuba lo más rápido posible. Además de los tres y del escritor Carlos Fuentes, embajador de México en Francia, que también estaba presente en la cena, solamente otras dos personalidades sabían del plan: Felipe González, presidente de España, y el escritor americano William Kennedy, entonces presidente del Pen Club Internacional. Bajo el más absoluto secreto, en las semanas siguientes Gabo hizo tres viajes a Cuba y Fidel Castro recibió por lo menos cuatro llamadas telefónicas de Salinas de Gortari, que siempre subrayaba estar

hablando en su nombre y en nombre de Bill Clinton. Con padrinos tan poderosos los resultados no demorarían. En la mañana del 24 de agosto de 1994 un *jet* con las insignias de la Presidencia de México, pintadas en el fuselaje, aterrizó en el aeropuerto de La Habana llevando solo dos pasajeros: García Márquez y un funcionario del gabinete del presidente Salinas de Gortari. Un pasaporte a nombre de Norberto Fuentes fue emitido apresuradamente y el día 25 el escritor embarcó en el aparato con destino a México, donde pasó diez días y partió rumbo a Miami, ciudad en que viviría los años siguientes.

Y fue como solitario y silencioso observador que, pasados algunos años, Fuentes siguió las noticias sobre la prisión de los agentes de inteligencia cubanos en Miami —a diferencia de Max Lesnik y Rodolfo Frómeta, que lideraban ruidosos grupos de presión a la puerta del tribunal, a favor de los cubanos presos y contra ellos respectivamente—. Los treinta años de tumultuosa relación con el castrismo había dejado cicatrices profundas —“La Revolución cubana fue muy, pero muy ingrata conmigo”, Fuentes no se cansa de repetir—, pero no lo habían transformado en un típico cubano de Miami. Al contrario, como él mismo pudo observar días después de su llegada a la Florida. Invitado para hablar en el Comité Cubano de Derechos Humanos, el escritor decepcionó a los participantes que imaginaban que iban a oírlo difamar de Fidel Castro. “Aquellas personas esperaban que yo haría allí lo que me había rehusado a hacer en el caso de Padilla: una autocrítica —recuerda Fuentes, riendo a carcajadas—. Querían que yo escribiese una versión de *Condenados de Condado* del exilio”. El juicio de los agentes cubanos lo colocaría una vez más contra la mayoritaria corriente de la comunidad cubana en la Florida:

Por primera vez esta sociedad envenenada por la derrota tuvo oportunidad de dar un golpe contra la Revolución cubana y contra Fidel”, sostiene el escritor. “Desde el primer día

el juicio fue inducido por la opinión pública y por los medios de comunicación para que el resultado fuese solo uno: la condena”.

En la opinión de Fuentes, esta no era una opinión aislada: “Estaba claro que si el proceso era realizado en Miami, ellos serían condenados. Yo sabía eso, los cinco prisioneros sabían eso y Fidel también lo sabía”.

## XV

Leonard Weinglass, abogado de Jane Fonda, Angela Davis y de los Panteras Negras, entra a defender a Los Cinco, pero la suerte de ellos ya estaba echada



Los números de la encuesta de la opinión pública acabarían por confirmar la reflexión que Norberto Fuentes hacía de la atmósfera reinante en Miami. Con la lentitud de la justicia, solo en marzo de 2000, un año y medio después del encarcelamiento, fue considerado por la jueza Lenard el resultado de la encuesta, que pretendía medir el grado de animosidad de la población de la ciudad por la Revolución cubana y los cinco prisioneros. Coordinado por el demógrafo americano Gary Morán, profesor de la Universidad Internacional de la Florida, el trabajo reveló, por ejemplo, que la mitad de la comunidad cubana residente en Miami defendía un ataque militar de los Estados Unidos para derrocar al Gobierno cubano, y que el setenta y cuatro por ciento apoyaba las acciones armadas promovidas contra Cuba por organizaciones anticastristas de la Florida. Repetida entre los cubano-americanos del condado de Broward, situado apenas a cuarenta kilómetros de Miami, la investigación exhibió números opuestos, según los cuales dos tercios de los entrevistados respondieron estar en contra de cualquier acción violenta contra Cuba, tanto por parte del Gobierno americano como por exiliados de la Florida. Y era exactamente para la ciudad de Fort Lauderdale, sede del condado Broward, que los abogados de la defensa pretendían transferir el juicio.

El estudio fue rápidamente rechazado por la acusación. Desconsiderando tanto la investigación como las opiniones de los profesores, la fiscalía pidió a la Justicia que no aceptara la solicitud de cambiar de sede:

En el distrito de Miami vive una comunidad heterogénea, no monolítica y extremadamente diversificada desde el punto de vista político [decía la réplica]. Esta no es un provincia, es una ciudad inmune a cualquier influencia que pueda impedir la selección de un jurado imparcial.

Los argumentos parecen haber sido suficientes para la jueza, que el día 27 de julio archivó la petición de transferencia del tribunal. Era la segunda derrota de la defensa y el juicio aún no había comenzado. Meses antes Lenard denegó un requerimiento de los abogados solicitando arbitramento de fianza para que los reos pudiesen permanecer en libertad mientras durase el proceso judicial. Nuevos requerimientos y objeciones de parte y parte atrasaron algunos meses más el inicio del juicio, que terminó por ocurrir solo durante la segunda semana de noviembre, más de dos años después del encarcelamiento.

Los primeros cinco días de trabajo del tribunal fueron consumidos por la monótona selección de los doce miembros del jurado que decidirían la suerte de los agentes cubanos. En las entrevistas iniciales, de la lista de setenta y dos nombres sorteados por la Justicia, treinta pidieron ser dispensados alegando problemas de salud, razones de índole familiar o profesional, o por ser considerados sospechosos. Entre estos últimos dos afirmaron haber hecho negocios con José Basulto, líder de Hermanos al Rescate, uno tenía relaciones con la familia del piloto Mario de la Peña, muerto en el ataque de los MiG cubanos, y dos eran amigos de Silvia Iriondo, la militante anticastrista que se encontraba en el avión de Basulto en el momento del derribamiento de los Cessnas. Otros dos fueron dispensados porque conocían al periodista Hank Tester, de la red de televisión NBC, involucrado como testigo de la acusación y que participó en innumerables vuelos del grupo Democracia, algunos de los cuales piloteados por el detenido René González. De los cuarenta y dos candidatos restantes,

diecisiete fueron vetados por la defensa y trece por la acusación, quedando finalmente los doce que formarían el cuerpo del jurado —seis hombres y seis mujeres, siete de los cuales eran norteamericanos y cinco de origen hispano—. Culminado el proceso de selección, Lenard decretó un receso y convocó a todos para dentro de dos semanas, cuando sería abierto el juicio.

Los termómetros marcaban dieciocho grados, temperatura glacial para los patrones de Miami, cuando fueron abiertas las puertas del tribunal en la mañana del 27 de noviembre del 2000. A pesar del frío, desde temprano grupos de manifestantes se aglomeraban delante del edificio portando bandas y carteles con palabras tanto favorables como contrarias a los reos. Separados uno de los otros por Marshals uniformados, de un lado estaban los militantes anticastristas y, siempre vestidos de luto, los familiares de los cuatro pilotos muertos en 1996. De otro, en número menor, pero igualmente bulliciosos, activistas de la Alianza Martiana liderados por el agitado Max Lesnik. Con la prohibición de filmar imágenes internas del tribunal, fotógrafos y camarógrafo entrevistaban a los manifestantes y se amontonaban en torno de los personajes más conocidos, como abogados, promotores y líderes de organizaciones anticastristas.

A las nueve en punto las personas que llenaban el salón del juicio en el 12.º piso del edificio se pusieron de pie para recibir a la jueza Joan Lenard. Los setenta lugares del auditorio estaban ocupados, veinte de ellos por periodistas. Vestida de toga negra, la jueza pasó los primeros cuarenta minutos explicando cuál sería el calendario del juicio. Las sesiones del tribunal serían diarias, de lunes a viernes; comenzarían a las nueve de la mañana, con una interrupción de quince minutos para el café, y proseguirían hasta la una. Después del horario de almuerzo, el trabajo sería reanudado a las tres de la tarde y terminarían a las seis. Aún no eran las diez cuando Lenard declaró abierta

la primera sesión del proceso denominado “Estados Unidos de América contra Rubén Campa y otros” o, simplemente, Caso 98CR721/ Lenard. Su primera intervención fue para ordenar la entrada de los doce miembros del jurado, seguidamente instalados en dos hileras de sillas dispuestas perpendicular a la mesa de la jueza y al auditorio. De inmediato entraron los diez prisioneros. La presencia de los cinco cubanos que habían aceptado el acuerdo de delación premiada cumplía una mera formalidad legal. Convertidos de reos en “testigos colaboradores”, ya habían sido condenados, sin necesidad de la opinión del jurado, a penas mínimas. Deducido el tiempo pasado en prisión, meses después serían perdonados y puestos en libertad, y entrarían en el programa de protección a testigos de la Justicia americana.

Igual que en la primera presentación, dos años y dos meses antes, los prisioneros vestían ropa de algodón anaranjada y calzaban alpargatas de algodón. Por orden de la jueza, los Marshals soltaron las esposas y las cadenas que les encadenaban las manos y los pies. Y también, como en 1998, solo había familiares de dos de los acusados en medio del público: Maggie Becker, compañera de Tony Guerrero, y Roberto González, hermano menor de René. Gracias a su ciudadanía cubano-americana y a la condición de abogado, Roberto se trasladó de La Habana, donde vivía, para Miami, y logró inscribirse como auxiliar no solo de Phil Horowitz, el abogado de oficio de René, sino de todos los demás defensores. Diez años después, en la capital cubana, Roberto recordaría los apuros que pasó al inicio del trabajo en los Estados Unidos. “Además de enfrentar un sistema jurídico con el cual no tenía ninguna familiaridad, yo mal conseguía hablar inglés”, contaría el abogado, entre bocanadas del fortísimo cigarro Popular. “Con el transcurso del tiempo, sin embargo, yo tenía la misma facilidad para leer los textos de derecho o un menú de restaurante”. Aún

más, la primera tarea enfrentada por él y por los colegas americanos fue la lectura de las casi diez mil hojas de la denuncia formulada por la fiscalía. El carácter confidencial de la mayor parte de los papeles condujo a Lenard a prohibir que cualquier documento fuese retirado del tribunal, lo que obligó a los abogados de la defensa a trabajar en una sala del sótano del edificio –considerada “lúgubre” por Paul McKenna, abogado de Gerardo– y siempre bajo la mirada vigilante de los Marshals.

Inmediatamente después de iniciados los trabajos, y antes incluso de que la denuncia fuese presentada, el público asistió a una demostración del ambiente de intolerancia denunciado por la investigación de Gary Morán. Con la anuencia de la jueza, el abogado McKenna, un norteamericano que nunca había estado en Cuba, fue sometido por uno de los fiscales a un violento auto de fe, siendo obligado a declarar formalmente que no era comunista ni trabajaba secretamente para el gobierno de Fidel Castro. Hecha la aclaración, la tribuna fue ocupada por el fiscal David Buckner, encargado de formalizar la acusación a los cinco cubanos que habían rechazado la propuesta de acuerdo de delación premiada. La intervención de Buckner consumió todo el tiempo restante del turno de la mañana; fue reiniciada después del receso del almuerzo y solo terminó al finalizar el día. Todavía tratando a Gerardo, Ramón y Fernando por los alias, el fiscal discurrió sobre las actividades de cada uno de los acusados, resaltando que el trabajo del FBI había “evitado a tiempo que los acusados pudiesen obtener información secreta”. En la carta diario que comenzaría a redactar y a enviar a Olga por correo –correspondencia previamente censurada por las autoridades carcelarias–, René reconoció que Buckner no hizo “un mal trabajo”, pero criticó el hecho de que la denuncia “exageraba las actividades de los cinco y glorificaba el trabajo del FBI”, y acusó al fiscal de referirse a los Hermanos al Rescate y al Movimiento Democracia “como

un asilo de caridad de la madre Teresa de Calcuta”. La mayor y más grave novedad fue guardada por Buckner para el final de la exposición, cuando adicionó una nueva incriminación a las que habían sido anunciadas por la jueza tres días después de las detenciones. Ahora Gerardo era acusado formalmente de “conspiración para el asesinato” de los cuatro pilotos cuyos aviones fueron abatidos por los MiG cubanos. Según Buckner, los papeles aprehendidos por el FBI en las casas de los cubanos comprobaban que Gerardo había sido el responsable por transmitir a Cuba las informaciones sobre los vuelos de Hermanos al Rescate, que permitieron derribar los Cessna.

Salvo un breve receso por las fiestas de fin de año, el juicio continuó sin interrupciones en los meses siguientes. A lo largo de ese tiempo la estrategia de los fiscales de la acusación fue dirigida a tres objetivos: demostrar que los grupos anti-castristas en que la Red Avispa se infiltró eran organizaciones de índole pacífica y humanitaria; comprobar que los agentes cubanos habían intentado buscar informaciones secretas al penetrar en las instalaciones militares americanas, como la base aeronaval de Boca Chica, donde Tony trabajaba como plomero; e incriminar a Gerardo como responsable de la muerte de los cuatro pilotos. En sus contraataques, la defensa argumentaba que muchas de las organizaciones de exiliados ocultaban actividades terroristas contra Cuba y que los agentes cubanos jamás habían puesto las manos o los ojos en ningún papel considerado confidencial, reservado o secreto. En cuanto a la acusación contra Gerardo, Paul McKenna mostró documentos obtenidos por el FBI para probar que en los días que antecedieron al derribo de los aviones, inclusive el día 24 de febrero, cuando ocurrieron los ataques, el jefe de la Red Avispa ni se encontraba en Miami. Aquel día Giro finalizaba personalmente la Operación Vedette, acompañando a Juan Pablo Roque hasta las ciudades de Fort Lauderdale y Tampa para

que el piloto pudiese embarcar para Cancún, y desde ahí para Cuba. El abogado sustentaba también que Gerardo no podía ser acusado de enviar secretamente a La Habana informaciones que desde la víspera eran del conocimiento de periodistas y de por lo menos dos altos funcionarios del Gobierno americano, la directora de la Agencia Federal de Aviación, Cecilia Capestany, y el asesor presidencial Richard Nuccio. Además, McKenna reiteró que había sido el agente Oscar Montoto quien advirtió a Juan Pablo Roque que no viajase el día 24 de febrero “porque Cuba tenía la determinación de derribar cualquier avión que invadiese su espacio aéreo”.

La mitad de la cuota de veintiún testigos a que la defensa tenía derecho fue absorbida con la indicación de funcionarios del Gobierno americano en funciones, que oscilaban entre personajes tan importantes como Nuccio hasta el obrero Timothy Keric, colega de Tony en la base de Boca Chica, pasando por la directora Capestany; por el agente Yorks Kasinski, del Escuadrón Antiterrorismo del FBI, que durante años evaluara a los grupos radicales Alpha 66 y Omega-7; y por Dalila Borrego, la funcionaria que le sugiriera a Tony intentar conseguir un empleo en la base de Boca Chica. También fueron convocados como testigos de la defensa dos generales, un almirante y un coronel de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. De la lista de los abogados también formaban parte Rodolfo Frómata y José Basulto. El dirigente de Hermanos al Rescate fue convocado en su condición de “testigo hostil”, figura jurídica de la legislación americana por la cual la persona es obligada a testificar aun siendo contraria a quien indicó su nombre. Convocado como testigo y anotado por la defensa como “miembro del aparato militar clandestino de la FNCA”, el conocido anticastrista Ángel Alemán se negó a comparecer ante el tribunal, acogiéndose a un artículo de la Quinta Enmienda de la Constitución americana, según el cual

“nadie podrá ser obligado a declarar en juicio contra sí mismo en ningún tribunal”. Los tres últimos testigos propuestos por la defensa eran funcionarios del Gobierno cubano: Fidel Arza, del Departamento de Aeronáutica Civil de Cuba; Percy Alvarado, oficial retirado de los servicios de inteligencia cubanos que en los años 80 estuvo infiltrado en la Fundación Nacional Cubano-Americana; y el coronel Roberto Caballero, del Ministerio del Interior, que comandó el encarcelamiento y los interrogatorios del mercenario Raúl Ernesto Cruz León. Para que ellos fuesen escuchados, la jueza Lenard tuvo que autorizar el desplazamiento a La Habana de los nueve miembros de la defensa y de la acusación, acompañados de intérpretes y de los técnicos de sonido encargados de filmar las sesiones de toma de las declaraciones.

En la lista de los testigos de la acusación presentada por los fiscales Heck Miller, Buckner, Lewis y Kastrenakes se encontraban nueve agentes del FBI que habían participado de la operación de desmantelamiento de la Red Avispa, tres dirigentes de organizaciones anticomunistas; el agente de inteligencia cubano Joseph Santos, que había llegado a un acuerdo con la fiscalía; el oficial naval Bjorn Johansen; y la capitana Linda Hutton, de la Marina americana, que comandaba la estación aeronaval de Boca Chica durante el período en que Tony Guerrero trabajó en aquella unidad militar. Las declaraciones de por lo menos dos de los indicados redundaron en un revés para la acusación. Extremadamente nervioso, el arrepentido Joseph Santos se confundió tanto al responder a las preguntas de la defensa, que la fiscalía prefirió dispensarlo pocos minutos después de iniciado el interrogatorio. Y el testimonio de Linda Hutton arrojó un cubo de agua fría en las acusaciones de espionaje que recaían sobre Tony Guerrero: después de decir que durante su gestión las instalaciones de la base quedaban abiertas a visitas del público, la capitana afirmó que Tony

jamás había tenido acceso a informaciones que pudiesen comprometer “la defensa, la seguridad nacional y los intereses de los Estados Unidos”.

La declaración de Johansen levantó un tema que provocaría enardecidos debates en el tribunal: la divergencia entre el Gobierno de los Estados Unidos y el de Cuba y, por extensión, entre la acusación y la defensa, respecto al lugar exacto en que los dos aviones de Hermanos fueron derribados. Para los americanos, los Cessna volaban sobre aguas internacionales; los cubanos aseguraban que los dos aparatos se encontraban dentro del límite de doce millas del mar territorial y del espacio aéreo de Cuba, lo que era indicio de una invasión. Aunque la discrepancia entre una y otra tesis fuese de escasos metros, la discusión se prolongó por semanas. Una de las armas de los acusadores para sustentar la tesis del derrumbamiento en el espacio aéreo internacional fue el informe de septiembre de 1999 de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA. Firmado por el presidente del organismo, el americano Robert Goldman, y por su vicepresidente, el brasileño Helio Bicudo, el documento afirmaba que las aeronaves fueron derribadas en el espacio aéreo internacional y concluía responsabilizando a Cuba por la muerte de los pilotos Carlos Costa, Pablo Morales, Mario de la Peña y Armando Alejandro. La base de la argumentación de la OEA era un informe de la OACI, la agencia de las Naciones Unidas que regula las normas de tráfico aéreo, según el cual el derribo había ocurrido fuera del espacio aéreo cubano. Y la OACI, al mismo tiempo, había llegado a esa conclusión basada en el diario de a bordo del joven Bjorn Johansen, oficial de a bordo del barco de pasajeros *Majesty of the Seas*, que en la tarde del 24 de febrero de 1996 navegaba en el estrecho de la Florida.

Al declarar como testigo de la acusación, Johansen reconoció que su convicción al respecto del lugar del derribo —según

él, ocurrido en aguas internacionales— provenía de la observación visual y no del registro electrónico de la posición exacta en que se encontraba el *Majesty*. Acorralado por el abogado Paul McKenna, reveló que solo al día siguiente transferiría para el diario de a bordo los datos que había anotado en un pedazo de papel. También dijo que, entre la abatida de los Cessna y el registro en el diario, había sido interrogado por agentes del FBI. Protegidos por objeciones de la acusación, aceptadas por la jueza, el marinero y los dueños del barco se negaron a presentar al jurado el diario o el borrador garabateado en el momento del derribo de los aviones.

Por un aparente descuido de la defensa, una pregunta dejó de ser hecha: ¿Quiénes eran los dueños del barco? Una investigación superficial en los archivos de los periódicos y de la Fundación Nacional Cubano-Americana habría facilitado a los abogados —especialmente a McKenna, defensor de Gerardo— una información relevante. De origen noruego y residente en Miami, Bjorn Johansen era funcionario de la Royal Caribbean Cruises, grupo propietario del *Majesty of the Seas*; y en febrero de 1996 el segundo hombre en jerarquía de la empresa era el norteamericano Peter G. Whelpton, un enemigo de la Revolución cubana que nunca ocultó sus convicciones, al contrario, en su currículo oficial el vicepresidente ejecutivo de la Royal Caribbean se presentaba como “miembro del *board* de la Fundación Nacional Cubano-Americana” y director de la Fundación Blue Ribbon para la Reconstrucción de Cuba.

En la serie de reportajes publicados por el *The New York Times* en 1995, el presidente de la Fundación, Francisco “Pepe” Hernández, reveló al periodista Larry Rohter que la Royal Caribbean Cruises era una de las cuarenta empresas que se habían evaluado para financiar la creación de la FNCA, operación en la que cada una había contribuido con 25.000 dólares. Escuchado por Rohter, el patrón Bjorn Johansen fue

mucho más lejos: “Queremos ayudar a la comunidad cubana en sus esfuerzos por derrocar a Castro”, afirmó el empresario, que dejó claro también que escogió a la FNCA por considerarla el grupo más fuerte “con el cual podremos seguir adelante cuando llegue el momento”. Misteriosa e inexplicablemente, sin embargo, la implicación de Whelpton con el anticomunismo ni siquiera fue considerada o mencionada por los abogados de la defensa de los cinco.

Por detrás de la movilización y de las presiones ejercidas por la comunidad cubana sobre el tribunal, con amplio respaldo de la prensa local, había un deseo no disimulado de revancha, nacido de una tragedia familiar ocurrida meses antes. En la mañana del 25 de noviembre de 1999 la Guardia Costera de los Estados Unidos recogió a un niño de seis años que flotaba en las aguas que bañan Pompano Beach, en la ciudad de Fort Lauderdale. Elián González —era ese el nombre del niño— había embarcado tres días antes en un bote de Cuba, acompañado de la madre, Elisabeth, y de doce personas más. En el medio de la travesía la improvisada embarcación naufragó dejando apenas tres sobrevivientes aferrados a las dos únicas boyas salvavidas llevadas por el grupo. A una de ellas se agarró una joven pareja y a la otra, el pequeño, cuya madre murió junto con los otros diez pasajeros. Elián fue entregado por las autoridades americanas a un tío abuelo paterno, Lázaro González, que se había exiliado años antes y vivía en una casa en la Pequeña Habana.

El caso tenía todos los ingredientes para terminar como un dato estadístico más en la larga historia de las olas migratorias cubanas, si no hubiese sido por el hecho de que Juan Miguel, padre de Elián, que continuaba viviendo en La Habana, le pidió al Gobierno cubano que requiriese a los Estados Unidos la extradición del hijo. El día 5 de enero de 2000 la secretaria

de Justicia y procuradora general de los Estados Unidos, Janet Reno, determinó la repatriación del niño.

A despecho de la orden federal e incitados por las organizaciones anticastristas de Miami, Lázaro González decidió que “no devolvería a Elián González al tirano Fidel Castro”. A partir de entonces la modesta casita de madera donde él acogió al sobrino nieto pasó a ser cuidada día y noche por patrullas y barricadas de militantes temerosos de que el gobierno recurriese a la fuerza para llevarse al niño, lo que terminó ocurriendo. El día 22 de abril, por orden de la secretaria Reno, policías de la SWAT armados de fusiles recogieron a Elián bajo los *flashes* y las luces de la televisión. Juan Miguel ya había embarcado rumbo a Miami para recibir al hijo, pero Lázaro González, amparado por abogados contratados por organizaciones de exiliados, consiguió que la Corte Federal de Atlanta revocase la orden de extradición. Una batalla urbana fue emprendida en las calles de la Pequeña Habana por organizaciones anticastristas contrarias a la extradición y por los grupos ligados a la Alianza Martiana de Max Lesnik, favorables a que el niño regresase a Cuba. Con amplia cobertura de la prensa internacional, la tensión provocada por el caso condujo al Departamento de Justicia a dejar a padre e hijo bajo la protección de las Fuerzas Armadas, instalándolos en una casa en el interior de la base aérea de Andrews, en Washington, hasta que la Justicia diese el veredicto final. El día 26 de junio la Corte Suprema mantuvo la decisión del gobierno y tres días después Elián y su padre eran recibidos en el aeropuerto de La Habana por el presidente cubano en persona. El sentimiento generalizado en Miami era que la batalla de los exiliados había sido perdida por una insólita alianza entre Fidel Castro y Bill Clinton.

Cuando la Justicia de la Florida colocó el juicio contra los miembros de la Red Avispa, el caso Elián aún era una espina atravesada en la garganta de los grupos radicales de la

emigración cubana. En esta ocasión, sin embargo, la influyente procuradora general estaba de parte de ellos. Autoridad jerárquica superior del FBI y del Servicio de Inmigración, los dos principales organismos involucrados tanto en el episodio de repatriación del niño como en la prisión y denuncia de los cinco, Janet Reno tenía, además de las llamadas razones de oficio, intereses adicionales en la condena de los agentes cubanos. Nacida en Miami, ella pretendía presentar su candidatura al gobierno de la Florida en 2002 por el Partido Demócrata. Ser responsabilizada por la imposición de dos derrotas seguidas a la comunidad cubana no era ciertamente el mejor camino para ganar una elección en aquel Estado. Todos esos ingredientes eran contabilizados con aprehensión del otro lado del estrecho. En la fase de apelaciones del juicio, el Gobierno de Cuba resolvió reforzar la defensa de los cinco.

El escogido fue el peso pesado Leonard Weinglass, conocido personaje de los tribunales americanos. Titular de una cara y afamada oficina de abogados de Nueva York, Lenny Weinglass, que contaba en aquel entonces con sesenta y siete años, se había hecho popular como defensor en algunos de los más polémicos y controvertidos casos judiciales de los Estados Unidos. En su agenda de clientes se encontraba Jane Fonda, procesada por el gobierno de Nixon después de realizar un viaje de solidaridad a Vietnam del Norte; el analista militar Daniel Ellsberg, responsable por la divulgación de documentos secretos de los Estados Unidos, los llamados “Papeles del Pentágono”; la activista negra Ángela Davis; los dirigentes del Ejército Simbionés de Liberación, responsables por el secuestro de la millonaria Patricia Hearst; y los Panteras Negras, partido revolucionario creado por los líderes negros Huey Newton y Bobby Seale. La más joven de todos sus clientes tenía apenas diecinueve años al ser acusada —era Amy Carter, la hija menor del expresidente Jimmy Carter, procesada en 1987

al denunciar a la CIA por el reclutamiento de agentes entre los alumnos de la Universidad de Massachusetts, donde ella estudiaba-. Antes de responder a la invitación de Cuba, Weinglass viajó a Miami y leyó todo el proceso, decidiendo que participaría de la defensa de los cinco, e informó a La Habana que trabajaría “pro bono”, o sea, sin cobrar honorarios, tal como hiciera, por cierto, en la mayoría de los casos citados.

El juicio se desarrolló en los meses siguientes alternando momentos de tediosa apatía, en que hasta los reos acostumbraban a dormirar, con exacerbadas pugnas verbales entre fiscales y abogados, lo que innumerables veces obligaba a la jueza Lenard a decretar breves recesos y convocar a las partes para los *side bar*, interrupciones para confabulaciones sin tener como testigos al jurado y al público. Cuando la defensa describió la simplicidad con que vivían los agentes de la Red Avispa, hasta los diarios anticastristas parecían sorprenderse. “Decididamente la vida de los agentes de Fidel Castro en Miami nada tenía que ver con el glamoroso mundo de James Bond –escribió el reportero del *Sun Sentinel*-. Ninguno de ellos era uno de esos súper espías que estamos acostumbrados a ver en el cine. Al contrario de los cocteles nocturnos y de los carros de lujo, ellos llevaban vidas muy sencillas, con presupuestos apretados”.

Los dos momentos más tensos del juicio, ambos involucrando el derribamiento de los aviones, no serían provocados por testigos, sino por dos grabaciones de audio. La primera de ellas, presentada por la fiscal Caroline Heck Miller, reproducía el diálogo entre la torre de Cuba y los cazas que habían abatido los Cessna de los Hermanos al Rescate. Transmitidas por los altoparlantes, las voces de los pilotos festejando con malas palabras el derribamiento de los dos aviones repercutieron en la sala del tribunal. La expresión de espanto del público y de los jurados era la señal más visible de que la acusación

había conseguido marcar un punto sobre la defensa. El truco sería dado días después por Paul McKenna, el abogado de Gerardo, al exhibir una grabación de pocos segundos de duración, que también causaría gran impacto en el tribunal. Era la voz de José Basulto dando una sonora carcajada en el instante en que veía el avión tripulado por Armando Alejandro Jr. y Mario de la Peña ser pulverizado por los misiles del MiG. La risotada era seguida por un grito: “¡Tenemos que huir de aquí, carajo!”, exclamó Basulto para sus tres acompañantes, mientras dirigía el avión hacia la Florida. El audio era una más de las evidencias con que McKenna pretendía presentar al líder de los Hermanos al Rescate como el verdadero responsable por la muerte de aquellos cuatro pilotos. El abogado sostenía que, con el objetivo de provocar un incidente militar entre Cuba y los Estados Unidos, Basulto no dudó en inducir a los cuatro jóvenes a un vuelo suicida, salvando la propia piel en el momento en que los MiG cubanos atacaron los Cessna.

A finales de mayo de 2001, cuando el juicio se aproximaba a la centésima sesión, todos los testigos ya habían sido escuchados y era grande la expectativa sobre la inminente decisión de los miembros del jurado. La cobertura de la prensa sin vínculos con la comunidad cubana reflejaba la ansiedad con que se esperaba el resultado: “Meses de declaraciones, recesos y enfrentamientos verbales extendieron tediosamente el juicio sin arrojar luz sobre la cuestión central”, decía un despacho distribuido por la agencia de noticias *France-Press*, que concluía con una interrogación: “¿Al final, estamos delante de peligrosos espías que intentaron penetrar en las instalaciones militares americanas o de sencillos infiltrados en organizaciones anticastristas de la Florida?”. La defensa alimentaba la esperanza de que el cuerpo de jurados escogiese la segunda alternativa. “La acusación no consiguió siquiera probar que los imputados habían intentado tener acceso a documentos secretos de los Estados

Unidos –diría años después el abogado de Fernando, Joaquín Méndez–, y ni presentó evidencias de cualquier implicación de Gerardo en el derribo de los aviones de los Hermanos al Rescate”.

Después de una semana de exposiciones finales de abogados y fiscales, el día 8 de junio, un viernes, la jueza Joan Lenard convocó al estrado al biólogo David Bucker, representante de los doce jurados para anunciar la conclusión a la que habían llegado. De traje y corbata, el americano de mediana edad se aproximó al micrófono, sacó del bolsillo del pantalón un pedazo de papel y leyó las categóricas palabras que sellarían el destino de los agentes cubanos: “Por unanimidad, el cuerpo de jurados consideró a los reos culpables de todos los crímenes que les fueron imputados”.

Lenard tuvo que tocar la campanilla y golpear varias veces con el martillo de madera sobre la mesa para exigir silencio de la mitad de la sala ocupada por los familiares de los cuatro pilotos muertos y de militantes anticastristas, que festejaban con gritos el veredicto del jurado. Ahora estaba en manos de la jueza establecer qué penas serían aplicadas a los condenados, pero la excitación que el caso había despertado en Miami aún iba a durar por mucho tiempo. Después de consultar a las partes, la jueza fijó las audiencias de sentencias para el día 26 de septiembre.

Llevados de regreso al Centro de Detención Federal, situado al otro lado de la acera del tribunal, los cinco cubanos decidieron dirigir un manifiesto a la opinión pública americana. En el documento de tres páginas, divulgado por los abogados e intitulado “Mensaje al pueblo de los Estados Unidos”, los agentes relataron las razones por las cuales se habían infiltrado en organizaciones anticastristas de la Florida y negaban las acusaciones de espionaje y de asesinato. “No nos arrepentimos de lo que hicimos para defender nuestro país –concluían– y nos

declaramos totalmente inocentes”. Considerada una infracción disciplinaria, la proclamación sería castigada con severidad por la dirección del Centro de Detención. El día 26 de junio los cinco fueron conducidos de regreso al Hueco, de donde solo saldrían en diciembre, cuando Lenard reconvocó al tribunal para el esperado anuncio de las sentencias.

A las nueve de la mañana del día 11 de diciembre la jueza declaró abierta la “sesión de sentencia”. Una tenue esperanza aún animaba a la defensa de los cinco. Exactamente tres meses antes, los Estados Unidos habían sido víctima de los ataques suicidas de Al Qaeda contra las torres gemelas de Nueva York. Aun habiéndose quejado de la severidad de Lenard, los abogados reconocían que ella había actuado con dignidad durante todo el juicio y alimentaban la expectativa de que la jueza admitiese, como ellos, que el trabajo realizado en Miami por la Red Avispa era exactamente igual al que los agentes americanos hacían desde el día 7 de octubre en las montañas de Afganistán: identificar terroristas y prevenir atentados.

Discusiones entre la acusación y la defensa sobre formalidades legales tomaron todo el período de la mañana, sin que Lenard tuviese oportunidad de anunciar su decisión. Además de Irmita, habían conseguido visas de entrada a los Estados Unidos y se encontraban en el auditorio las madres de Gerardo, René, Tony y Fernando. Cuando los trabajos fueron reabiertos, después del almuerzo, la jueza determinó que Gerardo, el primer acusado, se pusiese de pie, y pasó a leer la hoja de papel que un oficial colocó bajo sus ojos:

El reo Gerardo Hernández Nordelo, también conocido por el alias de Manuel Viramóntez, fue declarado culpable por el cuerpo de jurados del Tribunal de Justicia Federal de la Florida por los crímenes de conspiración de asesinato, conspiración para engañar a los Estados Unidos, recogida y suministro de informaciones de defensa, falsificación y uso de

documentación de identidad, fraude y uso indebido de visas y permisos de entrada a los Estados Unidos, y por actuar como agente extranjero no registrado. Por todos esos delitos, este tribunal lo condena a dos penas de prisión perpetua más quince años de reclusión.

Hasta entonces de pie, aguardando la sentencia, la anciana Carmen Nordelo, madre de Giro, tuvo que ser ayudada para no derrumbarse en la silla, mientras la jueza apretaba la campanilla y exigía silencio a los grupos que, en la otra sala del auditorio, celebraban la condena a gritos de “¡Viva Cuba Libre!”. Detenidos por algunos minutos, los trabajos fueron reanudados para anunciar la condena de Ramón Labañino a pena de prisión perpetua más dieciocho años. La ceremonia se repitió en las semanas siguientes para la proclamación de las penas imputadas a René, condenado a quince años; a Fernando, diecinueve años; y a Tony, condenado a prisión perpetua. Finalizaba el más largo y uno de los más polémicos enjuiciamientos realizados en Miami. Al cabo de cuatro décadas de guerra encarnizada contra Cuba, los órganos de inteligencia norteamericanos lograron detectar y llevar a la cárcel a agentes cubanos infiltrados en los Estados Unidos.

## Epílogo

En el año 2003 el abogado Leonard Weinglass recurrió a la Corte de Apelaciones de Atlanta, señalando vicios materiales y procesales en el juicio. La Corte acató parte de los argumentos de la defensa y determinó la revisión de las penas de Tony Guerrero, Fernando González y Ramón Labañino. En octubre y diciembre de 2009 la jueza Joan Lenard acató la decisión de la Corte de Apelaciones de Atlanta y modificó las cadenas perpetuas de Tony (reducida a veintiún años de prisión) y Ramón (treinta años), y rebajó la condena de Fernando de diecinueve años a diecisiete años y nueve meses. Las sentencias de Gerardo y René no fueron revisadas.

Las condenas son cumplidas en cinco prisiones federales de seguridad. Gerardo está preso en Victorville, California; Tony en Florence, Colorado; Ramón en Jesup, Georgia; René en Marianna, Florida; y Fernando en Oxford, Wisconsin.

Desde que fueron condenados, los presos han sido sometidos a un castigo adicional: las dificultades impuestas por el Departamento de Estado para la concesión de visas de entrada a los Estados Unidos a las madres, esposas y demás familiares de los cinco.

Aunque la legislación carcelaria de los Estados Unidos contemple las visitas mensuales, los familiares de Tony, Ramón y Fernando solo pudieron visitarlos una vez por año.

Nunca fueron concedidas las visas solicitadas por Olga y Adriana, que jamás pudieron visitar a los esposos René y Gerardo.

Las visas de entrada a los Estados Unidos continuaron siendo negadas, después de pedidos y protestas dirigidas a la Casa Blanca por el Consejo Mundial de Iglesias, Amnistía Internacional, el Parlamento Europeo, la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña, por trece prefectos de ciudades norteamericanas y sindicatos de trabajadores de nueve países.

En diciembre de 2001 el Parlamento cubano otorgó el título de “Héroe de la República de Cuba” a los cinco condenados y decidió que el 2002 sería el “Año de los Héroes Prisioneros del Imperio”.

El piloto Juan Pablo Roque está jubilado y vive en La Habana.

En 2002 la exsecretaria de Justicia Janet Reno intentó presentar su candidatura a gobernadora de la Florida, pero fue derrotada por Bill McBride en la convención del Partido Demócrata. El electo, sin embargo, sería el republicano Jeb Bush, hermano del ya presidente George W. Bush.

Condenados a muerte por tribunales cubanos, a los mercenarios salvadoreños Raúl Ernesto Cruz León y Otto René Rodríguez Llerena les fueron conmutadas las condenas a treinta años de prisión.

Un tribunal de La Habana juzgó y condenó a los guatemaltecos Nader Kamal Musalam Barakat (veinte años de prisión), Jazid Ibán Fernández Mendoza (quince años) y María Elena González Meza de Fernández (veinte años).

Veinte kilos más delgado, el día 1.º de julio de 2010 el salvadoreño Francisco Chávez Abarca, el “Panzón”, fue hecho prisionero al intentar entrar en Venezuela con nombre y pasaporte falsos. Confesó que pretendía colocar bombas en partidos políticos y organizaciones de oposición para que los atentados fuesen atribuidos a los partidarios del presidente Hugo Chávez. Extraditado a Cuba, país que ya había solicitado su captura a

la Interpol, Chávez Abarca fue juzgado y condenado a treinta años de prisión.

El abogado Leonard Weinglass murió el día 23 de marzo de 2011, a los setenta y ocho años, cuando luchaba por la concesión de *habeas corpus* a Gerardo Hernández. Su último cliente fue el australiano Julián Assange, creador del sitio WikiLeaks.

En visita a Cuba en marzo de 2011, el expresidente norteamericano Jimmy Carter defendió la liberación de los cinco agentes cubanos. “Ellos ya cumplieron doce años de prisión”, dijo Carter a los periodistas. “Reconozco las limitaciones del sistema judicial de los Estados Unidos y espero que el presidente Barack Obama les conceda el indulto y los ponga en libertad”.

Nunca más hubo noticias de Alejandro “Franklin” Alonso y de las parejas Linda-Nilo Hernández y Amarilys-Joseph Santos, los cinco agentes que hicieron acuerdo de delación premiada con el FBI e ingresaron en el programa de protección de testigos del Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

Orlando Bosch murió de causas naturales en Miami el día 27 de abril de 2011 a los ochenta y cuatro años de edad.



## Este libro

El proyecto de contar la historia de los agentes de inteligencia cubanos infiltrados en organizaciones anticastristas de la Florida nació en septiembre de 1998, cuando escuché en la radio del auto la noticia de que habían sido apresados por el FBI. En los años siguientes intenté, en vano, romper la barrera de silencio que envolvía el asunto en Cuba. El secreto que rodeaba todo lo relacionado con la Red Avispa era tal que la prensa cubana anunció el caso por primera vez en junio de 2001, cuando fueron condenados por la justicia americana. Aun así, el asunto permaneció como secreto de Estado por varios años.

Este libro solo daría los primeros pasos en una noche fría de febrero de 2005, cuando viajé a Cuba para participar de la Feria del Libro de La Habana. La víspera de mi regreso a Brasil, en una cena en el histórico restaurante El Floridita, el presidente de la Asamblea Nacional, Ricardo Alarcón, me comunicó que finalmente sería liberada para mí la documentación de los servicios de inteligencia de la isla sobre la red de agentes de inteligencia que Cuba había infiltrado en el corazón de organizaciones de extrema derecha de la Florida. Complicado con otro proyecto profesional, tuve que esperar otros tres años más para iniciar, en los primeros meses del 2008, el trabajo de campo que redundó en este libro.

Aunque todo lo que está escrito aquí sea, por supuesto, de mi exclusiva responsabilidad, no puedo dejar de manifestar sincera gratitud a tantas personas que me ayudaron en Cuba, en los Estados Unidos y en Brasil. En la persona de Alarcón

agradezco a todas las autoridades y funcionarios cubanos, civiles y militares, sin cuya paciencia y buena voluntad este libro no existiría.

Agradezco a Marina, mi esposa, por el cariño con que me soportó en estos tres años de trabajo y por la implacable lectura de cada capítulo que yo escribía.

Agradezco a las jóvenes y talentosas periodistas Leslie Salgado, en Cuba; Alejandra Chaparro, en Miami; y Daniella Cambaúva, en Brasil, por el apoyo profesional que me dieron en la realización de investigaciones, en la organización de ficheros y en la transcripción de decenas de entrevistas que realicé en los tres países.

Agradezco también a los periodistas Rui Ferreira, del diario español *El Mundo*, y Kirk Nielsen, del *The Miami New Times*, que estuvieron una noche entera ayudándome a seleccionar informaciones de la montaña de documentos confiscados por el FBI de los agentes cubanos.

Faltará algún nombre, como siempre, pero agradezco, por fin, a todos los entrevistados y a Abel Prieto, Abelardo Blanco, Alquimia Peña, Ana Mayra Rodríguez Falera, Breno Altman, Camila Morais Cajaíba Garcez Marins, Carlinhos Cecconi, Carlos Parra, Claudio Julio Tognolli, Claudio Kahns, Eduardo dos Santos, Emir Sader, Eric Nepomuceno, Fabián Escalante, Firmeza Ribeiro dos Santos, Frei Betto, Juliana Horta, Lucas Figueiredo, Lucia Haddad, Luciana Bueno Netto, Lyra Neto, Mac Margolies, Marcello Veríssimo, Marcio Valente, Mariana Chirino, Marilia Morais Cajaíba, Max Altman, Maximilien Arvelaiz, Mónica Kalil, Reinaldo Morais, Ricardo Schwab, Ricardo Setti, Rita Manso, Rita Morais, Roberto Koltun, Rodrigo Teixeira y Wilson Moherdau.

FERNANDO MORAIS  
Ilhabela, julio de 2011

## Entrevistados

### *Cuba*

Adriana Pérez O'Connor  
Elisabeth Palmeiro Casado  
Irma González Salanueva  
Irma Teodora Sehwerert  
Jesús Arboleya  
Juan Pablo Roque  
Magali Llord Ruiz  
María Eugenia Guerrero  
Michel Marín  
Mirta Rodríguez Pérez  
Nuris Piñero Sierra  
Olga Salanueva  
Raúl Ernesto Cruz León  
Ricardo Alarcón  
Roberto González Sehwerert  
Roberto Hernández Caballero  
Rosa Aurora Freijanes Coca

### *Estados Unidos*

Ana Margarita Martínez  
Charles Dascal  
Edmundo García  
Francisco Aruca  
Joaquín Méndez

Joe García  
John H. Cabanas  
José Basulto  
Juan Manuel Salvat  
Larry Rohter  
Leonard Weinglass  
Lorenzo Gonzalo  
Margareth Becker  
Max Lesnik  
Norberto Fuentes  
Rafael Anglada  
Ramón Coll  
René González Schwerert  
Tony Yansó  
William “Billy” Schuss

*México*

Denise de Kalafe

## Bibliografía

### *Libros, tesis y documentos*

Alferov, Zhores; Corrigan Maguire, Mairead; Fo, Darío; Gordimer, Nadine; Grass, Günther; Menchú, Rigoberta; Pérez Esquivel, Adolfo; Ramos-Hora, José; Saramago, José y Soyinka, Wole. “Petición de revisión al tribunal de Apelaciones del Onceno Circuito de los Estados Unidos”, Tribunal Supremo de los Estados Unidos, La Habana, 2009.

Arbolea, Jesús. (2007). *La revolución del otro mundo. Cuba y Estados Unidos en el horizonte del siglo xxi*, Bogotá: Quebecor World S. A.

Arbolea, Jesús. (2000). *La ultraderecha cubano-americana de Miami*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Clinton, Bill. *Minha vida*, Globo, Río de Janeiro, 2004.

Dávalos Fernández, Rodolfo. (2005). *Estados Unidos vs cinco héroes: un juicio silenciado*. La Habana: Editorial Capitán San Luis.

Escalante Font, Fabián (2009). *Nicaragua sandinista. Un conflicto de baja intensidad*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

- Escalante Font, Fabián. (2008). *Operación Exterminio. 50 años de agresiones contra Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Fuentes, Norberto. (2004). *La autobiografía de Fidel Castro*. Barcelona: Editorial Destino.
- González, Ana Margarita y Hojas, Rafael. (2011). *La historia que me ha tocado vivir*. La Habana: Editora Política.
- González, Ana Margarita y Hojas, Rafael. (2007). *González, Fernando; Hernández, Gerardo; Labañino, Ramón, González, René: Desde la soledad y la esperanza*. La Habana: Editorial Capitán San Luis.
- Guerrero, Antonio. (2001). *Desde mi altura / From my altitude*. La Habana: Editorial José Martí.
- Guerrero, Antonio. (2007). *Firme y romántico*. Ediciones Logos.
- Guerrero, Antonio. (2005). *Inseparables*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Hart Santamaría, Celia. (2009). *Les debo verlos libres*. La Habana: Ediciones Especiales.
- Lamrani, Salim. (2007). *Fidel Castro, Cuba y los Estados Unidos. Conversaciones con Ricardo Alarcón, presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular*. La Habana: Editorial José Martí.
- Lawrence, Matt & Van Haré, Thomas. (2009). *Betrayal: Clinton, Castro and the Cuban five*. Nueva York: Universe.

- Lemoine, Maurice (2010). *Cinq Cubains á Miami. Le roman de la guerre secréte entre Cuba et les États-Units*. París: Don Quichotte Éditions.
- Martínez, Ana Margarita y Montané, Diana. (1999). *Estrecho de traición. La historia de la fatídica unión entre Ana Margarita Martínez y Juan Pablo Roque*. Miami. Ediciones Universal.
- Roque, Juan Pablo. (1995). *Desertor*. Washington: Cuban American National Foundation.
- Ros, Enrique. (2007-2008). *La fuerza política del exilio cubano*. Tomos I y II. Miami: Ediciones Universal.
- Santos Ferreira, Marcos Alan Fagner Dos. (2006). “O impacto da política externa dos EUA nas relagões entre Brasil e Cuba (1996-2004)”, Dissertação de conclusáo do mestrado em Relações Internacionais do Programa “San Tiago Dantas”, convenio entre Unesp (Universidade Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho), Unicamp (Universidade de Campiñas) y PUC- SP (Pontificia Universidade Católica de Sao Paulo), Sao Paulo.
- Schuss, William “Billy”. (2007). *Día tras día con los Hermanos al Rescate*. Miami: D’Fana Editions.
- S. A. (2005). *Atlanta y el caso de los cinco: la larga marcha hacia la justicia*. La Habana: Editora Política.
- S. A. (1989). *Causa 1/89. Fin de la Conexión Cubana*. La Habana: Editorial José Martí.
- S. A. (2005). *La tormenta perfecta*. La Habana: Editora Política.

Torres, Sonia. (2001). *Nosotros in USA: literatura, etnografía e geografías de resistencia*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.

Ubieta Gómez, Enrique. (2007). *Por la izquierda: veintidós testimonios a contracorriente*. La Habana: Editorial José Martí.

Vargas Llosa, Álvaro. (1998). *El exilio indomable-Historia de la disidencia cubana en el destierro*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe.

Vázquez Montalbán, Manuel. (1998). *Y Dios entró en La Habana*. Madrid: Ediciones El País.

Wyden, Peter. (1979). *Bay of pigs. The untold story*. Nueva York: Simón and Schuster.

### ***Publicaciones en periódicos y revistas***

*Bohemia*, Cuba

*Diario Las Américas*, Estados Unidos

*El Mundo*, España

*El Nuevo Herald*, Estados Unidos

*El País*, España

*Escambray*, Cuba

*Granma*, Cuba

*Juventud Rebelde*, Cuba

*La Jornada*, México

*Newsweek*, Estados Unidos

*Southernmost Flyer*, Estados Unidos

*Sun Sentinel*, Estados Unidos

*The Miami Herald*, Estados Unidos  
*The Miami New Times*, Estados Unidos  
*The New York Times*, Estados Unidos  
*The Washington Times*, Estados Unidos  
*Trabajadores*, Cuba

***Películas y documentales***

*Del otro lado del cristal*. Guillermo Centeno, Manuel Pérez, Marina Ochoa y Mercedes Arce. Cuba: Instituto Cubano de Artes e Industria Cinematográfica.

*El hombre de las dos Habanas*. Vivien Lesnik Weisman, Estados Unidos.

*El proceso. La historia no contada*. Rolando Almirante, Cuba.

*Fidel. A personal portrait of a political phenomenon*. Saúl Landau, Estados Unidos.

*Rompiendo el silencio*. Carlos Alberto García, Cuba.

*Shoot down*. Cristina Khuly, Estados Unidos.

*The flight of Pedro Pan*. Joe Cardona, Estados Unidos.

*The specialist*. Marc Brambilla, Estados Unidos.

*They killed sister Dorothy*. Daniel Junge y Martin Sheen, Estados Unidos.

*Will the real terrorist please stand up?* Saúl Landau, Estados Unidos.

***Sitios en Internet***

[www.antiterroristas.cu](http://www.antiterroristas.cu) - Cuba  
[www.cubadebate.cu](http://www.cubadebate.cu) - Cuba  
[www.foia.ucia.gov/](http://www.foia.ucia.gov/) - Estados Unidos  
[www.freethefive.org](http://www.freethefive.org) - Estados Unidos  
[www.huffingtonpost.com](http://www.huffingtonpost.com) - Estados Unidos  
[www.pedropan.org](http://www.pedropan.org) - Estados Unidos  
[www.thecuban5.org](http://www.thecuban5.org) - Estados Unidos





# Índice

- I René, veterano de la guerra de Angola, roba un avión en Cuba, aterriza en Miami y es recibido como héroe 9
- II El comandante de un MiG nada siete horas por la bahía de Guantánamo, infestada de tiburones. Al llegar a la base aeronaval de los Estados Unidos, sale del mar gritando: “Soy un oficial cubano, estoy desertando” 29
- III De la noche al día, ciento treinta mil personas huyen de Cuba hacia los Estados Unidos y derrotan a Jimmy Carter y a Bill Clinton 51
- IV El cubano Gerardo Hernández abandona la carrera diplomática, cambia de identidad y desembarca en Miami como el puertorriqueño Manuel Viramóntez 79
- V A mediados de 1995, la Red Avispa tiene trece cubanos infiltrados en organizaciones anticastristas, pero el FBI los tiene vigilados 103
- VI El amor ataca a los agentes secretos: Tony se une a la norteamericana Maggie, y René consigue llevar a Olga y a su hija para Miami 123
- VII José Basulto desafía a la Casa Blanca y a los MiG cubanos, y decide volar una vez más sobre La Habana 145
- VIII La torre cubana autoriza a los cazas MiG a disparar; segundos después, dos Cessna son pulverizados sobre el estrecho de la Florida 165
- IX El mercenario Cruz León no quería matar a nadie, su sueño era ser igual a Sylvester Stallone 185

X	Por 7.500 dólares el salvadoreño regresa a Cuba para colocar cinco bombas más en hoteles y restaurantes	209
XI	Los servicios de inteligencia de Cuba articulan una trampa, pero no consiguen apresar al “Panzón”, quien reclutaba mercenarios contratados por Miami	237
XII	Fidel Castro envía a Bill Clinton una carta con denuncias contra las organizaciones de extrema derecha de La Florida. El mensajero es el premio nobel Gabriel García Márquez	259
XIII	Seis agentes del FBI llegan discretamente a La Habana y regresan a los Estados Unidos con un contenedor lleno de informes sobre las organizaciones de la Florida, producidos por orden de Fidel Castro	279
XIV	Un retrato de la Miami cubana: el militante anticastrista Rodolfo Frómeta, el periodista pro Cuba Max Lesnik y el escritor marxista Norberto Fuentes	307
XV	Leonard Weinglass, abogado de Jane Fonda, Angela Davis y de los Panteras Negras, entra a defender a Los Cinco, pero la suerte de ellos ya estaba echada	329
	Epílogo	349
	Este libro	353
	Entrevistados	355
	Bibliografía	357

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Facebook: El perro y la rana  
Twitter: @elperroylarana

*Los últimos soldados de la Guerra Fría*  
se editó en digital en la  
Fundación Editorial El perro y la rana  
Caracas, Venezuela,  
en octubre de 2022.



Narrada de manera apasionante con una magistral mezcla de elementos propios del reportaje, el testimonio y la novela de suspenso, la historia de *Los últimos soldados de la Guerra Fría* es el resultado de varios años de pesquisas en archivos de todo tipo, noticias en los diarios, correspondencias, declaraciones, actas de juicios, cientos de horas de entrevistas, miles de kilómetros de viajes a La Habana, Miami, Washington y México. Este libro, calificado por Roberto Fernández Retamar como “un admirable testimonio novelado”, revela la maquinaria diabólica de la justicia estadounidense y el verdadero rostro de la mafia contrarrevolucionaria en la Florida. A finales de 1998, cinco cubanos fueron arrestados en Miami por agentes del FBI. Sus misiones en los Estados Unidos eran monitorear las actividades de grupos y organizaciones responsables de actividades terroristas contra Cuba. Gerardo Hernández, Ramón Labañino, Fernando González, Antonio Guerrero y René González, fueron instruidos de cargos de conspiración. El Gobierno estadounidense jamás los acusó de espionaje ni afirmó que hubiera ocurrido espionaje real. Los Cinco nunca tuvieron ni trataron de tener acceso a información secreta alguna, pero hicieron algo imperdonable: lucharon contra el terrorismo anticubano y lo hicieron en Miami. Como ha señalado el escritor y teólogo brasileño Frei Betto: “Este libro y la liberación simbólica de los Cinco por la literatura de Fernando, yo creo que es medio paso adelante para la liberación efectiva de ellos”.

### **FERNANDO MORAIS** (Minas Gerais, Brasil, 1946)

Es periodista, político y escritor. Ganador del Premio Esso y del Premio Abril en varias ocasiones. En su extensa obra literaria sobresalen las biografías y reportajes. Es el autor de *Olga, El rey de Brasil, Montenegro y El mago*. Trabajó en *Jornal da Tarde* y en la revista *Veja*. Fue diputado estatal durante ocho años y secretario de Cultura (1988-1991) y de Educación (1991-1993) del estado de Sao Paulo. Con su obra *Los últimos soldados de la Guerra Fría* recibió el Premio Brasilia de Literatura en la categoría de Reportaje, en 2012, durante la I Bienal del Libro y la Literatura de Brasilia, e inspiró la producción de la película *La Red Avispa*, de Olivier Assayas en 2019.